



Libros de caballerías castellanos
Una antología

Edición de CARLOS ALVAR y JOSÉ MANUEL LUCAS

Lectulandia

Los Siglos de Oro representan en España la época cumbre de las letras, impulsada por el apoyo oficial a la instalación de imprentas y el creciente poderío económico del Imperio español. En ese marco, los libros de caballerías se popularizan hasta convertirse en el máximo exponente de la literatura de entretenimiento, donde se difunden los valores morales de la época hilvanados con elementos humorísticos.

Este volumen presenta una antología de los más significativos libros de caballerías, desde el *Amadís de Gaula* o las *Sergas de Esplandián* de Garci Rodríguez de Montalvano hasta el *Florisando* de Páez de Ribera, que, gracias a la cuidada edición de Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, permite el abordaje completo y sistemático de una época determinante en las letras hispánicas.

Lectulandia

AA. VV.

Libros de caballerías castellanos

**Una antología
Penguin Clásicos**

ePub r1.0
Titivillus 20.08.16

AA. VV., 2016

Edición: Carlos Alvar & José Manuel Lucía Megías

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

1. PERFILES DE LA ÉPOCA

Los libros de caballerías se extienden a lo largo de los Siglos de Oro, compartiendo los cambios culturales y filtrándose en la transformación política y económica de un imperio que a lo largo de estos siglos bien puede decirse que alcanzó sus mayores cotas de poder y que se desplomó en decadencias y bancarrotas... aunque lo peor todavía quedaba reservado al siglo XVII. Del Renacimiento al Barroco, del optimismo con que se cerró el siglo XV al pesimismo con que numerosos investigadores caracterizan al XVII, los libros de caballerías estuvieron llamados a compartir anaqueles de librerías y talleres de imprenta y de escribanos profesionales, con otras tantas obras, con otros tantos géneros que se fueron superponiendo en el gusto de los lectores (y en las estrategias de los libreros). Los Siglos de Oro reciben este nombre, precisamente, por la época dorada de nuestras letras, más allá del dorado oro que venía de América, para perderse —en muchos casos— en los bancos genoveses. La ficción sentimental, con la publicación en 1492 de la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro, el género celestinesco, después del éxito de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* (1501), que superaba —por sacarlo de los ámbitos universitarios en que se había creado— la *Comedia* (1499) de Fernando de Rojas, sin olvidar la poesía de Cancionero (el *Cancionero General* de Hernando del Castillo se publicó en 1511), el triunfo petrarquista de la mano de Garcilaso de la Vega, el teatro de Juan del Encina, y más adelante, la picaresca (*Lazarillo de Tormes*, antes de 1554, o el éxito fulgurante del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, de 1599), o los libros de pastores (La *Diana* de Jorge de Montemayor, de 1559)... todos ellos, junto a crónicas, traducciones de textos clásicos, de textos italianos y franceses, será el trasfondo cultural sobre el que tendremos que proyectar los libros de caballerías, por más que el género, como un medio más de supervivencia, se vaya a ir desplazando hacia el entretenimiento, ampliando sus límites y los de la literatura de su época.

Al margen del citado moverse en aguas cada vez más aventureras, más maravillosas, más divertidas, los libros de caballerías bien puede considerarse uno de los géneros literarios más vinculados a la realidad histórica de Castilla y Aragón (además de Portugal) durante los siglos XVI y XVII. Género que tenía —en especial en sus primeros momentos— una finalidad claramente ideológica y propagandística (como tantos otros géneros difundidos y apoyados por el poder), por lo que se hacía necesario ir mostrando de manera hiperbólica modelos de conducta, modelos políticos en estrecha relación con los problemas suscitados en cada momento histórico determinado. Y así sucederá con el *Amadís de Gaula*, después de la brillante relectura de un autor muy vinculado a la Reina Católica, como es Garci Rodríguez de

Montalvo, y así lo veremos también con Cervantes y su *Don Quijote*, que, en este caso, se sitúa en las fronteras del poder, en sus límites... sin llegar nunca a traspasarlos. Pero también los libros de caballerías se entrelazan con los acontecimientos que se sucedieron en los siglos XVI y XVII ya que condicionaron enormemente su difusión. Por este motivo, se hace necesario esbozar una serie de imágenes históricas y culturales de la época, para así poder comprender mejor los textos que forman parte de nuestra *Antología*.

El reinado de los Reyes Católicos ofrece la primera imagen; una primera imagen del uso de la literatura —de lo que hoy consideramos obras literarias, que no ha de coincidir con las ideas de la época— como medio más de la propaganda política. El reinado de los Reyes Católicos puso las bases del imperio español del siglo XVI; reinado lleno de grandes éxitos, pero también de enormes dificultades. Isabel la Católica llegó al trono castellano en 1474 a raíz de la muerte de su hermano, el rey Enrique IV. Su reinado comenzó como lo habían hecho la mayoría de los Trastámaras castellanos: con disputas nobiliarias y con el debilitamiento de la Corona. A la reina castellana se le opusieron nobles que apoyaban la causa de Juana la Beltraneja, sobrina de Isabel e hija del rey muerto. La batalla de Toro en 1476 supuso no sólo la victoria de Isabel, y su aceptación unánime como reina de Castilla, sino el principio de una nueva forma de gobernar, en donde la monarquía, una monarquía fuerte, se alzaba como motor y protagonista de la política. La ayuda del príncipe Fernando, su esposo, el futuro rey de Aragón, fue crucial, tanto en la victoria de Toro como en la formulación de un nuevo modo de reparto del poder.

Una monarquía fuerte, poderosa (como también se defendió en Castilla en el siglo XIV, de la mano de la política de Alfonso XI, o de obras literarias como el *Libro del caballero Zifar*), la constituyeron los Reyes Católicos (en 1479 Fernando es nombrado rey de Aragón, después de la muerte de su padre, Juan II), y no sólo por la unión de sus fuerzas —que les permitió comenzar otras empresas— sino por la absoluta confluencia de sus intereses. El reinado de los Reyes Católicos está lleno de imágenes victoriosas: la toma de Granada en 1492, el descubrimiento de América, la conquista de Nápoles (1501); y también de otras no tanto: la expulsión de los judíos, en el 1492, y el desastre (a corto plazo) de su política de enlaces matrimoniales, que no consiguieron vincular de manera estable a la Corona castellano-aragonesa con las casas reinantes más influyentes de Europa: el príncipe don Juan muere poco tiempo después de su boda con Margarita de Austria (1497) —aunque la unión con el Imperio germánico se consumará con Felipe el Hermoso y Juana la Loca, y, sobre todo, con la figura de su hijo, Carlos V—; el hijo de Manuel el Afortunado e Isabel, la primogénita de los Reyes Católicos, murió; por lo que la unión con Portugal tendrá que esperar hasta Felipe II, cuando hace valer sus derechos de sucesión en 1580 a la muerte del rey don Sebastián; y, por último, Enrique VIII de Inglaterra se divorcia de Catalina, la hija de los Reyes Católicos, con quien contrajo matrimonio en 1509. Pero hay algo más: durante el reinado de los Reyes Católicos se comenzarán tres procesos,

de naturaleza bien diversa, que influirán en la vida cultural y política del siglo XVI. Por un lado, la entrada de la imprenta en Castilla y Aragón, apoyada por una serie de medidas fiscales emanadas de la corte; imprenta incunable (hasta 1500) que pasará de ser un arte para convertirse en una industria durante la siguiente centuria. En esta nueva industria, el papel de la impresión de los libros de caballerías castellanos será crucial, constituyéndose como uno de los pilares más estables del comercio editorial hispánico; por otro, la constitución del español como lengua de cultura, de la mano del humanismo, que tendrá en la *Gramática Castellana* (1492) de Nebrija uno de sus exponentes más precoces; y por último, el establecimiento de la Inquisición, que se crea en Castilla en 1478.

Pero dentro de los acontecimientos históricos de la época, hay uno que quisiéramos rescatar ahora brevemente, por su enorme influjo en la difusión y éxito de los primeros libros de caballerías: la guerra norteafricana, defendida sobre todo por Fernando el Católico y por el cardenal Cisneros, que, después de la caída de Granada, se convierte en un tramo más de la gran cruzada universal que todo rey cristiano tiene que enarbolar contra los infieles. La guerra norteafricana tendrá éxitos en la conquista de plazas y presidios como los de Mazalquivir (1505), Cazaza (1506), el peñón de Vélez de la Gomera (1508) y Orán (1509). Y este espíritu es el que inundará la gran mayoría de los textos caballerescos de estos años, desde la continuación de la saga medieval de *Amadís de Gaula*, las *Sergas de Esplandián* de Garci Rodríguez de Montalvo, hasta el *Florisando* de Páez de Ribera; textos en donde el ideal caballeresco pasa por la defensa de la fe frente a las aventuras mundanas, amorosas; en donde los grandes imperios, como Bretaña o Gaula, son amenazados por los «soldanes» africanos: la victoria final en los libros de caballerías —apoyados por la divinidad— debería ser el deseo ideal del desenlace de las batallas reales de la época.

El imperio de Carlos V, y sus continuas batallas y enfrentamientos bélicos, van a convertir a la caballería, a los textos caballerescos, en los protagonistas ideológicos de su época. Como le sucediera a su abuela, el rey Carlos I va a ostentar una enorme autoridad gracias al éxito inicial de sus campañas militares; en este caso, sobre la revuelta de las Comunidades, que defendían a su madre, la reina Juana, así como de las germanías valencianas. Pero la dimensión europea de las campañas militares y su postrera coronación como emperador, constituyen un modelo literario; al tiempo que la literatura va construyendo los modos de comportamiento ante tal modelo: literatura e historia van estrechando los lazos ante una sociedad que nunca soñó —especialmente la castellana— con una presencia política como la que en aquel momento estaba gozando. Aunque las victorias y las celebraciones del momento imperial se convertirán en las grandes crisis y bancarrotas del reinado de su hijo Felipe II.

En 1556 el que había dominado el mundo abdica y se retira a Yuste. La corona castellana y la corona aragonesa quedan en manos de su hijo, Felipe II, que tendrá

que hacer frente a otro tipo de luchas de las que había protagonizado su padre, al tiempo que termina por imponer la primacía de la monarquía frente a la nobleza, aumentando y organizando la administración del Estado. La nobleza, que en los primeros libros de caballerías, podía encontrar modelos de conducta, ahora ha quedado relegada a un segundo plano: la evasión, por tanto, se va a convertir en un modelo literario y vital. Evasión que termina por arrastrar al Imperio español a tres bancarrotas (1557-1560, 1575 y 1596) durante el reinado de Felipe II, y una cuarta (1607) siendo rey su hijo, Felipe III.

No es el momento para precisar datos de la historia de un reinado tan complejo como el de Felipe II, enlazado con el Concilio de Trento, la Contrarreforma, los éxitos (Lepanto) y los fracasos (Armada Invencible) en el campo militar o la cerrazón de la Inquisición... quedémonos con una imagen, que contrasta con el optimismo de la época de los Reyes Católicos, la época del nacimiento de los libros de caballerías como género. El 12 de noviembre de 1572 Felipe II envía una provisión para conocer la situación real de la imprenta en Castilla: Toledo, Burgos, Medina del Campo, Sevilla, Alcalá de Henares y Salamanca, Granada y Valladolid deben remitir sus informes sobre talleres y personal, medios y recursos... Podríamos pensar que la iniciativa era importante; pero no se debe olvidar que en el trasfondo se encuentra la reforma tridentina del Nuevo Rezado: mediante las bulas *Quod nobis* (1568) y *Quo primum* (1570), Pío V promulgó la edición del *Breviario* y el *Misal Romano*, lo que suponía una efectiva desaparición de los libros diocesanos ante la importancia que adquirirían los nuevos textos. En realidad, el final del Concilio de Trento y la recuperación de un control eclesiástico centralizado en el Papa, suponen un durísimo revés —otro más— para las imprentas castellanas, que no están preparadas para abastecer la nueva demanda con la rapidez necesaria, pues aún no habían logrado salir de la crisis de hacía diez años: Plantino en Flandes y las imprentas venecianas y francesas (París y Lyon) serán las grandes beneficiadas. Este fracaso es también el fracaso en tantos otros campos del imperio. En este contexto hemos de situar la escritura y la difusión de algunos libros de caballerías, vinculados a ciudades universitarias, como Alcalá de Henares, y a la paulatina desaparición de los textos caballerescos de los talleres de impresión, con la creciente difusión de manera manuscrita. Dicho de otro modo: que los infolios dejen de publicarse no es una prueba de que su contenido haya dejado de interesar a los lectores, sino de las dificultades que tiene la industria editorial hispánica —especialmente la castellana— para hacer frente a la inversión necesaria: sólo los libros que han demostrado su éxito (en especial, *Amadís de Gaula*, y algunas de sus continuaciones), y aquellos otros vinculados a ciclos caballerescos de entretenimiento, como el del *Espejo de príncipes y caballeros*, llegarán a las prensas. Otros muchos se tendrán que difundir en ejemplares de ediciones anteriores o de manera manuscrita. ¿Cuántos libros de caballerías se escribieron y se difundieron durante estos años de crisis, durante estos años en que el imperio en que no se ponía el sol, mostraba también algunas de sus

facetas más negras en Castilla? Nunca lo sabremos... año a año se siguen descubriendo nuevos textos manuscritos; pero, seguramente, los conservados, los que hoy conocemos y los que se darán a conocer en los próximos años, son sólo una mínima parte de los que realmente existieron.

Y en este rápido recorrido de imágenes, llegamos al siglo XVII de la mano de los últimos reyes, de Felipe III o de Felipe IV, y de sus validos, como el Duque de Lerma o el Conde Duque de Olivares. Época en donde se rescata, después de la austeridad de Felipe II, el gusto por las fiestas... época en donde el humor se convierte en bálsamo para la situación de un reino que, a pesar del comercio americano, a pesar de las paces establecidas a principios del siglo (Tratado con Inglaterra en 1604, Tregua de los Doce Años con las Provincias Unidas, reconciliación con la Francia de Marie de Médicis), que acabaron con los conflictos armados que estaban desangrando el imperio, no consigue recuperar el espíritu de otras épocas. Reír como un medio de evasión; pero también la magia, la maravilla, el encantamiento, la fuerza sobrenatural de los caballeros y la hermosura (casi) indecente de las damas. Y en este nuevo contexto político, social y económico hemos de situar los dos últimos libros de caballerías conocidos: del *Quijote* (1605 y 1615) a la *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros* (posterior a 1623), dos propuestas bien diferentes de literatura de entretenimiento, que muestran el amplio arco de posibilidades que el género caballeresco había alcanzado después de un siglo de exitoso trote y de más de una victoria literaria.

2. CRONOLOGÍA

AÑO	AUTOR-OBRA	HECHOS HISTÓRICOS	HECHOS CULTURALES
¿1496?	¿Primera edición del <i>Amadís de Gaula</i> , publicada en Sevilla por Meinardo Ungut y Estanislao Polono?		
1498	<i>Baladro del sabio Merlín</i> (Burgos, Juan de Burgos).	Vasco de Gama llega a la India	<i>Crónica popular del Cid</i> (Sevilla, tres compañeros alemanes). <i>Historia de Enrique Fi de Oliva</i> (Sevilla, tres compañeros alemanes).
1499	<i>Oliveros de Castilla</i> (Burgos,		Primera edición de la

	Fadrique Biel de Basilea).		<i>Comedia de Calisto y Melibea</i> de Fernando de Rojas. <i>Partinuplés</i> (Sevilla, dos compañeros alemanes).
1500			<i>Historia de la reina Sebilla</i> (Toledo, Pedro Hagembach). <i>Historia de la Doncella Teodor</i> (Toledo, Pedro Hagembach).
1501	<i>Tristán de Leonís</i> (Valladolid, Juan de Burgos).		
1504		Muere Isabel la Católica. Fernando el Católico conquista el reino de Nápoles.	
1505		Fernando el Católico conquista Mazalquivir, que será tomado del todo en 1508.	
1506		Juana y Felipe el Hermoso son proclamados reyes de Castilla. Muere Felipe el Hermoso	El cardenal Cisneros funda la Universidad Complutense.
1507		Comienza en Castilla la regencia de	

		Fernando el Católico.	
1508	Primera edición conocida del <i>Amadís de Gaula</i> de Garci Rodríguez de Montalvo (Zaragoza, Jorge Coci).	Conquista del rey Católico del Peñón de Vélez de la Gomera.	<i>Cancionero</i> de Juan de Luzón.
1509		Fernando el Católico toma Orán.	<i>Historia de Fernán González</i> (Sevilla, Jacobo Cromberger). <i>Historia de Roberto el Diablo</i> (Burgos).
1510	<i>Sergas de Esplandián</i> (Sevilla, Jacobo Cromberger) de Garci Rodríguez de Montalvo (edición hoy perdida). <i>Florisando</i> (VI libro amdisiano) de Ruy Páez de Ribera (Salamanca, Juan de Porras). Nace Jerónimo Jiménez de Urrea.	Fernando el Católico ocupa Mostaganem, Tremecén, Tenes y el Peñón de Argel.	Francisco Fernández de Madrid traduce los <i>Remedios contra Fortuna</i> de F. Petrarca. <i>Historia de los siete sabios de Roma</i> (Sevilla, Jacobo Cromberger).
1511	<i>Palmerín de Olivia</i> (Salamanca, Juan de Porras). <i>Tirante el Blanco</i> (Valladolid, Diego de Gumiel)		Se publica el <i>Cancionero General</i> de Hernando del Castillo. <i>Elogio a la locura</i> de Erasmo de Rotterdam.
1512	<i>Primaleón</i> (libro II de <i>Palmerín de Olivia</i>) (Salamanca, Juan de Porras). <i>Guarino Mezquino</i> (Sevilla, Jacobo Cromberger): edición perdida.		<i>Libro del caballero Cifar</i> (Sevilla, Jacobo Cromberger). <i>Crónica particular del Cid</i> (Burgos, Fadrique Biel de Basilea). <i>Historia de Flores y Blancaflor</i> (Alcalá de Henares, Arnao Guillén de Brocar). <i>La poncella de Francia</i> (Sevilla, Dominico de Robertis).

1513			<i>Tablante de Ricamonte</i> (Toledo, Juan Varela de Salamanca).
1514	<i>Lisuarte de Grecia</i> (VII libro amadisiano) de Feliciano de Silva (Sevilla, Juan Varela de Salamanca): no se conservan ejemplares.		Se comienza la edición en Alcalá de Henares de la <i>Biblia Políglota</i> .
1515	<i>Demanda del Santo Grial</i> (Toledo, Juan de Villaquirán).		
1516	<i>Floriseo (libros I-II)</i> de Fernando Bernal (Valencia, Diego de Gumiel).	Muere Fernando el Católico, y comienza la regencia del cardenal Cisneros.	<i>Orlando Furioso</i> de Ludovico Ariosto.
1517	<i>Arderique</i> (Valencia, Juan Viñao).	Carlos I, rey de España. Comienza también la Reforma Protestante con la tesis de Wittenberg de Lutero.	
1518	<i>Clarián de Landanís (parte I, libro I)</i> de Gabriel Velázquez de Castillo (Toledo, Juan de Villaquirán).		
1519	<i>Claribalte</i> de Gonzalo Fernández de Oviedo (Valencia, Juan Viñao).		<i>Historia de Pierres de Provenza</i> (Burgos).
1520	<i>Leoneo de Hungría</i> (Toledo): edición perdida.	Levantamiento de las Comunidades en Castilla, y de las Germanías	

		en Valencia.	
1521	Primera edición conservada de las <i>Sergas de Esplandián</i> (Toledo, Juan de Villaquirán). <i>Lepolemo</i> de Alonso de Salazar (Valencia, Juan Jofré).		<i>Historia del emperador Carlomagno. Historia del caballero Clamades</i> (Burgos, Alonso de Melgar).
1522	<i>Clarián de Landanís (parte I, libro II)</i> de Álvar Gómez de Castro (Toledo, Juan de Villaquirán).		
1523	<i>Renaldos de Montalbán (I-II)</i> (Toledo, Juan de Villaquirán).		
1524	<i>Clarián de Landanís (libro III)</i> de Jerónimo López (Toledo, Juan de Villaquirán). <i>Reimundo de Grecia</i> (Libro III de <i>Floriseo</i>) de Fernando Bernal (Salamanca, Alfonso de Porras).		<i>Historia de Paris y Viana</i> (Burgos, Alonso de Melgar).
1525	Primera edición conservada del <i>Lisuarte de Grecia</i> de Feliciano de Silva (Sevilla, Jacobo y Juan Cromberger). <i>Espejo de caballerías</i> (I), de Pedro López de Santa Catalina (Toledo, Gaspar de Ávila).		
1526	<i>Lisuarte de Grecia</i> (VIII libro amadisiano) de Juan Díaz (Sevilla, Jacobo y Juan Cromberger). <i>Polindo</i> (Toledo)	Rebelión de los moriscos en la sierra de Espadán.	<i>Sumario de la Natural Historia de las Indias</i> de Gonzalo Fernández de Oviedo. <i>Túngano</i> (Toledo, Ramón de Petras).
1527	<i>Espejo de caballerías</i> (II) de Pedro López de Santa	Saco de Roma por las tropas	<i>Historia de Canamor.</i>

	Catalina (Toledo, Cristóbal Francés y Francisco de Alfaro). Primera edición conservada del Guarino <i>Mezquino</i> (Sevilla, Juan Varela de Salamanca).	imperiales. Nace el futuro Felipe II en Valladolid.	
1528	<i>Lidamán de Ganail</i> (parte IV de <i>Clarián de Landanís</i>) de Jerónimo López (Toledo, Gaspar de Ávila).		<i>La lozana andaluza</i> de Francisco Delicado.
1530	<i>Amadís de Grecia</i> (IV libro amadisiano) de Feliciano de Silva (Cuenca, Cristóbal Francés). <i>Florindo</i> de Fernando Basurto (Zaragoza, Pierres Hardouín).	Carlos V es coronado como emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico por el Papa Clemente VII.	
1531	<i>Féliz Magno (I-II)</i> (Barcelona, Carles Amorós): edición perdida.		
1532	<i>Florisel de Niquea, I-II</i> (X libro amadisiano) de Feliciano de Silva (Valladolid, Nicolás Tierri). <i>Florambel de Lucea (partes I y II)</i> de Francisco de Enciso Zárate (Valladolid, Nicolás Tierri).		
1533	Edición corregida por Francisco Delicado del <i>Amadís de Gaula</i> (Venecia, Juan Antonio de Sabia). <i>Platir</i> (libro III de <i>Palmerín de Olivia</i>) de Francisco de Enciso (Valladolid, Nicolás Tierri). <i>Morgante</i> (libro I) de Jerónimo Aunés (Valencia, Francisco Díaz de Romano). <i>La Trapesonda</i> (tercer libro		

	de <i>Renaldos de Montalbán</i> (Sevilla, Juan Cromberger).		
1534	<i>Lidamor de Escocia</i> de Juan de Córdoba (Salamanca). <i>Tristán el Joven</i> (Sevilla, Dominico de Robertis).		<i>La Segunda Celestina</i> de Feliciano de Silva.
1535	<i>Florisel de Niquea, III</i> (XI libro amadisiano) de Feliciano de Silva (Medina del Campo, ¿Pierres Tovans?): perdido. <i>Morgante</i> (libro II de Jerónimo Aunés (Valencia, Nicolás Durán).		
1540	<i>Valerián de Hungría</i> de Dionís Clemente (Valencia, Francisco Díaz Romano).		<i>Silva de varia lección</i> de Pedro Mexía.
1542	<i>Philesbián de Candaria</i> (Medina del Campo). <i>Baldo</i> (libro IV de <i>Renaldos de Montalbán</i>) (Sevilla, Dominico de Robertis).		
1543	Primera edición conservada del <i>Félix Magno</i> (Sevilla, Sebastián Trugillo).		
1545	<i>Belianís de Grecia (I-II)</i> de Jerónimo Fernández (edición perdida). <i>Cirongilio de Tracia</i> de Bernardo de Vargas (Sevilla, Jácome Cromberger). <i>Cristalián de España</i> de Beatriz Bernal (Valladolid, Juan de Villaquirán). <i>Florando de Inglaterra</i> (Lisboa, Germán Gallarde).	Comienza el Concilio de Trento.	
1546	Primera edición conservada del <i>Florisel de Niquea, III</i> (XI libro amadisiano) de		<i>Crónica de don Álvaro de Luna</i> .

	Feliciano de Silva (Sevilla, en casa de Juan Cromberger). <i>Silves de la Selva</i> (XII libro amadisiano) de Pedro de Luján (Sevilla, Dominico de Robertis).		
1547	Primera edición conservada de <i>Belianís de Grecia, I-II</i> de Jerónimo Fernández (Burgos, Martín Muñoz). <i>Roselao de Grecia</i> (libro III de <i>Espejo de caballerías</i>) de Pedro de Reinosa (Toledo, Juan de Ayala). <i>Palmerín de Inglaterra</i> (libro I), traducción de Miguel Ferrel (Toledo, herederos de Fernando de Santa Catalina).		Nace Mateo Alemán en Sevilla. Nace Miguel de Cervantes en Alcalá de Henares.
1549	<i>Taurismundo</i> (Lisboa, Diego de Cibdad): edición perdida.		
1550	Primera edición conservada de <i>Floramante de Colonia</i> (parte II de <i>Clarián de Landanís</i>) de Jerónimo López (Sevilla, Juan Vázquez de Ávila). <i>Palmerín de Inglaterra</i> (libro II), traducción de Miguel Ferrel (Toledo, herederos de Fernando de Santa Catalina).		<i>Coloquios matrimoniales</i> de Pedro de Luján. Jerónimo Jiménez de Urrea publica en Lyon su traducción del <i>Orlando furioso</i> de Ariosto.
1551	<i>Florisel de Niquea, IV</i> (XI libro amadisiano) de Feliciano de Silva (Salamanca, Andrea de Portonaris).		
1553			<i>Coloquios satíricos</i> de Antonio de Torquemada.
1554	Muere Feliciano de Silva.	El futuro Felipe	Primeras ediciones

		II casa con María de Tudor y se le nombra rey de Nápoles.	conservadas del <i>Lazarillo de Tormes</i> . <i>Libro de Caballería Celestial</i> de Jerónimo de Sampedro (Amberes).
1555	<i>Espejo de príncipes y caballeros (parte I)</i> de Diego Ortúñez de Calahorra (Zaragoza, Esteban de Nájera).	Paz de Augsburgo.	
1556	<i>Felixmarte de Hircania</i> de Melchor Ortega (Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba).	Carlos V abdica el trono de Castilla y Aragón en su hijo Felipe, y el Imperio en su hermano Fernando.	
1557		Muere Gonzalo Fernández de Oviedo.	Se publica en Valladolid el <i>Libro XX de la segunda parte de la general historia de las Indias</i> de Gonzalo Fernández de Oviedo.
1558		Mueren Carlos V y María Tudor, esposa de Felipe II.	<i>Pragmática</i> que regula la impresión de los libros, y su distribución en el reino de Castilla.
1559			<i>La Diana</i> de Jorge de Montemayor.
1563	<i>Leandro el Bel</i> (libro segundo de <i>Lepolemo</i>), traducción de Pedro de Luján (Toledo, Miguel Ferrer).	Concluye el Concilio de Trento. Comienza la	

		construcción del Escorial.	
1564	<i>Olivante de Laura</i> de Antonio de Torquemada (Barcelona, Claudio Bornat).		<i>La Diana enamorada</i> de Gil Polo.
1565		Revolta en los Países Bajos.	<i>Selva de aventuras</i> de J. de Contreras.
1568		Sublevación de los moriscos; comienza la Guerra de las Alpujarras. Mueren el príncipe Carlos e Isabel de Valois. Felipe II nombra a Don Juan de Austria, su hermanastro, Capitán General del Mediterráneo.	<i>Historia verdadera de la conquista de la Nueva España</i> de B. Díaz del Castillo.
1569			<i>La Araucana</i> de A. de Ercilla.
1570		Felipe II se casa con Ana de Austria. Se organiza la Liga Santa.	<i>Jardín de flores curiosas</i> de Antonio de Torquemada. <i>Caballería Cristiana</i> de Jaime de Alcalá (Alcalá de Henares).
1571		Batalla de Lepanto. Fin de la guerra de las Alpujarras.	
1572			Fr. Luis de León es encarcelado por la Inquisición.

1574			Muere Jerónimo Jiménez de Urrea.
1575		Segunda bancarrota de Castilla.	
1576	<i>Febo el Troyano</i> de Esteban de Corbera (Barcelona, Pedro Malo).	Don Juan de Austria, regente de los País Bajos.	
1579	<i>Belianís de Grecia, III-IV</i> de Jerónimo Fernández (Burgos, Pedro de Santillana).		
1580	<i>Espejo de príncipes y caballeros (libro II)</i> de Pedro de la Sierra (Alcalá de Henares, Juan Íñiguez de Lequerica).	Felipe II es proclamado rey de Portugal.	
1583			<i>El pastor de Fílida</i> de L. Gálvez de Montalvo. <i>Celidón de Iberia</i> , de Gonzalo Gómez de Luque.
1586	Última edición del <i>Amadís de Gaula</i> (Sevilla, Fernando Díaz).		<i>Las lágrimas de Angélica</i> de L. Barahona de Soto. <i>Rosián de Castilla</i> de Joaquín Romero de Cepeda (Lisboa).
1587	<i>Espejo de príncipes caballeros (parte III)</i> de Marcos Martínez (Alcalá de Henares, Juan Íñiguez de Lequerica).		<i>Caballero Assissio</i> por Fray Gabriel de Mata.
1588		Derrota de la Armada Invencible.	<i>Florando de Inglaterra</i> .

1591			<i>Flor de varios y nuevos romances</i> de A. de Villalta. <i>El pastor de Iberia</i> de B. de Vega.
1596			<i>Philosophía antigua poética</i> de A. López Pinciano.
1598		Muere Felipe II.	
1599	<i>Flor de caballerías</i> de Francisco de Barahona (texto manuscrito).		Se publica la 1ª parte del <i>Guzmán de Alfarache</i> de Mateo Alemán (Madrid, Várez de Castro).
1601		La corte se traslada a Valladolid.	
1602	<i>Policisne de Boecia</i> de Juan de Silva y de Toledo (Valladolid, herederos de Juan Íniguez de Lequerica).		2ª parte del <i>Guzmán de Alfarache</i> , de Juan Martín (bajo el seudónimo de Mateo Luján), (Valencia).
1603			Quevedo redacta el <i>Buscón</i> .
1604			Segunda parte de <i>Guzmán de Alfarache</i> , de Mateo Alemán (Lisboa, Pedro Crasbeeck). <i>Toledana discreta</i> , por Eugenio Martínez.
1605	Se publica la primera parte del <i>Quijote</i> de Miguel de Cervantes.	Nacimiento del futuro Felipe IV.	
1606		La corte vuelve	

		a trasladarse a Madrid.	
1607		Nueva bancarrota de España.	
1609		Se decreta la expulsión de los moriscos.	<i>Arte nuevo de hacer comedias</i> de Lope de Vega.
1610			<i>Caballero peregrino</i> , por Fray Alonso de Soria (Cuenca).
1615	Se publica la segunda parte del <i>Quijote</i> de Miguel de Cervantes.		
1616			Muere Miguel de Cervantes en Madrid.
1621		Muere Felipe III. Felipe IV es nombrado rey de España.	
POST. 1623	<i>Espejo de príncipes y caballeros (quinta parte)</i> : texto manuscrito.		

3. LIBROS DE CABALLERÍAS CASTELLANOS: UN CORPUS Y UNA PROPUESTA DE CLASIFICACIÓN

Una nueva pregunta: ¿puede hablarse de los libros de caballerías como un género? O dicho en otras palabras: ¿existe un único género de libros de caballerías? Como siempre, como casi siempre desde el siglo XVII hasta nuestros días, cuando uno se acerca a la comprensión del género narrativo caballeresco, la idea de un personaje cervantino ha venido a delimitar una imagen y, de su mano, un juicio. ¿El personaje? El canónigo de Toledo que en el camino se encuentra con el cura, y con el curioso encantamiento que han ideado para devolver a don Quijote a la aldea de Alonso Quijano. Estamos en el capítulo 48 de la primera parte y las palabras escritas por Cervantes, pero pronunciadas por un canónigo, autor de unos cien folios de un libro

de caballerías, son estas:

«—Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar a leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, cuál más, cuál menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel, ni estrotro que el otro.»

Desde que el *Quijote* comenzó a comentarse a finales del siglo XVIII (Bowe y Vicente de los Ríos) o principios del XIX (Pellicer y Clemencín), la imagen de los libros de caballerías había sido fijada con una nitidez que, curiosamente en el siglo XXI, se sigue defendiendo en algunos manuales de literatura (e incluso escolares) que podemos concretar de la siguiente manera: los libros de caballerías son textos nacidos a principios del siglo XVI, de la mano de unas obras geniales (o, al menos, muy interesantes), como son la refundición renacentista de Garci Rodríguez de Montalvo de los libros medievales del *Amadís de Gaula*, o el texto del *Tirant lo Blanch* (o el *Tirante el Blanco*, en su traducción castellana de 1511); a partir de este momento, y dado el éxito de esta propuesta narrativa (e ideológica), se van a escribir a lo largo de la centuria (impulsados, sin duda, por el empuje militar y cultural de Carlos V) nuevos textos, pero, al repetirse una serie de fórmulas, de temas, de motivos, se consume el empobrecimiento del género, hasta llegar a ese «todos ellos son una misma cosa», que hizo que los nobles lectores, desde mediados del siglo XVI, atendieran a otros géneros narrativos, como la ficción sentimental (más allá de los primeros decenios del siglo XVI), los libros de pastores (desde la *Diana* de Montemayor), la picaresca (desde el *Lazarillo de Tormes*), o la novela bizantina... La facilidad actual de acceso a los textos caballerescos gracias a la edición moderna de los mismos (especialmente desde el Centro de Estudios Cervantinos), y los estudios que se han multiplicado en los últimos veinte años, permiten ahora, a las puertas del siglo XXI, dibujar una imagen del género caballeresco (en estas páginas, un mero esbozo de los distintos aspectos que podrían tratarse) bien diferente a la que la crítica defendió (¡y algunos siguen haciéndolo!) en el siglo XIX.

Ante todo, hemos de situar el género de los libros de caballerías dentro de una «materia caballeresca» mucho más amplia, en donde se deberían englobar obras de diferente naturaleza, pero todas ellas unidas por una serie de características narrativas, ideológicas y empresariales. Entre las primeras, destacarían dos: en la materia caballeresca se muestran las aventuras, las acciones tanto militares como amorosas, de una serie de personajes pertenecientes a la nobleza, a la realeza; personajes en lo más alto del escalafón social. Las historias —como los espacios, los tiempos, las acciones...— girarán en torno a este principio básico, y se organizan en una estructura abierta, que propiciará las continuaciones y la multiplicación de las aventuras, siguiendo el modelo del *entrelazamiento narrativo*, experimentado ya en los textos artúricos medievales. Estos personajes —el héroe, en una palabra—

permitirán, en especial en una primera época, defender un determinado modelo ideológico de sociedad, la defensa de una serie de principios que permitan el mantenimiento de un determinado poder; pero, junto a todo ello, no hemos de olvidar que la materia caballeresca —junto a la celestinesca y, más adelante, la picaresca—, constituye una de las bases de la imprenta hispánica, de la industria de la producción y distribución de libros; de ahí las características empresariales a las que se ha hecho mención con anterioridad.

Sobre caballeros andantes, sobre damas guerreras, sobre amantes, sobre gigantes, sobre enemigos de la fe, sobre encantadores, sobre aventuras de mil cabezas, se puede escribir en verso o en prosa, se puede escribir en un formato folio, en esos volúmenes que el cura llamará «toneles» en el escrutinio de la biblioteca de Alonso Quijano, o en formato más pequeño, e incluso en pliegos de cordel, se puede escribir piezas de teatro, romances... llegándose incluso a la «divinización» de la materia; se puede, por último, romper los límites entre la ficción (las *historias fingidas* de las que habla Garci Rodríguez de Montalvo en el prólogo de su *Amadís* [fragmento 1]) y la historiografía, las crónicas que cuentan las hazañas de reyes o de caballeros de la antigüedad, como reyes y caballeros también lo serán los protagonistas de las sagas caballerescas, todas ellas —a excepción del *Quijote*— situadas en tiempos históricos, en tiempos pretéritos.

De esta manera, se hace necesario precisar un corpus de títulos que se deberían englobar dentro el epígrafe «libros de caballerías», más acá de los límites (amplios, en exceso) de la materia caballeresca que se ha esbozado en las páginas anteriores; corpus en los que la crítica no se ha puesto de acuerdo. El que aquí presentamos sigue las propuestas que José Manuel Lucía Megías ha realizado en los últimos años (2000 y 2002), frente a otras, como la seguida por Daniel Eisenberg y M^a Carmen Marín Pina, en su excelente bibliografía sobre la materia (2002).

Los libros de caballerías son, a un tiempo, un género literario —con una serie de características, de motivos y de modelos narrativos, que se irán modificando y ampliando a lo largo del siglo XVI hasta límites insospechados—, y un género editorial —con una serie de características externas que se mantienen inalterables a lo largo de la centuria, e incluso más allá de los primeros decenios del siglo XVII—. Esta doble cara de un mismo objeto: a un tiempo, *texto y libro, literatura y negocio*, permitirá diferenciar los libros de caballerías de otra serie de textos de la materia caballeresca:

- a) Por un lado, los textos en verso^[1], o los textos caballerescos a lo divino^[2], se alejan de los libros de caballerías por unas más que evidentes diferencias literarias; lo mismo que sucede con los textos dramáticos o poéticos.
- b) Por otro lado, se puede establecer la diferencia entre las «historias caballerescas breves» estudiadas por Víctor Infantes y por Nieves Baranda, y nuestros textos, en especial, por unas características editoriales (formato

cuarto, reducida extensión, difusión en pliegos de cordel...), que también pueden ampliarse a algunas narrativas, que vienen obligadas por su extensión: los amplios ciclos caballerescos de los libros de caballerías permiten absorber y ampliar esquemas y modelos de construcción narrativa que en una historia caballeresca breve resulta del todo imposible.

A esta doble cara, la del libro de caballerías como un *texto* (literatura) y como un *libro* (impresión), habría que sumar un último aspecto, mucho más problemático que los anteriormente citados: la recepción. Dicho en otras palabras: en el género de los libros de caballerías hemos de incluir aquellos títulos que se editaron (industria editorial) y que se leyeron (recepción) como tales, aunando, sin lugar a dudas, una serie de características tipográficas muy precisas (formato, grabado de portada, grabados interiores, etc.) y una lectura dentro del género. ¿Acaso no se leyó el *Tirante el Blanco* —cuyo original es catalán— o el *Palmerín de Inglaterra* —de origen portugués—, como libros de caballerías castellanos? ¿Acaso Diego de Gumiel o los herederos de Fernando de Santa Catalina no los imprimieron como libros de caballerías? Y los casos de los textos publicados en Castilla o Aragón en español escritos en francés o italiano se pueden multiplicar, dándose algunos casos curiosos. Sólo comentaremos uno, para saltar rápidamente a otro asunto: *Espejo de caballerías* se constituye como un ciclo de mediano éxito, vinculado a Toledo. Los dos primeros libros fueron traducidos por Pedro López de Santa Catalina y editados en Toledo en 1525 y 1527, respectivamente; más que traducción en un sentido actual, deberemos hablar de una «reelaboración» (en ocasiones refundición, como la llevada a cabo por el medinés Garcí Rodríguez de Montalvo y su *Amadís de Gaula*) del *Orlando Innamorato* de M. M. Boiardo (1483-1495), así como aparecerán en ellos episodios procedentes de otros tres poemas que continúan sus aventuras: *Il quarto libro de l'inamoramento d'Orlando* de N. degli Agostini (1506), *Il Quinto Libro de lo Inamoramento de Orlando* de R. Valciéco da Verona (1513) y el *Sesto libro del Innamoramento d'Orlando* de Pierfrancesco Conte da Camerino (1518). Por su parte, la tercera parte de *Espejo de caballerías*, titulada *Roselao de Grecia*, la escribe Pedro de Reinoso y ve la luz en 1547. Como en las dos primeras entregas del ciclo, se anuncia que se trata de una traducción del toscano (no se olvide que todos los libros de caballerías se presentan como una «traducción»), pero en realidad, no lo es: se trata de una obra original, que continúa las líneas narrativas comenzadas en los textos anteriores. Ningún lector de la época establecería una diferencia entre las dos primeras partes del ciclo, y esta tercera obra, escrita y publicada unos años después. ¿Acaso los críticos del siglo XXI sí que podemos hacerlo?

Este último factor (el de la recepción, el de la conciencia lectora coetánea de los libros de caballerías) tendrá que ser explorado, siempre pensando en el telón de fondo de la materia caballeresca, que engloba éstos y otros tantos títulos de nuestra literatura. Nos movemos, de una manera un poco resbaladiza, en los límites: se han

estudiado las estrategias comerciales de los impresores (y de los libreros) al imitar las características del género editorial de los libros de caballerías a la hora de editar crónicas, o incluso textos medievales, como la *Crónica del Cifar* (Lucía Megías, 2000); pero aún nos hemos de plantear dónde situar una serie de textos, que, o por el prestigio de su autor (las continuas traducciones de Ariosto, por ejemplo), o por la singularidad de su planteamiento (los *Nueve de la Fama*, por ejemplo) quedan —inevitablemente— fuera de nuestra cuadrículada, esquemática concepción de la literatura áurea; muchos de ellos fueron impresos dentro del género editorial caballeresco; pero ¿fueron leídos como libros de caballerías, aunque, en especial, el último, por sus características no se acerque a un libro de aventuras como al que nos tiene acostumbrado el género?

En todo caso, estamos ante el único género literario de carácter narrativo que mantendrá su vigencia durante todo el siglo XVI, y más allá. En 1623 se publica en Zaragoza, la tercera y cuarta parte del *Espejo de príncipes y caballeros*, en las prensas de Pedro Cobarte. En realidad, se trata de la tercera parte que Marcos Martínez publicara en Alcalá de Henares en 1583, ahora dividida en dos libros, para así poderlos vender como fascículos (y acercarse, una vez más, al modelo de los cuatro libros de *Amadís de Gaula*). En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva en un códice manuscrito la *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*, que debe ser unos años posteriores. El primer texto caballeresco que podría entrar en nuestro corpus, podría ser el *Baladro del Sabio Merlín*, publicado en Burgos en 1499, o el *Tristán de Leonís* de 1501, más cercano a las características externas del género editorial que se va a imponer, gracias, sobre todo, a la primacía editorial en el género de la imprenta de los Cromberger en Sevilla, espléndidamente estudiada por Clive Griffin hace unos años. De este modo, nos estamos moviendo en un arco temporal de unos ciento cincuenta años; y sin límites de fronteras, ya que los libros de caballerías en castellano se van a publicar en todas las ciudades de Castilla y Aragón, así como en Portugal (Lisboa y Évora), Italia (Roma y Venecia) y en, menor medida, en Flandes (una única edición amadisiana en octavo en Amberes); Francia, desde muy pronto, tendrá que preocuparse en dar difusión a las ediciones de las traducciones francesas, así como a las continuaciones. Algunos de los textos caballerescos hispánicos serán traducidos y continuados más allá de nuestras fronteras, tanto geográficas como lingüísticas.

Dentro de este amplio arco temporal, conocemos la existencia (ya que nos han llegado ejemplares de sus ediciones —no todas de la primera edición—) de casi ochenta títulos de libros de caballerías, algunos de ellos difundidos sólo de manera manuscrita, ya que, a partir de las primeras bancarrotas económicas del imperio de Felipe II, la industria hispánica va a entrar en una crisis que le imposibilitaba hacer frente a la enorme inversión de textos de esta naturaleza (editorial, se sobreentiende). La decreciente presencia de los textos caballerescos en la imprenta a partir de la década de los años sesenta del siglo XVI, se había tomado como indicio del paulatino

abandono del interés de la nobleza por la lectura de estos textos, así como demostración de su decadencia literaria. Los libros de caballerías manuscritos, aquellos que desde mitad del siglo XVI se escriben para su difusión al margen de las letras de molde, han venido a mostrar la falsedad de este tópico en la recepción del género caballeresco.

El corpus de los libros de caballerías estaría formado, siguiendo los planteamientos antes indicados, por los siguientes títulos^[3]:

[1] *Adramón*

[2] *Amadís de Gaula* (I-IV) de Garci Rodríguez de Montalvo

[3] *Las sergas de Esplandián* (V) de Garci Rodríguez de Montalvo

[4] *Florisando* (VI) por Ruy Páez de Ribera

[5] *Lisuarte de Grecia* (VII) de Feliciano de Silva

[6] *Lisuarte de Grecia* (VIII) de Juan Díaz

[7] *Amadís de Grecia* (IX) de Feliciano de Silva

[8] *Florisel de Niquea* (X: partes I-II) de Feliciano de Silva

[9] *Florisel de Niquea* (XI: parte III) de Feliciano de Silva

[10] *Florisel de Niquea* (XI: parte IV) de Feliciano de Silva

[11] *Silves de la Selva* (XII) de Pedro de Luján

[12] *Arderique*

[13] *Baladro del sabio Merlín*

[14] *Demanda del santo Grial*

[15] *Belianís de Grecia* (partes I-II) de Jerónimo Fernández

[16] *Belianís de Grecia* (partes III-IV) de Jerónimo Fernández

[17] *Belianís de Grecia* (parte V) de Pedro Guiral de Verrio

[18] *Bencimarte de Lusitania*

[19] *Caballero de la Luna* (libros III-IV)

[20] *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas

[21] *Clarián de Landanís* (primera parte, libro I) de Gabriel Velázquez de Castillo

[22] *Clarián de Landanís* (primera parte, libro II) de Álvaro de Castro

[23] *Floramante de Colonia* (segunda parte de *Clarián de Landanís*) de Jerónimo

López

[24] *Clarián de Landanís* (libro III) de Jerónimo López

[25] *Lidamán de Ganail* (cuarta parte de *Clarián de Landanís*) de Jerónimo

López

[26] *Claribalte* de Gonzalo Fernández de Oviedo

[27] *Claridoro de España*

[28] *Clarís de Trapisonda*

[29] *Clarisel de las Flores* de Jerónimo de Urrea

[30] *Cristalián de España* de Beatriz Bernal

- [31] *Espejo de caballerías* (libro I) de Pedro López de Santa Catalina
- [32] *Espejo de caballerías* (libro II) de Pedro López de Santa Catalina
- [33] *Don Roselao de Grecia* (libro III de *Espejo de caballerías*) de Pedro de Reinoso
- [34] *Espejo de príncipes y caballeros* (I) de Diego Ortúñez de Calahorra
- [35] *Espejo de príncipes y caballeros* (II) de Pedro de la Sierra
- [36] *Espejo de príncipes y caballeros* (III[-IV]) de Marcos Martínez
- [37] *Espejo de príncipes y caballeros* (V)
- [38] *Febo el Troyano* de Esteban Corbera
- [39] *Félix Magno* (libros I-IV)
- [40] *Felixmarte de Hircania* de Melchor Ortega
- [41] *Filorante*
- [42] *Flor de caballerías* de Francisco de Barahona
- [43] *Florambel de Lucea* (partes I-II) de Francisco de Enciso Zárate
- [44] *Florambel de Lucea* (parte III) de Francisco de Enciso Zárate
- [45] *Florando de Inglaterra*
- [46] *Florindo* de Fernando Basurto
- [47] *Floriseo* (libros I-II) de Fernando Bernal
- [48] *Reimundo de Grecia* (libro III de *Floriseo*) de Fernando Bernal
- [49] *Guarino Mezquino*
- [50] *Leon Flos de Tracia*
- [51] *Lepolemo* (El Caballero de la Cruz) de Alonso de Salazar
- [52] *Leandro el Bel*
- [53] *Lidamarte de Armenia* de Damasio de Frías y Balboa
- [54] *Lidamor de Escocia* de Juan de Córdoba
- [55] *Marsindo*
- [56] *Mexiano de la Esperanza* (primera parte) de Miguel Daza
- [57] *Morgante* de Jerónimo Aunés
- [58] *Olivante de Laura* de Antonio de Torquemada
- [59] *Oliveros de Castilla*
- [60] *Palmerín de Inglaterra*
- [61] *Palmerín de Olivia* de ¿Francisco Vázquez?
- [62] *Primaleón* de ¿Francisco Vázquez?
- [63] *Platir* de Francisco de Enciso Zárate
- [64] *Philesbián de Candaria*
- [65] *Policisne de Boecia* de Juan de Silva y Toledo
- [66] *Polindo*
- [67] *Polismán* de Jerónimo de Contreras
- [68] *Quijote de la Mancha* (primera parte) de Miguel de Cervantes
- [69] *Quijote de la Mancha* (segunda parte) de Miguel de Cervantes

- [70] *Renaldos de Montalbán* (libros I-II) de Luis Domínguez
- [71] *La Trapesonda* (libro III de *Renaldos de Montalbán*)
- [72] *Baldo* (libro IV de *Renaldos de Montalbán*)
- [73] *Selva de Cavalariás* (segunda parte) de Antonio de Brito da Fonseca
- [74] *Tirante el Blanco*
- [75] *Tristán de Leonís*
- [76] *Tristán el Joven*
- [77] *Valerían de Hungría* de Dionís Clemente

¿Son todos ellos «una misma cosa»? Por supuesto que no. Es imposible que un género que se copia, que se repite hasta la saciedad pueda sobrevivir más allá de un siglo, con casi ochenta títulos, y centenares de ediciones, y miles de ejemplares circulando de mano en mano y conservados en las bibliotecas más prestigiosas de la época (como la del conde de Gondomar, como después las de Mazarin o Colbert en Francia). Pero si difícil —y es un capítulo que todavía no está del todo cerrado, ni incluso por nuestra parte— es delimitar el corpus del género, se presenta como *aventura* digna de mejores *héroes* que nosotros, la de establecer una posible clasificación. Pero la dificultad de la empresa no ha de ser obstáculo para nuestra osadía. En este sentido, más que elegir una serie de elementos internos en los libros de caballerías (la magia, la aventura amorosa, la presencia de la mujer, etc.), que permitiría propuestas bien diversas, se ha optado por una clasificación del corpus caballeresco que permita un acercamiento a las líneas de evolución que se han ido sucediendo y superponiendo a lo largo de esos casi ciento cincuenta años de vida del género, y que hemos concretado en dos paradigmas fundamentales, con sus respectivas respuestas (Lucía Megías, 2002).

1. Paradigma inicial: *propuesta idealista*, encarnado por la reescritura de Garcí Rodríguez de Montalvo del primitivo *Amadís de Gaula* (y en menor medida, de las *Sergas de Esplandián*), en donde la narración se articula a partir de dos ejes: caballeresco y amoroso, con un sentido ideológico y una función didáctica, que se irá perdiendo a lo largo de la centuria, no así el modelo narrativo que propone, que puede complicarse de manera extrema en textos como los del ciclo del *Palmerín de Olivia*. Antes de esta propuesta —exitosa donde las haya—, hemos de situar la traducción —y adaptación— de obras medievales, como el *Baladro del sabio Merlín* (1499), o *Tristán de Leonís* (1501, que tendrán sus herederos en obras originales, como el valenciano *Arderique* de 1517), o la escritura del *Adramón* —conservado manuscrito en la Bibliothèque Nationale de France—, a medio camino entre el libro de viajes y el relato caballeresco; del mismo modo, el éxito editorial de la propuesta de Garcí Rodríguez de Montalvo impulsará diferentes estrategias editoriales con la intención de vender como caballeresco lo que no lo es, como el *Libro del caballero Cifar*, de 1512.

Dos respuestas al paradigma inicial

1.1. *Propuesta realista*: se prima el realismo y la verosimilitud, desde un punto de vista cristiano (*Florisando* de Paez de Ribera) o desde un punto humanístico (como el *Silves de la Selva* de Pedro de Luján), sin olvidar otros textos singulares como el *Floriseo* de Fernando Bernal o las primeras entregas del ciclo de *Clarián de Landanís*. Obras que han de vincularse, como lo han hecho otros críticos, a textos de éxito de la época, como será la *Celestina* (y el conjunto de sus continuaciones), o el *Lazarillo de Tormes*, más adelante.

1. 2. *Propuesta experimental*: en este grupo destaca la aportación al género de Feliciano de Silva, que, seguramente sea el autor del siglo XVI que más hizo por ampliar los límites de los géneros que se fueron sucediendo en la narrativa de la época. Sus propuestas, su éxito y su difusión al estar realizadas bajo el amparo del ciclo amadisiano, pondrán las bases al segundo paradigma que encontramos en el siglo XVI.

2. Segundo paradigma: *propuesta de entretenimiento*. De la mano de éxitos como el ciclo del *Espejo de príncipes y caballeros* y del *Belianís de Grecia* (tantas veces citado en el *Quijote*), podemos hablar que en la segunda mitad del siglo XVI, además de la reedición de textos pertenecientes al ciclo de Amadís de Gaula (*paradigma inicial + propuesta experimental*), predomina una literatura de evasión, en donde se busca, por encima de la enseñanza, el entretenimiento, aunque sin rechazar —de manera nominal— aquella. Un modelo narrativo en donde la estructura, la verosimilitud, el cuidado en el lenguaje estarán supeditados al humor, la hipérbole, la concatenación de maravillas y la mezcla de géneros. En la segunda mitad, como ya se ha indicado, podemos datar la aparición de los libros de caballerías manuscritos, que se diferencian de los impresos sólo en su medio de transmisión (debida más a condicionantes externos que literarios), y que permiten documentar propuestas de entretenimiento que nunca tuvieron un hueco en las letras de molde, como el libro de tintes eróticos (*Filorante*, por ejemplo).

¿Dónde hemos de situar el *Quijote* en esta clasificación caballeresca? El *Quijote* es un libro de caballerías de entretenimiento, que, siguiendo algunos de sus presupuestos, como la mezcla de géneros, se distancia de todos los conocidos por dos razones: por hacer del humor su columna vertebral, y por volver a los modelos narrativos de las primeras décadas del siglo XVI para escribir una obra que estuviera más cercana a la visión (renacentista) que poseía Cervantes de la ficción narrativa, en donde la estructura y la verosimilitud se convierten en dos de sus claves. Sin olvidar que fueron escritos por una pluma diestra y afilada, muy lejos de la inexperiencia, tanto literaria como vital, de la mayoría de los autores de los libros de caballerías castellanos (véanse *Actividades*, 1.2). Como escribió Cervantes y puso en boca del canónigo de Toledo, al final del capítulo 47 de la primera parte:

«... hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos [...]. Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida, que después de acabada tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho. Porque la escritura desatada d'estos libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria: que la épica tan bien puede escrebirse en prosa como en verso.»

De este modo, sería posible hablar de un tercer paradigma en la literatura caballeresca: *la propuesta cervantina*, dentro del conjunto de los libros de caballerías; propuesta que retoma aspectos de técnicas narrativas y de contenido de las dos anteriores, creando, a un tiempo, un libro de caballerías tópico y un libro de caballerías original, una obra que supo sacarle los mejores frutos a un género alejándose de los textos caballerescos que se escriben y difunden a finales del siglo XVI. Pero propuesta caballeresca que no supo dar frutos en España: no olvidemos que la revalorización del *Quijote* como una obra maestra de la ficción se debe a la pluma de los ingleses y alemanes del siglo XVIII. En España, como en Francia, por ejemplo, siempre prevaleció la visión humorística, esa que convirtió a Sancho Panza en el verdadero protagonista de la obra, el que llegó a dar sentido a las continuaciones francesas que se escribieron en el siglo XVII, y a tantas obras que se multiplicaron en los siglos posteriores, modificando, de manera global, los horizontes de expectativas en los que se fraguó y en los que se difundió el primer *Quijote*.

Y como sucede con el resto de los paradigmas caballerescos, la aparición de una nueva propuesta no supone la desaparición de las anteriores: las reediciones de *Amadís de Gaula* llegan hasta 1586 (Sevilla, Fernando Díaz), y la de las *Sergas de Esplandián* se fechan en 1588 (Alcalá de Henares, Juan Gracián), mientras que los libros de caballerías de entretenimiento se seguirán escribiendo y difundiendo con posterioridad al éxito cervantino, ya sea gracias al manuscrito (*Bencimarte de Lusitania*, *Leon Flos de Tracia*, *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros...*), como en letras de molde (los impresos zaragozanos de 1617 y de 1623 de los tres primeros libros del *Espejo de príncipes y caballeros*, convertidos en cuatro libros de la mano de un avisado librero).

El *Quijote* de Miguel de Cervantes, las dos propuestas narrativas (la de 1605 y la de 1615, que no debemos confundir en un único texto) dentro del género caballeresco no gozaron de las continuaciones y reelaboraciones que sí que tuvieron los textos de entretenimiento, que se difunde a lo largo de un siglo... ¿o tal vez sí? La continuación quijotesca de Fernández de Avellaneda (1614) y las que se escribieron en Francia (en donde el protagonismo de Sancho Panza, armado caballero, llega a eclipsar a su amo, que no muere en su aldea al final de la segunda parte), o en Inglaterra, bien pueden entenderse como respuestas a este tercer paradigma dentro de los libros de caballerías; respuestas que de la mano de lectores (y escritores) ingleses y alemanes de los siglos XVIII y XIX podemos hacer llegar hasta la novela moderna,

hasta la que hoy en día se escribe y difunde; novela que incide en los aspectos más originales de la propuesta caballeresca cervantina, que, como tantos otros textos caballerescos a lo largo del siglo XVI, nació más como un producto editorial que literario; más como un encargo de un avisado librero que testamento literario de Cervantes: *texto y libro, literatura y comercio*, una vez más (como siempre) se dan la mano en el género narrativo que conocemos con el nombre de libros de caballerías.

4. OPINIONES SOBRE EL GÉNERO CABALLERESCO

«Resumamos, pues, lo dicho, y acabemos con esto de la forma y materia de la épica para que pasemos adelante; digo, en suma, que la épica es imitación común de acción grave, por común se distingue de la trágica, cómica y ditirámica, porque ésta es enarrativa y aquellas dos, activas; y por grave se distingue de algunas especies de Poética menores, como de la parodia y de las fábulas apologéticas, y aun estoy por decir de las milesias o libros de caballerías, los cuales, aunque son graves en cuanto a las personas, no lo son en las demás cosas requisitas; no hablo de un Amadís de Gaula, ni aun del de Grecia y otros pocos, los cuales tienen mucho de bueno, sino de los demás, que ni tienen verosimilitud, ni doctrina, ni aun estilo grave, y, por esto, las decía un amigo mío “almas sin cuerpo” (porque tienen la fábula, que es el ánima de la Poética, y carecen de metro) y a los lectores y autores d’ellas, cuerpo sin alma»

(Alonso López Pinciano, *Philosophía antigua poética*, 1596, ed. de A. Carballo Picazo, Madrid, CSIC, 1973, vol. III, p. 178)

«En tiempo menos discreto que el de agora, aunque de más hombres sabios, llamaban a las novelas cuentos. Éstos se sabían de memoria, y nunca, que yo me acuerde, los vi escritos; porque se reducían sus fábulas a una manera de libros que parecían historias y se llamaban en lenguaje puro castellano *caballerías*, como si dijésemos *hechos grandes de caballeros valerosos*. Fueron en esto los españoles ingeniosísimos, porque en la invención ninguna nación del mundo les ha dado ventaja, como se vee en tantos *Esplandianes*, *Febos*, *Palmerines*, *Lisuartes*, *Florambelos*, *Esferamundos* y el celebrado *Amadís*, padre de toda esta máquina, que compuso una dama portuguesa. El Boyardo, el Ariosto y otros siguieron este género, si bien en verso; y aunque en España también se intenta, por no dejar de intentarlo todo, también hay libros de novelas, d’ellas traducidas de italianos, y de ellas propias, en que no le faltó gracia y estilo a Miguel de Cervantes.»

(Lope de Vega, *Las fortunas de Diana*, 1621, ed. de M. G. Profeti, Venecia, Marsilio, 1991, p. 66)

«Tiempo hubo en que la literatura caballeresca, órgano de sentimientos que ya pasaron, espejo de costumbres rancias y bárbaras, y por otra parte, almacén y depósito de las ideas más extravagantes y absurdas, pudo merecer la reprobación de los sabios, la crítica de los doctos, el anatema de filósofos y moralistas. Conocemos muy bien la especie de persecución inquisitorial que desde entonces acá han sufrido los *Libros de Caballerías*, ¡cómo si las generaciones que siguieron a Cervantes hubieran tomado a su cargo el cumplir y ejecutar la sentencia pronunciada por aquel! Pero en medio de sus absurdos, es preciso reconocerlo, estos libros contienen lecciones muy provechosas, señalan de una manera clara y distinta la marcha de la civilización y el cambio de ideas y costumbres, proporcionando así útil enseñanza a los que se dedican al estadio de la edad media. ¿Qué extraño, pues, que la generación presente, volviendo sobre el fallo de las anteriores, procure por do quiera salvar estas reliquias de nuestra antigua literatura, muestras galanas del ingenio español, y las examine y las estudie, y que los bibliófilos se las disputen con tesón, teniéndolas en tanto más aprecio, cuanto mayor fue la persecución que padecieron?»

(Pascual de Gayangos, *Libros de caballerías*, Madrid, 1857)

«El conjunto final del *Amadís* y las *Sergas* inauguraba un género muy reconocible en sus grandes líneas directrices, susceptible de ser ampliado, imitado, corregido o negado. Además de la combinación de caballería y amor, los textos refundidos por Montalvo habían acogido los más diversos materiales. Se habían remozado desde estructuras eminentemente folclóricas —los niños abandonados y después reconocidos— hasta líneas argumentales similares en sus grandes rasgos a las de la novela bizantina —mejor griega— con los amantes separados, tormentas casuales; del mismo modo, la estancia de Beltenebrós en la Peña Pobre podía interpretarse como un interludio de carácter sentimental, anuncio futuro de lo pastoril. Ahora bien, el hecho de que históricamente los cuatro primeros libros del *Amadís* se convirtieran en paradigma y referente de la serie posterior no implica que todos los libros de caballerías estén confeccionados con el mismo patrón, pues los desvíos son constantes, hasta el punto de que en algunos casos se conducen por derroteros completamente diferentes. No obstante, también es cierto que históricamente las obras de mayor éxito —por ejemplo las de Feliciano de Silva— siguieron la estela amadisiana en sus principales directrices. A los ojos de algunos escritores y lectores, el protagonista principal se había conformado como un modelo de perfección absoluta, incluso estética, como nos lo presenta Francisco Delicado.»

(Juan Manuel Cacho Blecua, «*Los cuatro libros de Amadís de Gaula y las Sergas de Esplandián*: los textos de Garci Rodríguez de Montalvo», en José Manuel Lucía Megías (coord.), *Edad de Oro*, XXI (2001), p. 115)

«El resurgimiento y el auge de [los libros de caballerías] a las puertas del Renacimiento está estrechamente unido al momento histórico, a los años más gloriosos del reinado de los Reyes Católicos. La guerra granadina y norteafricana, las guerras de Italia, la conquista del Nuevo Mundo traen consigo una nueva edad heroica en la que, pese a los cambios operados en el mundo militar y en la estructura social, la caballería todavía tiene cabida. En perfecta simbiosis dialéctica, literatura y realidad se nutren mutuamente. La realeza y la aristocracia, educada en el seno de una vieja sociedad caballeresca cada vez más corrupta, pero a la vez más refinada y cortesana, se identifica y recrea con el mundo idealizado de estos libros, encontrando en ellos importantes apoyos para respaldar su nueva ideología. A través de estas ficciones se recuperan una serie de valores éticos (honra, fama, lealtad, esfuerzo y fe) y se afianza toda una estética (torneos, justas, entradas reales, fiestas) que la monarquía, directa o indirectamente, aprovecha para la propaganda política y para consolidar su imagen. Fernando el Católico protagonizó en vida lances similares a los de los héroes de estos libros: por eso no es de extrañar que, cuando Urganda la Desconocida pregunta al autor si conoce rey parangonable a Amadís y Esplandián, Montalvo elija al monarca aragonés, quien “en todas las virtudes y gracias que a rey conviene tener ninguno destos vuestros se le podría igualar”.»

(M^a Carmen Marín Pina, «Ideología del poder y espíritu de cruzada en los libros de caballerías del periodo reinado», en *Fernando II de Aragón, el Rey Católico*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (1996), p.105)

«También para el *Tirant* (como para los ciclos de *Amadís* o de *Palmerín*, por ejemplo) existe un antes y un después de Cervantes. Parece asunto poco discutible que la lectura y la investigación de los libros de caballerías se ha visto poderosamente influida hasta fechas recientes por las sentencias que dictaminaron en su día un cura y un barbero en la primera parte de la obra, pues, desde el instante en que nació la exégesis en torno al *Quijote*, aquellos textos merecieron casi los mismos reproches y alabanzas que obtuvieron por boca de ambos personajes. Desde otra perspectiva, más benévola —o simplemente más atinada—, tal vez debiera recordarse que gracias a estos comentarios aquellas ficciones, que gozaron de una difusión inusitada durante todo el siglo XVI, no durmieron el sueño de los justos, sino que, de tanto en tanto, fueron analizadas como nota erudita o aproximación historicista que aclarase todos los significados del legado literario que Cervantes había creado, transformado y, en parte, sepultado.

(Rafael M. Mérida, «Un anciano volumen caballeresco de la biblioteca de Alonso Quijano», en Julián Acebrón, ed., *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron*, Lleida, Universitat (2001), p. 232)

5. BIBLIOGRAFÍA

Ediciones

- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, *Antología de libros de caballerías castellanos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.
- ÁLVARO DE CASTRO, *Clarián de Landanís (libro II)*, edición de Javier Guijarro Ceballos, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000.
- Baldo*, edición de Folke Gernert, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.
- DIEGO ORTÚÑEZ DE CALAHORRA, *Espejo de príncipes y caballeros*, edición de Daniel Eisenberg, Madrid, Espasa-Calpe, 1975 [1976].
- FELICIANO DE SILVA, *Lisuarte de Grecia*, edición de Emilio Sales Dasí, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.
- , *Tercera parte de Florisel de Niquea*, edición de Javier Martín Lalandá, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1999.
- Félix Magno (libros III-IV)*, edición de Claudia Demattè, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.
- Floriseo*, edición de Javier Guijarro Ceballos, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- FRANCISCO DE BARAHONA, *Flor de caballerías*, edición de José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997.
- GARCI RODRÍGUEZ DE MONTALVO, *Amadís de Gaula*, edición de Juan Manuel Cacho Bleuca, 3ª ed., Madrid, Cátedra, 1996.
- , *Sergas de Esplandián*, edición de Carlos Sainz de la Maza, Madrid, Castalia, 2003.
- JERÓNIMO FERNÁNDEZ, *Belianís de Grecia (libros I-II)*, edición de Lilia Ferrario de Orduna, Kassel, Reichenberger, 1997.
- MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, primera y segunda parte [1605 y 1615], edición de Florencio Sevilla Arroyo, Madrid, Área-Debolsillo, 2002.
- Palmerín de Olivia*, edición de Giuseppe di Stefano, Pisa, Università, 1966.
- PEDRO DE LA SIERRA, *Espejo de príncipes y caballeros (segunda parte)*, edición de José Julio Martín Romero, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- Primaleón*, edición de M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
- Platir*, edición de M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997.
- Polindo*, edición de Manuel Calderón Calderón, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.

Estudios

- ACEBRÓN RUIZ, Julián (ed.), *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, Lleida, Universitat, 2001.
- AGUILAR, M^a del Rosario, *Estudios sobre narrativa caballeresca española de los siglos XVI y XVII* (número monográfico de *Thesaurus*, tomo LIV, enero-abril, 1999), Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1999.
- ALVAR, Carlos y José Manuel LUCÍA MEGÍAS, «Los libros de caballerías en la época de Felipe II», en Isabel Lozano-Renieblas y Juan Carlos Mercado (eds.), *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, Madrid, Castalia, 2001, pp. 26-35.
- BELTRÁN, Rafael (ed.), *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, Valencia, Universitat, 1998.
- BOGNOLO, Anna, *La finzione rinnovata (Meraviglioso, corte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquecento spagonolo)* Pisa, Edizioni ETS, 1997.
- CACHO BLECUA, Juan Manuel, *Amadís: Heroísmo mítico cortesano*, Madrid, Zaragoza, Cupsa Editorial-Universidad de Zaragoza, 1979.
- «El universo ficticio de Rodríguez de Montalvo: el *Amadís de Gaula* y *Las sergas de Esplandián*», en Jean-Pierre Sánchez (ed.), *L'Univers de la chevalerie en Castille. Fin de Moyen Age-Début des Temps Modernes*, París, Éditions du Temps, 2000, pp. 251-269.
- CAMPOS GARCÍA ROJAS, Axayácatl, *Geografía y desarrollo del héroe en «Tristán de Leonís» y «Tristán el Joven»*, Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, 2003.
- CARRO CARBAJAL, Eva Belén et. alii (eds.), *Libros de caballerías (De «Amadís» al «Quijote»)*. *Poética, lectura, representación e identidad*, Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, 2002.
- CUESTA TORRE, M^a Luzdivina, *Aventuras amorosas y caballerescas en las novelas de Tristán*, León, Universidad, 1994.
- EISENBERG, Daniel, *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1982.
- y M^a Carmen MARÍN PINA, *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2000.
- GÓMEZ MONTERO, Javier, *Literatura caballeresca en España e Italia (183-1542)*. *El «Espejo de caballerías» (Desconstrucción textual y creación literaria)*, Tübingen, Niemeyer, 1992.
- GÓMEZ REDONDO, Fernando, *Historia de la prosa medieval castellana. II. El desarrollo de los géneros. La ficción caballeresca y el orden religioso*, Madrid, Cátedra, 1999.
- GUIJARRO CEBALLOS, Javier, *El «Floriseo» de Fernando Bernal*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1999.

- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000.
- (coord.), *Libros de caballerías: textos y contextos*, *Edad de Oro*, XXI (2001), Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2001.
- «Los libros de caballerías castellanos frente al siglo XXI (A propósito de una nueva publicación)», *Revista de Filología Española*, LXXXII 3/4 (2002), pp. 407-419.
- MARÍN PINA, M^a Carmen, «Ideología del poder y espíritu de cruzada en los libros de caballerías del periodo reinado», en *Fernando II de Aragón, el Rey Católico*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996, pp. 87-105.
- MÉRIDA JIMÉNEZ, Rafael M., «Fuera de la orden de natura». *Magia, milagros y maravillas en el «Amadís de Gaula»*, Kassell, Edition Reichenberger, 2001.
- ROMERO TABARES, Isabel, *La mujer casada y la amazona. Un modelo femenino renacentista en la obra de Pedro de Luján*, Sevilla, Universidad, 1998.
- ROUBAUD BÉNICHOU, Sylvia, *Le roman de chevalerie en Espagne: entre Arthur et Don Quichotte (Survivances médiévales et renouvellements)*, París, Champion, 2000.
- SARMATI, Elisabetta, *Le critiche ai libri di cavalleria nel cinquecento spagnolo (con uno sguardo sul seicento). Un'analisi testuale*, Pisa, Giardini Editori, 1996.

6. LA EDICIÓN

En su gran mayoría, los libros de caballerías castellanos permanecen inéditos. Gracias a la colección *Los libros de Rocinante* del Centro de Estudios Cervantinos, podemos contar con ediciones modernas de textos más allá de los cuatro primeros libros de *Amadís de Gaula* del medinés Garci Rodríguez de Montalvo, del *Palmerín de Olivia* o de la primera parte del *Espejo de Príncipes y Caballeros*, los únicos accesibles hasta años muy recientes.

A la hora de la selección de textos, se ha optado por primar aquellos que cuenten con ediciones modernas, para que el lector interesado pueda continuar su lectura sin tener que dejarse la paciencia y los ojos en los tipos de imprenta góticos del siglo XVI o en la letra —a veces demoníaca por procesal— de los manuscritos (véase *Bibliografía*). En la *Antología de libros de caballerías* que José Manuel Lucía Megías coordinó en el Centro de Estudios Cervantinos (Alcalá de Henares, 2001) puede consultarse una selección del corpus completo de los libros de caballerías. La presente antología ha primado el criterio temático, como complemento de la anterior. En todo caso, los fragmentos seleccionados, además de ser adaptados a las normas de presentación a las de la colección, se han vuelto a cotejar con los originales: ejemplares de la primera edición o con los testimonios manuscritos, de acuerdo con el siguiente listado cronológico:

1. Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* [Zaragoza, Jorge Coci, 1508]: ejemplar de la British Library (Londres): C.20.e.6.
2. Rui Páez de Ribera, *Florisando* [Salamanca, Juan de Porras, 1510]: ejemplar de la British Library (Londres): C.20.e.34.
3. *Tirante el Blanco* [Valladolid, Diego de Gumiel, 1511]: ejemplar de la Biblioteca de Catalunya (Barcelona): Bon. 9-III-1.
4. *Palmerín de Olivia* [Salamanca, Juan de Porras, 1511]: ejemplar de la Nationalbibliothek (Viena): C.P.2.C.7.
5. *Primaleón* [Salamanca, Juan de Porras, 1512]: ejemplar de la Cambridge University: F.151.b.88.
6. Fernando Bernal, *Floriseo* [Valencia, Diego de Gumiel, 1516]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: R-8.966.
7. Garci Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián* [Toledo, Juan de Villaquirán, 1521]: ejemplar de la Bibliothèque Mazarine (París): Rés. 363.
8. *Lepolemo* [Valencia, Juan Jofré, 1521]: ejemplar de la Biblioteca de Catalunya (Barcelona): Bon 8-III-20.
9. Álvaro de Castro, *Clarián de Landanís*, libro II [Toledo, Juan de Villaquirán, 1522]: se ha consultado sólo la edición de Javier Guijarro Ceballos (véase *Bibliografía*).
10. Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia* [Sevilla, Jacobo y Juan Cromberger, 1525]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: U-8.571.
11. Juan Díez, *Lisuarte de Grecia* [Sevilla, Jacobo y Juan Cromberger, 1526]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: R-71.
12. *Polindo* [Toledo, Juan de Villaquirán, 1526]: ejemplar de la British Library (Londres): C.20.d.23.
13. Francisco de Enciso Zárate, *Florambel de Lucea*, libro I [Valladolid, Nicolás Tierri, 1532]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: R-4.355.
14. Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, I-II [Valladolid, Nicolás Tierri, 1532]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: R-34.796.
15. Francisco de Enciso Zárate, *Platir* [Valladolid, Nicolás Tierri, 1533]: ejemplar de la British Library (Londres): C.57.g.3.
16. Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia* [Burgos, 1535]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: U-8.571.
17. *Baldo* [Sevilla, Dominico de Robertis, 1542]: ejemplar de la Real Biblioteca (Madrid): I.C.96.
18. Bernardo de Vargas, *Cirongilio de Tracia* [Sevilla, Jacome Cromberger, 1545]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: R-3.884.
19. Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, III [Sevilla, herederos de Juan Cromberger, 1546]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: R-2.541.

20. Jerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, libro II [Burgos, Martín Muñoz, 1547]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: R-i-113.
21. *Félix Magno*, libro IV [Sevilla, Sebastián Trugillo, 1549]: ejemplar de la Biblioteca Estense (Módona).
22. Francisco de Enciso Zárate, *Florambel de Lucea*, tercera parte [mediados siglo XVI]: manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid: ms. 9424.
23. Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, parte IV [Salamanca, Andrés de Portonaris, 1551]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: R-13.149.
24. Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y caballeros*, primera parte [Zaragoza, Esteban de Nájera, 1555]: se ha tenido en cuenta sólo la edición de Daniel Eisenberg (véase *Bibliografía*).
25. Jerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, libro IV [1579]: ejemplar de la: Biblioteca Menéndez y Pelayo (Santander): 819
26. Pedro de la Sierra, *Espejo de príncipes y caballeros*, segunda parte [Alcalá de Henares, Juan Íñiguez de Lequerica, 1580]: ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: R-11.339.
27. *Claridoro de España* [finales del siglo XVII]: manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid: ms. 22070.
28. *Filorante* [finales siglo XVI]: manuscrito de la Biblioteca Zabálburu (Madrid): ms. 73-240.
29. *Leo Flos de Tracia* [finales siglo XVI]: manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid: ms. 9206.
30. Francisco de Barahona, *Flor de caballerías* [h. 1599]: manuscrito de la Real Biblioteca (Madrid): ms. II/3060.
31. Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, primera y segunda parte [1605 y 1615]: se ha tenido en cuenta la edición de Florencio Sevilla Arroyo (véase *Bibliografía*).
32. *Espejo de príncipes y caballeros*, quinta parte [post. 1623]: manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid: ms.13.137.

Dado el carácter divulgativo de la colección, a la hora de presentación de los textos caballerescos, se ha optado por la actualización de las gráficas, así como de las normas de acentuación, para los que se han seguido los nuevos criterios de la Real Academia Española.

Libros de caballerías castellanos

I.

QUE TRATA DE AUTORES, TRADUCTORES, ORIGINALES ENCONTRADOS Y DEFENSAS DEL GÉNERO CABALLERESCO

§ 1. DE CÓMO EL AUTOR DE *AMADÍS DE GAULA* ENCUENTRA UNA JUSTIFICACIÓN PARA ESCRIBIR «HISTORIAS FINGIDAS», O POR OTRO NOMBRE CONOCIDAS COMO «LIBROS DE CABALLERÍAS»

Considerando los sabios antiguos que los grandes hechos de las armas en escrito dejaron cuán breve fue aquello que en efecto de verdad en ellas pasó, así como las batallas de nuestro tiempo que [por] nós fueron vistas nos dieron clara experiencia y noticia, quisieron sobre algún cimiento de verdad componer tales y tan extrañas hazañas, con que no solamente pensaron dejar en perpetua memoria a los que aficionados fueron, mas aquellos por quien leídas fuesen en grande admiración, como por las antiguas historias de los griegos y troyanos y otros que batallaron parece^[1] por escrito. Así lo dice el Salustio, que tanto los hechos de los de Atenas fueron grandes, cuanto los sus escritores lo[s] quisieron crecer y ensalzar. Pues si en el tiempo d'estos orador[e]s, que más en las cosas de fama que de interese ocupaban sus juicios y fatigaban sus espíritus, acaeciera aquella santa conquista que el nuestro muy esforzado rey hizo del reino de Granada, ¡cuántas flores, cuántas rosas en ella por ellos fueran sembradas, así en lo tocante al esfuerzo de los caballeros, en las revueltas,^[2] escaramuzas y peligrosos combates y en todas las otras cosas de afrentas^[3] y trabajos, qu[e] para la tal guerra se aparejaron, como en los esforzados razonamientos del gran rey a los sus altos hombres, en las reales tiendas ayuntados,^[4] y las obedientes respuestas por ellos dadas y, sobre todo, las grandes alabanzas, los crecidos loores que merece por haber emprendido y acab[ad]o jornada tan católica! Por cierto, creo yo, que así lo verdadero como lo fingido que por ellos fuera recontado en la fama de tan gran príncipe, con justa causa sobre tan ancho y verdadero cimiento, pudiera en las nubes tocar, como se puede creer que por los sus sabios coronistas, si les fuera dado seguir la antigüedad de aquel estilo en memoria a los venideros, por escrito dejaran, poniendo con justa causa en mayor grado de fama y alteza verdadera, los sus grandes hechos, que los de los otros emperadores, que con más afición que con verdad que los nuestros rey y reina fueron loados; pues que tanto más lo merecen, cuanto es la diferencia de las leyes^[5] que tuvieron: que los primeros sirvieron al mundo, que les dio el gualardón,^[6] y los nuestros al Señor d'él, que con tan conocido amor y voluntad ayudar y favorecer los quiso, por los hallar tan dignos en poner en ejecución con mucho trabajo y gasto lo que tanto su servicio es; y si por ventura algo acá en olvido quedare, no quedará ante la su Real Majestad, donde les

tiene aparejado el gualardón que por ello merecen.

Otra manera de más conveniente crédito tuvo en la su historia aquel grande historiador Titus Livius para ensalzar la honra y fama de los sus romanos, que apartándolos de las fuerzas corporales, les llegó al ardimiento y esfuerzo del corazón porque, si en lo primero alguna duda se halla, en lo segundo no se hallaría; que si él por muy extremado esfuerzo dejó en memoria la osadía del que el brazo se quemó, y de aquel que de su propia voluntad se lanzó en el peligroso lago, ya por nós fueron vistas otras semejantes cosas de aquellos que menospreciando las vidas quisieron recibir la muerte, por a otros las quitar; de guisa que por lo que vimos podemos creer lo suyo que leímos, aunque muy extraño nos parezca. Pero, por cierto, en toda la su grande historia no se hallará ninguno de aquellos golpes espantosos ni encuentros milagrosos que en las otras historias se hallan, como de aquel fuerte Héctor se recuenta, y del famoso Aquiles, del esforzado Troilos y del valiente Ajaz Talamón, y de otros muchos de que gran memoria se hace, según el afición de aquellos que por escrito los dejaron. Así éstas como otras más cercanas a nós, de aquel señalado duque Godofré de Bullón en el golpe de espa[d]a, que en la puente de Antioco dio, y del turco armado, que cuasi dos pedazos fizo seyendo^[7] [y] la rey de Jerusalén. Bien se puede y debe creer haber habido Troya, y ser cercada y destruida por los griegos, y así mesmo ser conquistada Jerusalén con otros muchos lugares por este duque y sus compañeros; mas semejantes golpes que estos, atribuyámoslos más a los escritores, como ya dije, que haber en efecto de verdad pasados. Otros hubo de más baja suerte que escribieron, que no solamente edificaron sus obras sobre algún cimiento de verdad, mas ni sobre el rastro d'ella. Estos son los que compusieron las historias fengidas en que se hallan las cosas admirables fuera de la orden de natura, que más por nombre de patrañas que de crónicas con mucha razón deben ser tenidas y llamadas. Pues veamos agora si las afrentas de las armas que acaecen son semejantes a aquella que cuasi cada día vemos y pasamos, y aún por la mayor parte desviadas de la virtud y buena conciencia; y aquellas que muy extrañas y graves nos parecen sepamos ser compuestas y fengidas, ¿qué tomaremos de las unas y otras que algún fruto provechoso nos acarreen? Por cierto, a mi ver, otra cosa no, salvo los buenos ejemplos y doctrinas, que más a la salvación nuestra se allegaren, porque, seyendo permitido de ser imprimida en nuestros corazones la gracia del muy alto Señor para a ellas nos llegar, tomemos por alas con que nuestras ánimas suban a la alteza de la gloria para donde fueron criadas.

E yo esto considerando, deseando que de mí alguna sombra de memoria quedase, no me atreviendo a poner el mi flaco ingenio en aquello que los más cuerdos sabios se ocuparon, quísele juntar con estos postrimeros que las cosas más livianas y de menor sustancia escribieron, por ser a él según su flaqueza más conformes, corrigiendo estos tres libros de *Amadís* que, por falta de los malos escritores o componedores, muy corruptos y viciosos se leían; y trasladando y enmendando el libro cuarto con las *Sergas de Esplandián*, su hijo, que hasta aquí no es en memoria

de ninguno ser visto, que por gran dicha pareció en una tumba de piedra, que debajo de la tierra en una ermita, cerca de Constantinopla fue hallad[o], y traído por un húngaro mercadero a estas partes de España, en letra y pargamino tan antiguo que con mucho trabajo se pudo leer por aquellos que la lengua sabían. En los cuales cinco libros, comoquiera que hasta aquí más por patrañas que por crónicas eran tenidos, son con las tales enmiendas acompañados de tales ejemplos y doctrinas que, con justa causa, se podrán comparar a los livianos y febles saleros de corcho, que con tiras de oro y de plata son encarcelados y guarnecidos,^[8] porque así los caballeros mancebos, como los más ancianos, hallan en ellos lo que a cada uno conviene. E si por ventura en esta mal ordenada obra algún yerro pareciere de aquellos que en lo divino y humano son prohibidos, demando humilmente d'ello perdón, pues que, teniendo y creyendo yo firmemente todo lo que la Santa Iglesia tiene y manda, más la simple discreción que [no] la obra fue d'ello causa. (Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* [1508], prólogo).

§ 2. DE CÓMO ÁLVARO DE CASTRO ACEPTA CONTINUAR UN LIBRO DE CABALLERÍAS, Y DE LAS ACERTADAS RAZONES QUE OFRECE PARA SU LECTURA

Una de las loables condiciones, muy magnífico señor, que los generosos e grandes señores pueden tener es el mandar a sus súbditos a cada cual en el oficio que sabe que le puede bien servir en él; e con esto, el que sirve huelga en usar su oficio, y el que recibe el servicio se satisface creyendo que está muy bien servido del tal servidor. Y engañado en mí vuestra señoría y, teniéndome en más reputación de lo que yo debo ser tenido, me mandó que una obra que hubo venido a sus manos que fue principiada^[9] por otro (y es la *Segunda parte del muy famoso caballero don Clarián de Landanís*, de la cual no estaban aún escritas treinta hojas), que la acabase yo, porque fue informado vuestra señoría que la había llevado a Sevilla e a Valladolid e a Toledo e a otras muchas partes, para que la concluyesen, e nunca se halló quien en lo tal se pusiese. Ciertamente, señor, mejor le fuera a vuestra señoría mandarme cosa en que yo mejor supiera, así para que yo lo cumpliera con aquel deseo e voluntad que de servir tengo, como para que vuestra señoría más satisfecho quedara, porque, para haber de usar el tal oficio, requiere ociosidad y desocupación de negocios e cuidados; requiere eso mismo entera memoria para recoger^[10] gran número de nombres e vocablos diferentes e copia de historias, así antiguas como modernas, sagradas como profanas; es menester también ingenio para inventar, gracia para ordenar, expresiva para hablar. Pues faltando en mí todas estas condiciones dichas, no sé qué obra puedan mis manos hacer que no sea más digna de reprehensión que de loor alguno; porque allá son obras compuestas de mucha doctrina e salud para nuestras ánimas y no falta quien detrate^[11] e murmure d'ellas, ¿qué fará obras fingidas e mal fabricadas

que por juicio de muchos han de pasar? Mas yo, como el más acebto^[12] al servicio de vuestra señoría, hube por mejor de oponerme al blanco de las saetas enervoladas que de todas partes tirarme pueden, que no perder la obediencia al mando de vuestra señoría, que tan obligado soy de cumplir, puesto que, según mi edad, más honesto me fuera e mejor pareciera recoger mis pensamientos y sumar el número de las deudas que a Dios debo e la copia de las mercedes que d'Él tengo recibidas, e corregir la cuenta que con Él tengo para cuando llamado fuere a darla, que no despender el tiempo en cosas de vanidad; porque, como el Séneca dice, en las pérdidas no la hay mayor que la del tiempo, el cual pasa tan presto llevándonos a la muerte e con tanta velocidad que se tiene por conclusión verdadera y espantosa de oír que el primer móbile,^[13] en XXIII horas que face su vuelta entera desd'el punto que parte de Oriente y va al Occidente, donde anochece, y torna a la mañana al Oriente, anda tanto que partida una hora en cien mil partes (que serán asaz bien pequeños minutos), en cada minuto o partecica d'estas corre cuarenta y tres cuentos^[14] de leguas e setecientas e cincuenta mil leguas. E para confirmación d'esta cuenta ser verdadera, ha de saber vuestra señoría otra conclusión veresímile,^[15] según que trae el Aristóteles en el segundo de *Generación y corrupción*: que desde aquí al primer cielo, que es el de la Luna, hay tres cuentos e trecientas e treinta e seis mil e seiscientas sesenta leguas; e desde ahí al segundo cielo, que es el de Mercurio, hay diez tanto que esto; y desd'el segundo al tercero, que es el de Venus, hay otro diez tanto. E así, multiplicando diez tanto en cada cielo hasta llegar al noveno, fallarse ha que el número es en tan gran cantidad que, repartido por grados, se halla muy clara y evidentemente andar el primer móbile en cada minuto la cantidad ya dicha. Todo esto he traído para concluir que este breve tiempo en que vivimos pasa tan presto que pone espanto a los que bien lo saben. E con toda esta presteza y este aguijar tan corrido, buscamos al tiempo unos pasatiempos con que lo no sintamos pasar, como si muy de vagar anduviese o con calma se detuviesen los movimientos de los cielos; de los cuales éste es uno d'ellos de quien muy poco provecho a la salud nuestra se sigue. Mas con todo eso, fago saber a vuestra señoría que no por ser obra de mis manos digo esto, sino que todavía afirmo que esta obra, con las otras a ella semejante, son vanos pasatiempos; mas, de las peores, ésta es la mejor, porque aquí hallará el virtuoso en qué se ejercite y el vicioso quien le corrija e le aparte de sus vicios mostrándole muchos caminos por donde los virtuosos cobraron la fama que cobraron. En esta obra hay buenas doctrinas y ejemplos para confirmar a los buenos en su bondad e, a los que no lo son, inclínalos a que lo sean. Así que, aunque algún tiempo se despenda^[16] en ella, no incurre el lector en la reprehensión que leyendo en otras fábulas incurra. (Álvaro de Castro, *Clarián de Landanís*, libro II, [1522], prólogo).

§ 3. DE CÓMO JUAN ACUARIO DESCUBRE DÓNDE Y EN QUÉ CIRCUNSTANCIAS

ENCONTRÓ EL LIBRO DEL BALDO, QUE ES EL CUARTO DEL CICLO DE *RENALDOS DE*
MONTALBÁN

Como los ociosos, noble lector, quieran buscar cosas que mandadas no las harían, cinco maestros y tres grandes rabíes,^[17] conoedores de yerbas, determinamos de entrar en una nao y buscar yerbas de Alejandría para hacer perfecta atriaca,^[18] lo cual pensando, embarcámonos y en fin, después de muchos peligros, allegamos a Alejandría. Con tempestuoso viento fuemos detenidos allí, donde un día vimos en la mar parecer una isla a la cual en un batel luego fuemos, pero no le supimos el nombre; la cual bien parecía estar más hecha por artificio, que no por naturaleza. Adonde habiendo hallado materia nuestra curiosidad, fuemos hacia unos grandes edificios que allí parecían llenos de matas silvestres; no faltaban verdes lagartos ni flexibles culebras que nuestra vista huían. Pues, haciendo nosotros con las espadas por estas matas una senda, entramos con gran trabajo por ella, donde al uno se le rasgaban con las puntas de las espinas las ropas y a otros las carnes. De lado íbamos por ella y temiendo no saltase de entre aquellas yerbas alguna desmesurada culebra o bestia fiera que nos tomase en el lazo o nos mordiese. ¿Qué cosas son los hombres, que de voluntad trabajan cosas imposibles, por fuerza las posibles no las hacen? En fin que allegamos a una cueva, do no alumbraba el sol escalentador de las tierras; todo lo ocupaban las tinieblas; allí reinaba la humedad. No poco adelante, las manos puestas por las paredes, fuemos a una gran sala con unas grandes puertas que en el tocar parecían de alambre, hermoeadas de gentil altura con ásperos bollones^[19] y grandes figuras esculpidas. Mucho deseábamos la lumbré para ver qué era aquello; entonces teníamos en nada lo que habíamos buscado, pues no lo podíamos ver. Allí poco a poco guiados unos tras de otros íbamos, donde ninguna cosa v[e]íamos, sino por una poca de luz dudosa que por las cavernas de las peñas entraba, no siempre sino cuando el movable viento meneaba las menudas fojas. Allí parecían muchos sepulcros de mármol, en medio de los cuales estaba un muy alto encima de bulto fabricado un anciano varón con un réculo^[20] en la mano que decía: *Aquí yace Merlino Cocayo, poeta mantuano*. Este réculo tenía en la mano siniestra, pero con la derecha señalaba a una ventana, que en la pared estaba; y en ella una arca de hierro bien cerrada y decía un título que estaba a la redonda: *Aquí están los libros del poeta Merlino*. Nosotros fuimos allá y estaban antes muchos sepulcros de diversas colores adornados y con grandes epitafios declarados, el más insigne en él del medio, adonde decía estar enterrado el magnánimo Baldo, descendiente del emperador Reinaldos. A la redonda estaban otros caballeros; algunos d'ellos pudimos leer cómo eran de Cíngar, Filoteo, Marcelino. Do estábamos esperando a la lumbré que, destapándose las hojas, entrase por las aberturas de la cueva, allegados, quesímosla abrir, pero no pudimos porque más se nos oscureció la cueva y tanto sentimos abrir el arca y salir d'ella un gran resplandor; el cual procedía de un rubí carbúncul^[21] que en la cubierta de la arca

estaba. Allí vimos muchos libros así de mágica, de astrología, de medicina, de arte de alquimistas. Yo metí la mano entr'ellos y saqué uno d'ellos muy pequeño. Echémelo en el seno; cerrándose la arca, quesímosla traer al batel con las espadas, pero tal estruendo se comenzó que nosotros, más que atemorizados, comenzamos a correr por salir de la cueva que pensamos que se cayera sobre nosotros. Tan ligeramente huíamos como en toda nuestra vida podimos porque —como dice Vergilio— el temor da alas a los pies. Así salimos no esperándose el uno al otro. Entrámonos en el batel y saltamos luego en la nao volviendo la cara hacia la isla, pero no la vimos más. La causa d'esto se verá en la quinta parte del sabio Palagrio. Así que, habiendo buscado las yerbas que queríamos, allegamos a nuestra patria jurando de no emplear en más nuestro ocio en tal cosa; donde yo luego, viendo mi libro que trataba de tan memorables hechos, lo di a los impresores para que se manifestasen por el mundo. Es todo dicho del maestro Juan Acuario, de adonde yo, habiendo aquel libro a las manos, con más reposo que no él lo alcanzó, no pensé hallar otra mejor manera de atriaca que no él. De adonde este libro se compara a la atriaca, la cual, como sea compuesto de las entrañas de la víbora y de yerbas medicinales, puesta sobre la mordedura ponzoñosa, va derecha al corazón por parte de la víbora, donde allegando tras ellas las yerbas saludables vencen la ponzoña. De adonde tuve por bien hacer al fin de los capítulos que fuesen menester sus adiciones sacadas de filósofos morales para que tome algún provecho el lector a lo que va mi intención encaminada, no como aquellos libros que solamente alegran, y aún eso con gracias deshonestas, no siguiendo más de aquella historia prolija. De adonde, viendo la buena voluntad del maestro Juan Acuario, quise manifestar el tal libro a los de mi lengua: lo uno porque acompañase a es'otros que andan del mismo don Reinaldos; lo otro por cumplir y enriquecer, aunque no sea sino con mi buena voluntad, la lengua española. En esta transladación^[22] no van muchas cosas que, hablando con vergüenza, no son dignas de ser declaradas en nuestro común hablar. Hay otras cosas más extendidamente contadas: lo uno por dar sabor al lector, que no quede con la desgracia de no declarar el negocio; lo otro que, como la poesía atada a tantas cadenas de sonoridad, cantidad y otras cosas, va muy breve en las cosas que se habían de extender y, porque lo que se cumplió, no daña a la historia. Porque el principio d'esta obra se entienda, se pone antes un preámbulo sacado de las obras del arzobispo don Turpino. En lo demás ruego al lector que supla su saber nuestras faltas, pues no es cosa nueva errar; lo cual desde que ha el mundo principio se usa y es tan celebrada por antigüedad de tiempos, no es mucho que en mí más se demuestre y más se declare. Vale. (*Baldo* [1542], proemio).

§ 4. DE CÓMO DIEGO ORTÚÑEZ DE CALAHORRA DEFIENDE LA LECTURA DE LOS BUENOS LIBROS DE CABALLERÍAS, YA QUE, AL TIEMPO QUE ENTRETienen Y ALEJAN

Y aunque en todo lo que he dicho parece que hay muchas y diversas maneras de servicios para el hombre, hay otra que yo la tengo por más noble y que más engrandece su superioridad y señorío, y es la grande abundancia de libros que muchos grandes y muy famosos varones escribieron, los cuales, siendo ya muertos y pasados d'este mundo mil años antes que nosotros a él viniésemos, viven y moran y se hallan ahora entre nosotros; de los cuales, unos nos muestran y enseñan con divinos ingenios y santísimas doctrinas el puerto seguro donde hemos de ir a parar, y cómo hemos de conocer a Dios, y de la manera que mejor podremos servirle y agradarle; otros, con sanos y saludables consejos, nos avisan de cómo hemos de vivir y saber gobernarnos en la próspera Fortuna y en la adversa. Y aunque esto que he dicho tenga yo por mejor y por más provechoso, pero porque no falte género alguno de servicio para el hombre, y sea su mesa de todo género de manjares más cumplida, hay otra especie de libros, de poesía y de historias compuestas, los cuales, ya que no sean para tanto provecho, son para alguna manera de placer y recreación del hombre, que, leyéndolos en algunas horas de ociosidad, sirven y aprovechan a la ánima en la apartar de la ociosidad, la cual es gran materia para el vicio y muy aparejada para la infamia, que ella es la que cría la lujuria, engendra los malos pensamientos, ensoberbece el cuerpo, ofusca el ingenio, disminuye el saber, aviva la gula, despierta la ira y, finalmente, hace a los hombres ser semejables^[23] a los brutos animales, cuyo bien y suma felicidad es la ociosidad. Y demás d'esto que es tocante al ánimo, por otra parte, leyendo algunas desocupadas horas en estos libros, se recrea el ánimo y se levanta el corazón, adelgázase el ingenio, avívase el juicio, despiértase el sentido; los enfermos alivian sus enfermedades, los presos sus prisiones, los afligidos sus infortunios, y lo que más es que los grandes, los ricos, los poderosos siempre hallan algunos ejemplos y saludables avisos que les aprovechan, y ponen freno a la ira, a la soberbia y a la insaciable codicia, especialmente cuando el principal intento de los autores d'estos libros y historias es de recrear el ánimo y aprovechar el ánimo, llevando siempre adelante alguna alegoría o moralidad; que este tal libro, de más de ser sabroso para el gusto, sería provechoso para el ánimo, porque se da muy bien a comer y se gusta muy mejor a vueltas de sabrosas historias los buenos avisos y consejos, como se dan las buenas medicinas amargas envueltas en la sabrosa azúcar, que, aunque los libros enteros de cosas muy santas y de filosofales doctrinas no se puedan decir amargos, pero a muchos hay que se les hacen ásperos, pesados y escabrosos, y muchos les huyen el rostro que al sabor y gusto d'estas historias les saben bien y se aprovechan d'ellos.

Bien que no es mi intento de loar agora todo el recuaje^[24] de libros de caballerías que están escritos, porque no es menos sino que hay algunos que no hay en ellos alegoría ni moralidad alguna de que el lector se pueda aprovechar, compostura ni elocuencia de que se pueda recibir algún sabor, lo cual creo que ha seído causa que

cada día crece el número de los poetas. Y parece que se cumple ahora el dicho de Salomón: *El hacer de los libros no tiene fin*. Porque aún no ha acabado de entender una pequeña partecilla de un libro cuando luego piensa que es suficiente para hacer otros; y con estilo desabrido y rudo nos atruenan las orejas y dan en qué entender a las empressas; que ya yo he visto a muchos a quien la natura dispuso para las artes mecánicas,^[25] que usando d'ellas entre el dedal y la aguja, quieren ser poetas. Otros han usado d'esta arte de escrebir suave y apuestamente, y con gentil arte, que en sus obras dan a entender ser de vivo y agudo ingenio. Y volviendo con éstos a mi comenzado propósito, digo que es muy grande el señorío del hombre, pues de más de ser tan servido de todas las cosas que le son necesarias y provechosas, le sirven también con este género de recreación y pasatiempo. Que para que uno se recree en las horas vacuas y perdidas leyendo en estos libros, se desvelan otros y fatigan el juicio y el ingenio en componerlos; y cada hora de deleite del lector cuesta veinte de trabajo y de fatiga al que lo escribe, y tiene por bastante paga y galardón que el lector diga: *Bien está compuesto o Bien me ha parecido*. Y aun esto no lo alcanzan todos, porque a los más se les da por galardón un desdén o un menosprecio, y un tenerlo en poco y reírse de lo que no les cuadra bien, o por ventura no entienden. Que si es grande la licencia que hay para escrebir, muy mayor y sin comparación es la que hay para reprehender y menospreciar, que siendo como son muy pocos los que bien entienden lo que leen, no queda ninguno que no le parece ser bastante, o para decir que todo vale poco, o que estuviera mejor de otra manera. Con todo eso, aunque el galardón sea pequeño y el trabajo grande y el peligro cierto, somos algunos como los que corren cuesta abajo, que, aunque quieran, no se pueden tener. Y ansí algunos, aunque quieran, no pueden dejar de escrebir, la causa de lo cual creo que es lo que tengo dicho: que es tan grande el señorío del hombre, que para que gocen los unos a su costa, huelgan^[26] de trabajar otros.

Y ansí yo, como uno de los que tienen y padecen esta enfermedad, he traducido un libro intitulado *Espejo de príncipes y caballeros*, que es la primera parte de las historias de Trebacio, el cual, de más de parecerme que será agradable en su lectura, tiene alguna moralidad que a vueltas de las historias no será tan enojosa quanto provechosa para el que lo leyere. Y ha seído mi principal intento de servir a vuestra señoría con él, porque si es así que a todos los hombres en general se debe este servicio que arriba tengo dicho, cuánto con mayor razón se debe a vuestra señoría, que entre todos los hombres lo tiene tan alto y señalado la Fortuna, de cuyo genitor^[27] muy más altas e inmortales historias que en este libro se contienen y se podrán contar. (Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y caballeros*, primera parte [1555], prólogo).

II.

QUE TRATA DEL NACIMIENTO DE LOS HÉROES Y DE SUS PRIMERAS AVENTURAS DESPUÉS DE HABER SIDO ARMADOS CABALLEROS

§ 5. DE LAS EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS QUE RODEARON EL NACIMIENTO DE AMADÍS DE GAULA CON OTROS HECHOS DIGNOS DE MEMORIA

Pues así fueron pasando su tiempo fasta que preñada se sentió, perdiendo el comer, el dormir y la su muy hermosa color. Allí fueron las cuit[a]s y los dolores en mayor grado, y no sin causa, porque en aquella sazón era por ley establecido que cualquiera mujer por de estado grande y señorío que fuese, si en adulterio se fallaba, no le podía en ninguna guisa excusar la muerte. Esta tan cruel costumbre y pésima duró hasta la venida del muy virtuoso rey Artús, que fue el mejor rey de los que allí reinaron, y la revocó al tiempo que mató en batalla ante las puertas de París al Floyán. Pero muchos reyes reinaron entre él y el rey Lisuarte que esta ley sostuvieron. Y comoquiera que aquellas palabras que el rey de Perión en su espada prometiera, como se vos ha dicho, ante Dios sin culpa fuese, no lo era ante el mundo, habiendo sido tan ocultas; pues pensar de lo fazer saber a su amigo no podía ser, que, como él tan mancebo fuese y tan orgulloso de corazón, que nunca tomaba folganza^[28] en ninguna parte sino para ganar honra y fama, que nunca su tiempo en otra cosa pasaba sino andar de unas partes a otras como caballero andante. Así que por ninguna guisa ella remedio para su vida fallaba, no le pesando tanto por perder la vista del mundo con la muerte, como la de aquel su muy amado señor y verdadero amigo; mas aquel muy poderoso Señor, por permisión del cual todo esto pasaba para su santo servicio, puso tal esfuerzo y discreción a Darioleta, que ella bastó con su ayuda de todo lo reparar, como agora lo oiréis. Había en aquel palacio del rey Garínter una cámara^[29] apartada, de bóveda, sobre un río que por allí pasaba; y tenía una puerta de hierro pequeña, por donde algunas veces al río salían las doncellas a folgar, y estaba yerma, que en ella no albergaba ninguno; la cual, por consejo de Darioleta, Elisena a su padre y madre para reparo de su mala disposición y vida solitaria, que siempre procuraba tener, demandó, y para rezar sus horas sin que de ninguno estorbada fuese, salvo de Darioleta, que sus dolencias sabía, que la sirviese y la acompañase; lo cual ligeramente por ellos le fue otorgado, creyendo ser su intención solamente reparar el cuerpo con más salud y el alma con vida más estrecha; y diéronla llave de la puerta pequeña a la doncella, que la guardase y abriese cuando su fija por allí se quisiese solazar. Pues aposentada Elisena allí donde oídes con algo de más descanso por se ver en tal lugar, que a su parecer antes allí que en otro algún su peligro reparar podía, hubo consejo con su doncella qué se faría de lo que pariese.

—¿Qué? Señora, —dijo ella—, que padezca porque vós seáis libre.

—¡Ay, Santa María!, —dijo Elisena—; y ¿cómo consentiré yo matar aquello que fue engendrado por la cosa del mundo que yo más amo?

—No curéis^[30] d'eso, —dijo la doncella—, que si vos mataren, no dejarán a ello.

—Aunque yo como culpada muera, —dijo ella—, no querrán que la criatura inocente padezca.

—Dejemos agora de hablar más en ello, —dijo la doncella—, que gran locura sería por salvar una cosa sin provecho, condenásemos a vós y a vuestro amado, que sin vós no podría vivir; y vós viviendo y él, otros hijos habréis que el deseo d'éste vos fará perder.

Como esta doncella muy sesuda fuese y por la merced de Dios guiada, quiso antes de la priesa^[31] tener el remedio. Y fue así d'esta guisa: que ella hubo cuatro tablas tan grandes, que así como arca una criatura con sus paños encerrar pudiese, y tanto larga como una espada; y hizo traer ciertas cosas para un betún con que las pudiese juntar, sin que en ella ninguna agua entrase, y guardolo todo debajo de su cama sin que Elisena lo sintiese, fasta que por su mano juntó las tablas con aquel recio betún, y la fizo tan igual y tan bien formada como la ficiera un maestro. Entonces la mostró a Elisena y dijo:

—¿Para qué vos parece que fue esto fecho?

—No sé, —dijo ella.

—Saberlo-héis,^[32] —dijo la doncella—, cuando menester será.

Ella dijo:

—Poco daría por saber cosa que se face ni dice, que cerca estoy de perder mi bien y alegría.

La doncella hubo gran duelo de ansí la ver, y viniéndole las lágrimas a los ojos se le tiró delante^[33] porque la no viese llorar. Pues no tardó mucho que a Elisena le vino el tiempo de parir, de que los dolores sintiendo como cosa tan nueva, tan extraña para ella, en grande amargura su corazón era puesto, como aquella que le convenía no poder gemir ni quejar, que su angustia con ello se doblaba; mas en cabo de una pieza, quiso el Señor poderoso que sin peligro suyo un fijo pariese, y tomándole la doncella en sus manos vido que era fermoso si ventura hubiese, mas no tardó de poner en ejecución lo que convenía según de antes lo pensara; y envolvióle en muy ricos paños y púsolo cerca de su madre y trajo allí el arca que ya oístes, y díjole Elisena:

—¿Qué queréis facer?

—Ponerlo aquí y lanzarlo en el río, —dijo ella—, y por ventura guarecer^[34] podrá.

La madre lo tenía en sus brazos llorando fieramente y diciendo:

—¡Mi hijo pequeño, cuán grave es a mí la vuestra cuita!

La doncella tomó tinta y pergamino, y fizo una carta que decía: *Este es Amadís sin Tiempo, hijo de rey*. Y *sin Tiempo* decía ella porque creía que luego sería muerto; y este nombre era allí muypreciado porque así se llamaba un santo a quien la

doncella lo encomendó. Esta carta cubrió toda de cera, y puest[a] en una cuerda gela puso al cuello del niño. Elisena tenía el anillo que el rey Perión le diera cuando d'ella se partió, y metiolo en la misma cuerda de la cera, y ansí mesmo poniendo el niño dentro en el arca le pusieron la espada del rey Perión, que la primera noche que ella con él durmiera la echó de la mano en el suelo, como ya oístes, y por la doncella fue guardada y, aunque el rey falló menos,^[35] nunca osó por ella preguntar, porque el Rey Garínter no hubiese enojo con aquellos que en la cámara entraban.

Esto así fecho, puso la tabla encima tan junta y bien calafeteada^[36] que agua ni otra cosa allí podría entrar; y tomándola en sus brazos y abriendo la puerta, la puso en el río y dejola ir; y como el agua era grande y recia, presto la pasó a la mar, que más de media legua de allí no estaba. A esta sazón el alba parecía, y acaeció^[37] una fermosa maravilla, de aquellas que el Señor muy alto, cuando a Él place, suele facer: que en la mar iba una barca en que un caballero de Escocia iba con su mujer, que de la Pequeña Bretaña llevaba parida de un hijo que se llamaba Gand[a]llín, y el caballero había nombre Gandales; y yendo a más andar su vía^[38] contra Escocia, seyendo ya mañana clara, vieron el arca que por el agua nadando iba, y llamando cuatro marineros les mandó que presto echasen un batel y aquello le trajesen; lo cual prestamente se fizo, comoquiera que ya el arca muy lejos de la barca pasado había. El caballero tomó el arca y tiró la cobertura y vio el doncel que en sus brazos tomó y dijo:

—Éste de algún buen lugar es.

Y esto decía él por los ricos paños y el anillo y la espada, que muy fermosa le pareció; y comenzó a maldecir la mujer que por miedo tal criatura tan cruelmente desamparado había, y guardando aquellas cosas rogó a su mujer que lo ficiese criar, la cual hizo darle la teta de aquella ama que a Gandalín su hijo criaba; y tomola con gran gana de mamar, de que el caballero y la dueña mucho alegres fueron. (Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* [1508], capítulo I).

§ 6. DE LAS EXTRAÑAS SEÑALES CON QUE NACIÓ AMADÍS DE GRECIA Y DE CÓMO FUE RAPTADO POR UNOS CORSARIOS

Llegándose el tiempo del parir, ellas descubrieron todo el secreto a Sirtensa e a Garinda, demandándoles consejo cómo podrían dar a criar lo que pariesen. En fin acordaron todas cuatro que, como pariesen, que ellas llevasen los infantes o infantas muy secretamente a una villa puerto de mar dos leguas de ahí, do ellas eran naturales, llamada Filina, e diciendo que eran suyos los diesen a criar. En este acuerdo quedaron e, viniendo el tiempo del parir, un jueves en amaneciendo Onoloria parió un infante, e no fue nacido cuando sin le ver fue tomado en ricos paños y envuelto, tomándolo Garinda para llevarlo apriesa^[39] para poder tornar antes que pariese Gricileria.

Onoloria lo tomó así envuelto en sus brazos, besándolo con muchas lágrima; pareciéndole el más hermoso niño que nunca viera, le echó la bendición, e dijo a Garinda que le hiciese bautizar e le llamasen Amadís de Grecia, (Esto por amor de su bisabuelo le hizo ella poner aquel nombre, y el sobrenombre por amor de su padre). Garinda, tomándolo, se salió por una puerta de su aposentamiento. Llevando el niño en sus brazos, se fue por la costa de la mar; así anduvo una pieza. El niño iba muy desmayado, tanto que ella pensó que se quería morir. Tomando agua de la mar, haciendo la señal de la cruz en ella, gela echó por cima de la cabeza llamándolo Amadís de Grecia como su madre mandara. Esto hizo ella con temor que se muriese y no fuese cristiano. Ella que acababa de bautizarlo, sintió venir gran ruido por las matas e con el temor, dejando el infante, comenzó a fuir por donde había venido escondiéndose. El ruido que venía eran diez negros cosarios que de una galea^[40] habían salido, que cerca de allí tenían. E como llegaron donde el infante estaba, mucho fueron espantados. Como le vieron envuelto en ricos paños, creyeron ser hijo de algún gran hombre. Tomáronlo e desenvolviéndole le vieron una extraña maravilla que tenía, y era una espada tan bermeja como brasa. Su nacimiento era desde la rodilla izquierda fasta irle a dar en derecho del corazón la punta. En ella parecían unas letras blancas muy bien talladas, mas no las supieron leer. Ellos, muy espantados de tan extraña cosa, lo llevaron a la galea do traían sus mujeres. Entre ellas venía una parida llamada Esquicia, que dieron cargo que criase el infante. E por la extraña maravilla de la espada le pusieron nombre el Doncel de la Ardiente Espada. Así se fueron con él los cosarios. Garinda salió de do se había escondido, e, como fue donde dejara el doncel e no lo halló, pensando ser comido de bestias, no se podría decir el llanto que por él hizo. E así tornó al monesterio e acordó decir que lo dejaba a criar, e así lo hizo. Esa noche parió la infanta Gricileria un infante muy hermoso que pusieron nombre Lucencio. Garinda lo tomó en amaneciendo e se fue con él a la villa que hemos dicho. Allí lo hizo bautizar e, dándole a criar, se tornó para sus señoras que muy bien la recibieron echadas en los lechos. Y así estuvieron fasta ser bien sanas de sus partos, e decían que por estar muy flacas no se levantaban. De tal suerte pasaban su tiempo en el monesterio de Santa Sofina, muy tristes por no saber nuevas de su padre ni de sus amigos, que les turó^[41] mucho tiempo, según que en la grande *Historia de Amadís de Grecia* complidamente parecerá. (Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia* [1525], cap. 100 y último).

§ 7. DE CÓMO EL HIJO DE LEONORINDA Y DE FÉLIX MAGNO FUE RAPTADO AL NACER POR UNA DONCELLA QUE SURGE DE UNA SERPIENTE

Pues sabréis que a la princesa Leonorinda se le allegó el día del parto e siempre con gran pena hasta aquel día encubrió lo más que pudo su mal. Y venida la noche de

su parto, como tanto a la su honra cumpliese que aquello sabido no fuese, sufriendo los mortales dolores que en tal caso las mujeres tienen, sin ningún sentimiento de persona alguna, la princesa estando en su cama y con ella Armandia y Arvencida, la doncella, y su madre, la dueña Artada, parió un hijo tan grande e tan fermoso que las que allí eran fueron muy maravilladas de ver una criatura tan hermosa que ninguna otra lo podía ser más. La princesa amorteció^[42] muchas veces de la gran pena que tenía de aquel parto, mas Armandia y la dueña le hicieron tales cosas con que fue luego algo consolada. Y porque aquello sentido no fuese, la princesa se esforzaba lo más que podía. La doncella Arvencida tomó el doncel y envolviólo en unos paños muy ricos que aparejados^[43] tenía. Y antes del día salió del palacio, y tomando un palafrén salió de la ciudad e tomó el camino derecho de un castillo de una dueña a la cual Arvencida llevaba aquel doncel para que lo criase, porque así entre la doncella Arvencida y ella estaba concertado, que la princesa sabed que se había descubierto a aquella dueña porque la tenía por muy suya e así lo era. Y por esto Arvencida le llevaba el doncel, como habéis oído, mas esto la doncella no lo pudo cumplir por lo que agora oiréis. Que sabed que, antes que ella al castillo llegase, siendo ya pasada la mayor parte de aquel día, vio venir contra sí un sierpe tan grande que maravilla era, y venía echando fuego por los ojos e por la boca y daba grandes saltos y crujía las alas una con otra con tan gran ruido que parecía que la tierra se quisiese hundir. Arvencida, que esto vio, no se teniendo por muy segura, corrió con su palafrén muy lueño,^[44] mas la gran sierpe fue en pos d'ella^[45] y luego la alcanzó y la doncella cayó en tierra amortecida con el doncel en los brazos. Y la sierpe tomó el doncel en la boca, y hirió con sus uñas a la doncella, la cual luego volvió en su acuerdo, y vio cómo la sierpe tenía su doncel en la boca, que parecía que le quería tragar, de lo que la doncella fue mucho más triste que lo fuera de ver la su muerte. Y en esto vio una doncella que salía por la boca de la sierpe, la cual tomó el doncel y dijo contra Arvencida:

—Doncella falsa y engañosa, agora sabrás cumplir lo que prometiste, pues hasta agora tan olvidada me has tenido. Y dígame que nunca el doncel verás hasta que yo sea satisfecha de la promesa que tú y el caballero que tú sabes que me habéis prometido, vea yo cumplida.

E diciendo esto aquella doncella se metió con el doncel dentro de la sierpe y la sierpe fue con gran ruido tan presto que luego la perdió Arvencida de vista e, con el grande espanto que tenía, no pudo pensar por qué la doncella, que dentro en la sierpe estaba, le había dicho aquello, e acordose cómo aquella doncella que le había hablado parecía a la infanta Persia. Y acordose de lo que ella y Félix Magno habían prometido a aquella infanta e luego pensó que por aquello aquella doncella, que a la infanta Persia [semejaba], había dicho aquellas razones, y también pensó que aquella infanta habría hecho aquello con alguna grande encantadora, porque Félix Magno, por cobrar su hijo, hiciese la voluntad de aquella infanta. E sabed que Arvencida pensó verdad, como agora oiréis. [...]

Habéis de saber que la infanta Persia, después que Félix Magno de ella se partió, quedó tan triste que muchas veces estuvo para darse la muerte, sino que Larta, la doncella, la consolaba. Y esta infanta, viendo que el su corazón en ninguna parte podía reposar, acordó de se ir a andar por las florestas de Panonia, e así lo hizo, fingiendo que tenía un gran mal, el cual sosegar no la dejaba. E andando un día por la floresta de las Desaventuras que en aquel reino era (como ya os hemos contado), la infanta llegó a la puente por la cual Félix Magno, llamándose el Caballero de las Armas Tristes, había pasado, y en ella mató a Foldón, aquel caballero que por amor de la doncella, que ya os dijimos que a la finiestra^[46] de la torre que en fin de la puente era, estaba, e pasando por ella entró en la torre donde muy bien recibida fue, porque la señora d'ella supo quién era la infanta, e así le hizo grande honra y también su hija, que era la doncella por quien Foldón guardaba aquel paso; la cual, después que él fue muerto, siempre esta señora había sido muy triste. E la infanta preguntó a esta doncella la causa de su tristeza, y ella le dijo cómo el Caballero de las Armas Negras le había muerto a su marido, que por tal le tenía aunque no era casada con él, porque así él le había prometido de sello^[47] y ella también a él de ser su mujer, y que por esto era muy triste.

—En muchas partes ha hecho ese caballero gran mal, —dijo la infanta—, y no sé la causa por qué tanto todas las gentes le loan, que yo os digo que no me parece bien su mesura, porque en todo es desmesurado.

—¡Ay señora, —dijo la dueña, madre de la doncella—, que no se puede decir d'él tanto mal como en él hay! E yo me espanto de los que dicen d'él bien, pues es contra todos tan desmesurado que a ninguno quiere dar ventaja alguna en las armas.

—¡Ay de mí!, —dijo la infanta—, que no solamente a los caballeros desarma, mas a las doncellas, que de razón de defender habría, les quita todos sus derechos, con los cuales, contra quien mal les quiere hacer, defenderle suelen.

—Yo deseo vengarme d'él, —dijo la dueña—, por el muy gran mal que por la muerte de Foldón ha venido a mi hija, la cual yo quería casar con él, y para esto, señora, sabrá la vuestra merced que yo he rogado a una bisabuela mía que me venga a ver. La cual sabed que, por el luengo tiempo que ha que vive, sabe grandes cosas, y mañana ha de ser aquí en esta torre, porque así me lo ha prometido.

—Yo quiero ver a esa dueña, —dijo la infanta.

Y otro día avino así que la dueña vino a aquella torre; la cual era tan arrugada e tan lasa^[48] que más parecía cosa criada en el infierno que no en la tierra; y era tan larga como un gran gigante, y con todo esto se encogía tanto que apenas se podía ver. La dueña del castillo la llevó donde la infanta Persia era, la cual mucho fue maravillada cuando a aquella hada vio, que así todos la llamaban. Y díjole la infanta, como por burla, que le hacía saber que ella tenía un gran mal, que le rogaba le dijese si podría haber en todo el mundo algún remedio para él.

—No hay otro remedio, —dijo la hada—, sino que tú hagas una cosa que yo te diré, con la cual puedes cobrar tan gran bien que el tu mal sea satisfecho e tu gran

pena haya el fin que desees.

—¡Santa María!, —dijo la infanta—, ¿cómo puede ser eso que, sin yo decirte mi dolencia, me digas tú la cura d'ella?

—Yo sé tan bien tu dolor como tú misma, —dijo la hada—, y yo te aseguro de hacer que sea verdad esto que tengo dicho si tú quieres venir conmigo. Y dígame que antes de tres días seremos vueltas en este lugar, lo cual, si agora no haces, sábetelo que para siempre durará tu pena.

La infanta fue muy espantada de lo que oyó decir a la hada e pensó que debía ser grande encantadora, pues así le decía todas sus cosas e, como vio que le decía que su mal podría ser remediado antes de tres días si con ella fuese, acordó de lo hacer así, y dijo a la hada que ella determinaba de ir en la su compañía donde ella quisiese. La hada, sin más decir, tomó a la infanta de la mano, y luego salieron de aquella torre y la hada se hizo una sierpe muy grande y dentro de sí tomó a la infanta. Y la sierpe voló sobre la torre muchas vueltas y después se fue volando hasta que llegó al reino de España, y púsose en tierra en aquel lugar donde esperó a Arvencida, la doncella que el doncel traía, como habéis oído, el cual la sierpe tomó en la boca y dijo a la infanta que tomase a aquel doncel y que supiese que el caballero que vendría en la su demanda volvería en mucha alegría la su gran tristeza. Y la infanta, como el doncel vio en la boca de la sierpe, le tomó y dijo a Arvencida lo que habéis oído y luego la sierpe se volvió a la torre donde había salido, y la dueña del castillo y su hija hicieron grande honra a la infanta y a la hada, e la infanta dio a la dueña del castillo el doncel para que le criase, lo cual hizo la dueña de buena gana por amor de la infanta. La hada dijo a la infanta y a la dueña y a su hija que guardasen aquel doncel, porque por su causa serían todas tan bien andantes que toda su tristeza sería vuelta en grande alegría. Esta hada dijo esto porque tuvo por muy cierto que Félix Magno, sabiendo la aventura de su hijo, le iría a buscar por todo el mundo; y que por las palabras que la infanta Persia dijo a la doncella Arvencida le iría a buscar al reino de Panonia con pensamiento que la infanta Persia sabría d'él. Y que con esto Félix Magno cumpliría con aquella infanta su promesa y la voluntad de ella, mas habéis de saber que esto no fue así como esta hada lo pensó, no porque Félix Magno, sabiendo la aventura de su hijo, [no] hiciera todo lo que esta hada decía y mucho más por cobrarle, mas una grande aventura, que la infanta Califa emprendió de hacer y salió con ella, hizo que Félix Magno de este trabajo y afán quitado fuese, como adelante oiréis. (*Félix Magno*, libro IV [1549], caps. 96-97).

§ 8. DE CÓMO PALMERÍN DE OLIVIA ES ARMADO CABALLERO PARA DAR FIN A LA ESPANTABLE AVENTURA DE LA SERPIENTE

Después que hubo comido, estando Florendos hablando con Palmerín fasta que

fue de noche pescudándole^[49] por toda su hacienda^[50] e cuánto había que estaba en aquella tierra, Palmerín gelo contó todo, que no faltó nada. E ya que Florendos se quería ir a dormir, mandó traer a un doncel suyo las armas que fueron de Guamecir, fijo del Soldán de Babilonia, aquellas que el emperador le dio, e dijo:

—Palmerín, estas armas gané yo del mejor caballero que en aquel tiempo había en el mundo, cuando mi corazón era más alegre e lozano que agora, por donde yo osaba acometer cualquiera gran fecho, lo que agora no faría. E quiero que las hayáis vos porque sois el más fermoso que yo nunca vi; la bondad e ardimiento^[51] Dios vos la puede dar pues tan buen aparejo vos dio.

Palmerín le besó las manos. Frinato lo armó luego de la muy fuerte e rica loriga de Guamecir, e fuese con él a la capilla porque velase aquella noche las armas. Arismena con todas sus dueñas e doncellas se vino para él, y ella rogó a todas que rogasen a Dios por Palmerín que era tan niño e quería acometer tan gran fecho de ir a matar la sierpe por traer el agua. Ellas lo hicieron con gran corazón; Palmerín fue muy alegre con la infanta por mirarla bien si tenía la señal en la mano que la doncella le mostró; mas no gela pudo ver, que no era aquélla la que él pensaba ni era tan fermosa como la otra; e Palmerín aseegó su corazón. E toda la mayor parte de la noche estuvo la infanta hablando con él, consejándole que dejase de ir a la montaña Artifaria porque no muriese como los otros; mas cosa que ella le dijese no aprovechó, que tanto más le crecía a él el corazón porque se dolía de su ab[u]elo de la grave enfermedad que padecía.

E como otro día Florendos se levantó, fuese a la capilla e dijeron la misa; y él que quería facer caballero a Palmerín, entró una doncella en la capilla e traía un yelmo muy rico en las manos e un escudo de un muy fuerte e limpio acero e no traía otra cosa en él pintada sino una mano de una doncella, cerrada, e dijo:

—Señor Florendos, detenedvos un poco e daré a Palmerín estas donas^[52] que le traigo, que le facen menester a este tiempo.

Florendos se maravilló e dijo:

—Doncella, yo esperaré cuanto vos quisierdes.

La doncella se le humilló e dijo a Palmerín:

—Señor Palmerín de Olivia, mucho afán he pasado por venir a este tiempo. Un caballero que es mi señor os envía este yelmo e escudo, aunque vos no lo conocéis ni él vos ha visto, mas sabe más de vuestra hacienda que vos mismo. E por la gran bondad que en vos hay e ha de haber, vos ama e dícevos que guardéis este escudo, que en él fallaréis el secreto de vuestro corazón.

—Ruégovos, mi buena señora, —dijo Palmerín—, que me digáis el nombre d'ese caballero e adónde lo podría fallar para que le pudiese servir este don que me envió.

—No podéis agora más saber d'esto, —dijo la doncella—, que vuestras cosas han de venir.

—Pues así es, —dijo Palmerín—, decidle a ese caballero que yo quedo por suyo e faré toda cosa que él me envíe a mandar; yo vos agradezco mucho el afán que

habéis pasado en me buscar.

—Yo gelo diré así, —dijo la doncella—, e acuérdeoseos d'esto que le prometéis.

E como esto dijo, fincó las rodillas delante de Florendos e díjole:

—Mi señor, el caballero que acá me envió me mandó que vos dijese que no dudéis de facer caballero a Palmerín, que de ambas a dos partes es de tan alto linaje que lo merece ser; e que lo améis sobre todas las cosas, que él vos fará tal servicio por donde tornéis a cobrar el alegría de vuestro corazón. E agora que he dicho lo que me mandaron, me quiero ir, que no me puedo más detener.

—¡Ay doncella, —dijo Florendos—, vós me habéis dicho cosa por donde merecíades gran galardón! A Palmerín amaba yo mucho desde la hora que lo vi, mas de aquí adelante lo amaré más, pues tan bueno ha de ser.

E mandó luego Florendos traer muy ricas donas e diolas a la doncella e díjole que se fuese en buena hora, pues más no se podía detener. La doncella se despidió e tornose como vino. Florendos dijo a Palmerín:

—Vós tenéis agora mejor cumplimiento de armas que yo vos di, porque las que vos trajo la doncella son muy buenas, especialmente el escudo, que es muy fuerte. E ruego a Dios que vos faga tan buen caballero que fagáis verdaderas las palabras de la doncella.

E tomó Florendos la espada que fuera de Guamecir, que era muy rica, e fizo caballero con ella a Palmerín e después besolo en el rostro e díjole:

—¡Quiera Dios, mi verdadero amigo, que yo vea aquel día que tan bueno habéis de ser, e ansimesmo vea las vuestras caballerías, que tan grandes han de ser!

Palmerín le besó las manos e saliéronse al gran palacio. Palmerín fue desarmado por la mano de muchos buenos caballeros que ya mucho lo preciaban por lo que habían oído decir. La infanta Arismena le envió un manto blanco con flores de oro que ella tenía, con que se cobijase; y él lo fizo por amor d'ella. Florendos le facía mayor honra que fasta allí, e díjole que le rogaba que no quisiese irse a combatir con la sierpe, que era gran peligro. Palmerín le respondió:

—Pido's por merced, mi señor, que no me mandéis cosa que sea mi vergüenza. Agora que soy caballero tengo de trabajar por facer lo que una vez prometiere; aunque supiese morir, no dejaría de ir a verla, pues ya lo dije.

Florendos se maravillaba d'él e rogole que se sufriese de partirse por algún día; y él le dijo que estaría allí por amor d'él ocho días e no más. E como se vido solo miró bien el escudo que la doncella le trajo e vido la mano cerrada que en él estaba afigurada, e dijo en su corazón:

—Verdaderamente ésta es la mano de la doncella que yo vi, e aquel caballero gran sabidor la puso aquí porque yo conociese que no es vano lo que vi. Otra vez torno a jurar, por la fe que a Dios debo e por la orden de caballería que yo hoy recibí, de andar por todo el mundo a buscarla, aunque reciba grande afán e trabajo: nunca otra será señora de mi corazón, sino ella.

E desde aquella hora Palmerín sintió encender su corazón en amor de aquella que

no había visto ni oído quién era, e decía:

—¡Ay cautivo!, ¿qué cosa fuera de razón es ésta, que yo sienta el tormento por aquella que nunca vi? Conviéneme de no folgar fasta que la falle, porque mi corazón no sea desfecho con su deseo. Mucho me pesa por haber prometido a Florendos de estar aquí tanto, mas por fuerza lo habré de facer.

E mientras Palmerín estovo con Florendos, fizo facer una maza de fierro muy pesada porque él se entendía de ayudar d'ella muy bien. (*Palmerín de Olivia* [1511], cap. 16).

§ 9. DE CÓMO LISUARTE DE GRECIA FUE ARMADO CABALLERO EN TIERRA PAGANA Y DE LA ESPANTABLE AVENTURA QUE CULMINÓ EN AQUEL MOMENTO

La mañana venida, el emperador se levantó e fuese a la capilla do Lisuarte estaba, do falló el Caballero de la Espera e sus compañeros con los dos jayanes que habían venido. Luego mandó que se abriese la Puerta del Pozo por hacer lo que Lisuarte había dicho. E hizo poner ahí un altar, e mandó a veinte mil caballeros que estuviesen ahí porque más seguramente lo pudiesen facer. E sobre el muro mandó poner muchos arqueros e francarqueros^[53] con muchos tiros de pólvora. [A]sí mesmo los paganos se pusieron a mirar; pensando que era alguna cerimonia que los cristianos querían facer, porque era día de fiesta del apóstol Santiago, todos estaban mirando lo que sería. A esta sazón salió el emperador con muchos caballeros que traían en medio a Lisuarte, e Argamonte era el padrino. E así salieron a vista de todos los paganos. El Caballero de la Espera, besando en la faz^[54] a Lisuarte e calzándole la espuela derecha, le dijo que Dios le hiciese buen caballero. E dijo al gigante Argamonte que fuese al altar que a la puerta estaba, e que tomase una espada muy rica que sobre el altar estaba, ca sabed que era la del buen rey Lisuarte su bisabuelo. Ellos que en esto hablaban, cayó un rayo con muy gran tronido e dio en la imagen que sobre la puerta estaba que Apolidón hiciera, como ya os hemos contado. E quebrándola en dos partes, cayendo toda la pieza en que estaba, salió un león, el más grande e fiero que jamás hombres vieron. Traía por los pechos metida una muy rica espada que el pomo era de un carbunco^[55] y el puño de un muy rico rubí que brasa parecía. Y estaba metida fasta la cruz, e salíale la punta con gran parte por las espaldas. El león daba tantos e tan grandes bramidos que a todos ponía espanto, que le hacían gran campo,^[56] que nadie se osaba llegar a él tanto andaba sañudo. Con las piedras que cayeron cayó una caja pequeña que de una esmeralda era. El emperador la tomó en sus manos, que así él como todos muy espantados estaban, e abriéndola halló una carta dentro que decía:

El grande sabio e buen caballero Apolidón hizo aquella espada que el

espantable animal por su causa d'ella dará, mientras así la tuviere, aquellos bravos y esquivos bramidos. La hizo poniendo en ella todo su saber, para que la haya aquel buen caballero que a la sazón que ella pareciere será armado por mano del hijo del león bravo. Por ende, nadie no sea osado si él solo no a gela sacar, porque así lo amonesta aquel que la obra hizo.

El emperador la leyó públicamente e muy espantados fueron de aquellas palabras, pero bien conoció ser Lisuarte el que la había de ganar. El emperador le dijo:

—Hijo, pues a vós conviene acabar esta aventura, debeislo de poner por obra.

Lisuarte, que bien lo entendió todo, apeándose de su caballo, con aquel esfuerzo del linaje donde venía, yéndose contra el león que muy grande campo tenía fecho, que sin cesar no hacía sino dar grandes y espantables bramidos, acordándosele de su señora, aunque muy espantable estaba el león, tanto que no hubiera ahí hombre que con gran parte a él se osara llegar, dijo entre sí:

—¡Señora hermosa, dadme esfuerzo e poder para acabar esta aventura, que sin vuestro favor no tengo yo ningún poder!

E diciendo esto, fuese contra el león con tanto esfuerzo que no se podría decir; el cual estaba la boca abierta rascando en el suelo con las manos; él se llegó a él. A esta sazón oyó venir un ruido por el aire que parecía abrir el cielo. Él miró por ver qué era e vio la espada que cometa estaba hecha venir con aquel ruido hasta el suelo. E no hobo caído cuando fue tomada por un vestiglo,^[57] el más espantable e feo que jamás se oyó. Venía echando fuego con la boca; era tan grande que no había jayán^[58] que con gran parte se le igualase. E alzando la espada y esgrimiéndola muy recio, se fue contra Lisuarte con tanta fiereza que, aunque él era de muy gran corazón, no pudo estar que no recibiese gran miedo. A esta sazón hallose tan cerca del león que bien pudo poner la mano en el puño de la espada que por él metida estaba. A esta sazón el vestiglo llegaba muy cerca; Lisuarte tiró del espada con muy gran fuerza que gela sacó toda del cuerpo. Al salir, hizo tan grandísimo ruido que todos cuantos ahí eran, así paganos como cristianos, cayeron sin ningún sentido en el suelo. E no era de maravillar, qu'el ruido fue tan grande que en todo el universo mundo sonó. Quedó tanto fumo e tan espeso que ni Lisuarte ni el gran vestiglo no se parecieron. Dende ahí a gran pieza vieron salir el gran león de la espesura del humo e a todo correr se lanzó en la mar. Cuando el fumo fue quitado, vieron a Lisuarte con la espada muy rica en la mano tendido en el suelo sin ningún acuerdo. E cabe él, do había aparecido el vestiglo, la vieja infanta Melía muerta. El campo todo adonde estaban se abrió y en el suelo había muchas hendeduras del gran sonido.

A cabo de gran pieza el emperador e todos los que con él estaban, tornando en su acuerdo, fueron do Lisuarte estaba tendido, e tomáronlo para llevarlo sin ningún acuerdo, mas nunca le pudieron sacar la espada de la mano. E así lo llevaron a los palacios y echáronlo sobre un lecho. El emperador mandó tomar la infanta Melía que muerta estaba e mandó que fuese quemada, e así fue fecho por lo que ella pensaba

hacer a Lisuarte, el cual hasta hora de vísperas^[59] no tornó en su acuerdo. Todos estaban tan atronados y espantados que les parecía que lo habían soñado. A esta sazón llegó un caballero con la vaina e las correas de la espada, que tan ricas eran e de tanto valor que no tenían precio, e tenían tantas perlas e piedras, tales e tan buenas, de tan diversas colores que era cosa extraña. El emperador pescudó al caballero que dónde había hallado aquello. Él le dijo que a do había caído la piedra de la imagen había después mirado si había algo e que fallara la vaina e las correas. Sabed que la vaina tenía unas letras de muy pequeños e menudos rubíes muy bien talladas, pero estaban en lenguaje que no supieron leer hasta de ahí algunos días, como adelante se dirá. El emperador estaba muy ledo^[60] por acabar su nieto tan extraña aventura. (Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia* [1525], cap. 27).

§ 10. DE CÓMO URGANDA LA DESCONOCIDA, DISFRAZADA DE DONCELLA,
PREDICE A GANDALES EL FUTURO DE AMADÍS DE GAULA

El autor deja de hablar d'esto y torna al doncel que Gandales criaba, el cual el Doncel del Mar se llamaba, que ansí le pusieron nombre; y criábase con mucho cuidado de aquel caballero don Gandales y de su mujer, y facíase tan fermoso, que todos los que lo veían se maravillaban. Y un día cabalgó Gandales armado, que en gran manera era buen caballero y muy esforzado, y siempre se acompañara con el rey Languines, en el tiempo que las armas se guíaban, y aunque el rey de seguir las dejase, no lo hizo él así, antes las usaba mucho; y, yendo así armado como vos digo, halló una doncella que le dijo:

—¡Ay, Gandales, si supiesen muchos altos hombres lo que yo agora, cortarte-ían la cabeza!

—¿Por qué?, —dijo él.

—Porque tú guardas la su muerte, —dijo ella.

Y sabed que ésta era la doncella que dijo al rey Perión que, cuando fuese su pérdida cobrada, perdería el señorío de Irlanda su flor. Gandales, que lo no entendía, dijo:

—Doncella, por Dios vos ruego que me digas qu'es eso.

—No te lo diré —dijo ella—, mas todavía así averná.

Y partiéndose d'él se fue su vía. Gandales quedó cuidando en lo que dijera, y a cabo de una pieza viola tornar muy aína^[61] en su palefrén,^[62] diciendo a grandes voces:

—¡Ay, Gandales, acórreme, que muerta soy!

E cató y vio venir en pos d'ella un caballero armado con su espada en la mano; y Gandales firió el caballo de las espuelas y metiose entre ambos, y dijo:

—Don caballero, a quien Dios dé mala ventura, ¿qué queréis a la doncella?

—¡Cómo!, —dijo él—; ¿queréisla vós amparar a ésta, que por engaño me trae perdido el cuerpo y el alma?

—De eso no sé nada, —dijo Gandales—, mas amparárvosla he yo, porque mujeres no han de ser por esta vía castigadas, aunque lo merezcan.

—Agora lo veréis —dijo el caballero.

Y metiendo su espada en la vaina tornose a una arboleda donde estaba una doncella muy hermosa, que le dio un escudo y una lanza, y dióse a correr contra Gandales, y Gandales a él, y firiéronse con las lanzas en los escudos, así que volaron en piezas; y juntáronse de los caballos y de los cuerpos de consuno^[63] tan bravamente, que cayeron a sendas partes, y los caballos con ellos, y cada uno se levantó lo más presto que pudo, y hubieron su batalla así a pie, mas no duró mucho, que la doncella que fuía se metió entre ellos y dijo:

—¡Caballeros, estad quedos!^[64]

El caballero que tras ella venía quitose luego afuera, y ella le dijo:

—Venid a mi obediencia.

—Iré de grado —dijo él—, como a la cosa del mundo que más amo.

Y echando el escudo del cuello y la espada de la mano, hincó los hinojos^[65] ante ella; y Gandales fue ende mucho maravillado; y ella dijo al caballero que ante sí tenía:

—Decid aquella doncella de so el árbol que se vaya luego; si no, que le tajaredes la cabeza.

El caballero se tornó contra ella y díjole:

—¡Ay, mala, yo me maravillo que la cabeza no te tiro!

La doncella vio que su amigo era encantado, y subió en su palefrén llorando, y fuese luego. La otra doncella dijo:

—Gandales, yo vos gradezco lo que fecistes; id a buena ventura, que, si este caballero me erró, yo le perdono.

—De vuestro perdón no sé, —dijo Gandales—, mas la batalla no le quito si se no otorga por vencido.

—Quitaréis, —dijo la doncella—, que, si vós fuédes el mejor caballero del mundo, haría yo que él vos venciese.

—Vos haréis lo que pudiéredes, —dijo él—, mas yo no lo quitaré si me no decís por qué dijistes que guardaba muerte de muchos altos hombres.

—Antes os lo diré, —dijo ella—, porque a este caballero amo yo como a mi amigo, y a ti como a mi ayudador.

Etonces lo apartó, y díjole:

—Tú me farás pleito como leal caballero que otro por ti nunca lo sabrá fasta que te lo yo mande.

Él así lo otorgó, y díjole:

—Dígotte de aquel que hallaste en la mar que será flor de los caballeros de su

tiempo: éste hará estremecer los fuertes; éste comenzará todas las cosas y acabará a su honra en que los otros fallecieron;^[66] éste hará tales cosas que ninguno cuidaría que pudiesen ser comenzadas ni acabadas por cuerpo de hombre; éste hará los soberbios ser de buen talante; éste habrá cruza^[67] de corazón contra aquellos que se lo merecieren; y aún más te digo, que éste será el caballero del mundo que más lealmente manterná amor y amará en tal lugar cual conviene a la su alta proeza; y sabe[d] que viene de reyes de ambas partes. Agora te ve,^[68] —dijo la doncella—, y cree firmemente que todo acaecerá como te lo digo; y, si lo descubres, venirte ha por ello más de mal que de bien.

—¡Ay, señora!, —dijo Gandales—, ruégovos por Dios que me digáis dónde vos fallaré para hablar con vós en su hacienda.

—Esto no sabrás tú por mí ni por otro, —dijo ella.

—Pues decidme vuestro nombre, por la fe que debéis a la cosa del mundo que más amáis.

—Tú me conjuras tanto que te lo diré, pero la cosa que yo más amo sé que más me desama que en el mundo sea, y éste es aquel más hermoso caballero con quien te combatiste; mas no dejo por eso yo de lo traer a mi voluntad sin que él otra cosa hacer pueda. Y sabe[d] que mi nombre es Urganda la Desconocida; agora me cata[d] bien^[69] y conósce[d]me si pudieres.

Y él que la vio doncella de primero, que a su parecer no pasaba de diez y ocho años, viola tan vieja y tan lasa^[70] que se maravilló cómo en el palafrén se podía tener; y comenzose a santiguar de aquella maravilla. Cuando ella así lo vio, metió mano a una bujeta,^[71] que en el regazo traía. Y poniendo la mano por sí tornó como de primero, y dijo:

—¿Parécete que me hallarías aunque me buscases? Pues yo te digo que no tomes por ello afán; que si todos los del mundo me demandasen, no me hallarían si yo no quisiese.

—¡Así Dios me salve, señora, —dijo Gandales—, yo así lo creo! Mas ruégovos por Dios que vos membréis^[72] del doncel que es desamparado de todos sino de mí.

—No pienses en eso, —dijo Urganda— que ese desamparado será amparo y reparo de muchos, y yo lo amo más que tú piensas, como quien atiende d'él cedo^[73] haber dos ayudas en que otro no podría poner consejo, y él rescibirá dos gualardones, donde será muy alegre; y agora te encomiendo a Dios queirme quiero, y más aína me verás que piensas.

Y tomó el yelmo y escudo de su amigo para gelo llevar. Y Gandales, que la cabeza le vio desarmada, pareciole el más fermoso caballero que nunca viera. Y assí se partieron de en uno.^[74] (Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* [1508], libro I, capítulo 2)

III.

QUE TRATA DE DIVERSAS AVENTURAS CABALLERESCAS

III.1. SOBRE DAMAS Y DONCELLAS DESVALIDAS Y PETICIONES DE DONES EN BLANCO

§ 11. DE CÓMO ARQUISILORA LE CONCEDE UN DON EN BLANCO A UNA DONCELLA MIENTRAS ESTÁ PERSIGUIENDO AL GIGANTE BRUFALDORO

La valerosa Reina de Lira, que tras el pagano con apresurados pasos iba, hiriendo de las espuelas a su ligero caballo, que tan sin culpa del daño era, como en vano de le hallar al moro, tan veloz iba como un rayo furioso; y con tanta presteza caminaba que las herraduras del caballo no hacían señal a donde hollaba. Mas todo su trabajo era en vano, que muy fuera del camino iba del que el pagano llevaba; pero como el pensamiento de la airada señora no fuese más de procurar buscarle, no cesaba en su furiosa carrera, hasta que dio consigo orilla del mar, adonde forzosamente, por no poder con la furia que llevaba pasar adelante, hubo de parar, no dejando de extender la vista hacia una y otra parte, por ver si podría hallar al que con tanto ímpetu buscaba. Estando d' esta manera, vio salir una doncella de hacia la parte de la floresta, que muy hermosa era, la cual saludó a la reina muy cortésmente. Y volviéndole las saludes,^[75] le preguntó:

—Hermosa señora, ¿por ventura sabreisme dar razón de un caballero de unas armas blancas?

—¿Qué lo queréis vós a ese caballero?, —respondió la doncella—. Y podría ser que, si me otorgáis un don, que os llevase a parte donde le viédeses.

—Yo os lo otorgo —dijo la reina.

—Pues sabed que ya a gran priesa navega, —dijo la doncella—, por lo cual os suplico, si lo queréis seguir, que os metáis conmigo en un batel que allí está.

Y mirando la reina hacia la parte do la doncella le señalaba, lo vido grande y muy hermoso. Y apeándose la doncella del palafren, se lanzó en el batel, diciendo:

—Caballero del Lirio, si queréis hallar lo que buscáis, cúmpleos^[76] entrar aquí conmigo en este batel, para que os lleve donde perderéis de súbito vuestra sobrada alegría, quedando vuestro corazón tan preso que el mayor remedio que sentiréis será desearos la muerte.

No curó la linda señora de preguntar el secreto de aquellas palabras, como aquella que lo que suceder le pudiese no estimaba en nada; antes, sin más aguardar, se apeó y, tomando su caballo de la rienda, se metió en el batel. Apenas fue dentro cuando, como la bala arrojada de la culebrina^[77] con el furor encendido de la pólvora suele ir furiosa, d' esta manera arrancó el batel de la orilla. La doncella, que se vio en alta

mar, le dijo:

—Graciosa señora, ¿conoceisme?

La reina volvió a mirarla, enclavando los ojos en ella, y vido que era el sabio Lirgandeo, de lo cual se halló turbada. El sabio, como se lo conoció, le dijo:

—Valerosa señora, no temáis en este camino, que de mí seréis guiada donde vuestra fama sea ensalzada, hasta que la vista del bravo león robe vuestro corazón, quedando vencida, venciendo uno de los mejores caballeros del mundo.

Y acabando de decir estas razones, desapareció sin saber cómo, aunque la dama quedó algo contenta con lo que el sabio le había dicho. Y no dejó de pensar en sus razones, tanto que gran rato estuvo suspensa, considerando lo que Lirgandeo le había dicho. Pero luego se le vino a la memoria la fiera batalla del pagano, considerando la furia del Caballero de la Imperial Cabeza; y viendo que no los había podido vencer, estaba muy congojada.^[78] Y alzando los ojos al cielo con grande ira, contra sus dioses decía muchos baldones,^[79] culpando al sabio Lirgandeo y su negligencia; pero como se le volviesen a acordar las razones que el sabio le había dicho, tornaba a andar vacilando su pensamiento, tornando de nuevo a considerar la aguda espada del mauritano, haciendo presa en su corazón mayor que el selvático diente en el cuerpo regalado del hermoso Adonis. Cuatro días anduvo la solitaria Reina de Lira tan metida en estos pensamientos que aun del comer no tenía memoria, pero el sabio tuvo gran cuenta de la hacer servir muy regaladamente, sin ella entender quién la servía. Al cabo de lo cual, muy de mañana, devisó tierra hacia la siniestra mano, y el batel a gran priesa y con velocidad muy grande hacia allá caminaba, tanto que apenas tuvo tiempo de tomar sus armas antes que pudiese llegar el batel a tierra, para poder llegar más segura, donde conoció ser la voluntad del sabio que allí desembarcase. Y tomando su caballo de rienda, salió a tierra. Y sin poner pie en el estribo cobró la silla, guiándolo por un camino pequeño, tan adornado de arboledas de diferentes suerte[s], donde las chirriadoras aves hacían sus acostumbrados cantos, sin ser de nadie impedidas; entre las cuales no faltaban los álamos de Alcides regalados, ni el laurel preciado del rojo Apolo, ni el verde mirto de Venus tan estimado, ni el alto ciprés tan regalado de Cupido, ni el durísimo roble deseado del fuerte Marte, ni hermosos pinos por el Júpiter acopados; de lo cual la alta reina grande deleite sentía, holgándose de ver tanta frescura, que por morada de los altos dioses suyos la juzgaba, hiriendo el sol en aquellas frescuras con tan reluciente luz que ninguna cosa se lo impedía, por la gran serenidad que el cielo mostraba tener, estando el aire tan sosegado, hiriendo en las verdes hojas con tan sonoro ruido que cosa celestial parecía, con mil arroyos que por el esmaltado suelo corrían haciendo mil laborintios con sus corvadas vueltas,^[80] juntándose las unas aguas con las otras con manso ruido. (Pedro de la Sierra, *Espejo de príncipes y caballeros*, segunda parte [1580], libro I, cap. 28).

§ 12. DE CÓMO UNA DAMA CONSIGUE UN DON DEL REY FÉLIX MAGNO, POR EL QUE EL PRÍNCIPE LINDAMOR ES ARMADO CABALLERO

Cuenta la historia que el rey Félix Magno e la reina Leonorinda reinaban con gran descanso y placer, así d'ellos como de sus vasallos, e hubieron otro hijo, que Leonorindo fue llamado por amor de la reina Leonorinda su madre; y hubieron también dos hijas, que fueron tan hermosas que parecía que toda la beldad del mundo estaba en ellas, las cuales la mayor se llamó Clarisea e la menor Orisanda.

Pues sabed que, estando el rey Félix Magno un día que acababa de oír misa, e con él era Lindanor e otros muchos donceles y caballeros, que allegó donde él era una dueña muy vieja, toda cubierta de luto, con un doncel que la acompañaba, e la dueña parecía ser de buen talante e mesura e así lo era, que sabed que era reina, aunque desheredada, porque todo su reino, que muy grande era, le habían tomado. Y esta reina tenía una hija, muy hermosa doncella, la cual había dejado en poder de un caballero su vasallo para que la guardase, a la cual todo aquel reino venía. E la dueña pidió las manos al rey Félix Magno para besárselas, mas él no lo quiso consentir, aunque nada no sabía de la hacienda de la dueña; la cual, llorando con gran cuita, pidió al rey un don diciéndole que no estaba en más ser la su gran cuita remediada de cuanto el don le fuese otorgado. El rey, viendo la gran cuita de la dueña, como siempre su gran corazón fuese otorgado a hacer en todo su poder por todas las dueñas e doncellas, como esta grande historia os ha contado, otorgó el don a la dueña, e ella le demandó que luego armase caballero a Lindanor, su hijo, para que fuese con ella, porque de ningún otro caballero en todo el mundo podía ser remediada la su gran cuita sino d'él. El rey, aunque mucho de mal se le hizo de armar a Lindanor siendo de tan poca edad, que no había quince años caballero, viendo que había dado su palabra, no podía hacer ál^[81] sino cumplir lo que a la dueña había prometido, tomó su misma espada e con ella armó caballero a Lindanor; el cual todo se había armado de unas armas blancas, las más ricas que podían ser otras en todo el mundo; y con gran tristeza de la reina Leonorinda y del rey Félix Magno, Lindanor se partió, y con él fueron Arminao, hijo de don Clarís de Alta Mar, rey de Certania, e Danasiel, hijo del rey Danasil y de la reina Belianisa, que también el rey Félix Magno armó a estos dos donceles caballeros porque muy afincadamente se lo rogaron, porque mucho deseaban ir con Lindanor. Y así Lindanor y ellos fueron con la dueña y entraron en la mar en una barca muy pequeña, donde tomaron el camino derecho del reino de Leda. Deo gracias. (*Félix Magno*, libro IV [1549], cap. 156 y último).

III.2. SOBRE CABALLEROS QUE COMBATEN, PASOS QUE SE GUARDAN Y CARTAS Y CARTELES DE DESAFÍO

§ 13. DE CÓMO AMADÍS DE GAULA COMBATE CONTRA SU HIJO ESPLANDIÁN, Y

Partido Esplandián de la ciudad de Londres con tal compañía como habéis oído, donde al rey Lisuarte, su abuelo, e a la reina y a Oriana, su madre, gran deseo d'él les quedó (que su padre Amadís el día antes había salido diciendo ir a caza de venados, que ya despedido d'él estaba), tomó el camino derecho de la Ínsula Firme, donde su gran fusta quedado había, con intención de se desviar de cualquier justa o batalla que ofrecérsele pudiese, porque su deseo ni su saña no era encendida en ál salvo en hacer guerra a los enemigos de la fe. E como tres leguas anduviesen entraron por la floresta, que antes que a lo descombrado^[82] saliesen, les quedaban cuasi otras tres. E ya una pieza caminando, antes que llegasen a un gran río que la floresta atravesaba, en el cual había una gran puente, e una casa de monte del rey, donde algunas veces se aposentaba cazando y pescando, que se llamaba la Bella Rosa, vieron cómo de la ribera salió un caballero en un fermoso e gran caballo armado de todas armas, su lanza en la mano a guisa de querer justar; e como cerca d'él llegaron, el caballero de la ribera dijo:

—Caballero, no paséis más adelante, porque yo soy guardador d'esta puente, que así conviene que lo haga por no fallecer de mi palabra; pero si por fuerza de armas la pasádes, yo seré quitto de mi promesa, e vós del trabajo de buscar otro pasaje.

Esplandián le dijo:

—Si en el tiempo de mi padre, que las aventuras en esta tierra demandaba, y de los otros famosos caballeros que sobre tales causas como éstas combatían, acaeciérades, tentárades vuestra ventura cómo la Fortuna os la diera; pero dígovos, caballero señor, que su honra ni su fama no la querría, ni Dios por tal vía me la dé. Pues el paso nos quitáis, no nos quitaréis el campo, que asaz^[83] es ancho.

Entonces se apartó por se desviar, mas el caballero le dijo:

—En vano es vuestro trabajo. ¿Pensáis hallar vado en el río? Que ante os tomaría la noche.

Cuando Esplandián esto oyó, algo enojado dijo:

—Caballero, según eso no me puedo excusar de haber con vós batalla. Pues que así es, quiero ver si vuestro estorbo me porná^[84] más embarazo que el rodeo del camino.

Estonces enlazó su yelmo y echó su escudo al cuello, e tomó la lanza e dijo:

—¡Agora me dejad el paso, o vos guardad de mí!

El otro caballero no dijo nada, ante al más correr de su caballo se dejó a él ir, y Esplandián asimesmo a él, e diéronse tan grandes encuentros en los escudos que las lanzas quebraron sin que mucho lo sintiesen. E como los caballos venían recios e los caballeros con voluntad de se vencer, juntáronse tan bravamente, y los escudos e yelmos unos con otros, que ambos fueron a tierra de los caballos, e dieron tan grandes caídas que el maestro pensó que muertos eran. Mas a poco rato se levantó Esplandián e puso mano a su espada, con gran vergüenza por haber así caído; e fue contra el otro,

que ya estaba guisado de lo ferir, e comenzaron entre sí la más brava batalla que nunca por hombres en ninguna sazón vista fue. El maestro Elisabad, que los miraba, dijo:

—¡Oh, Santa María, val!^[85] ¿Qué será esto? ¿Que algún diablo en forma de caballero es éste que al encuentro nos ha venido para nos confundir?

Los caballeros anduvieron en su batalla bien una hora, sin descansar ni hacer otra cosa, salvo darse los más esquivos e duros golpes que ellos podían, de manera que los escudos eran fechos pedazos, e las lorigas^[86] desmalladas^[87] e rotas por muchos lugares, así que tanta sangre les salía que el campo hacía tinto. Estonces el Caballero de la Puente se quitó un poco afuera e dijo:

—¡Caballero, dejad el camino e quitavos he la batalla, porque, siendo vós el mejor de cuantos yo he probado, gran pesar habría en que aquí fuédeses perdido!

Esplandián le dijo:

—Si vós, caballero, fuédeses tal que más a virtud que a cobardía me fuese reputado, podría ser que hiciese lo que decís por dar contentamiento a mi voluntad; mas conociendo de vós tenerme en tal estrecho donde pienso que fin de la gloria será la muerte de entr'ambos, no penséis en ál sino en vos defender; que habed por cierto que fasta que la muerte o el vencimiento del uno nos desparta otra folganza^[88] por mi parte no habrá.

Estonces se fue el uno al otro y tornaron a su batalla con mucha más saña y fuerza que de primero; en la cual duraron sin que ninguno d'ellos flaqueza mostrase dos grandes horas, en que cada uno probó todo su poder. El ruido de los golpes era tal como si allí veinte caballeros se firiesen. Muchas veces se trabaron a brazos dejando las espadas en las cadenas que las tenían,^[89] mas no pudiéndose derribar tornaban como de cabo a se ferir muy cruelmente. Cuando el maestro Elisabad los vio con tanta saña y en tanto peligro, dijo:

—Mi amigo Sargil, entiendo que Esplandián ha fallado la sepultura de su tierna y fermosa edad. ¡Señor Dios, guárdalo por tu piedad, porque su deseo no es sino en crecer la tu Ley Santa!

Sargil estaba como espantado, e las lágrimas le caían por sus faces^[90] en ver el gran estrecho en que su señor estaba. Mas no tardó mucho que, ante que la hora tercera^[91] pasase, el Caballero de la Puente fue tal parado e sus armas tan maltratadas que ya en él no había sino la muerte; que Esplandián lo aquejaba con tales golpes, y andaba tan vivo e tan ligero, que sólo un momento folgar no le dejaba, tanto que ya aquellos que lo miraban conocieron que, si más porfiase, sería muerto. Cuando así Esplandián, que con saña ardía de se ver tan maltratado, le vio, dijo:

—¡Don caballero, mucho mal de vós he recebido, queriéndome sin causa llegar a la muerte! Mas yo haré que vos vais delante.

Estonces alzó la espada por lo ferir de toda su fuerza; mas el otro, que ya la suya mandar no podía, dio una voz e dijo:

—¡Ya no más, que yo conozco ser vencido!

Esplandián detuvo el golpe, e dijo:

—Pues decid quién sois.

El caballero le dijo:

—Venga el maestro Elisabad, que bien será menester.

Luego se le cayó la espada de la mano y sentose en el campo, que no se pudo en los pies tener. Esplandián llamó al maestro, diciéndole que aquel caballero le quería. El maestro llegó y, descabalgando de su palafrén, fue a él, que desacordado estaba de la mucha sangre que se le fue y de los golpes grandes que recibido había; e como le quitó el yelmo, conociole que era Amadís, de que muy espantado fue. Cuando Esplandián le vio, echó la espada en el campo, e quitándose el yelmo comenzó de llorar muy agramente^[92] e decir:

—¡Oh, cautivo sin ventura!, ¿qué he fecho?

E cayó sin ningún sentido cabe su padre. Cuando así el maestro vio el padre y el fijo, comenzó a maldecirse muchas veces porque su gran desdicha lo había traído a estado que delante sí viese las dos personas que en el mundo más amaba en punto de muerte. E viendo que por allí poco remedio les daría, llamó a Sargil que le ayudase. E como aquel que en el mundo todo no había quien de aquel oficio su igual fuese, puso tal remedio en las heridas de Amadís cual otro ninguno no supiera. Sargil socorrió a su señor, tomándole en sus brazos; e así estuvieron con ellos fasta que en todo su acuerdo fueron. Luego el maestro los hizo cabalgar en sus caballos, aunque a grande afán de Amadís; mas su grande e fuerte corazón, que siempre la flaqueza mucho menospreció, le dio tanto esfuerzo que sin mucho afán de los que le llevaban le puso en el Monesterio de Miraflores, donde él e su hijo fueron en sendos lechos echados. [...]

Así como ya habéis oído pasó esta cruel e dura batalla entre Amadís e su hijo, por causa de la cual algunos dijeron que en ella Amadís de aquellas heridas muriera, e otros que del primer encuentro de la lanza, que a las espaldas le pasó. Sabido por Oriana, se despeñó de una finiestra.^[93] Mas no fue así, que aquel gran maestro Elisabad le sanó de sus llagas. E a poco espacio de tiempo, el rey Lisuarte e la reina su mujer les renunciaron sus reinos, quedando ellos retraídos, como adelante se os contará. E fueron reyes él e Oriana muy prosperados de la Gran Bretaña e de Gaula; y hubieron otro fijo, que se llamó Perión, e una fija, que no menos que su madre fue hermosa, que casó con un fijo de Arquisil, emperador de Roma. Pero la muerte que a Amadís le sobrevino no fue otra sino que, quedando en olvido sus grandes fechos casi como so la tierra, florecieron los del fijo con tanta fama, con tanta gloria, que a la altura de las nubes parecían tocar.

Sabido por el rey Lisuarte el estado d'estos caballeros, acudió allí luego con la reina e Oriana e otros; e comoquiera que de su gran daño d'ellos mucho dolor hubiesen, considerando que si honra en ello se ganara entr'ambos la ganaban, como padre e fijo, consoláronlo más con semblantes alegres que con tristes, sabiendo del maestro tener buena esperanza en su salud. Fuele preguntado a Amadís por la reina e

aquellos señores por qué causa tan cruelmente a su hijo había probado. E les respondió que la igualdad de la fuerza d'ellos fue en tanta cantidad de tiempo tan pareja que sin gran afrenta e peligro la diferencia de la mejoría no se pudiera conocer; e como él hubiese pasado por cosas tan señaladas, e con las presentes de su hijo las suyas, como viejas, eran ya puestas en olvido, que quiso renovarlas, poniendo a sí e a él en aquel estrecho deseando ser vencedor, creyendo que, como la Fortuna en todo lo otro tan ayudadora e favorable le había sido, que así en aquello lo fuera, lo cual ganando ganaba toda la fama, toda la alteza de las armas, que ni el padre al hijo, ni el servidor al señor, debía dejar podiéndola para sí haber. Pero que aquella misma Fortuna le había dado bien a conocer la gran diferencia que del uno al otro había; y que si algún consuelo le quedaba, era la honra que del buen fijo al padre podía alcanzar. (Garcí Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián* [1521], caps. 28-29).

§ 14. DE CÓMO DOS CABALLEROS GUARDAN UN PASO SIN QUE NADIE PUEDA
VENCERLOS Y DE LA MARAVILLOSA MANERA QUE TUVO EL SABIO ALQUIFE DE DAR
A CONOCER SU IDENTIDAD

La mañana venida, ellos se levantaron e fueron todos armados e puestos en ordenanza de dos en dos de la forma que lo hemos contado. Fueron por su camino e, entrando por una floresta cinco leguas de Constantinopla, salidos d'ella estaba un río en un raso e en él una puente cab'ella.^[94] Del otro cabo estaba un castillo e arrimada a él una astería^[95] en que había más de cien lanzas. No tardó mucho que vieron salir del castillo dos caballeros armados encima de dos muy buenos caballos asaz grandes e de muy buenos cuerpos. Traían las armas todas negras sin otra pintura ninguna. Tomando en las manos dos gruesas lanzas de las que en el astería estaban, se pusieron en medio de la puente e, enviando una doncella que con ellos del castillo salió, se vino derecha para ellos que dos tiros de ballesta de la puente llegaban. Ellos pararon por ver qué quería la doncella; la doncella se fue para donde Mabilia venía e dijo:

—¿Cuál de vós es el más principal d'esta compañía e decirle he a lo que soy venida?

Todos estaban junto d'ella por ver lo que diría. El rey don Galaor le respondió:

—Doncella, decid lo que mandades, que todos son aquí principales.

Ella dijo:

—Por cierto, así me parece a mí, que nunca tan rica compañía de caballeros vi. Agora os quiero decir a lo que soy venida. Sabed, señores caballeros, que aquellos dos caballeros que a la puente están cuya yo soy, os envían a decir por mí que ellos son allí venidos por mandado de sus señoras a guardar aquel paso, por que han de estar allí todo este año con las condiciones que agora os dijere: que ellos han de traer aquellas armas con que agora los veis hasta ver si salen con su demanda, que es que

cuantos caballeros por allí pasaren, si fuere uno, con el uno d'ellos, e si muchos, de dos en dos, han de venir a la justa con ellos. E si cayeren los caballeros que con ellos justaren, que no sean obligados a hacer batalla de las espadas con ellos quedando ellos a caballo; e los que así cayeren han de dejar sus caballos y escudos para que ellos los envíen a aquellas por quien el paso guardan. E si ellos cayeren ambos, quedando los otros en las sillas, que les dejen así mesmo sus caballos y escudos e no guarden más el paso. E si todos cuatro vinieren al suelo, que la batalla de las espadas se pueda hacer con la mesma condición que la de la justa; e si no cayeren sino los dos, aquellos hagan su batalla. E si no cayere ninguno de la justa, que tornen a justar tantas veces hasta que alguno caya;^[96] e que sin caer en tierra no pueda haber batalla de espadas sino de la forma que dicho tengo. E si ellos este año salieren con esto que han comenzado, que sus señoras sean obligadas a otorgarles su amor; donde no, que quede a su voluntad d'ellas. Agora que os tengo dicho el caso, ellos vos envían a decir que os ruegan mucho que no os pese d'esto, pues caballeros sois como ellos que no os fallecerán amigas a quien sirváis con sus caballos y escudos si los derrocardes o vencierdes. Y que d'esta forma como venís, de dos en dos, habéis de pasar con la condición.

Galaor respondió:

—Razón es, doncella, que esos caballeros hagan lo que por sus señoras les es mandado; pero pésame por su buena voluntad, que creo que han comenzado hoy cosa con que se quitarán del trabajo de todo el año. Tornad a ellos y decildes que así se fará, que con esa condición queremos pasar.

La doncella se tornó. Ellos se quedaron todos riendo de cómo los caballeros habían de quedar a pie; la reina Mabilia les dijo:

—Guardad, no vais vosotros que tenéis necesidad de más caballos, que ellos presto se podrán encabalar.

Luego se concertaron que así como venían saliesen a la justa; e así se hizo, que luego Guelleriz, sobrino del almirante Frandaló, e Giontes tomando sus lanzas salieron a los caballeros que ya para ellos venían, e a todo correr de los caballos se encontraron tan fuertemente que Guelleriz e Giontes quebraron sus lanzas, mas los caballeros de la puente los encontraron así duramente que dieron con ellos en el suelo muy gran caída. Los caballos les fueron tomados e los escudos por cuatro escuderos que en la puente estaban, y^[97] metidos en un corral. Los caballeros se levantaron del suelo con mucha vergüenza y se tiraron^[98] a una parte, porque ya venían Brunerte y Teluis el Flamenco a la justa, pero así les avino como a los primeros. Mabilia dijo:

—Paréceme que ya tenemos necesidad de buscar caballos.

Luego los caballos fueron tomados como los primeros. Gandalín y Irguián su hijo vinieron a la justa con los caballeros negros. Pero del primer encuentro les fue forzado dejarlos como a sus compañeros. Dragonís e Palomir vinieron a los caballeros de la puente que aún las lanzas no habían quebrado, y encontráronlos tan duramente que las lanzas volaron en piezas. Pero los caballeros negros los

encontraron así duramente, que por cima de las ancas de los caballos los lanzaron gran pieza por el campo. Los caballos y escudos fueron tomados por los escuderos del castillo. Pero aún los caballeros de la puente sus lanzas tenían sanas; ya los tenían en más que hasta entonces. Luego vinieron a la justa Perión de Sobradisa e Galvanes. E firiendo los caballos de las espuelas,^[99] se vinieron a juntar con los caballeros negros. Las lanzas volaron en piezas, pero Galvanes fue en tierra; a Perión y al caballero negro que con él justó les fueron traídas otras lanzas de la astería. E tornándose apartar el uno del otro, viniéronse a juntar en tal manera que las lanzas volaron en piezas; mas ellos se juntaron de los cuerpos y escudos, de tal manera que el caballero negro perdió una estribera, mas Perión cayó del caballo abajo muy desacordado. Los caballos les fueron tomados e los escudos; Perión e Galvanes estaban con muy grandísima vergüenza de lo que les había acaecido^[100]. Luego salieron a la justa Florestán y Parmíneo su hermano; e a todo correr de los caballos, se vinieron a juntar con los caballeros negros que otras lanzas ya tenían. Y encontráronse tan duramente que las lanzas fueron voladas en piezas, e pasaron los unos por los otros muy hermosos caballeros, que a maravilla los miraban. Luego les fueron traídas de la astería otras muy gruesas lanzas. E tornándose apartar los unos de los otros, se vinieron a encontrar con muy gran saña, de manera que Florestán e Parmíneo quebraron las lanzas, mas los caballeros negros los encontraron de tan valientes golpes que dieron con ellos en el suelo muy gran caída. La reina Mabilia dijo riendo:

—Aún habré yo de salir verdadera en lo que dije.

Los caballos y escudos les fueron tomados en la misma forma que los otros. [...] Los caballeros todos a pie e sin escudos estaban tan corridos que bien holgaran que los que quedaban les tovieran compañía. Todos preciaban los caballeros negros, tanto que decían que nunca tales los habían visto. E mucho los miraban, pero no podían pensar quién fuesen. [...] A esta hora dijo Mabilia:

—Parésceme que aunque los dos caballeros pierdan ya sus caballos, que no les faltará en qué cabalgar.

—Así me parece, —dijo don Galaor—, que cuarenta e ocho tienen ya ganados de los mejores caballeros del mundo, pero si yo puedo no cabalgarán ellos en el mío.

—Así plega a Dios, —dijo Mabilia.

Luego salieron él e don Florestán el Buen Justador, su hermano, a justar con los caballeros negros. Mas quiero que sepáis que seis lanzas corrieron quebrándolas sin se poder derribar, mas a la setena carrera las lanzas volaron en piezas e todos cuatro se juntaron de escudos e yelmos, en tal manera que los caballeros negros perdieron las estriberas, que, si no se abrazaran a los cuellos de los caballos, cayeran; mas los dos reyes Florestán e Galaor, tan desacordados que de sí no sabían parte, vinieron al suelo. La reina Mabilia dijo a los dos caballeros de la Espera y de la Vera Cruz:

—Paréceme, señores, que no debéis justar, porque mejor cabalgando que a pie podremos buscar carros en que podamos llevar estos caballeros.

Lisuarte dijo:

—No me medre Dios si no les tengo de dar el mío o tomar el uno de los suyos.

El de la Espera dijo otro tanto; e tomando sus lanzas, que ya era hora de nona,^[101] se fueron para los caballeros negros que tan denodados e con tanto corazón estaban como si en todo el día no hobieran hecho nada. A la sazón que los yelmos se pusieron, los caballeros negros estaban tan cerca que bien les pudieron ver los rostros. Los caballeros negros les dijeron, que fasta ahí ninguna palabra habían hablado:

—Por cierto, caballeros, más holgaremos de llevar vuestros escudos e caballos a aquellas por quien aquí somos venidos que vuestras personas, porque más peligro esperaríamos de vuestra vista que de vuestra batalla.

Lisuarte les dijo:

—Por cierto, caballeros, más queríamos ganar esos vuestros caballos para aquellos dos reyes que a la postre cayeron que vuestros escudos ni yelmos, aunque os preciamos mucho.

E sin más hablar, arredraronse^[102] los unos de los otros, cubriéndose de sus escudos, abajando sus lanzas, a todo correr de los caballos se vinieron a juntar; así se encontraron todos cuatro, que falsando los escudos las lanzas volaron en piezas. Ellos se juntaron de los cuerpos de los caballos y escudos e yelmos con tanta fuerza que parecían hacerse pedazos. El encuentro fue atal que, así los negros como los colorados con sus caballos, todos cuatro vinieron al suelo; mas como eran vivos e ligeros, metiendo mano a las espadas se acometen de tantos e tan duros golpes por todas partes que fuego sacaban las espadas do quiera que llegaban. D'esta manera anduvieron sin conocer mejoría ninguna grande hora e media. A esta sazón ya las armas eran rotas por muchas partes, que mucha sangre les salía; los escudos casi deshechos en los brazos e los yelmos abollados en las cabezas; ya todos cuatro andaban ta[n ma]l parados que todos decían, los que los miraban, que no podría ser sino morir. Todos estaban a la redonda hecho un corro mirando la batalla muy juntos de los caballeros. Ya había dos horas grandes que la batalla de las espadas comenzaran, que sin folgar ninguna mejoría entre ellos se sentía más de cuanto sus armas estaban ya tales que poca defensa tenían. Por tantas partes les salía la sangre que las yerbas todas tintas d'ella estaban; e andaban tan cansados que les convino tirarse afuera por poder descansar.

Estando así folgando, el rey don Galaor e el rey don Florestán los miraban e decían que nunca vieran tal batalla de caballeros, que ciertamente a su creer aquellos eran cuatro caballeros los mejores del mundo, pero que mucho temor tenían que todos cuatro muriesen en aquella batalla. Ellos hablando en esto, los caballeros tornaron a su batalla como de primero, dándose tantos y tales golpes que espanto ponían a los que los miraban, más aun que ellos vían todas sus armas rotas y despedazadas; por eso no mostraban punto de cobardía ni dejaban de punar por se vencer los unos a los otros. Andando así, viendo que no se podían vencer de las espadas, todos rogando a Dios que los guardase pues tan buenos eran, andando de tal

suerte que no podía ser sino morir, los caballeros, viendo que no se podían vencer como dicho tengo, soltando las espadas de las manos, quedando presas en las cadenillas, se asieron muy reciamente a brazos punando por se derrocar. A vista de todos los que los miraban, abajó una nube tan negra y espesa como una pez, y investiéndose en los cuatro caballeros de forma que nadie los vía, en un punto fue desfecha. E los caballeros que abrazados andaban se hallaron sin yelmos en las cabezas, estando abrazados Lisuarte y Perión con sus padres, e Amadís y Esplandián con sus hijos; y en medio d'ellos estaba aquel honrado viejo sabio Alquife con sus barbas e cabellos largos, el cual en la nube viniera; e teniéndolos abrazados todos cuatro y él en medio, les decía:

—No era razón que en lo que es una cosa hubiese fin ni mejoría de vuestra batalla.

Amadís y Esplandián que lo vieron, conocieron ser aquel el que en la batalla les apareciera, e así mesmo el Caballero de la Espera conoció ser el que él librara del jayán que en el carro lo llevaba; e Lisuarte que, viéndolo bien, cuidó lo que debía ser, se le acordó de lo que Alquifa le dijera cuando la tienda le diera, que le dijo que su padre se le enviaba a encomendar, y le enviaba a decir que él lo vería e a tiempo que más holgase con su vista que con la mitad del mundo que le diesen. E así fue la verdad, porque la cosa estaba en tan mal estado que no podía ser sino morir todos cuatro en aquella cruel y espantosa batalla, si por la gran sabiduría d'este buen viejo no fuera, porque Amadís y Esplandián con envidia de sus hijos que cegaba el amor de padres, aunque supieran morir, no dejaron de llegar la batalla al cabo; y los hijos, como estaban inocentes ser aquellos sus padres, no dejaron de hacer lo mesmo con ellos. Pero tornando al propósito, como ellos se vieron así abrazados con sus padres, tomándoles las manos e hincando los hinojos^[103] en el suelo con gran reverencia gelas besaban muchas veces, diciéndoles que le suplicaban que les perdonasen su yerro, porque conocida cosa era que, si ellos miraran e tuvieran sentido, que bien debieran pensar que eran ellos; pero que si locura habían hecho, que Dios les había dado el pago, pues que ellos llevaban lo peor de la batalla, e así mesmo murieran si aquel honrado viejo no socorriera. El rey Amadís e el emperador Esplandián los tenían abrazados, besándolos en las haces,^[104] corriéndoles las lágrimas de los ojos, les decían que antes ellos habían llevado lo peor de la batalla y que ellos tenían la culpa toda en haber hecho tan gran yerro, que no con menos que con las vidas pagaran su desvarío si el socorro tardara. E dejando a sus hijos, fueron abrazar al honrado viejo Alquife, agradeciéndole mucho su buen socorro; e él les quiso besar las manos, diciéndoles que más les debía él, que aquello obligado era a hacerlo. (Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia* [1525], cap. 50).

§ 15. DE CÓMO EL GRAN SOLDÁN ENVÍA UNA CARTA DE DESAFÍO AL GRAN

Bien tarde se levantaron aquellos altos y soberanos señores, principalmente los que en la batalla habían entrado, que, aunque heridas no tuviesen, estaban tan molidos que apenas en los pies se podían tener; el pesar que d'estas cosas no ser hechas por su mano sentía el Príncipe de Persia era tanto que deseaba hallar manera cómo morir o matar al esforzado prín[ci]pe don Belianís, aunque sus deseos no habían aquel lugar que él quisiera. Salidos que todos fueron a la real sala, juntándose a consejo los que sobre tal caso lo solían hacer, fue acordado qu'el príncipe don Belianís respondiese al príncipe Ariobarzano con las condiciones por él pedidas; y con esto, el príncipe escribió la respuesta y, llamando al príncipe de Finicia, le rogó que su parte al real del Gran Tártaro y Emperador de Trapisonda la llevase. Y el príncipe don Contumeliano la tomó y solo, sin persona alguna que lo acompañase, fue hasta llegar donde las guardas del real estaban y, siéndoles dicho que era embajador, fue hasta llegar a la tienda del Gran Tártaro, donde por él y todos los principales caballeros del real que juntos estaban a la sazón fue mandado que entrase, saliendo para le acompañar cuatro reyes vasallos del rey de Sericana. Entrado que fue en la tienda, siendo conocido por algunos de aquellos príncipes, se levantaron a él, y el príncipe Ariobarzano le hizo sentar par de sí diciendo:

—Con tal mensajero, mi señor, como la vuestra merced, seguro estoy que el fin deseado se pondrá en esta guerra tan incierta por que pasamos.

—Yo os beso las manos, —respondió don Contumeliano—, y en lo demás aquí veréis la relación de lo que deseáis.

Y con esto, dando la carta al príncipe, él la abrió y mandó leer y vio que así decía:

Carta del Soldán de Babilonia para el Gran Tártaro

El Soldán de Babilonia, siervo de los soberanos dioses, enemigo de todos aquellos que contra razón sus cosas quieren gobernar, a ti, el Gran Tártaro, que contra razón y justicia te intitulas rey de los reyes y a todos los reyes y príncipes de tu compañía, salud. Ni los celestiales movimientos pueden dejar de ser sustentados en el estado que están, en su circular redondez, dando y participando aquellas influencias que por el Disponedor de todas las cosas les fueron concedidas; ni la justicia puede dejar de ser conocida, y por todos como principal señora de todo lo criado obedescida, ni el Soldán de Babilonia puede dejar de haber recibido notable fuerza y agravio, ni el Gran Tártaro y príncipes sus valedores de hecho; por lo cual, altos príncipes, no os debiérades de maravilliar si con vosotros de aquel cruel desabrimiento^[105] que las malas obras consigo traer suelen, no siendo por mi parte concedida vuestra demanda ni otorgada la batalla que pedís, procura[d] el general esparcimiento de vuestra sangre y de todos aquellos que con tanta soberbia y

osadía entrastes a sojuzgar aquello que ni con justicia tener podíades, ni con razón en ello hacer guerra. Mas queriendo más usar de aquella clemencia que a mí mismo soy deudor que de la crueldad que érades merecedores, aunque de vuestra parte pedís cosas muy descomunales, diciendo que, si vuestros caballeros fueren vencedores, os sean restituidas la emperatriz de Tartaria y princesa Imperia su hija, que en mi poder están, y entregada la princesa Florisbella mi hija, sin obligación, por el precio de tan gran rescate a cosa alguna, de manera que sin aventurar nada queréis poner en batalla lo que contra todo el universo puede ser defendido, yo acepto la batalla de la manera y en el número que por vuestra parte es pedida, con tanto que, si los caballeros que para la batalla dierdes fueren vencidos, dentro en veinte días salgáis de todos mis reinos, restituyéndome en pago de los daños que me habéis hecho, el reino de Ramolaz con todas sus indias comarcanas, que antes de agora de la corona imperial de Babilonia eran. Y si esto quisierdes, inviadme las rehenes bastantes y de hoy en diez días se haga la batalla. No más, los dioses sean en vuestra guarda y os aparten de yerro tan conocido como contra mí habéis cometido. Y para hacer la batalla de mi parte, yo nombro al soberano Emperador de Grecia, con los esclarecidos^[106] príncipes don Belanís, don Clarineo y don Lucidaner de Tesalia, sus hijos y al nuevamente hallado y excelente príncipe Aquiles de Grecia, cuyas hazañas con valerosidad y alteza de linaje de ti creo serán bien conocidas; en lo demás al mensajero podrás dar crédito en todo lo que de mi parte te dijere.

Leída que fue la carta y oída por todos aquellos príncipes, aunque la alegría que recibieron por aceptarse la batalla fuese grande, no dejaron de conocer que lo habían de haber con los más avantajados caballeros que jamás hubiesen oído decir. Y el Gran Tártaro, aunque en el saber de Silfeno tuviese gran confianza, no dejó de sentirlo en el alma, que él tenía al príncipe don Belianís por el más extremado caballero del mundo, y de los otros asimismo había visto y oído tales cosas que no pequeña turbación le ponían; mas disimulando lo que en su corazón sentía porqu'el príncipe don Contumeliano no se lo sintiese, le respondió:

—Mucho me place, esforzado príncipe, que el Soldán haya tomado este acuerdo, mas por lo que a él toca, pues en lo demás conocido está si sería bastante para ser satisfecho a mi voluntad, y en lo que dice de los daños recibidos, yo soy contento, aunque es contra razón, de que sea el precio de la batalla.

—Soberano señor, —respondió don Contumeliano—, lo que el Soldán pone en batalla es cosa que con todo el universo su valor no puede recibir comparación; y si pide el reino de Ramolaz es por lo que en su carta dice, y para que de una vez queden las cosas tan allanadas que no haya necesidad de nuevos debates y diferencias, los cuales él querría estorbar en cuanto a él le fuese posible, cuanto más que es cosa conocida los daños que ha recibido, tan contra toda razón no poder ser pagados con

doblado precio de lo que él dice.

—No ha sido contra justicia, —respondió el Gran Tártaro—, pues que siempre de mi parte se le han ofrecido al Soldán los mejores partidos, que de otra suerte él pudiera haber alcanzado.

—¡Qué sería, —dijo don Contumeliano— si el Soldán no los tuviese por tales, y pareceros-ía que tendría razón de hacerlos porque a otro le pareciesen buenos!

Muy airado fue el príncipe Mitridano de oír con cuánta osadía aquel caballero hablaba al Soldán, y no lo pudiendo disimular, le dijo:

—Caballero, yo no sé quién vós sois, mas dígovos que el Soldán de Babilonia tenía poca necesidad de para un caso de tanto peso como éste en que se trata inviar un caballero tan hablado como vós, que, si tuviérades tanta valentía como palabras, razón tendría el Gran Tártaro de sin batalla daros todo lo que pedís, habiendo vós de entrar en ella.

Grande fue la ira y saña que en el corazón del príncipe don Contumeliano entró, y muchas veces estuvo determinado de matarle, pareciéndole que no sólo de descomedido, más aún de parlero, le notaba el príncipe Mitridano; mas, como fuese el caballero más sufrido de su tiempo, sujetándose a sí mismo, le dijo:

—Cierto, Príncipe de Troya, bien tengo conocido que el no saber vós quien yo sea os ha hecho descomedir para conmigo en presencia del Gran Tártaro; y ésta es una causa, si tenerla puede de disculpa un caballero como vós, en haber dicho semejantes palabras, y no las paséis en olvido, que yo vos prometo de las demandar más cedo^[107] que vós cuidades. Y pues no lo sabíades, sabed que yo soy el príncipe don Contumeliano de Finicia, que sobre que habéis hablado como atrevido y desmesurado caballero, os doy este mi gaje.^[108]

Y diciendo esto, le lanzó a sus pies una daga que en la cinta traía. El príncipe Ariobarzano la tomó antes qu'el príncipe Mitridano se pudiese abajar por ella, diciendo que a tiempo serían para que sus enojos se pudiesen ejecutar, que por entonces les suplicaba no se hablase más en ello; con todo eso, la cosa pasara a mayor riesgo porque los caballeros troyanos bien se holgaron^[109] de ver a Mitridano en batalla, que habiendo sabido cómo la infanta Policena era parecida, tenían tanto deseo de verla y aún hacerla señora del reino que por ver novedades de cualquiera cosa les pluguiera; y aún dentro en la tienda había algunos que sabiendo ser aquel el que al Emperador de Trapisonda matara, le deseaban la muerte. El Gran Tártaro, mostrándose muy enojado de lo que en su presencia había pasado, dijo al príncipe don Contumeliano:

—Esforzado príncipe, a mí me pesa mucho de lo que contra vós se ha hecho, especialmente por ser mensajero a quien toda honra y buen tratamiento se debe; y si por otro que fuera menos qu'el esforzado príncipe Mitridano os fuera dichas, yo las castigara con aquel rigor que vós viérades y para que se os pueda dar la respuesta conveniente, os suplico tengáis por bien de os salir fuera de la tienda.

—Pláceme, —dijo el esforzado príncipe.

Y saliéndose de la tienda, lo salieron a tener compañía la mayor parte de los esforzados príncipes mancebos, con los cuales estuvo platicando de diversas cosas. Entrados en su consejo, por todos aquellos príncipes fue acordado que la batalla se hiciese en la manera que estaba pedida, y por cuanto era necesario que el príncipe don Contumeliano llevase resolución de todo, al sabio Silfeno fue dado cargo de responder, y que en la carta fuesen nombrados los caballeros que la batalla habían de hacer y él la escribió, y dándola al príncipe don Contumeliano le dijeron que aquello daban por su final respuesta, y haciéndoles el comedimiento que a sus estados era deudor, se volvió a la ciudad y, puesto ante los príncipes griegos, les dio la respuesta y, mandada leer, vieron que así decía:

Respuesta del Gran Tártaro

El Gran Tártaro, señor de todos los confines de la tierra, rey de los reyes, siervo de los soberanos dioses, a ti, el Soldán de Babilonia, príncipes griegos y persianos con todos los demás de tu compañía, salud. Sabrás que por los altos y soberanos dioses conocida la injuria contra ellos por tu parte hecha en denegar a los verdaderos sucesores de su divina prosapia, el ayuntamiento de tu hija por ellos pedida, tomándola por tan verdaderamente suya como ella lo es en su divinal consistorio, ha sido acordado de abajar no sólo tu sobrada alteza de que tanto te precias, pero aun la d'esos príncipes griegos que con tanta presunción piensan en el universo haber quedado iguales a su fortaleza, para lo cual te hago saber que para la batalla que será para el día que tú dices y con las condiciones por ti pedidas, por mandado del alto dios Júpiter, yo nombro a los extremados en bondad de armas y virtud de caballería: al rey Vepón con los altos y soberanos príncipes Héctor y Troilo con Deifebo y temido rey Menón, los cuales, por su div[in]al mano serán puestos aquel día en el campo para ensalzamiento de su gloriosa y divinal sangre y confusión de aquellos que contra ella ser quisieron. Las rehenes, por mi parte, serán el príncipe mi hijo, y de la tuya, basta sola tu palabra. No más de que los dioses te guíen en aquello que más a su servicio cumple.

No poco alegres fueron aquellos caballeros en oír que, con tan recios contrarios, la batalla se les ofrecía, y al príncipe Aquiles le pareció que nuevamente se le representasen las pasadas batallas, aunque les parecía cosa de sueño que aquellos caballeros habiendo tanto tiempo que eran muertos, tornasen agora a hacer batalla. (Jerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, libro II [1547], cap. 50).

§ 16. DE CÓMO DON POLINDO ENVÍA AL REY DE OREA UN CARTEL DE DESAFÍO

Don Polindo mandó alzar el real y aquel día caminaron fasta llegar a vista del otro; e allí mandó asentar el real y hizo sus capitanes e cuadrillas e ordenó sus faces, [110] porque otro día quería dar batalla campal, e envió sus espías por saber la orden de sus enemigos, e supo cómo estaban bien ordenados, que tenían por Capitán General a Sarmates e que tenían más cuatro jayanes, los más espantables del mundo, e que se llamaban, el uno Maurión e Arbuto e Oribaso e Cercibón el Cruel; e que eran los más espantosos jayanes del mundo. Don Polindo dijo a sus compañeros en esta manera:

—Señores y hermanos míos, pues ya esta guerra tenemos comenzada, sería muy bien que los principales de nuestros contrarios los quitásemos y los estorbásemos que no nos hagan algún daño; y es que ya ves el daño que estos cuatro jayanes podrían hacer en la batalla en los nuestros. Y si éstos nos quitamos de nuestro estorbo, muy clara está la vitoria. Pues para quitarlos yo no fallo otro remedio sino enviar a estos cuatro jayanes cuatro de nosotros un cartel de desafío, que salgan a la batalla en campo con nosotros cuatro; y el primero seré yo.

Todos respondieron que era muy bien e que enviase seis caballeros, porque en ninguna manera ninguno d'ellos había de quedar a guardar las tiendas; sino si cuatro salían, que habían de salir todos seis. E así lo ordenaron que se ficiese y ordenaron un cartel que decía d'esta manera:

Cartel de desafío.

Yo, don Polindo, príncipe de Numidia, a ti, el Rey de Morea, ningunas saludes te envío. La causa es por dos cosas: la una, por la guerra que contra mi señor, el rey Naupilio de Macedonia tienes tan sin razón comenzada; y la otra, por la sinrazón que me feciste cuando pasé por tu tierra. Mas fágote saber que los caballeros andantes que andan buscando las aventuras y son usados al trabajo de las armas, el rato que están ociosos mucho les pesa d'ello, por lo cual buscan en qué ejercitar sus personas. Dígolo porque aquí, en este real, están seis caballeros que mucho les pesa el tiempo que están ociosos; si ahí en tu real hubiere otros seis que osen salir en campo a probarse con ellos, por esta mi carta los desafían que con armas iguales salgan al campo, seguros de los de mi real; e ansí los da tú seguro de los tuyos, salvo d'ellos. Y porque con más razón entren en campo, será que quién tiene más justicia: tú de levantar esta cevil guerra o el rey de Macedonia por defender su reino. Y envíame respuesta con ese mensajero. Don Polindo.

Escrito el cartel, le dieron a un rey d'armas que lo llevase al Rey de Morea, e se fue derecho a su tienda. E sin facerle acatamiento, en alta voz le dijo:

—Porque soy criado de tu enemigo y vengo de parte de los príncipes del mundo e más esforzados, de parte de los cuales te traigo este cartel.

E como esto dijo, le dio al rey. Y él le dio a un caballero que lo leyese, estando todos presentes. E como el rey lo oyó, mandó escrebir otro que en esta manera decía:

Respuesta del cartel.

El Rey de Morea, que a ti ni a tus polidas^[111] razones no tiene en mucho; mas, por cumplir tu deseo, te respondo a lo que dices que esos seis caballeros les pesa por estar ociosos. Aquí hay no digo seis, mas diez mil, que os darán harto en qué entender, tanto que os pese de haber comenzado la tal labor. E si luego queréis, yo os aseguro de todos los míos salvo de los que han de facer la batalla.

Escrito el cartel, por más abundancia lo selló con su sello e le dio al rey d'armas que, sin facer medida, se salió e se vino para su real. Y contó a don Polindo lo que con él había pasado y cómo los jayanes eran muy fieros. Don Polindo leyó la respuesta e luego se aparejó a la batalla. Los cuatro jayanes dijeron al rey que ellos cuatro bastarían para los seis. Aun el uno solo para cuarenta caballeros, aunque fuesen tales e tan esforzados como era don Polindo. El rey les dijo que bien lo creía e aún para más, mas por quebrantar el orgullo a don Polindo, los había dicho que fuesen así y ellos lo otorgaron.

E don Polindo, como aquel que en animosidad e en esfuerzo a todos los del mundo tenía, hizo ajuntar a sus compañeros, a los cuales les comienza aconsejar lo que habían de hacer e cómo se habían de haber en la batalla. E los principales del real, que supieron la batalla que estaba aplazada, mucho les pesó en haber tales caballeros en el campo con aquellos tan espantosos jayanes, e muchos d'ellos se fueron a don Polindo a rogarle que no entrase él en aquella batalla; mas no les aprovechaba nada. Y aquel día dejaron la batalla para de mañana, porque ya era tarde e presto los despartería^[112] la noche. (*Polindo* [1526], cap. 33).

§ 17. DE CÓMO DON QUIJOTE VENCÍO AL CABALLERO DEL BOSQUE (TAMBIÉN CONOCIDO COMO EL DE LOS ESPEJOS) DESPUÉS DE UNA MUY ESCASA REÑIDA BATALLA

Entre muchas razones que pasaron don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo a don Quijote:

—Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, o, por mejor decir, mi elección, me trujo a enamorar de la sin par Casildea de Vandalia. Llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina a Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa gigante de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce y, sin mudarse de un lugar, es la más movable y voltaria^[113] mujer del mundo. Llegué, vila y vencila, y hícela estar queda y a raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez también hubo que me mandó fuese a tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando, empresa más para encomendarse a ganapanes que a caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra, peligro inaudito y temeroso, y que le trujese particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento a la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñeme en la sima y saqué a luz lo escondido de su abismo: y mis esperanzas, muertas que muertas; y sus mandamientos y desdenes, vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España y haga confesar a todos los andantes caballeros que por ellas vagaren que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido a contradecirme. Pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido, en singular batalla, a aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo los ha vencido a todos; y habiéndole yo vencido a él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado a mi persona; y *tanto el vencedor es más honrado, cuanto más el vencido es reputado*; así que, ya corren por mi cuenta y son mías las innumerables hazañas del ya referido don Quijote.

Admirado quedó don Quijote de oír al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentís en el pico de la lengua; pero reportose^[114] lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira; y así, sosegadamente le dijo:

—De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido a los más caballeros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido a don Quijote de la Mancha, póngolo en duda. Podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no? —replicó el del Bosque—. Por el cielo que nos cubre, que peleé

con don Quijote, y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos. Campea^[115] debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero a un labrador llamado Sancho Panza; oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante y, finalmente, tiene por señora de su voluntad a una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo; como la mía, que, por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito a la misma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero, —dijo don Quijote—, y escuchad lo que deciros quiero. Habéis de saber que ese don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que d'él me habéis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido. Por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno d'ellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle^[116] de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra. Y para confirmación d'esto, quiero también que sepáis que los tales encantadores sus contrarios no ha más de dos días que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y d'esta manera habrán transformado a don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo don Quijote, que la sustentará con sus armas a pie, o a caballo, o de cualquiera suerte que os agradare.

Y diciendo esto, se levantó en pie y se empuñó en la espada, esperando qué resolución tomaría el Caballero del Bosque; el cual, con voz asimismo sosegada, respondió y dijo:

—Al buen pagador no le duelen prendas: el que una vez, señor don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser. Mas, porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas ascuras,^[117] como los salteadores y rufianes; esperemos el día, para que el sol vea nuestras obras. Y ha de ser condición de nuestra batalla que el vencido ha de quedar a la voluntad del vencedor, para que haga d'él todo lo que quisiere, con tal que sea decente a caballero lo que se le ordenare.

—Soy más que contento d'esa condición y convenencia, —respondió don Quijote.

Y en diciendo esto, se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó^[118] el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen a punto los caballos, porque, en saliendo el sol, habían de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla; a cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las

valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos a buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habían olido, y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque a Sancho:

—Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen. Dígolo porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero, —respondió Sancho—, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice, pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso. A lo menos, yo no he oído decir a mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería. Cuanto más, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta a los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes. Hay más: que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio, —dijo el del Bosque—: yo traigo aquí dos talegas de lienzo, de un mismo tamaño: tomaréis vos la una, y yo la otra, y riñiremos a talegazos,^[119] con armas iguales.

—D’esa manera, sea en buena hora, —respondió Sancho—, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.

—No ha de ser así, —replicó el otro—, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y d’esta manera nos podremos atalegar^[120] sin hacernos mal ni daño.

—¡Mirad, cuerpo de mi padre, —respondió Sancho—, qué martas cebollinas,^[121] o qué copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascotes y hechos alheña los huesos! Pero, aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetites^[122] para que se acaben antes de llegar su sazón y término y que se cayan de maduras.

—Con todo, —replicó el del Bosque—, hemos de pelear siquiera media hora.

—Eso no, —respondió Sancho—: no seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna, por mínima que sea; cuanto más que, estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar a reñir a secas?^[123]

—Para eso, —dijo el del Bosque—, yo daré un suficiente remedio: y es que, antes

que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente a vuestra merced y le daré tres o cuatro bofetadas, que dé con él a mis pies, con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.

—Contra ese corte sé yo otro, —respondió Sancho—, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote y, antes que vuestra merced llegue a despertarme la cólera, haré yo dormir a garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote,^[124] aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera a cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve tresquilado; y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo, que soy hombre, ¡Dios sabe en lo que podré volverme!; y así, desde ahora intimo a vuestra merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien, —replicó el del Bosque—. Amanecerá Dios y medraremos.

En esto, ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimesmo [que] ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófara;^[125] los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas^[126] y enriquecíanse los prados con su venida. Mas, apenas dio lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacía sombra a todo el cuerpo. Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amoratado, como de berenjena; bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que, en viéndole Sancho, comenzó a herir de pie y de mano, como niño con alferecía,^[127] y propuso en su corazón de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo.

Don Quijote miró a su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro, pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevista o casaca de una tela, al parecer, de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada a un árbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; antes, con gentil denuedo, dijo al Caballero de los Espejos:

—Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os

pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde a la de vuestra disposición.

—O vencido o vencedor que salgáis d'esta empresa, señor caballero, —respondió el de los Espejos—, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago a vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio a la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.

—Pues, en tanto que subimos a caballo, —dijo don Quijote—, bien podéis decirme si soy yo aquel don Quijote que dijistes haber vencido.

—A eso vos respondemos, —dijo el de los Espejos—, que parecéis, como se parece un huevo a otro, al mismo caballero que yo vencí; pero, según vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido o no.

—Eso me basta a mí, —respondió don Quijote—, para que crea vuestro engaño; empero, para sacaros d'él de todo punto, vengan nuestros caballos; que, en menos tiempo que el que tardárades en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vós veréis que no soy yo el vencido don Quijote que pensáis.

Con esto, acortando razones, subieron a caballo, y don Quijote volvió las riendas a Rocinante para tomar lo que convenía del campo, para volver a encontrar a su contrario, y lo mesmo hizo el de los Espejos. Pero, no se había apartado don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y, partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo:

—Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar a discreción del vencedor.

—Ya la sé, —respondió don Quijote—; con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende, —respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto a la vista de don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho; tanto, que le juzgó por algún monstruo, o por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vio partir a su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo^[128] con aquellas narices en las suyas sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe, o del miedo, tendido en el suelo, y fuese tras su amo, asido a una acción^[129] de Rocinante; y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo:

—Suplico a vuesa merced, señor mío, que antes que vuelva a encontrarse me ayude a subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más a mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho, —dijo don Quijote—, que te quieres encaramar y subir en andamio^[130] por ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga, —respondió Sancho—, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo a estar junto a él.

—Ellas son tales, —dijo don Quijote—, que, a no ser yo quien soy, también me asombraran; y así, ven: ayudarte he a subir donde dices.

En lo que se detuvo don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habría hecho don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas a su caballo —que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante—, y a todo su correr, que era un mediano trote, iba a encontrar a su enemigo; pero, viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y parose en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, a causa que ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas a las trasijadas ijadas^[131] de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando a su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera.

En esta buena sazón y coyuntura halló don Quijote a su contrario embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, o no acertó, o no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, a salvamano y sin peligro alguno, encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que, sin mover pie ni mano, dio señales de que estaba muerto.

Apenas le vio caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque y a toda priesa vino donde su señor estaba, el cual, apeándose de Rocinante, fue sobre el de los Espejos y, quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto y para que le diese el aire si acaso estaba vivo; y vio... ¿Quién podrá decir lo que vio, sin causar admiración, maravilla y espanto a los que lo oyeren? Vio, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie,^[132] la pespetiva misma del bachiller Sansón Carrasco; y así como la vio, en altas voces dijo:

—¡Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has creer! ¡Aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores! (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, segunda parte [1615], cap. 14).

III.3. SOBRE DAMAS QUE LUCHAN COMO CABALLEROS Y SOBRE CABALLEROS QUE SE ENFRENTAN A DAMAS EN COMBATES SINGULARES

§ 18. DE CÓMO LA INFANTA FLORINDA TOMÓ ARMAS DE CABALLERO PARA
LIBERAR AL REY DE LACEDEMONIA Y A SU AMADO PLATIR DE LA CUEVA
ENCANTADA DE PELIANDOS

A esta sazón, se supo ya en la corte de la infanta Florinda cómo el rey y los caballeros habían quedado en prisión, de que la infanta Florinda folgó^[133] mucho porque veía ya que había lugar y aparejo para facer lo que ella deseaba, mas con todo eso no dejó ella de hacer gran cuita a maravilla por la prisión del rey. Y todos los del reino así lo hicieron y sintieron mucho la prisión del rey Tarnaes de Lacedemonia y de los caballeros que con él iban. Luego acordó Florinda de ir allá y meterse en el mismo encantamiento con el rey y con el infante Platir, que era la principal causa que a ella allí llevaba. Y desde entonces se tovo ella por bien pagada de la Fortuna, en ver que so color de la prisión del rey podía ella dar cuenta a todo el mundo de su gran atrevimiento, y que no cuidaría por eso nadie contra ella cosa ninguna de sus amores y del infante Platir. Y con esto tornaba ella tan lozana que era maravilla, de que se hacían muchas veces maravillados Vernao y Triola, y decían que no podían ellos cuidar qué fuese la causa de la alegría de la infanta Florinda; mas no porque nadie d'ellos se lo sintiese, a esta hora llamó Florinda a Filadelfo y díjole todo su corazón, y cómo ella entendía de ir en Bohemia y llegar a la cueva donde estaba encantado el caballero Platir y el rey, su señor, y tenerles compañía en el mismo encantamiento; y que, porque creía que si fuese, decía Florinda, en hábitos de doncella que no se querría con ella haber Peliandos como se ha con los otros caballeros:

—Me conviene de ir armado como caballero a caballo y, por esta guisa, terné ya manera de justar con él y él de meterme en la prisión con el infante, mi señor. Y también, yendo d'esta manera, no habrá allí quien nos conozca, aunque del reino salgan tras nós. Y esto conviene que así se faga, porque de otra manera yo no podría vivir una sola hora. Y este pensamiento me ha mí tornado tan lozana como estos días has visto, que bien sé que se hacen todos maravillados d'ello.

—Gran cosa queredes hacer, señora, —dijo Filadelfo.

—Ora^[134] no fables más en ello, —dijo Florinda—. Si mi vida quieres, conviene que luego me hagas hacer armas y todo lo que es necesario, lo más encubierto que sea posible.

Así lo hizo Filadelfo, que de nadie fue sentido y trájolo todo una noche para palacio. Y mandó la infanta qu'el campo del escudo fuese blanco con unos ramos verdes de oliva sembrados por ahí con sus sobreseñales con los mismos ramos, y vos digo que era bien lucido todo. Y luego aquella noche se lo probó todo la infanta, y vínole tan bien que fue maravilla, de que la infanta se folgó mucho. Y hizo ella con Filadelfo que luego otra noche toviere aparejados dos caballos al postigo de la huerta, porque a prima noche se fuesen, que ya cuando en la ciudad fuese sentida la ida de la infanta Florinda, que estoviese ella alejada gran trecho de la ciudad y fuese causa que

nadie le estorbase este glorioso camino. Y bien así les avino, que nunca de la infanta se supo cosa del mundo fasta que tornó Filadelfo por su mandado a Vernao y a Triola después que Florinda quedó en la cueva del caballero Peliandos. Pues luego otro día, en anocheciendo, dijo la infanta a Triola que afincadamente le daba a ella el corazón que había de ver muy presto al infante Platir y sintía en él mucha demasiada de alegría.

—¡Ansí plega a Dios!^[135], —decía Triola—, que vos envía aquel descanso que vós, mi señora, deseades y yo querría para mí.

—¡Ansí plega a Él!, —decía Florinda—, que lo faga Él todo como Él vee que compla más a su servicio.

Y con esto dijo Florinda a Triola que se quería ir acostar y hizo semblante que se desnudaba. Luego Triola se fue para Vernao, su señor, en quien ella tenía todos sus pensamientos. No tardó mucho que luego no vino Filadelfo y armó él a Florinda y llevola al postigo de la huerta, do subieron en sus caballos. Luego Florinda dijo a Filadelfo cuanto fue en su caballo:

—Esta[d] quedo, que si imos^[136] camino derecho de Bohemia, luego seremos hallados. Desviemos ál^[137] del camino aunque se rodea, pues por el máspreciado caballero del mundo se sufre el trabajo y afán que en este caso se tome.

Y luego enderezó Filadelfo algo sobre la mano derecha y anduvieron toda aquella noche y casi fasta hora de nona^[138] sin reposar. Ya a esta hora los caballos iban cansados y también Florinda iba algo fatigada, y metiéronse por medio de la floresta un valle arriba; debajo de unos árboles, cabe una fuente se apearon. Allí comió la infanta de lo que Filadelfo traía lo que les fizo menester y luego Florinda dijo que quería reposar, que se durmía.

—Pues hágalo vuestra alteza, —dijo Filadelfo—, que yo velaré en cuanto ella duerme.

Y echó su yelmo a la cabecera y el escudo; echose sobre él a dormir como si toda su vida fuera criada en las armas. Allí soñó Florinda casi todo bien así como le avino en la cueva con el infante Platir, de que ella estaba muy alegre. Y despertó con esto y vido luego venir casi desde el principio del valle una doncella en un palafrén a todo correr, dando los mayores gritos del mundo, y tras ella un caballero. Y como los vido así venir, la infanta bien cuidó que la doncella venía a pedirle socorro, y tomó su yelmo y enlazolo en la cabeza lo mejor que ella pudo, y echó su escudo al cuello y echó mano a su espada, y tomó la doncella cabo sí y dijo contra el caballero:

—¡Caballero, estad quedo, que agora no habedes de hacer a la doncella cosa ninguna, que está ella en mi poder y defendérvosla-ía yo por batalla si vós allí cosa desaguizada le hiciédeses! Mas tanto allí faré yo, que si tuerto allí vos tiene fecho, que vos lo emiende.

—No quiero yo más, —dijo el caballero—, que cosa de la doncella yo no lo quiero por ninguna manera. Sabredes, señor caballero, que ha bien dos días que topé esta doncella en una floresta dos jornadas de aquí, do yacía yo cabe una fuente

dormiendo, y ella me tomó el escudo que trae al cuello y por cosa que con ella he fecho nunca me lo ha querido tornar, diciendo que anda en el escudo divisa^[139] de su amigo y suya; y dígovos, señor caballero, que si no fuera por ampararla vós, que yo le hiciera que comprara caramente el enojo que me tiene fecho todo este tiempo pasado.

Florinda miró contra la doncella y díjole:

—¿Qué decides vós a esto, doncella?

—Señor, yo vos digo, —dijo la doncella—, que es la verdad lo qu'el caballero dice, que yo le tomé el escudo estando él dormiendo. Y digo qu'él no es tal para que lo deba traer, porque lo trae hoy día esta divisa el máspreciado caballero del mundo.

—Eso no digades vós, doncella, —dijo la infanta—, porque hallaredes muchos contrarios en el mundo que vos defiendan esa razón, que vos digo que sobre tal razón como esa yo no osaría entrar en campo con el más laso y flaco caballero del mundo, porque creo yo que máspreciado caballero que hoy echa escudo al cuello está en prisión ¡sí Dios me vala!^[140] Y presto conviene, señora doncella, que luego tornedes al caballero su escudo, que tan sinrazón yo no vos defendería. E si el caballero no merece traer la divisa, dadle vós caballero que gelo demande, que en guisa veo el caballero que sabrá bien defender.

—Pues avédesme, señor, —dijo la doncella—, de ponerme en salvo no me faga mal el caballero.

—D'eso soy contento de irme con vós, —dijo la infanta—, y ponervos en paz y en salvo donde vós, doncella, mandardes, que de nadie temades que vos faga enojo en cuanto conmigo fuéredes y anduviéredes.

Y con esto, luego hizo Florinda dar el escudo al caballero. Este caballero era sobrino del caballero Quiortres y andaba él en su busca y preguntó él a Florinda:

—Decidme, señor caballero, ¿darme-íades nuevas de un caballero que trae un escudo blanco cercado de unos esclavones negros?

—Sí, por cierto, —dijo Florinda—, que vos digo, caballero, que por mi mal vino él en esta tierra, que ha mucho que hubo conmigo una batalla de que pensé salir muerto. Allí me dijo cómo se llamaba Quiortres y que iba con mensaje del rey don Duardos al rey Tarnaes de Lacedemonia y creo yo que en la corte de Lacedemonia lo fallaredes, porque después lo vi yo ahí con el rey. Y cuido yo que si andades bien, que lo hallaredes ahí en la ciudad.

Con esto se despidió el caballero y dijo a Florinda:

—A Dios merced, señor, pues tan buenas nuevas me dades del caballero que busco. ¡Dios vos dé ende todo lo que deseades!

—¡Ansí plega a Dios!, —dijo Florinda.

Luego se despidió de la infanta el caballero, y se fue camino derecho de la ciudad de Lacedemonia. La infanta tornó a la doncella y preguntole qué tanto había de ahí a do ella tenía su castillo.

—Habrá, señor, bien tres leguas, —dijo la doncella.

—Pues vamos luego, —dijo Florinda, porque yo tengo mucho que hacer en otra

parte.

—Cuando vós, señor, mandáredes.

Así se subieron todos tres en sus caballos y fueron contra el castillo de la doncella sin aventura hallar que de contar sea. (Francisco de Enciso Zárate, *Platir* [1533], cap. 70).

§ 19. DE CÓMO LA REINA DE LIRA Y POLIFEBO COMIENZAN A LUCHAR, Y DE LOS IMNUMERABLES CABALLEROS QUE VAN APARECIENDO E INCORPORÁNDOSE AL COMBATE

Después de haber con atención mirado al belicoso tinacrio la hermosa matrona, el cual tendido sobre la verde yerba estaba, determinó de afirmar el cuento de su lanza sobre el armado pecho del caballero, lo cual haciendo, lo hizo estremecer del sobresalto y despertar; que, como abrió los ojos y vio delante de sí aquel grande y bien hecho caballero, en un punto fue puesto en pie; enlazándose su yelmo con presteza, alcanza su escudo de donde colgado le tenía. Bien mostró en su desenvoltura la viveza de su corazón. La dama, como lo vio a punto de guerra, con graciosa risa le dijo:

—Nunca entendí que hubiera tanto descuido en caballero de tanta forma que así, sin temor de muchos que mal lo quieren, en el mismo camino se ponga con descuido a dormir.

El tinacrio le responde:

—No hubo en mí tanto descuido como en vós cuidado de poneros donde tan poco provecho habéis de tener. ¿Y descuidado os parece que yo estaba? Acaso juzgaréis al contrario, si la fuerza de mi brazo probar quisiéredes.

—No dejará de ser grande, si es tanta como vuestro descuido, —respondió la hermosa señora—, y creedme que me pesará de probar si hay tanta virtud en vós como la fama tenéis. Tomad vuestro caballo y cada uno procurará de se defender. Y avísoos que no soy de los caballeros que hasta aquí habéis probado en Grecia.

Mirándosela esta[v]a el tinacrio mientras hablaba y, aunque enojado de lo que decía, le responde:

—Pues así es que tu locura a tanto te fuerza querer tomar cuestión^[141] sin causa, aguárdate y verás cómo suelo yo castigar gente loca como tú.

A gran priesa pide le fuese dado su caballo, el cual luego Macedonio trujo; y sin poner pie en el estribo se puso en la silla y toma su lanza. Y sin más replicar, se aparta tomando lo que del campo había menester; lo mismo hizo la reina. Revolviendo a un tiempo sus ligeras bestias, las hieren de las espuelas sin piedad alguna. Y con extremada furia se encuentran en los escudos, que las lanzas hechas piezas dejaron, pasando con su carrera adelante, sin en sus cuerpos recibir detrimento

alguno ni se mover de la silla, dando vuelta a los caballos con las espadas en las manos. La reina dio el primer golpe al príncipe, que las centellas en alto hizo subir, haciéndole inclinar la cabeza hasta el arzón de la silla, aunque presto se enderezó. Y con ligero salto hizo perder el segundo golpe, que ya sobre él venía y, apartándose a un lado, le hiere de tal golpe sobre el yelmo que hizo grande estruendo por todos aquellos campos y corvados montes, dando la cabeza sobre las ancas del caballo; pero presto se enderezó y, con gran ira, afierra su espada para herir a su contrario, al cual no halló perezoso, antes la empieza a golpear con mortal batalla. Tales golpes se daban que con el menor d'ellos cada cual pensaba acabar su cuestión.

A este tiempo un caballero de ricas armas armado que por el camino venía llegó. Éste era el fortísimo Brufaldoro, que, si bien se os acuerda, del fortísimo golpe del tinacrio quedó tendido en su galera. Y cuando tornó en sí quiso con sus acostumbradas bravezas seguir por donde el barco iba, pero, recordándose del trabajo en que su dama iba puesta, Amor le hizo volver al camino. Y ya cuando llegó, Polifebo la había librado y llev[o]la consigo camino de la romana corte. Y de alguna gente que encontró supo todo el suceso y las señas del caballero que su dama llevaba, y por ellas conoció ser su enemigo; y deja sus armas y toma las que de Bramarante habían sido, y va la vía que dijeron que llevaban. Era tanta la fama que dejaba el tinacrio por donde iba que jamás dejó de saber hacia la parte que caminaba, hasta que llegó a este tiempo que con la valerosa reina en batalla estaba, deteniéndose a mirar cosa tan bien reñida. Y pudo conocer al que en tanto estrecho le puso, y mirando a la redonda los que la batalla mirando estaban, entre ellos conoció su amada mujer. Y aunque el gozo de la ver era grande, pudo tanto la ira que contra el caballero tenía que, sin decir palabra a la reina, su mujer, se va para los que la batalla hacían. Y con la espada en la mano se puso delante de la reina y le dijo:

—Suplíco's, caballero, que descanse vuestro brazo y dejéis el mío que tome venganza d'este caballero, usurpador de mi amada señora y robador de mi fama y honra.

Y sin se detener más, se vuelve contra él para lo herir de mortal golpe. Mas la valerosa señora con enojo le dice:

—¡Afuera, caballero, dejadme acabar lo comenzado! No hagáis agravio a quien os lo sabrá demandar caramente.

Y con esto se le pasó adelante. Pero el fiero pagano, que deseo tenía de se vengar, le vuelve a tomar la delantera, hiriendo de fuerte golpe al tinacrio.

Poco espanto tuvo el tinacrio del uno ni del otro, antes acometió contra el pagano con un espantoso golpe, cuando vido al primero que ya delante se le había vuelto a poner; y en él ejecutó su golpe sobre el izquierdo hombro y d'el se sintió mucho, haciendo muestras del dolor que le había causado. A este tiempo se le tornó a poner el pagano delante. La furiosa señora con la espada alta le dijo:

—¡Tente atrás, vil y de bajo linaje! ¡Déjame acabar mi hecho, antes que la potencia de mi brazo derribe tu soberbia!

—Tente, —dijo el pagano—, que a mí se me debe el tomar venganza d'este mal caballero, que me lleva mi dama robada!

En lo que dijo conoció el tinacrio ser el Rey de Mauritania, el que en tanto estrecho lo había puesto en el comienzo de su caballería, de lo cual fue muy airado, tanto que espeso humo le salía por la visera, cuando llegó don Claridiano de la Esfera, luz de la caballería, armado con sus armas moradas; que, como se os ha dicho, de palacio secretamente se había salido. Y como viese la porfía que entre aquellos caballeros había, queriendo saber la causa, se les puso en medio, rogándoles que dejasen su conquista. El fiero pagano le respondió:

—Vós, caballero, no os pongáis en el pleito que no os llaman, si no, podría ser que llevásedes parte de lo que este desventurado caballero me debe.

—Yo no sé qué deberos puede, antes entiendo ser vós el que menos razón tiene, pues esotro Caballero del Ramo es el primero que ha comenzado la batalla.

—Primero me hizo a mí el pesar —dijo el pagano—, que no a esotro, que yo le di la orden de caballería y, en dándosela, me desafió a mortal batalla. Y no contento con esto, me trae robada aquella dama que allí veis.

A esto respondió el tinacrio:

—Mientes como malo, que yo no la robé, sino que la libré de donde tú no fueras poderoso a librarla. Y por tu falsedad no la llevarás de mí sino con mortal batalla.

El fiero pagano, que así se oyó baldonar, como un león se va para él; pero púsosele delante la fuerte señora, diciendo:

—¡Tente atrás, pagano, importuno diablo, que primero lo has de haber conmigo, o me has de dejar concluir mi hecho!

El bravo tinacrio, bramando como un león, dijo al príncipe griego:

—¡Cortés caballero, tenéos atrás, dejadme a mí con entr'ambos, que en poco los estimo!

Y alzando la voz, dijo:

—¡Vente a mí, rey pagano y de poco valor, en compañía de esotro tan arrogante y loco como tú, que yo a entr'ambos os sosegaré con la furia de mi indomado brazo!

—No ha de ser así, —dijo Claridiano—, sino procurad vós de os librar del de el Ramo, que yo os libraré del pagano.

Luego puso mano a su espada y arrójale tal golpe que le hizo temblar todo y quedar como espantado. Viéndolo así lo torna a herir en la visera, que le convino al pagano asirse del pescuezo de su caballo por no caer. Pero el moro presto fue vuelto en sí y con ánimo furioso sobre el hombro izquierdo en descubierto hiere al griego, que lo hizo encoger del dolor hasta el arzón de la silla. Dando un temeroso grito, vuelve a alzar la espada el griego y dale un golpe sobre el ye[l]mo, que enviando grande escuadrón de centellas por el aire, casi sin sentido lo hizo caer sobre las ancas del caballo. El pagano, vuelto en sí, arrojando espeso humo por la visera, lanza el escudo a las espaldas. Y de tan pesado golpe hiere al griego que sin sentido lo arrojó sobre las orejas del caballo, el cual lo llevó algún tanto por el camino. Mas luego fue

vuelto en sí y, viéndose tratar tan mal, afierra su espada con ambas manos y aprieta las piernas al caballo, haciéndole ir como un viento; presto se juntó con el pagano, dándole tal golpe que una torre pareció haberle caído encima. Y sin ser poderoso de más, cae sobre el pescuezo de su caballo sin ningún sentido, el cual, espantado del grande ruido, con furiosa carrera a su señor de su enemigo aparta. No estaba de vagar en este tiempo el tinacrio y la hermosa matrona, que, viendo la batalla comenzada entre los dos caballeros, con gran furia a la suya vuelven; que, como el tinacrio estaba airado, arroja su escudo a las espaldas y con tan fuerte golpe hiere a la reina que la hizo caer sin sentido a las ancas del caballo, el cual la llevó algún tanto por el campo. La reina presto en sí volvió tan llena de enojo que en otro no pensaba sino en tomar venganza de su enemigo. Y arroja su escudo en tierra y afierra su espada con ambas manos, y hiere a su caballo de las espuelas, haciéndole ir como un rayo; y en un momento fue con el tinacrio, dándole tan terrible golpe sobre el yelmo que, de la lumbre que d'él le salió, lo perdió de vista. El valiente mancebo sin ningún sentido cayó sobre las ancas del caballo, el cual lo llevó a una y otra parte. La dama, que así lo vido, quiso fenecer^[142] su batalla con otro riguroso golpe. A esta coyuntura sucedió ir por el campo el caballo del valiente africano con su señor, lo cual dio espacio a que el griego pudiese ver lo que pasaba; y en un momento fue con ellos, diciendo:

—¡Tente, caballero, que no es de heroicos seguir a los que están sin sentido!

La dama, que muy furiosa estaba, le dio por respuesta un furioso golpe, pero luego hubo el pago, comenzando de nuevo su batalla. En esto el tinacrio y el moro, enderezándose en las sillas ambos, miran por sus contrarios, a los cuales vieron en reñida batalla. Siendo los que más se desamaban, cada uno d'ellos no curó de su contrario, acometiéndose furiosamente. No fue de poco provecho para la Reina de Lira, que, según estaba de furioso el tinacrio, no pudiera dejar de la poner en peligro. No sé decir los la furia de los dos guerreros cuánta fuese, no menos fue la de Claridiano, que crudamente fue llagado y vencido, como adelante se os dirá, de manera que ninguna medicina le aprovechaba. Bien cuatro horas sin descansar se golpearon con más fervor al fin que al principio, no sabiendo que eran tales que su trabajo era en vano.

Estando d'esta manera, hacia la parte de la mar vieron venir a Rosicler y al fuerte troyano y al príncipe Meridián, que viendo la batalla se la pusieron a mirar. Rosicler conoció las armas de Bramarante, que de verlas en poder ajeno fue muy airado y, sin más aguardar, se puso en medio d'ellos y con voz furiosa dijo:

—Dime, caballero, ¿quién te dio osadía de quitar esas armas de adonde yo por trofeo las puse?

El pagano le responde:

—Soberbio caballero, ¿eres tú por ventura d'esos príncipes griegos que con amenazas estas armas defendían?

—Yo soy uno d'ellos —dijo Rosicler—, que te quitaré la vida por tu

atrevimiento.

Y luego sacó su espada para acometer, pero el tinacrio se le puso delante, diciéndole con mucha cortesía, como a hermano mayor:

—Caballero y príncipe griego, no me haga vuestra grandeza tal afrenta en querer quitar la venganza d'este caballero. Dejádmelo a mí, que yo tengo confianza en la fortaleza de mi brazo de dar buena cuenta d'él. Ruégoos queráis desviaros a una parte.

Responder quería Rosicler, cuando vio venir por la parte del Pireo un caballero de armas pardas guarnecidas^[143] de barras de oro, el escudo era pardo, dibujado en él el dios Cupido con dos caras. Éste era el valiente Eleno, Príncipe de Dacia, el cual, viendo la porfía^[144] de los tres caballeros, pasó adelante, diciendo contra Rosicler, sin mirar las armas ni divisa:

—No hacéis, caballero, derecho en estorbar la batalla a quien comenzada la tenía.

Rosicler, que airado de ver las armas en poder ajeno estaba, no miró la divisa de su primo. Y así ciegos, sin tener consideración, de mortal batalla se acometen. No fue perezoso el daciano en sacar su espada y volverle las saludes, a tiempo que de la parte de Grecia gran caballería asomaba. (Pedro de la Sierra, *Espejo de príncipes y caballeros*, segunda parte [1580], libro II, cap. 31 y último).

§ 20. DE CÓMO LA ESFORZADA RUBIMANTE CONSIGUE LA PALMA DE PALAS, DEMOSTRANDO SU PRIMACÍA ENTRE LAS DAMAS GUERRERAS

Era el corazón de la gallarda dama Rubimante tan varonil y esforzado que gustaba más de traer vestido el arnés que los oros y brocados, por lo cual era tan aficionada a hechos de armas y tan dada a probar aventuras que, así como se vido a las puertas del gran Castillo de las Palmas, entró por ellas que abiertas estaban a un portal, y de allí a un cuadrado y grande patio. En él vido grandes historias dibujadas; no se paró a mirarlas porque de una sala vido salir un caballero que, llegándose a ella, le dijo:

—Valerosa dama, sabed que las celebradas en historias guardan en este castillo la Palma de Palas y mantienen costumbre de correr tres lanzas y, si queda en la silla, habéis de haber con ella batalla. Y sabed que yo soy la reina Calafia.

Con esto dieron vuelta a sus caballos y, estando algo apartadas, partieron la una para la otra. La reina Calafia encontró a la bella dama en medio del escudo, de suerte que hizo la lanza piezas, mas no la meneó poco ni mucho. Ella fue encontrada tan recio que de espaldas cayó en el suelo. Salió luego la reina Semíramis y también fue a tierra a la primera lanza. Por no me detener digo que a las primeras carreras derribó sin hacer ella ningún revés a la reina Camila, a la reina Traifata y a la infanta Fabarda, mujer del rey Salión de Lira, y a la amazona reina Pantasilea y a la mujer del infante Perión, Pintiquinestra. Luego vino la valiente Bradamante y, corriendo la

primera lanza, la hermana de Reinaldos se abrazó al cuello del caballo, mas a la segunda fue al suelo; tras ella se puso contra Rubimante la infanta Minerva y a dos lanzas fue a tierra; luego le tuvo compañía la reina Zahara del Cáucaso. Derribadas todas aquellas damas, salió de la sala una gigante a pie armada de todas armas y en las manos una maza con muchas diamantinas puntas, por la cual conoció que era la reina Frosina y, entendiendo que a pie había de ser la batalla, se apeó de su caballo y, sacando su espada, se fue para ella. Diole la reina un golpe con su descomunal arma sobre el escudo que ambas rodillas puso en el suelo. Levántase la amada de Belinfor y con su ventajosa fuerza dio un golpe a la reina sobre el yelmo que la sacó de sentido y, asegundándole una punta, la tendió en el suelo. Aún no había metido la espada en la vaina cuando vio salir una jayana^[145] de extraña grandeza; tan alta era que la princesa de la hermosura se maravilló y, según lo que había oído, la conoció ser la reina Xarandria, la cual sacando un cuchillo dio un golpe a Rubimante que le hizo bajar la cabeza hasta los pechos. Ella dio la repuesta a la reina en la cintura que dos o tres mal concertados pasos a un lado le hizo andar; asegúrase la reina y con su pesado cuchillo comenzó a golpear f[u]ertemente a la valerosa dama. ¡Oh, Belinfor! ¡quién te avisara que la dueña de tu alma estaba en trabajo y que con mortal furia la herían y su[s] delicadas carnes maltrataban! No dejaba ella de con soberana bondad defenderse, mas, como la reina era tan alta, no podía herirle arriba de la cintura y así tardó en vencerla un cuarto de hora, que le dio un golpe en las rodillas que le causó tanto dolor que las hincó en el suelo y, como estaba más baja, la colérica dama alzó el espada y con ella le dio sobre el yelmo un golpe con tanta fuerza que le tendió en el suelo. Y a cabo de poca pieza vio salir a caballo a la reina Cenobia, por lo cual de un salto, con tanta gracia que al Apolo enamorara, cobró la silla y, cogiendo una lanza de muchas que en el patio había, se puso contra la reina y a una dieron de espuelas y en med[i]o de la carrera se encontraron, las lanzas hicieron menudas piezas, mas no se menearon; la segunda corrieron y la bella Rubimante pasó sin hacer revés, mas la reina Cenobia perdió las riendas y estribos, y se abrazó al cuello del caballo; a la tercera vez ejecutaron con tanto enojo sus encuentros que Rubimante fue algún tanto turbada, mas sin desdén acabó la carrera. La enamorada de Belinfor, Cenobia, perdió la silla, y tras ella, Clariana, la del Febo Troyano. Vino luego la querida de Orístedes, Sarmacia, y a la primera lanza se tuvo firme, y a la segunda perdió los estribos, y a la tercera la silla. La más orgullosa de todas salió, la gentil infanta Alastrajerea y, tomando una gruesa lanza, se fue para la señora de Belinfor y con tanta fuerza se encontraron que hicieron las lanzas piezas, mas ambas pasaron firmes; lo propio les acaeció la segunda vez, mas a la tercera Rubimante pasó sin hacer revés y Alastrajerea perdió los estribos; pero al fin acabó la carrera y, dando vuelta a sus caballos, volvieron las espadas en las manos y con enojo anejo a corazones de mujeres airados se dieron tales golpes en los yelmos que por fuerza hicieron el acatamiento, con que forzado se habían de recibir asegundándolos, de suerte que inclinaron las cabezas hasta los arzones y de allí comienzan a golpearse. Eran

mujeres y enojáronse presto, y así se daban tan fuertes golpes que con el sonoro eco todo el castillo hacían resonar. Dio la de don Falanges un golpe a la sobre todas hermosa que la cabeza bajó hasta la cerviz del caballo. Recibe Alastrajerea tal repuesta que sin sentido cayó sobre las ancas del caballo. Así estuvo un rato, mas volviendo en sí, como una leona, con el espada a dos manos, hirió a la bella dama, de suerte que le derribó el escudo y sacó de sentido. No entró más cumplida ira en corazón humano ni más perfecta por ser de mujer que la que recibió la gallarda Rubimante que, cogiendo la espada a dos manos, dio con ella un golpe a Alastrajerea en la cintura con tanta fuerza en el lado derecho que por el izquierdo la echó en el suelo. No estuvo mucho descansando porque vio salir a la valerosa reina Marfisa y, metiendo Rubimante la espada en la vaina, tomó una lanza y, corriendo contra la reina, se encontraron muy recio, mas no se menearon. Lo propio acaeció a la segunda, y a la tercera se encontraron de cuerpos, de caballos, escudos y yelmos de tal poder que la gallarda amada estuvo un rato turbada, mas después, dando de espuelas a su caballo, pasó adelante. La reina Marfisa con su caballo muerto vino al suelo. Al cabo de un rato salió la bella Floralisa, con la cual la bizarra dama corrió tres lanzas y, no pudiéndose derribar, echaron mano a las espadas y de buena gana comienzan a golpearse. Dio la enamorada de Polifebo de Tinacria a la de Belinflor un golpe que le hizo saltar la sangre por los oídos y narices. No se turbó la bella princesa d' este golpe, antes con doblada furia dio a Floralisa la repuesta que le hizo inclinar la cabeza hasta el arzón. No paró aquí la enojosa ira de las coléricas damas que media hora se estuvieron golpeando; al cabo d' ella, Floralisa tiró una punta a Rubimante. Ella desvió el cuerpo y, como fue en vano y iba con tanta fuerza, cargó el cuerpo tan adelante que nuestra dama pudo llegar y asirla de un brazo. Estaba la amada de don Clarisel descuidada y no fue mucho que la del griego príncipe la sacase de la silla. Muy corrida de lo acaecido se levantó la hija de Floralinda y con algún enojo subió en su caballo y disimulándolo se puso a un lado. No tardó mucho en salir la famosa y preciada reina Arquisilora de Lira y, cogiendo una lanza, se fue hacia Rubimante y en medio de la carrera se encontraron, mas como sendas torres pasaron firmes; lo propio su[ce]dió a las segundas y cogiendo las terceras con ellas se dieron tales golpes que hechas menudas rajadas se perdieron por el aire y topándose de los cuerpos los caballos, escudos y yelmos se sacaron de sentido. La hermosa Rubimante cayó sobre el arzón delantero y el caballo fue tan atormentado que no se pudo menear por un rato. El caballo de la reina Arquisilora hubo una espalda quebrada y se tendió con la reina fuera de sentido. Luego salió la valerosa infanta Rosabandi de Calidonia y, viendo a Rubimante sin sentido, se llegó a ella y la estremeció tanto que volvió en sí y muy turbada tomó una lanza y se puso a punto; lo propio hizo la de don Heleno y, picando a sus caballos, corrieron con tanta ligereza que muy presto se juntaron. La gallarda dama erró el encuentro y estaba tan turbada que del de Rosamundi perdió un estribo. Tanto se enojó de lo sucedido la bizarra amante que avivó más de lo que quisiera la infanta de Calidonia porque la encontró la segunda lanza con tanta fuerza que le hizo

perder los estribos, a la tercera fueron iguales. En acabando la carrera, sacó Rubimante su espada que pocas había en el mundo mejo[r] y Rosamundi la suya, que fue de la babilónica Semíramis, y juntándose dio la de don Heleno un golpe a la querida de Belinfor sobre el escudo; no lo pasó porque era tan famoso como la espada, mas juntádoselo con el yelmo abajó la cabeza hasta el pecho. Recibió Rosamundi la repuesta tal que le hizo saltar la sangre por la boca. Tan airada d'esto como de que no cortaba su espada, dio con ella a Rubimante un golpe sobre un hombro que pasándole las armas los a[n]tiguos filos le hizo una herida de que comenzó a correr alguna sangre, con la cual matizaba sus riquísimas armas. ¡Oh, Apolo, pues el ofendido —con tal herida— príncipe Belinfor está en el castillo de Marte ocupado, pon tú recado que no se pierda materia tan estimada! ¡Pondera la hermosura de su rubicundo color, considera el soberano merecimiento de su dueño, imagina el grato beneficio que al encubierto señor de Grecia en ello harás y te tendrás por dichoso en hacerlo! Vista la sangre por su dueño, tal coraje recibió que soltando el escudo, con la espada a dos manos, dio sobre el rico yelmo de Rosamundi tal golpe a la infanta de Calidonia que a la querida de Heleno derribó sobre la cerviz del caballo sin sentido. No se sintiera por pagada la airada dama si por la juntura de la visera no viera salir la sangre de la hermana de Astorildo. Volvió en sí la descendiente de Oneyo y con grande enojo dio otro golpe a Rubimante que otra herida le hizo en el brazo. No hay ya paciencia ni sufrimiento, ya llega a su punto el colérico enojo, ya está de veras airada la valerosa señora y para mostrarlo se alzó de la silla un palmo y, afirmando los pies en los estribos y las manos en la espada y unos dientes con otros —en efecto, mujer y enojada—, con todo su poder descargó el golpe tal que sobre las ancas del caballo la derribó, el cual atormentado hincó las rodillas y, arremetiendo el suyo la victoriosa dama con tanta fuerza, la encontró que a ambos echó en el suelo y apartándose estuvo un rato descansando; al cabo del cual vio salir de la sala un caballero armado de riquísimas armas y en el escudo en campo blanco traía pintado un dragón. Era de tan linda disposición que, con deseo de saber quién era, se llegó a él y haciendo un acatamiento dijo:

—Vuestra gentil disposición, señor caballero, me ha movido, si d'ello gustáis, a saber quién sois por ver si me conviene haber con vós batalla.

El Caballero del Dragón dijo:

—Es tan cumplida, valerosa dama, vuestra fortaleza que me obliga a hacer lo que vós pretendéis y vuestro comedimiento a responder a lo que me preguntáis; y así sabed que soy la princesa Ermiliana de Francia, mujer del valeroso príncipe don Clarineo de España, que por vuestros extremos mucho os desea servir.

—Esa voluntad de hacerme merced, —replicó Rubimante—, la habéis de mostra[r], señora princesa, en ser servida de no haber batalla ni justa conmigo.

—Haré, —dijo Ermiliana—, lo que me mandáis, mas por cumplir con la obligación del castillo no puedo dejar de correr una lanza.

Con esto la tomó y lo propio hizo la bella dama y, apartándose algo, dieron a una

de espuelas a sus caballos y en medio de la carrera se hirieron de suerte que el caballo de Rubimante puso las ancas en el suelo y por poco cayera del todo, mas era fuerte y la dama diestra, aunque aquel era el primer día que se veía en tales trances, y así s'enderezó y acabó su carrera. La princesa Ermiliana perdió los estribos y se abrazó al cuello del caballo y con algún pequeño enojo se apartó afuera. Rubimante cogió una lanza porque vio salir a la sin par princesa Claridiana, la cual llegándose a la bizarra dama [dijo]:

—Son tales, preciada señora, las maravillas que os he visto hacer que me han obligado a interrumpir la costumbre d'este castillo, salvo que corramos una lanza.

—Hacéisme, valerosísima princesa, en eso tan tan grande y conocida merced que no sería cuerda si no lo aceptase; y aún eso que hemos de haber, me pesa porque me pesaría errar contra vós, mas, pues no puede ser otra cosa, cumplámosla.

Con esto se apartó una carrera de caballo y contra la sin par Claridiana corrió y, al tiempo del encontrarse, ambas alzaron las lanzas y, acabando la carrera, volvieron muy alegres y juntándose con ellas Ermiliana dijo contra la de Trapisonda:

—Vamos, soberana señora, a entregar esta valerosa dama lo que con tanta honra ha ganado.

—Sinrazón sería, —respondió Claridiana—, no hacerlo.

Con esto todas tres se fueron a la sala y, llegando al trono de Palas, se apearon y, subiendo a lo alto, la señora de Francia dio a Rubimante la Palma y ella la tomó y quiso darla a Claridiana, mas ella lo rehusó y, bajando del trono, la llevaron a otra puerta que en la sala había y en ella la mujer de Alfebo dijo a la bella dama:

—Porque no duden, señora, los que os conocieren que hacéis ventaja en hermosura a las damas principales, es necesario que entréis por esta puerta que a nosotras no nos es concedido acompañaros. (Francisco de Barahona, *Flor de caballerías* [h. 1599], libro II, cap. 6).

III.4. SOBRE EJÉRCITOS, BATALLAS Y ESPÍRITU DE CRUZADA

§ 21. DE CÓMO ESPLANDIÁN CONOCE LA DERROTA DE LOS SUYOS FRENTE AL GRAN TURCO, QUE TIENE ASEDIADA LA MONTAÑA DEFENDIDA, Y DE LAS PALABRAS QUE LES DICE A SUS CABALLEROS MIENTRAS COMEN

Luego Esplandián e Frandalo se fueron a la otra parte del alcázar, donde vieron cómo la gente de los turcos estaba en sus barreras bie[n] cerca de las puertas del castillo, e la defensa que los de dentro habían fecho, e cómo la otra gente entraba e salía por el postigo^[146] que era entre las torres; e asimismo vieron la mucha gente del real, donde el rey Armato estaba con muchas tiendas e chozas. Esplandián preguntó a esos caballeros en qué forma los enemigos les habían entrado en la montaña, seyendo^[147] tan fuerte.

—Decírvoslo-hemos, —dijo Talanque—. Sabed que, pasando algunos días que de aquí partistes con el rey Lisuarte, este rey turco que allí veis vino con muy gran poder de gente por la tierra e no menos armada por la mar a ponernos cerco; e nosotros, temiendo aquello que fue, posimos muy gran recaudo en aquel postigo, cerrándolo por de dentro con mucha tierra e fuertes cantos, teniendo siempre encima de las torres cuatro hombres que defendían que ninguno allí llegase. Mas los turcos, habiendo muchas veces acometido, e recibiendo muerte muchos d’ellos con las piedras que los nuestros les tiraban, ficieron un pertrecho^[148] cubierto de madera e de hojas de fierro con que sin ningún estorbo pudieron llegar al postigo sin que las piedras les ficiesen ningún daño, e con sus artificios sacaron la puerta de su lugar; e como fallasen la defensa de la tierra e piedras, muy presto lo horadaron. E comoquiera que algunos de nosotros, así de día como de noche, fuertemente les resistiésemos la entrada, tanta gente allí ocurrió que, fatigados del sueño e del gran cansancio, nos convino recoger al castillo, donde ya la gente entraba por el postigo. Asimismo a Ambor le convino la mina desamparar, porque, según la muchedumbre de la gente [que] vino, no fuemos poderosos de lo defender, tomando por mejor partido esperando el reparo de Dios (pues que en su servicio estábamos defendiendo este alcázar) que, aventurándonos en las cosas defuera, nos pusiésemos en peligro de ser perdidos, comoquiera que algunas veces hemos salido a los enemigos e muerto muchos d’ellos; mas considerando que era más daño a nosotros fallecer uno que a ellos ciento, lo dejamos de hacer.

—Muy bien fecistes, —dijo Esplandián—; que si solamente de vuestras personas hubiérades de dar cuenta, e las pusiérades en peligros demasiados, así como los unos lo juzgaran a locura, así los otros lo tuvieran a gran esfuerzo, como generalmente se suele hacer; poniéndoos en cargo una tan señalada fuerza como es esta montaña, donde tanto servicio se puede seguir al muy alto Señor, e perdiéndola ser tanto al contrario, mayor inconveniente fuera atreveros a lo suyo que a lo vuestro, porque agora ternéis tiempo con más aparejo de mostrar la virtud de vuestros corazones.

A esta sazón era ya hora de comer, e fuéronse donde estaba aparejado. Pues estando allí con mucho placer hablando en qué manera podrían danificar a sus enemigos, díjoles Esplandián:

—¡Ea, buenos señores, que estas no son las aventuras de la Gran Bretaña, que más por vanagloria e fantasía que por otra justa causa las más d’ellas se tomaban! Que si la ira e saña en aquellas gravemente vos eran defendidas, en estas que agora se vos representan no tan solamente es pecado ejercitándolas, mas ante aquel muy alto señor Dios muy gran mérito se gana. Así que, mis señores, comed e descansad, que antes que mañana venga yo confío en la merced de aquel muy alto e inmenso Dios, que ya vos dije, y en la muy gran lealtad d’este nuestro verdadero amigo Frandalo, que con muy gran daño e pérdida d’estos nuestros enemigos estos campos que agora vemos llenos de gentes d’ellas serán bien vacíos.

Así como habéis oído estaban estos caballeros, y Libeo con ellos comiendo, esperando a qué podrían salir esas palabras que a Esplandián oían decir teniéndolas

por muy extrañas, según la gran cantidad de los enemigos y el poco aparejo para los contrastar que ellos tenían; mas como creído tuviesen ser sus aventuras tan diversas de todos los otros caballeros, [no] en poca esperanza de venir en aquel efecto que él dijo les puso. E cuando hubieron comido, desarmáronse para dar alguna recreación a sus cuerpos e reposo a sus espíritus. (Garcí Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián* [1521], cap. 55).

§ 22. DE CÓMO LOS CRISTIANOS DEFIENDEN CONSTANTINOPLA, CERCADA Y ATACADA POR LOS TURCOS DESDE EL MAR Y DESDE LA TIERRA

Al emperador fueron las nuevas de los pregones que se habían dado e de cómo los paganos se apercebían para dar otro día el combate. A esta sazón que pasaba de hora de vísperas,^[149] Lisuarte estaba ya en todo su acuerdo. El emperador le preguntó que qué había sentido por do tal había estado. Él dijo que no ninguna cosa sino el gran estruendo, que hasta entonces le parecía haber dormido. El emperador le dio las correas e la vaina, de lo que mucho placer hubo, pero no supo leer las letras aunque muchos lenguajes sabía, que quiero que sepáis que desde el tiempo que Esplandián comenzó a hacer la guerra a los paganos, ningún rey ni grande señor había que no tuviese quien mostrase a sus hijos infinitos lenguajes. E por esta causa, por maravilla hallárades a esta sazón d'estos caballeros ninguno d'ellos que muy bien no hablase y entendiese cualquiera lenguaje por lo que dicho tengo. Pues tornando al propósito, sabido por el emperador lo que sus enemigos querían hacer, mandando llamar los más principales, hubo su acuerdo. Lisuarte, que muy deseoso estaba de topar con sus enemigos, viendo que todos acordaban en que era bien que defendiesen la ciudad e no saliesen fuera, él dijo:

—Señores, si vuestro parecer es, a mí me parece que será bien que la Puerta Aquileña e la del Dragón mañana se abran. E la una d'ellas guardemos el Caballero de la Espera e yo e Argamonte. Esta será la del Dragón. A la otra Aquileña vaya el Rey de Hungría y el conde Saluder y el Príncipe de Brandalia con Aviés de Irlanda e Languines e Ardadil Canileo; porque d'esta forma, por acudir a las puertas pensando podernos entrar, no harán tanto aprieto a los que en los muros estuvieren, e tendrán lugar de defender mejor la ciudad.

Todos acordaron que era bien lo que Lisuarte decía e que así se ficiese, que con cada diez mil caballeros que guardasen las puertas, e los peones todos estuviesen en los muros, e qu'el emperador con toda la otra gente de caballo anduviese la ronda, dejando d'ellos do viese que era menester. E con este acuerdo se sentaron a comer, que hasta entonces aguardando que Lisuarte tornase en sí no habían comido. E hablando en unas cosas y en otras, haciendo proveer en qué se llevase todo el salitre e pez e resina e olio al pie de los muros,^[150] dando cargo a quien lo subiese e hiciese

hervir, e así mesmo proveyendo en todas las otras cosas necesarias a la defensión de la ciudad, pasaron ese día así los unos como los otros. [...]

El alba venida, así los de dentro como los de fuera fueron en pie e armados. Las puertas Aquileña e del Dragón fueron abiertas e puestas en ell[a]s los caballeros que habéis oído. El emperador traía consigo tr[e]inta mil caballeros e, [como] vio que era poca gente aquella que a las puertas estaba, mandó a los veinte mil caballeros de los treinta mil que consigo traía, cada diez mil d'ellos se fuesen para las puertas. A esta sazón los paganos, con muy grandes alaridos que al cielo llegaban, fueron acometer por todas partes con tan grande estruendo que facían temblar la tierra, llevando delante sí los cuatro mil elefantes con sus castillos de madera, encima de ellos muchos ballesteros e arqueros. Pero los soldanes mandaron que no llegasen los elefantes tan cerca del muro que les pudiesen echar olio ni salitre, temiéndose de lo que en el otro cerco les avino. Como los paganos venían recios e denodados, acometen a los de los muros e, aunque había para cada uno ciento, no hallaron en ellos punto de cobardía. A esta sazón se comenzó la pelea más brava que jamás se vio. Lanzábanse tantas de saetas los unos a los otros, tan continas y espesas, que no parecían sino granizo, tanto que en poca de hora los campos yacían cubiertos de muertos, mas de los pagano[s] morían muchos más a causa de no tener armas. De los castillos de madera hacían mucho daño con saetas e lanzas arrojadizas, a causa d'estar iguales los castillos con los muros en altura, pero no osaban llegar los elefantes con temor del mucho olio que sobre ellos los de dentro echaban, e sobre los cuatrocientos mil peones que las cabas cegaban, que muchos d'ellos morían de las muchas piedras que sobre ellos venían e pez e resina herviendo, pero como eran infinitos, muy presto cegaron las cabas. Muchos de los elefantes mataban de dentro con gruesos tiros de pólvora. A esta sazón el Rey de Jerusalén, como vio abiertas las puertas, pensando hallar allí el Caballero de la Espera, dijo a dos de los taborlanes que consigo llevaba que con la mitad de aquella gente acometiesen a los de la Puerta Aquileña, que él acometería a la del Dragón. Luego fue hecho, que con grande alarido acometieron a los que guardaban las puertas, que por poco los abarrancaran dentro en la ciudad si no fuera por los buenos caballeros que en ellas estaban por capitanes que sufrían toda la afrenta.^[151] Allí viérades hacer maravillas a Lisuarte e al Caballero de la Espera e a Argamonte, que estos eran escudo e amparo de todos los suyos. Lisuarte vio al jayán que con el Rey de Jerusalén venía andar con un gran cuchillo derribando e matando en los cristianos, que no daba golpe que no matase caballero. A la sazón había quebrado su lanza, que más de quince caballeros con ella matara, puso mano a su buena espada; cubriéndose de su escudo, se fue para él la espada alta en la mano. El jayán alzó el cuchillo e hirió de toda su fuerza a Lisuarte por cima del escudo que entró por él bien dos palmos. El golpe fue tan cargado que Lisuarte pensó que el brazo le había derrocado, pero él le firió de toda su fuerza con su muy buena espada por cima del yelmo que, aunque de muy fuerte e fino acero, así a él como la cabeza le hizo dos partes. El jayán cayó muerto. Lisuarte fue por los

unos e por los otros dando tan grandes golpes que en poca de hora mató más de quince caballeros. El Rey de Jerusalén, que mucho deseo traía de toparse con el Caballero de la Espera, lo vio andar haciendo cosas extrañas, que en poca de hora le vio matar doce caballeros de los suyos. Él se fue para él la espada alta en la mano, que era muy buen caballero, e díjole:

—¡A tiempo estoy que me pagarás la prisión de mis hijos!

E diole tres golpes por de suso el yelmo que gelo abolló en la cabeza. Mas el Caballero de la Espera lo firió con su espada de dos tan pesados golpes que, si el rey no se abrazara a las cervices del caballo, cayera en el suelo. A esta sazón cargaron sobre él tantos paganos que, aunque él mató muchos d'ellos, le mataron el caballo. Mas como era buen caballero, él salió luego d'él e embrazando su escudo hería a sus enemigos tanto que no se osaban llegar a él. La priesa^[152] fue allí tan grande e cargaron tantos de paganos que el Caballero de la Espera se viera en muy gran priesa si a esa hora no llegara Lisuarte y el gigante Argamonte. Lisuarte fue al taborlán^[153] que con el rey venía, que con una lanza hería al Caballero de la Espera, e cargole de tantos e tan duros golpes que, a pesar de los suyos, dio con él muerto en el suelo. Tanto hicieron él y el jayán con los que con ellos venían que, a pesar de los paganos, el Caballero de la Espera cabalgó en el caballo del taborlán, e todos tres hacían maravillas en armas. Pero tantos cargaron sobre ellos que, a pesar de los cristianos, los retrajeron todos fasta los muros de la ciudad. Pero allí se defendían muy bien, por causa que los que estaban sobre el muro echaban tantas saetas e piedras en los enemigos que los hacían arredrar. Ya estaban tantos muertos que con ellos no podían pelear. Los dos taborlanes que acometieron a la Puerta Aquileña llegaron tan denodados que mucho daño hicieron en los cristianos, pero el Rey de Hungría y el Príncipe de Brandalia y el conde Saluder con Languines e Aviés y el jayán que con ellos estaba hacían tales cosas que os serían largas de contar las maravillas que hacían. Los muertos eran tantos que no podían ya andar sobre ellos, pero muchos más eran de los turcos que de los cristianos, porque no estaban tan bien armados. D'esta manera se mantenían las puertas, y con la ayuda que los de las torres hacían, no les podían entrar los paganos. El Rey de Bugía y el Rey de Gilofe acometieron por la parte de la mar que en la cerca fería, pero no pudieron hacer mucho daño, porque los del muro tiraron tantas saetas e piedras que no osaban llegar los navíos. D'esta forma se defendían los cristianos muy bien. El Soldán de Alapa y el Soldán de Persia, viendo que los cristianos se defendían tan bien, tomaron cincuenta mil caballeros e dieron en los que las puertas guardaban, que a mal de su grado los encerraron dentro. Y ellos entraran a la vuelta si no fuera por las muchas piedras que de las torres llovía sobre ellos, que mataban infinitos, por do les fue forzado contentarse con haberlos encerrado dentro en la ciudad, arredrándose afuera. Las puertas fueron cerradas. Los soldanes y el Rey de Jerusalén hicieron llegar a muchos peones con muchas mantas^[154] a que picasen en un lienzo^[155] que estaba ya muy roto, e luego fue hecho, que así lo cavaron en poco espacio que dieron con todo el lienzo en el suelo. Pero el

emperador que de dentro andaba mirando lo que era necesario, viendo que querían derrocar el lienzo, a muchos peones con gran priesa hizo de mucha madera que hiciesen un palenque^[156] por de dentro tan fuerte que, a la sazón que el lienzo del muro cayó, con los diez mil caballeros que consigo traía fue bastante de resistirles la entrada por aquella parte. Pero a esa sazón los que peleaban a otra parte de la ciudad dieron con otro lienzo en el suelo y entraron muchos paganos. La ciudad se entrara por allí si a la sazón^[157] no llegaran los que habían guardado las puertas como habéis oído, que por fuerza las habían ya cerrado. De su llegada cometieron tan bravamente a los paganos que a mal de su grado los tornaron a embocar^[158] por el portillo do habían entrado. A esta sazón viérades hacer maravillas a Lisuarte e al de la Espera con todos los otros buenos caballeros que ahí venían, que por sus buenas caballerías hicieron del todo desamparar el portillo a los paganos. Pero no les valiera nada, porque ya los soldanes venían aquella parte con más de cien mil caballeros que sin duda les entraran, porque todos venían holgados,^[159] si la noche no sobreviniera tan oscura que, cuando los soldanes llegaron, ya no se conocían los unos a los otros. De las toires e de los muros hacían mucho daño, por do los paganos por la grande oscuridad, mandando tocar sus clarines, se tiraron afuera. Lisuarte hizo luego a infinitos peones que con mucha madera e tierra cerrasen aquel portillo, lo cual a mucha priesa se hizo. Pero ellos no se partieron de ahí hasta verlo cerrado; e dejando en él mucha gente que lo guardase, se fueron a los palacios del emperador, pero no era tan temprano que no fuese ya medianoche. E hallaron al emperador que entonces llegaba de poner así mesmo recaudo en el otro portillo, e así se entraron dentro en el palacio. E apretándose algunas llagas que traían, aunque estaban muy cansados que les fuera menester holgar, no se quisieron desarmar. E así cenaron e pasaron esa noche muy tristes por la mucha gente que así de muertos como de heridos les fallecía, e más por verse en tal estrecho.^[160] E si Dios milagrosamente no obraba por ellos, otro día esperaban ser todos muertos en manos de sus enemigos según la poca gente que tenían, mas por eso no desmayaban sus corazones como aquellos que cada día a la muerte los aventuraban. E acordaron que otro día los que habían guardado las puertas guardasen los portillos que estaban rotos, e qu'el emperador los socorriese con seis mil caballeros. Ora dejémoslos pasar esa noche en la afrenta que veis que estaban, e decirvos-hemos de los paganos lo que hicieron desde que vieron la noche tan oscura que les era forzado tirarse afuera. (Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia* [1525], caps. 29-30).

III.5. SOBRE TORNEOS, LETRAS Y OTRAS DIVERSIONES CORTESANAS

§ 23. DE CÓMO EL CONDE DE PIERES CELEBRA UN TORNEO EN

CONSTANTINOPLA PARA DEMOSTRAR QUE SU AMADA POLICINA ES LA MÁS
HERMOSA DEL MUNDO

Cuando los franceses que vinieron por embajadores vieron tantos buenos caballeros e de tan alta guisa allí juntos, fueron maravillados e, como ellos todos son orgullosos, pensaron de facer entre tantos buenos caballeros alguna cosa de armas por que honra ganasen; especialmente pensó esto el conde de Peres, que era muy buen caballero, como vos dijimos, e aún éste no era casado, mas amaba él sobre todas las cosas a Isortina, fija del Duque de Savoya, aquel qu'el emperador venció en Francia e guardó su tienda. Y este duque a la fin casó con Lucimana, fija del Rey de Francia, e hubo en ella tres hijos, que fueron muy buenos caballeros, e una fija, que era doncella muy fermosa e criábase en casa del Rey de Francia. Y este Conde de Pieres deseaba casar con ella e amábala mucho e fizo grandes cosas en armas por la servir, y el grande amor qu'él le tenía le facía a él crecer el ardimiento, por donde era loado más que ninguno caballero de Francia; e por eso le rogó el Rey de Francia que fuese con aquella embajada. E como él vido juntos tantos buenos caballeros, pidió por merced al emperador, delante de todos ellos, que le diese licencia para que delante de su palacio ficiese un campo cercado para qu'él estuviese ocho días en él; e que todos los caballeros que quisiesen justar por honra de sus señoras lo fallarían allí, e que les mantendría justa o batalla; e qu'él no fablaba en la fermosura de su señora Policia ni de Francelina por amor de Polendos, mas que d'ellas adelante él decía que no había doncella en el mundo más fermosa que era su señora; que supiesen los que con él quisiesen ir a justar, si fuesen vencidos, que habían de dejar las sobreseñales,^[161] qu'él las quería llevar a Francia. Al emperador le vino a la memoria la vida sabrosa que él tenía cuando fue a Francia e tanta honra ganó entre tantos buenos caballeros, e fízose muy lozano e sintió la gloria qu'el conde tenía en acordarse de su señora, e respondiolo muy alegremente e díjole:

—Conde, yo siento bien vuestra pena e placer y el grande esfuerzo que vos da aquella que amáis. Yo soy contento de daros la licencia, porque soy cierto que vós sois tal que ganaréis mucha honra, por donde seréis más amado epreciado de aquella por quien en tanto peligro os ponéis.

—Mi señor, —dijo el conde—, bien siento vuestras palabras. Sabed que no hay ninguno en el mundo que a la vuestra alta caballería se iguala ni quien así haya dado cabo a las cosas que comience como vós, mas yo faré todo mi poder por adelantar la honra de aquella que amo; e cuando no pudiera más facer, compondreme^[162] con otros muchos buenos caballeros que no alcanzan lo que desean. La licencia que me dais vos tengo en merced.

E luego se fue a su posada e fizo cercar un campo ante los palacios del emperador, en una gran plaza que allí estaba, y era tamaño^[163] que podían bien facer armas seis caballeros juntamente, y no le fizo sino un sola puerta. E allí fizo facer un lecho muy rico en qu'él había de dormir e traer allí todas cuantas cosas le eran

menester. E desde todo lo tubo aparejado, otro día oyó misa e armose de sus ricas armas e fuese a meter en el campo, e apeose de su caballo a esperar los que quisiesen venir a justar. E muchos caballeros desarmados le fueron allí a tener compañía por ver lo que faría, y él les hacía allí grandes fiestas de convidar,^[164] que el conde era muy rico e franco de corazón. Y el primero que vino a justar con él fue el Duque de Drante, que era vasallo del Rey de Tesalia, e era caballero mancebo e muy apuesto e amaba a una doncella muy afincadamente. El emperador e los reyes que con él estaban podían bien ver las justas que se facían. E como el duque llegó a la puerta del campo qu'estaba cerrada, dio con el cuento de la lanza en ella e abriolas, y entró dentro. El conde, que lo vido venir, cabalgó apriesa e tomó su lanza e dijo:

—Caballero, ¿vós queréis justar o facer batalla de las espadas?

El duque le dijo:

—Yo no quiero batalla, que en la justa os entiendo de facer conocer que aquella que yo amo es más fermosa que vuestra señora.

—Gran maravilla sería esa, —dijo el conde—, si yo hubiese tan ligeramente de ser vencido teniendo tanta razón.

E como esto dijo, bajó su lanza e así fizo el duque e viniéronse a encontrar muy poderosamente. E ambos a dos quebraron sus lanzas e pasaron por sí muy apuestamente. El conde fue muy airado de sí e dijo:

—Caballero, conviene que toméis otra lanza, que en esta primera justa bien vos ha ido; en la segunda veremos qué faréis.

—Parecerá a la verdad que yo traigo, —dijo el duque.

E tomó luego otra lanza e viniéronse a encontrar muy sañudos. El duque faltó de su golpe y el conde lo encontró tan poderosamente, que dio con él en tierra muy mal quebrantado. El conde quedó muy alegre e dijo:

—Caballero, otra vez no vengáis a justar si no tuvierdes mucho derecho.

El duque se calló, que gran vergüenza hubo de tanto buen caballero como lo miraba, e levantose e tornó a cabalgar e dejó las sobreseñales al conde, que gran pesar hubo de Francelina que lo vido; e si Polendos pudiera con razón facerlo, bien lo vengara.

E después qu'el conde derrocó al duque, vinieron a justar con él bien ocho caballeros e de todos éstos llevó él la honra e de todas las sobreseñales, de manera que, cuando vino la noche, él quedó bien quebrantado, mas era su alegría tanta que no lo sintió. Allí vinieron Arnedos con todos los franceses a le facer fiesta la mayor parte de la noche, él muy complidamente les daba de cenar e cuanto era menester. E por no facer grande escritura, queremos que sepáis que seis días qu'estuvo allí fizo cosas extrañas en armas, ansí de justas como de batallas, e grandes gastos con todos los que lo venían a ver. El emperador era maravillado en ver la su grande bondad. E al seteno día vinieron allí dos caballeros, qu'el uno d'ellos le quitó toda la honra que fasta allí había ganado. (*Primaleón* [1512], cap. 54).

§ 24. DE CÓMO EL REY DELFANGE ORGANIZA UNOS RICOS TORNEOS PARA
CELEBRAR SU LLEGADA AL TRONO

Luego el rey Delfange mandó bastecer^[165] justas e torneos e mandolas pregonar en muchas partes, a las cuales vinieron asaz buenos caballeros; e se comenzaron primero día de setiembre. Los mantenedores d'ellas fueron el Duque de Monserbán; éste estaba enamorado de la infanta Galiana e la había pedido por mujer por causa que era gran señor. El segundo mantenedor era Beltalarte, Conde de Socrona, también otro gran señor. El tercero era aquel fuerte don Fierastel de Quirandia, señor de los Montes Claros. Estos tres a una mano eran muy extremados caballeros e muy amigos del príncipe Delfange (y si éstos no vinieron en el socorro suyo, fue porque a la sazón estaban en Italia en la corte del rey Arnao de Nápoles). Así que estos tres mantuvieron la tela cuatro días arreo^[166] con mucha honra y prez.^[167] Y el duque de Monserbán, como habéis oído que era enamorado sacaba muy ricas armas e muchas devisas e bordaduras, señalándose sobre todos los otros. E por cimera^[168] sacó una esfera grande de oro e decía la letra^[169] así:

*Éste bien tiene esperanza,
que jamás desfavorece
a quien se nunca fallece.*

El escudo era de pardillo e leonado y en campo verde llevaba una doncella, la cual tenía un corazón en su mano y alderredor todo cercado con una cadena. E la letra decía así d'esta manera:

*Ésta robó mi libertad
y, si prisión sufre cadena,
voluntad quita su pena.*

Cuatro días arreo sacó el duque esta devisa. E siempre sacaba unos ricos paramentos de raso morado^[170] con bordaduras de oro muy ricas e alderredor d'ellos una letra de damasco blanco muy bien cortada, la cual decía:

*Dicen que los corazones
nunca reciben engaño
y el mío es al contrario.*

Otro sacó por cimera un gran joyel de oro, todo lleno a la redonda de piedras turquesas, y en medio d'él una *P* hecha en muchas piezas. E la causa d'esta devisa era ésta: él servía a una señora que se llamaba Torquesa e desposose con otro, e la *P* que aquí puso era por el Pensamiento e las turquesas por el nombre de su señora. E dicen que la turquesa tiene tal propiedad que, si uno que la tiene cae en alto, que se quiebra

la piedra y él no se face mal ninguno, e por eso la sacaba. E la letra decía así d'esta manera:

*Ya cayó mi Pensamiento;
aunque lleno d'estas piedras,
se quebró en muchas piezas.*

Sacó otrosí un escudo amarillo y en campo leonado un manojó de plumas doradas. E la letra de alrededor decía así:

*Estas penas bien se emplean
al dolor de mi querer
pues no supe escoger.*

Otro salió todo vestido de negro e la letra decía:

*Por la muestra podéis ver
qué tal me paró el dolor,
pues quedé d'esta color.*

Por esta forma que oís salieron muchos caballeros a las justas, a las cuales iba la infanta Galiana con otras muchas señoras que allí a la sazón estaban. E cada cual de los justadores sacaba su invención según por la forma que servía. Y estando hablando una noche de las lanzas que en la justa se habían rompido, el príncipe Delfange dijo a Valeriano:

—Señor, ¿a cuál de los mantenedores daríades la joya si vos pusiesen por juez?

Valeriano dijo:

—Por galán, al duque de Monserbán; y por esforzado, a Beltalarte.

—Así me parece a mí, —dijo Delfange—, aunque don Fierastel es muy extremado caballero.

—Bien puede ello así ser, —dijo el conde Valicino—, aunque por hoy no le he visto tomar lanza en mano.

—Pues creed, señor, que es de los buenos caballeros del mundo. E querría que tuviese entrada en la casa del emperador.

Valeriano dijo que era razón y que se maravillaba d'él no acompañarse con los altos caballeros que en esa corte eran; y que él procuraría de allí adelante con él que lo hiciese. A esta sazón, la infanta Galiana, que estaba presente, dijo a Valeriano:

—E vós, buen caballero, no debéis ser muy amigo sino de justas de guerra donde hagáis sangre, pues no salís a éstas.

—Sí saldría, —dijo Valeriano—, si supiese salir d'ellas con alguna victoria. Mas para poner en aventura la persona e la honra en condición, más vale no entrar en ellas.

Galiana le dijo:

—Haga el hombre lo que debe porque no se queje de negligente e guíe la ventura por do quisiere.

Visto por Valeriano cuán a propósito de su intención le respondía la infanta, como aquélla que sabía a la intención que lo decía, determinose de salir el día de cras^[171] a la justa, porque allí pensaba saber el fin de su esperanza en qué pararía. Y esa noche aderezose^[172] de todo lo que para aquel caso era menester. E así como el día vino, todos esos señores se aparejaron para ir con la infanta Galiana e con las otras damas e señoras que a los miradores habían de ir. Aquel día se habían de aventajar todos los justadores, por caso que era el día en que la joya se ganaba. E así fue ello, que para entonces salieron muchos e muy preciados caballeros. De la ida de Valeriano a la justa, ninguno era sabidor d'ella. E así como vido que en toda la casa no había persona de quien encubrir se pudiese, llamó a un su escudero e mandole que le trujese un caballo muy bueno que el día de la batalla hubo ganado al marqués de Sagela. E cabalgó en él e salió al mercado, donde halló que la justa andaba muy viva e que los mantenedores habían derribado asaz de caballeros e rompido muchas lanzas. Valeriano así como asomó al mercado, fue mirado de todos, porque allende de parecer a todos muy buen cabalgante, llevaba un muy hermoso caballo, e tal que en todo el campo donde él estuviese no había de parar hombre ni caballo según los saltos que hacía. Llevaba por cimera una muy grande águila de oro muy fino e del pico tenía colgado un signo; e la letra decía así:

*Entre aquestos dos extremos
está mi vida colgada:
a ser libre y condenada.*

Llevaba un escudo, medio blanco e medio dorado, y en el medio un campo verde e lleno alrededor de unos veros^[173] de oro. Y en medio d'él una G con una corona; e la letra decía:

*Ninguna tuvo tal poder,
poder con tanta victoria,
en quitar y dar la gloria.*

Llevaba una veleta en la lanza, de morado e de verde, y en ella figurado un corazón, de prieto pintado; e la letra decía:

*No vela ni piensa en ál
este triste que aquí veis.
¿Cuál respuesta le daréis?*

Por esta manera que oís iba Valeriano. E llegose a la tela e halló que don Fierastel

acababa de derribar al Marichal de la Rocha y el Duque de Monserbán a un caballero griego, de la cual causa estaban tan ufanos y vanagloriosos que maravilla era de ver. Valeriano entró en la tela e dijo a los mantenedores:

—El que presume de más enamorado salga primero a la justa.

Luego el duque salió de su tienda e se puso en su lugar. E Valeriano, como lo vido, deseaba de lo derribar porque sabía que andaba enamorado de aquélla que la vida a él hacía perder. E así como las trompetas fueron sonadas, tal se dejan ir el uno para el otro e danse tales encuentros de las lanzas que el duque rompió su lanza muy bien, mas luego vino a tierra del caballo abajo; e luego fue sacado de la tela.

Asimismo salió Beltalarte e tomó una lanza de las que a la tienda arrimadas estaban. Y puesto en el lugar que solía, abajada su lanza se dejó venir para Valeriano y él lo salió a recibir. Y al medio camino se dieron tales encuentros de las lanzas que las rompieron muy bien. Y así ficieron las segundas e terceras, mas a las cuartas Valeriano hubo tan gran empacho que dijo:

—Si a dicha de mi señora Galiana fuese yo agora conocido e viese que contra un solo caballero no bastaban mis fuerzas, ¿en qué estima sería yo tenido en sus ojos?

E con este pensamiento que tenía tomó una lanza y, en tocando las trompetas, hiere muy de recio a su caballo, y encontró a Beltalarte con tanta fuerza que lo hizo trastornar sobre las ancas del caballo. Mas como su caballo estuvo quedo, que no se mudó de un lugar, tuvo tiempo Valeriano de tornar sobr'él e túvolo con entr'ambas manos por tal arte que lo ayudó a poner en la silla. Mucho fue maravillado Beltalarte en ver lo que el caballero con él ficiera e no podía pensar quién él fuese. E llegándose a él, le preguntó quién era; él dijo:

—Soy un caballero que vos deseo todo bien e honra.

—Tal me lo habéis mostrado, —dijo él—, por buena fe, el día de hoy. E por eso querría saber quién vós sois.

—Saberlo-heis, —dijo Valeriano— en algún tiempo.

E así lo dejó e se fue a poner en su lugar, porque vido que ya don Fierastel lo estaba esperando para la justa; el cual, luego que fue en el puesto donde había d'estar, luego que las trompetas fueron sonadas se dejan ir el uno para el otro e danse de las lanzas muy fuertes encuentros, de suerte que las rompieron; de ahí tornaron a tomar otras. E don Fierastel, con pensamiento de vengar a sus compañeros, e Valeriano, con intención que si a aquel buen caballero vencía ganaba las honras de las justas, abajan sus lanzas e déjanse ir uno contra el otro y encuéntranse por tal arte que don Fierastel e su caballo vinieron a tierra. E Valeriano perdió ambos los estribos y en poco fue de no venir él también de la silla abajo. Mas luego que cobró las estriberas, se fue a poner en el puesto de los mantenedores. E todos estaban espantados de ver lo que el caballero había fecho e procuraban por saber quién era. (Álvaro de Castro, *Clarián de Landanís*, libro II [1522], cap. 51).

§ 25. DE CÓMO ASOMBRA A TODOS LOS PRESENTES EN EL TORNEO DE
CONSTANTINOPLA LAS INVENCIONES DE CORSILIO, PRÍNCIPE DE ESPAÑA, Y DE
HORISTODO DE ANTIOQUÍA

Sentáronse todos los emperadores, reyes y príncipes en una, y en otra las hermosísimas damas, siendo servidos con tanta grandeza y diversidad de manjares y majestuosos aparatos como en corte del mayor monarca del mundo; en levantando las mesas se fueron a armar los bizarros mantenedores con todos los galanes que habían de salir aquel día a justar. Los emperadores y demás príncipes con todas las bellísimas damas se fueron a los grandiosos miradores que estaban dispuestos y quedaban en medio de la gran plaza que también se vía cercada en torno (como en la tercera parte se dijo) de altas columnas de mármol con fuertes cadenas de fina plata; no fue menos de ver la riquísima tienda que al cabo de la tela estaba para los mantenedores; era toda de tela amarilla y por ella muy al natural bordadas las espantosas guerras que había habido y el robo de las princesas, todo con tan sutil arte de oro y azul y con tantas perlas y piedras de valor que no tenía el universo otra como ella. Mirando su rica labor y grandeza estaban todos cuando los suspendió la pujanza^[174] con que comenzaron a entrar los mantenedores que, aunque habían determinado entrar a un mismo tiempo por tres puertas que tenía el campo, ordenaron las damas entrase cada uno de por sí porque se gozase mejor de la grandeza y invención de cada uno. Entró el primero el agraciado Corselio, Príncipe de España, con tan soberbia maravilla y extraña invención que a todos dejó suspendidos y gustosos. Era un proceloso mar que a modo de un grande estanque que se iba moviendo con ruedas encubiertas, rodeado de riscos y peñascos, donde batían las fingidas olas, aunque se figuraban tan al natural que propiamente parecía ir y venir golpes de proceloso mar; y entre ellos asomaban gran diferencia de pescados de todos géneros que con aparente fiereza iban rompiendo las ondas, no faltando entre la diversidad de los que las ocupaban las grandes ballenas y los furiosos tiburones, como también hermosas sirenas que con instrumentos en las manos iban haciendo una apacible música, rodeando una maravillosa nave que en medio del mar se vía tan hermosamente fabricada y dispuesta que no había más que desear; era toda dorada con mil vistosos lazos encarnados; los vistosos mástiles, así mismo dorados, las cuerdas de cordones de oro y las velas de riquísimas telas blancas, las flámulas, banderolas y gallardetes^[175] de otras de diferentes colores; sobre el espolón de la proa se vía un león de maravillosa hechura, antiguo blasón de España; la popa, que era hermosísima a la vista y ajedreceada^[176] de ricas piedras, se vía rodeada de curiosos corredores y dentro se oía tan dulce música que deleitaba a todos los presentes; en lo alto de ella traía una hermosa figura de la voladora Fama, tocando su sonora trompa. Toda esta maravilla parecía que a velas tendidas viniese rompiendo las fingidas ondas, hasta que llegando cerca de los miradores, tocando con la proa en

la orilla, al ruido de militares trompas y apacible salva fue echada sin ver por quien una puente que hasta la tela tomaba, adornada de ricas telas. De la popa salió a caballo el valeroso Corselio, pasando por entre jarcias y mástiles hasta la puente, por donde bajó corriendo tan ligero que pareció sueño. Seguíanle cien pajes de encarnado y oro, y cada uno con dos doradas lanzas que campeaban hermosamente; mas todo lo ponían en olvido por mirar al español, que más furioso que el viento pasó la carrera hasta los miradores, donde hizo su comedimiento quedando los emperadores, príncipes y damas tan admirados como gustosos de la maravillosa invención, celebrándola en altas voces la gente de la plaza por la más extraña que jamás se había visto y aplaudiendo la gala y bizarría del mancebo, que venía armado de armas encarnadas sembradas de flores y lazos de ardientes rubíes, como también lo era un león que traía por cimera adornado de vistosas plumas. El caballo era ruano^[177] y hermosísimo, los paramentos de la color de las armas, con tantas piedras de valor que no consentían mirarse, en la testera^[178] un monte de plumajes de diferentes colores. No era enamorado el joven y así en medio del escudo, que era no menos rico que las armas, en campo de oro, traía la Fama muy al natural, fabricada de preciosas piedras y alderredor esta letra:

*Mientras que de amor la llama
no rindiere el corazón
será mi mayor blasón
aspirar a eterna fama.*

Generalmente agradó a todos la gentileza, invención y letra del bravo español, que con gracioso donaire, cercado de todos sus pajes, se metió en la grande y hermosa tienda que al cabo de la tela estaba. El soberbio mar en la forma que había entrado, dio la vuelta haciendo de la hermosa nave apacible salva y se salió de la plaza, ocupándola la grandeza de un suntuoso y triunfante carro que tiraban doce hermosísimos unicornios, más blancos que la nieve; rodeábanle cien pajes adornados de costosas libreas de brocado amarillo golpeado sobre leonado, plumas y lanzas de las mismas colores. El soberbio carro traía siete arcos triunfales que sobreponiéndose uno a otro hacían una manera de corona, tan resplandeciente que privaba de vista a cualquiera que la miraba; debajo de ella estaba un riquísimo trono obrado de oro y preciosas piedras, formábanle siete gradas y encima de ellas un mundo de cristal, sobre que venía el dios Cupido, atormentador de los corazones, vestido conforme lo que sentía el mantenedor: todo de amarillo con bandas leonadas. Era de hermosísimo rostro, los ojos traía descubiertos y en las manos venía flechando un arco con muestras de ir disparando doradas saetas a una grande y resplandeciente nube que detrás del carro parecía, moviéndose por tan extraña invención que parecía venir en el aire, y obrada por tan sutil arte, que daba muestras de ser natural. Oíase dentro tan apacible música que con su dulzura suspendía los entendimientos de los presentes;

rodearon el carro y nube la plaza con majestuosa grandeza y grande admiración, y llegando al medio de ella, con un espantoso trueno se abrió por medio la nube, abortando un agraciado caballero que por todos fue conocido ser el gentil Horistoldo de Antioquía, que salió en su bizarro caballo corriendo de la nube hacia los miradores más ligero que el pensamiento; dio mucho que mirar a todos por su bizarra gentileza y rara invención. Venía armado de unas riquísimas armas amarillas con muchos lazos de leonado y oro, por las junturas lucidos diamantes, en medio del escudo, que también estaba orlado de ellos, en campo de oro estaba él mismo con muy sutil arte pintado, abierto el pecho que se le vía el corazón: estaba de una parte la Congoja y de otra la Desesperación, ésta toda de amarillo y aquélla de leonado, con tristes semblantes y demostración de tirar d'él cada una por su parte, con que daba a entender traía grande aflicción, acreditándolo la letra que a los pies se vía.

*Herido de mi pasión
las penas de ausencia sienta,
la Congoja da el tormento,
muerte, Desesperación.*

Venía sobre su hermoso y gran caballo con ricos paramentos y vistosas plumas, haciéndole ahinojar^[179] al llegar a las damas, que celebrando grandemente su bizarría y ingeniosa invención dijo la hermosa Olivia:

—Tan lucido viene nuestro capitán general como ajeno de la libertad con que entró blasonando otra vez en esta plaza.

—De toda la pasión que muestra, —respondió Rosilbera—, necesita para deshacer el agravio que entonces hacía a nuestra gala que no queda vengada menos que con verle tan rendido.

—No cumplía ya con menos, —prosiguió Liriana que era la que más le quería—, no teniendo ya la disculpa de guardarnos en lo peligroso del sangriento Marte.

—Él ha andado cuerdo, —dixo Claridiana—, aunque desdichado, pues en el primer escalón de ajeno le privaron de la vista de lo amado. (*Espejo de príncipes y caballeros*, quinta parte [post. 1623], cap. 4).

III.6. SOBRE GIGANTES Y OTROS ENEMIGOS DE LOS HÉROES DE LA CABALLERÍA

§ 26. DE CÓMO ARQUILEO MATA AL GIGANTE BRAVASÓN, QUIEN HABÍA ACABADO CON LOS CUATRO SAGITARIOS QUE PROTEGÍAN A ARQUISIDEA

Cerca de aquella parte en que Arquisidea estaba, había una ínsula llamada Artadafa, en la cual era señor el más bravo y esquivo jayán que en todas las Islas

Orientales se halla, llamado Bravasón. Éste por oídos de la hermosura de Arquisidea, pareciéndole que otro en el mundo no merecía casar con ella sino él, quiso pedirla por mujer; y antes que la pidiese, mostrarle el valor de su persona, para que por él ella holgase de tomarle por marido. Y a esta causa fue así, que como supo que los palacios de Arquisidea guardaban los cuatro sagitarios^[180] que os dijimos, pensó él que todos cuatro no le pudieran durar en campo, según su grandeza y valentía; y que para esto él iría a donde Arquisidea estaba diciendo quererla ver; y al que se lo resistiese, llegarlo a la dura muerte y que, muertos los cuatro sagitarios, la emperatriz quedaría d'él tan pagada,^[181] que quisiese casar con él; donde no, que su mucha guarda no sería parte de estorbarle a su sola persona de traerla consigo, y que, teniéndola en su poder, muy ligeramente, habría todo el imperio. Y con tal sandez y soberbia, guarneció una nao y vino al valle de Lumberque (que así había nombre el lugar donde Arquisidea estaba); y saliendo solo en tierra con armas tan fuertes, cuales las pedía su grandeza, subió en un caballo tan poderoso con una lanza muy gruesa de grande y limpio hierro, y con un escudo a su cuello, con un imagen como la de Arquisidea en él pintada. Y con mandar a los suyos que atendiesen su mandado, entró por el valle y se puso ante los palacios de Arquisidea, a tiempo que Arquisidea y los pastores eran venidos a aguardar la hora de la música, una hora antes de la postura de el sol. Y dice Galersis que, como el gigante ante ellos pareció, que a mucha priesa se hizo señal de tomar armas, con la cual una hermosa doncella, llamada Platira, Duquesa de Gasten, que era general de la guarda de la emperatriz, en un punto hizo poner toda la guarda en el muro, y al ruido los cuatro espantables sagitarios acudieron con tanta saña, que parecía por las vistas de las celadas lanzar espeso humo; y al gigante no pesó de verlos todos juntos, tanto era su orgullo; los cuales denodadamente para él se vinieron y él para ellos, y con sus fuertes arcos en su escudo lanzaron cuatro flechas, las cuales en el escudo del jayán quedaron metidas. Mas él encontró a uno de los sagitarios con su lanza de tal encuentro, que falseado el escudete^[182], que ligero traía por causa del arco, atravesados los pechos lo puso en tierra muerto. Y a esta hora la emperatriz estaba en lo alto de la torre mirando la batalla, con mucho enojo de lo que vía, y a la sazón con los cuchillos desnudos los sagitarios con el jayán se juntaron, y parecía una gran herrería, según los golpes con que su brava batalla se hacía. Arquileo los miraba, pareciéndole las más brava batalla que visto hubiese. Mas mucho le vale al jayán las flacas armas de los sagitarios, que por aprovecharse de los arcos traían, los cuales no pudieron contra su gran valentía, porque antes de media hora, todos tres los puso en tierra, tullidos y muertos, que, como los cuatro sagitarios se vencieron del todo, con un alarido de la guarda de la emperatriz de todas partes de los muros y torres tanto número de flechas sobre el jayán comenzó a llover que, muerto el caballo, en un punto con él vino al suelo, del cual él muy presto saltó y las saetas que daban en él, recudían^[183] de sus armas como de una dura peña. Y teniendo por acabado su hecho, para la puerta del palacio se fue; mas antes de ella a Arquileo halló quitado el gabán, en calzas y jubón pastoril, que el

escudo y cuchillo de el primer sagitario muerto tenía en sus manos, que, como el jayán llegó, él con tanto esfuerzo como si de todas sus armas estuviera armado, [le dijo]:

—¡Tente bestia mala descomedida, que no tienes tan ligera la entrada como piensas!

Y dióle de las manos con el pomo y escudo juntamente, con tanta fuerza que una pieza para tras le hizo ir; y cayera si una mano en el suelo no pusiera, dejando a la emperatriz y a todas las de su guarda espantadas, que por no matar a Arquileo, no osaban tirar con los arcos. De el jayán os digo que con mucha saña diciendo: *Vil, chica y miserable cosa, aguarda, que, si aguardares, tú pagarás tu locura y sobrado atrevimiento*, el cuchillo alto fue para él, pensando de hacerlo dos partes. Mas Arquileo, como no era nuevo en aquel menester, y en la ligereza no tuviese par, salta al través como una onza, hurtándole el golpe que fue tal que el cuchillo hasta la mitad por el suelo fue soterrado.^[184] Y como él vio el jayán detenerse un poco por lo sacar, soltó el escudo, que en la siniestra tenía, y con ambas manos le hirió con el cuchillo en un muslo con tanta fuerza, que con el peso de el cuchillo no prestó armadura que tuviese para que toda la pierna por cima la rodilla no fuese cortada, cayendo el jayán, que pareció una torre dando un doloroso bramido, quedando el cuchillo metido por tierra; y con la gran caída que dio, el yelmo se le cayó de la cabeza, que, aún no le fue quitado, cuando Arquileo de otro golpe en la garganta le hirió así que la [ca]beza le hizo rodar gran pieza, con tanto gozo y espanto de la emperatriz y todas sus mujeres, cuanto de parecerles que no fueran parte para resistir al jayán todas debían tener por lo ver muerto. La emperatriz llamó luego a su general Platira, y díjole:

—Duquesa Platira, ve luego y trae aquí al pastor Arquileo para darle las gracias y mercedes, que merece por tal servicio, pues no menos que de mi estado hoy me ha hecho.

Luego la duquesa bajó abajo y halló a Arquileo que lo tenía rodeado Sarpentarea y toda su escuadra, con otras más de ciento de la guarda, todas las espadas desnudas y blandiéndolas en torno d'él con grande alegría. Y él tenía la cabeza del jayán muy espantable en la punta del gran cuchillo puesta por la garganta arrimado sobre su pecho derecho, levantada en alto que, como la duquesa llegó, y le dio el mandado de la emperatriz, teniendo por mayor gloria tal favor que la del grande y hazañoso hecho que en su vida hizo, la duquesa tomó por la mano y lo llevó por los grandes y hermosos palacios. Y al tiempo que el hermoso rostro de Apolo quería acabar su jornada con hermosas reverberaciones^[185] en las nubes occidentales, Arquileo fue puesto ante Arquisidea de rodillas y con tanta hermosura cuanta la gloria presente en la suya, con la postura del sol acrecentaba, que, como la emperatriz lo vio, con semejante gloria puesto ante ella, el corazón le dio tal vuelta en el pecho, con tal novedad de su vista, llagado cual se conociera en su hermoso rostro si el antifaz no encubriera lo que ella tanto con la presunción de su grandeza procuró encubrir, como adelante se dirá. (Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, parte IV [1551], cap. 15).

§ 27. DE CÓMO EL MAESTRO ELISABAD LE CUENTA A AMADÍS DE GAULA
(TRANSFORMADO EN EL CABALLERO DEL ENANO) EL ORIGEN DEL MONSTRUO
ENDIABLADO CONOCIDO COMO ENDRIAGO

El maestro, que no menos turbado que ellos era, esforzado por el Caballero del Enano, temblando sus carnes, turbada la palabra, con mucha gravedad y temor contó al caballero lo que saber quería, diciendo así:

—Señor Caballero del Enano, sabed que d’esta ínsola a que aportados somos fue señor un gigante, Bandaguido llamado, el cual con su braveza grande y esquiveza^[186] fizo sus tributarios^[187] a todos los más gigantes que con él comarcaban.^[188] Éste fue casado con una giganta mansa de buena condición; y tanto cuanto el marido con su maldad de enojo y crueza hacía a los cristianos matándolos y destruyéndolos, ella con pi[e]dad los reparaba cada que podía. En esta dueña hubo Bandaguido una fija que, después que en talle de doncella fue llegada, tanto la natura la ornó y acrecentó en hermosura, que en gran parte del mundo otra mujer de su grandeza ni sangre que su igual fuese no se podía hallar. Mas como la gran hermosura sea luego junta con la vanagloria, y la vanagloria con el pecado, viéndose esta doncella tan graciosa y lozana, y tan apuesta y digna de ser amada de todos, y [que] ninguno por la braveza del padre no la osara emprender, tomó por remedio postrimero amar de amor feo y muy desleal a su padre; así que muchas veces, siendo levantada la madre de cabe su marido, la hija viniendo allí, mostrándole mucho amor, burlando, riendo con él, lo abrazaba y besaba. El padre luego al comienzo aquello tomaba con aquel amor que de padre a fija se debía, pero la muy gran continuación y la gran fermosura demasiada suya, y la muy poca conciencia y virtud del padre dieron causa que, sentido por él a qué tiraba^[189] el pensamiento de la fija, que aquel malo y feo deseo d’ella hubiese efecto. De donde debemos tomar ejemplo que ningún hombre en esta vida tenga tanta confianza de sí mismo que deje de esquivar y apartar la conversación y contratación, no solamente de las parientas y hermanas, mas de sus propias hijas; porque esta mala pasión venida en él, extremo de su natural encendimiento, pocas veces el juicio, la conciencia, el temor son bastantes de le poner tal freno con que la retraer puedan. D’este pecado tan feo e yerro tan grande se causó luego otro mayor, así como acaece aquellos que, olvidando la piedad de Dios y siguiendo la voluntad del enemigo malo, quieren con un gran mal remediar otro, no conoci[en]do que la melecina verdadera del pecado es el arrepentimiento verdadero y la penitencia, que le face ser perdonado de aquel alto Señor que por semejantes yerros se puso, después de muchos tormentos, en la cruz, donde como hombre verdadero murió y fue como verdadero Dios resucitado; que siendo este malaventurado padre en el amor de su hija encendido, y ella así mesmo en el suyo, porque más sin empacho el su mal deseo pudiesen gozar, pensaron de matar aquella noble dueña, su mujer d’él y madre d’ella. Seyendo el gigante avisado de sus falsos ídolos, en quien él adoraba, que, si con su fija casase,

sería engendrado una tal cosa en ella, la más brava y fuerte que en el mundo se podría fallar; y poniéndolo por obra, aquella malaventurada fija que su madre más que a sí misma amaba, andando por una huerta con ella hablando, fingiendo la fija ver en un pozo una cosa extraña y llamando a la madre que lo viese, diole de las manos y, echándola a lo hondo, en poco espacio ahogada fue. Ella dio voces diciendo que su madre cayera en el pozo. Allí acudieron todos los hombres y el gigante, que el engaño sabía; y como vieron la señora, que muy amada de todos ellos era, muerta, hicieron grandes llantos. Mas el gigante les dijo: «No fagáis duelo, que esto los dioses lo han querido, e yo tomaré mujer en quien será engendrado tal persona por donde todos seremos muy temidos y enseñoreados sobre aquellos que mal nos quieren». Todos callaron con miedo del gigante y no osaron hacer otra cosa. Y luego ese día públicamente ante todos tomó por mujer a su fija Bandaguida, en la cual aquella malaventurada noche fue engendrado una animalia^[190] por ordenanza de los diablos, en quien ella y su padre y marido creían, de la forma que aquí oiréis. Tenía el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima había conchas sobrepuestas unas sobre otras tan fuertes, que ninguna arma las podía pasar, y las piernas y pies eran muy gruesos y recios; y encima de los hombros había alas tan grandes, que fasta los pies le cubrían, y no de péndolas,^[191] mas de un cuero negro como la pez, luciente, velloso, tan fuerte que ninguna arma las podía empecer,^[192] con las cuales s[e] cubría como lo ficiese un hombre con un escudo. Y debajo d'ellas le salían brazos muy fuertes así como de león, todos cubiertos de conchas, más menudas que las del cuerpo, y las manos había de fechora de águila con cinco dedos, y las uñas tan fuertes y tan grandes, que en el mundo podía ser cosa tan fuerte que entre ellas entrase que luego no fuese desfecha. Dientes tenía dos en cada una de las quijadas, tan fuertes y tan largos, que de la boca un codo le salían; y los ojos, grandes y redondos, muy bermejos, como brasas, así que de muy lueño,^[193] siendo de noche, eran vistos y todas las gentes huían d'él. Saltaba y corría tan ligero, que no había venado que por pies se le pudiese escapar; comía y bebía pocas veces, y algunos tiempos, ningunas, que no sentía en ello pena ninguna. Toda su holganza era matar hombres y las otras animalias vivas, y cuando fallaba leones y osos que algo se le defendían, tornaba muy sañudo, y echaba por sus narices un humo tan espantable, que semejaba^[194] llamas de fuego, y daba unas voces roncadas espantosas de oír, así que todas las cosas vivas huían ant'él como ante la muerte. Olía tan mal, que no había cosa que no emponzoñase; era tan espantoso cuando sacudía las conchas unas con otras, y hacía crujir los dientes y las alas, que no parecía sino que la tierra hacía estremecer. Tal es esta animalia, Endriago llamado como vos digo, —dijo el maestro Elisabad—. Y aún más vos digo: que la fuerza grande del pecado del gigante y de su fija causó que en él entrase el enemigo malo, que mucho en su fuerza y crueza^[195] acrecienta.

Mucho fue maravillado el Caballero de la Verde Espada d'esto qu'el maestro le contó de aquel diablo, Endriago, llamado, nacido de hombre y de mujer; y la otra gente, muy espantados; mas el caballero le dijo:

—Maestro, ¿pues cómo cosa tan desemejada pudo ser nacida de cuerpo de mujer?

—Yo vos lo diré, —dijo el maestro—, según se falla en un libro que el Emperador de Constantinopla tiene, cuya fue esta ínsola, y hala perdido porque su poder no basta para matar este diablo. Sabe[d], —dijo el maestro—, que, sintiéndose preñada aquella Bandaguida, lo dijo al gigante, y él hubo d'ello mucho placer, porque v[e]ía ser verdad lo que sus dioses le dijeran, y así creía que sería lo ál. Y dijo que eran menester tres o cuatro amas para lo que pariese, pues que había de ser la más fuerte cosa que hubiese en el mundo. Pues creciendo aquella mala criatura en el vientre de la madre, como era fechura^[196] y obra del diablo, hacía la adolecer^[197] muchas veces, y la color del rostro y de los ojos eran jaldados,^[198] de color de ponzoña;^[199] mas todo lo tenía ella por bien, creyendo que, según los dioses lo habían dicho, que sería aquel su hijo el más fuerte y más bravo que se nunca viera, y, que si tal fuese, que buscaría manera alguna para matar a su padre, y que se casaría con el hijo, que éste es el mayor peligro de los malos: enviciarse y deleitarse tanto en los pecados, que, aunque la gracia del muy alto Señor en ellos espira,^[200] no solamente no la sienten ni la conocen, mas, como cosa pesada y extraña, la aborrecen y desechan, teniendo el pensamiento y la obra en siempre crecer en las maldades como sujetos y vencidos d'ellas. Venido pues el tiempo, parió un fijo, y no con mucha premia,^[201] porque las malas cosas fasta la fin siempre se muestran agradables. Cuando las amas que para le criar aparejadas estaban vieron criatura tan desemejada,^[202] mucho fueron espantadas, pero habiendo gran miedo del gigante, callaron y envolviéronle en los paños que para él tenían, y atreviéndose una d'ellas más que las otras, dióle la teta, y él la tomó y mamó tan fuertemente que la hizo dar grandes gritos; y cuando se lo quitaron, cayó ella muerta de la mucha ponzoña que la penetrara. Esto fue dicho luego al gigante, y viendo aquel su fijo maravilloso de tan desemejada criatura, y acordó de preguntar a sus dioses por qué le dieran tal hijo, y fuese al templo donde los tenía; y eran tres: el uno, figura de hombre; y el otro, de león; y el tercero, de grifo.^[203] Y haciendo sus sacrificios les preguntó por qué le habían dado tal fijo. El ídolo que era figura de hombre le dijo:

»—Tal convenía que fuese, porque, así como sus cosas serán extrañas y maravillosas, así conviene que lo sea él, especialmente en destruir los cristianos que a nosotros procuran de destruir; y por esto, yo le di de mi semejanza en le hacer conforme al albedrío de los hombres, de que todas las bestias carecen.

»El otro ídolo le dijo:

»—Pues yo quise dotarle de gran braveza y fortaleza, tal como los leones lo tenemos.

»El otro dijo:

»—Yo le di alas y uñas y ligereza sobre cuantas animalias serán en el mundo.

»Oído esto por el gigante, díjoles:

»—¿Cómo lo criaré, que el ama fue muerta luego que le dio la teta?

»Ellos le dijeron:

»—Faz que las otras dos amas le den de mamar, y éstas también morirán, mas la otra que quedare críelo con la leche de tus ganados fasta un año, y en este tiempo será tan grande y tan fermoso como lo somos nosotros, que hemos sido causa de su engendramiento. Y cata que te defendemos^[204] que por ninguna guisa tú, ni tu mujer, ni otra persona alguna no lo vean en todo este año, sino aquella mujer que te decimos que d'él cure.

»El gigante mandó que lo hiciesen así como los sus ídolos gelo dijeron, y d'esta forma fue criada aquella esquiva bestia como oís. En cabo del año que supo el gigante del ama cómo era muy crecido y oíanle dar unas voces roncadas y espantosas, acordó con su hija, que tenía por mujer, de ir a verlo; y luego entraron en la cámara donde estaba, y viéronle andar corriendo y saltando. Y como el Endriago vio a su madre, vino para ella, y saltando, echole las uñas al rostro y fendiole^[205] las narices y quebró los ojos, y, antes que las sus manos saliese, fue muerta. Cuando el gigante lo vio, puso mano a espada para lo matar, y diose con ella en la una pierna tal ferida, que toda la tajó, y cayó en el suelo y a poco rato fue muerto. El Endriago saltó por cima d'él, y saliendo por la puerta de la cámara, dejando toda la gente del castillo emponzoñados, se fue a las montañas. Y no pasó mucho tiempo que los unos muertos por él, y los que barcas y fustas pudieron haber para fuir por la mar, que la ínsola no fuese despoblada, y así lo está pasa ya de cuarenta años. Esto es lo que yo sé d'esta mala y endiablada bestia, —dijo el maestro. (Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* [1508], cap. 73).

§ 28. DE CÓMO GALTACIRA CUENTA A DARIDA (EN REALIDAD, AGESILAO DISFRAZADO DE DONCELLA), EL ENCANTAMIENTO DE DON ROSAFER Y DE LA REINA ARTIFIRA, Y DE CÓMO DARIDA ACABA CON EL JAYÁN Y CON SU HIJO, EL MONSTRUO CABALIÓN

Después que Darida con la doncella Galtacira y su compañia hubieron navegado algunos días, Darida le preguntó que a dónde la llevaba o para qué. Galtacira le dijo:

—Sabed, mi buena señora, que la causa para que os llevo es la más extraña aventura que nunca oístes, y para esto sabréis que en el reino de Tesalia hay una reina viuda, la cual le quedó de su marido una sola hija extremada en hermosura, llamada Artifira. Y esta hermosa Artifira fue demandada por mujer de un jayán mancebo y bravo, que en los confines de Tesalia en cierta montaña muy brava tiene un fuerte castillo, donde tiene una madre vieja gran sabidora en las artes mágicas, la cual tiene habitación en una cueva que no se puede entrar sino por el castillo principal que guarda el jayán; y [de] la cueva, qu'es más adelante entre unas breñas^[206] de grandes y altos roquedos, guarda la entrada una desemejada y brava bestia llamada Cabalión.

Y la razón es porque un hermano del jayán, señor del castillo, tuvo ayuntamiento con esta jayana su madre, e quiso Dios que por tan gran pecado naciese d'ellos tal monstruo. Que sabed, señora, qu'él tiene grandeza muy grande; él es todo lo más de faición^[207] de hombre, porque el cuerpo, brazos y piernas tiene de hombre, y la cabeza de caballo; y por esto se llama Cabalión. Tiene las orejas de talle de cebra, y juntamente con los brazos que de hombre tiene, tiene otros a manera de león con tan grandes y fuertes uñas que no hay cosa que se le ampare; y cuando corre, corre con todos seis pies y manos a manera de bestia, con tanta ligereza que no hay animal que se le vaya. Tiene cola a manera de caballo, y los cabellos de la manera de crines; es tan grande que puesto en pie no hay jayán que con una brazada le iguale. Esta bestia no trae armas más que unas escamas de que está cubierto a manera de pescado, muy fuertes y recias. Tiene la jayana vieja por guarda de su cueva y estudio, que no menos desemejada en sus razones es ella qu'él. El jayán, su hijo, padre d'esta bestia, murió, y quedó otro su hermano, qu'es el señor que agora guarda el castillo. Pues este jayán, como digo, pidió por mujer a la fermosa reina de Tesalia, mi señora Artifira, la cual nunca lo quiso hacer, antes con palabras se excusaba y dilataba el tiempo. Y acaeció que al reino de Tesalia llegó un caballero extremado en bondad y hermosura, hijo del duque de Saboya y nieto del rey de la Gran Turquía, llamado don Rosafar, el cual amando demasadamente a la reina Artifira, y ella más pagada d'él que de caballero que hubiese visto, a cabo de algunos días que don Rosafar mucha pena tenía de los amores de la reina, le descubrió su corazón y le pidió casamiento; y con consentimiento de su madre la reina vieja, con grandes fiestas fueron desposados don Rosafar y la reina Artifira, lo cual sabido por el jayán Gadalón, que así ha nombre, señor del Castillo del Roquedo, pensó morir con pesar e hizo tantas bravezas y dio tantos baladros^[208] que a ellos de la cueva salió Gregasta, la jayana su madre, porque a la cueva el jayán no osaba ir por miedo de Cabalión, que cosa no conoce si no es a su madre Gregasta. Y como supo la causa del dolor de su hijo, dijo que se consolase, que ella le daría con sus artes venganza de don Rosafar y de su esposa, de suerte que nunca tuviesen descanso, ni gozasen el uno del otro. Y ella usó de sus hechizos; el cómo fue no sabemos, mas que estando don Rosafar y la reina Artifira en una cuadra^[209] en un estrado muy rico, en el alcázar de Tesalia, gozando de los pasatiempos de desposad[o]s, súpitamente^[210] con dolor el uno y el otro les pareció tener rasgados los pechos y que el corazón de cada uno punaba^[211] de salir por la herida; y viéndolo, él a ella y ella a él, con las manos derechas se taparon las heridas de los pechos, y con las siniestras se tienen abrazados, juntas las mejillas; vertiendo muchas lágrimas, se demandan el uno al otro que quite la mano para que por la herida salga el corazón, que cada uno siente en su mano la fuerza con que desea salir, para que, acabando la vida con la muerte, piensan hallar descanso con la pena que reciben. Y las razones que pasan es cosa de gran lástima y dolor de oír, mas nadie puede entrar en la cuadra donde los reyes están, porque luego, como esto se hizo, en la cuadra toda vino tanta calor como en un horno, con el cual todos los que estaban con

ellos los desampararon y salieron fuera; y en lo alto de la puerta de la cuadra, quedaron unas letras griegas en una tabla de alambre que dicen:

*Ninguno podrá aquí entrar
ni después darle salida
sino el que en pena de amar
tuviere mayor herida.*

»Agora os he dicho lo que pasa; y la razón por que yo's llevo, mi señora, es para, si por alguna vía se pudiese sojuzgar el jayán, saber d'él el remedio de mi señora y de su esposo, para lo cual muchas doncellas somos salidas a buscar tales caballeros que osen ir a donde está el jayán; y todas hemos salido por nuestra honestidad con caballeros ancianos que nos acompañan, y por esta desventura traemos hábitos de duelo, y con tal dejamos toda la corte, y el jayán Gadalón hace todo el daño que a su salvo puede en la tierra de mi señora, llevando presos a su castillo cuantos puede prender.

Y con esto dio fin a sus razones. Daraida quedó maravillada de tal aventura y muy deseosa de ver a los reyes, y dijo:

—Maravillas me decís, mas veamos, ¿nunca preguntaron a ese caballero y reina que están d'esa suerte llagados qué es lo que sienten?

—Sí preguntamos, —dijo Galtacira—, mas ninguna cosa responden a lo que les decimos, más de lo que ellos entre sí pasan de algunas cosas que les oímos hablar, que todas no podemos porque la cuadra es grande, y la puerta está apartada del estrado en que ellos están sentados en dos ricas sillas, en que estaban cuando les vino esta desventura, y arrimados a un rico dosel de brocado; y porque no se vea tal lástima la reina vieja no deja subir a nadie en aquella torre donde está la cuadra, qu'es una de cuatro muy hermosas qu'el alcázar tiene, y ella vive la más cuitada^[212] mujer que nunca se vio. [...]

Y con esto se tornó a entrar dentro. Y Daraida face lo mismo, y luego la puerta del castillo se cierra. Y en el patio que grande era entran y arredrados^[213] el uno del otro, antes que rompiesen, Daraida dijo al gigante:

—Gadalón, dame los presos que tienes y razón para libertad del rey don Rosafar y de la reina Artifira, y darte he por libre d'esta batalla.

El jayán, dando un fuerte baladro que el castillo hizo tremer, [dijo]:

—¡Oh, vil y cosa astrosa,^[214] aguarda la respuesta de tal sandez!^[215]

Y con esto mueve contra él y Daraida cubierta de su escudo hace lo mismo. Y en los escudos, que fuertes eran, las lanzas fueron rajadas y pasando el uno por el otro; Daraida con su espada desnuda revuelve y el gigante con su cuchillo, y comienzan una brava batalla que parecía que cien caballeros la hiciesen, sacando llamas de fuego con sus fuertes golpes. Y viérades la alta caballería de Daraida en lanzar el caballo con mucha destreza a una y otra mano, hurtando los golpes al jayán, rebatiéndole el

cuchillo, que, como era tan pesado y no tan diestro en mandar su caballo, a manera de un pilar no se movía. Y a esta causa Daraida lo rodeaba y en descubierto del escudo muchas veces lo hería; de suerte que antes de media hora que la batalla se comenzó, por más de diez lugares estaba rota la loriga del jayán, que gruesa era, y él herido, de que perdía tanta sangre que él y su caballo andaban cubiertos d'ella. Y Daraida andaba así mismo llagada, porque tanto no podía hacer que el jayán alguna vez no la alcanzase, y, aunque no era muy a derecho sus golpes, eran tales que las armas y la carne cortaban. Y lo que más a Daraida valía era la desvariada fuerza con que los tiraba, que, como con tanta pesadumbre y raleza^[216] de golpes la quisiese herir, tenía lugar de ayuda darse con su ligereza de los furtar, amparándose juntamente del espada y del escudo y rodeándole con el caballo, de suerte que todos los más de los golpes por los lados y por las espaldas le hería, teniéndolo tan congojado y desangrado que Gadalón comenzó a enflaquecer, de suerte que ralas veces alzaba el cuchillo, porque en la mano se le volvía. Daraida que lo sentía, crecía en su ardimiento y con mucha priesa lo llagaba, trayéndolo tan desatinado que el jayán comenzó a dar grandes y fuertes baladros, llamando a sus hombres que le valiesen; los cuales, más de veinte que eran, hasta esta sazón dende los corredores habían mirado la batalla, mas, como esto oyeron, todos van corriendo a tomar arcos y hachas para socorrer a su señor. Mas tan presto ellos no lo pudieron hacer que el jayán, viéndose tan llagado, a la muerte no comenzase a huir, saliendo por una puerta grande que en el patio había a los breñales^[217] que antes de los roquedos donde Cabalión estaba se hacía, cuidando que Daraida no lo osaría seguir con temor de Cabalión. Y lo qu'él buscó por remedio fue peor para él, porque sabed que Daraida sin ningún temor lo siguió. Y a los baladros que el jayán había dado, oyéndolos Cabalión, muy embravecido hacia aquella parte venía corriendo como un ave, e con fuertes bufidos venía, con el humo que de sus narices echaba cubierto como de una nube. Grande fue el temor que Daraida recibió en ver cosa tan fiera y fuera de razón, e quisiéra se hallar más descansada que a la sazón estaba para atender tal batalla. Mas avínole así bien que Cabalión al gigante, que delante iba, con sus fuertes manos de hombre en un punto lo traba e con las del león lo comienza a despedazar. Daraida que aquello vio en un punto salta de su caballo, pareciéndole que mejor a pie se podría aprovechar d'él, e diciendo:

—¡Oh, mi señora Diana! ¡Válgame la vuestra hermosura como extremo tan contrario de la fealdad d'esta bestia para poner el medio con la gloria que se debe a mis pensamientos!

Y con esto, como su corazón era tan grande que no impedía la razón ningún temor, viendo que Cabalión con los brazos del león hacía todo el daño, a él llega, que despedazado el jayán y su caballo estaba; y en uno de los brazos de león le hiere de toda su fuerza de tal golpe que hasta en mitad de las cañas fue cortado. Y el Cabalión dio tan gran bramido con el dolor, que todos aquellos valles y rocas hizo reteñir, tanto que a Galtacira y a su compañía puso espanto, y los caballos y palafrenes se

espantaron, que no los podían tener, dando bufidos.

—¡Ay, Santo Dios! —dijo Galtacira—. ¡Ayudad Vós al extremo de toda bondad y hermosura, que sin duda en la batalla con la bestia debe de estar!

Y ella y todos llorando, rogaban a Dios ayudase a Daraida; la cual como este golpe hubo hecho, con los bufidos de la bestia e con el humo de su vaho espeso casi no se vían; e valiole porque la bestia todo su hecho era encarnizarse más en lo que tenía en las manos. Daraida llegó otra vez a herirle, el espada con ambas manos, por entre sus dos grandes orejas, pensando henderle la cabeza; mas así revocó^[218] el espada de sus fuertes escamas como si en una dura peña diera. El Cabalión tiró una pernada con un pie, sintiendo haberle herido por detrás, y en el escudo tal golpe dio a Daraida que gran pieza para [a]trás la arrojó por tierra; mas en un punto se levantó como tan viva fuese, con mucho pesar viendo que el espada no cortaba, y llegó por el lado siniestro, e vio que la bestia Cabalión tenía los sobacos de largos pelos cubiertos; y llega y de punta lo hiere con el espada por debajo del brazo de tal golpe, como no tenía escamas por allí, que la espada hasta en la cruz fue lanzada. Y la bestia con tal mortal golpe, como la vio tan cerca de sí con las manos de hombre la apañó, soltando el jayán e su caballo, que ya despedazados los tenía. Mas no hubo tomado a Daraida cuando todas las fuerzas se le perdieron con el mortal golpe del espada, que el corazón tenía atravesado; e con la rabia de la muerte, dio otro bramido desemejado y muerto cayó, tomando en bajo de sí a Daraida, que, si por las armas no, con el peso la hubiera muerto. E a gran afán pudo salir debajo, e tenía gran dolor en el brazo izquierdo, que lo tenía quebrantado de las armas, con la fuerza con que la había apretado Cabalión. Y como ella se levantó e vio la grandeza de la bestia, y cabe ella el jayán despedazado y el caballo, y el suyo la cola y las crines todo levantado y enerizado^[219] dando saltos e bufidos, que suelto andaba, hincados los hinojos en tierra comenzó a dar gracias a Dios por el bien que le había hecho en librarlo tan a su salvo e honra de dos tan desemejadas bestias como muertas delante tenía. Y luego de su espada traba, e sacándola por la herida sale un golpe de sangre que gran pieza a grandes espadañadas turó, y él en ella fue todo bañado al tiempo que el espada acabó de sacar, quedando la más fiera cosa que podía ser, quien allí lo viera, de tal suerte e con tal fiereza de carnerería delante. Y él que acababa de sacar el espada, la jayana vieja (que a los baladros y bramidos de sus hijos venía) llegaba. Ella parecía hecha de raíces de árboles en la sequedad e color de su gesto e manos, tan disformes y grandes que cosa admirable era de ver. Venía vestida de pieles de animales, los brazos e las piernas de las rodillas abajo de fuera, sin ninguna cosa encima. [...] E como llegó, viendo despedazado el jayán y muerto a Cabalión, rompiendo su cara con sus uñas, e sacando a copos sus blancas canas con sus ñudosas manos, decía:

—¡Ay, los mis hijos, fortaleza sin ningún par! ¿Cómo os veo muertos y puedo tener vida? ¡Oh, Fortuna, y qué sinrazón pudo bastar a que viese yo los mis dos tan valientes hijos muertos por una tan captiva e vil cosa! ¡Mal hayáis vosotros, oh inmortales dioses, que tal sinrazón me hacéis ver! (Feliciano de Silva, *Florisel de*

Niquea, III [1546], caps. 69 y 71).

§ 29. DE CÓMO PRIMALEÓN, CONOCIDA LA RESIDENCIA DEL MONSTRUO
PATAGÓN, NO CESA HASTA ENCONTRARLE Y MATARLE

E luego Primaleón e Torques e otros cinco caballeros, los más principales que allí venían, se fueron con Palantín a la villa; e todos lo salían a mirar por las rúas porque no eran usados de ver tales caballeros. E llegados al palacio, apeáronse Primaleón e Torques, que venían a caballo, y el señor de la isla los recibió muy bien e rogoles que se desarmasen; y ellos lo ficieron porque mucho había que traían el peso de las armas, e diéronles ricos mantos que cubriesen. Y el señor de la isla fue muy pagado de Primaleón e mandó que le fuesen dadas cuantas cosas eran menester para fornecer sus naos^[220] e, mientras que esto se hacía, Primaleón e los que fueron con él eran allí muy viciosos^[221] porque los fijos del caballero folgaban extrañamente con él e preguntábanle por nuevas de otras tierras y él les decía lo que sabía. E un día, estando fablando en muchas cosas, él les preguntó si era grande aquella isla e si era toda poblada, que mucho era viciosa.

—Mi buen señor, —dijo Palantín—, la mayor población que ella tiene es en la costa de la mar; e a una parte d’esta isla hay muy grandes montañas e, de poco tiempo a esta parte, moran en ellas una gente muy [a]partada de todas las otras que hay en ella, porque viven ansí como animales e son muy bravos y esquivos e comen carne cruda de lo que cazan por las montañas; e son ansí como salvajes, que no traen sino vestiduras de pieles de las animalias que matan e son tan desemejadas, que es cosa maravillosa de ver. Mas todo es nada con un hombre que agora hay entr’ellos que se llama Patagón; y este Patagón dicen que lo engendró un animal que hay en aquellas montañas, qu’es el más desemejado que hay en el mundo, salvo que tiene mucho entendimiento y es muy amigo de las mujeres. E dicen que hubo que haber con una de aquellas patagonas, que ansí las llamamos nosotros por salvajes, e que aquel animal engendró en ella aquel fijo; y esto tiénelo por muy cierto según salió desemejado, que tiene la cara como de can e las orejas tan grandes que le llegan fasta los hombros, e los dientes muy agudos e grandes, que le salen fuera de la boca retuertos, e los pies de manera de ciervo e corre tan ligero que no hay quien lo pueda alcanzar. E algunos que lo han visto dicen d’él maravillas. Y él anda de contino por los montes cazando e trae dos leones de traílla^[222] con que face sus cazas e trae un arco en sus manos con saetas muy agudas con que fiere. E desde que este Patagón se crió en aquellas montañas, face mucho daño, que sale a lo llano e no falla hombre de acá de los nuestros que no mata, por manera que los hombres no son seguros e por aquella parte dejan de facer sus labores por él; e algunas veces nos habemos juntado muchos por lo matar e tanto habemos fecho como nada, antes él nos ha fecho gran

daño. E trae un cuerno a su cuello e tañiéndolo vienen muchos de aquellos patagones a le ayudar y facen gran daño que no temen sus vidas; por manera que ansí lo habemos dejado fasta que Dios, que es poderoso, lo quite del mundo, que mucho nos sería menester la su muerte. [...]

E por ruego de Primaleón se apearon todos en un lugar muy sabroso para dormir allí aquella noche. E desdeque estuvieron gran pieza hablando en muchas cosas, echáronse a dormir en la yerba verde; e todos dormieron luego que fueron echados, salvo Primaleón, que gran deseo tenía de facer alguna cosa que grande honra le fuese, y él conoció bien que Palantín lo traía por lugar qu'él pudiese fallar a Patagón. E desdeque los vido a todos muy fieramente dormir, levantose muy paso e llamó a Purente que le diese su caballo e se fuese con él, y él lo fizo; e dejáronlos todos durmiendo e fuéronse adelante e anduvieron toda la noche fasta el día claro que entraron en lo más espeso de la montaña. E andando por unas partes e por otras fallaron a Patagón, aquel que iba a buscar, que había muerto un venado y estaba dando de comer a los leones qu'él traía, con que facía sus cazas. Mucho fue ledo Primaleón por fallarlo, que gran parte del día había andado por las montañas buscándolo e pensaba que no había de ser tal su ventura que lo fallase, e esto le facía ser muy sañudo de sí mesmo. E como Patagón lo vido venir, bien pensó que lo venía a buscar e a él e a otros diez que fueran no los tuviera en tanto como nada, qu'él era grande de cuerpo e de gran fuerza, aunqu'el cuerpo tenía muy desemejado. E luego que vio a Primaleón, quitó los leones del venado qu'estaban comiendo e fízoles señas, como él los tenía amostrados,^[223] que fuesen para Primaleón; y ellos, muy sañudos porque les quitaban de su comer, fueron muy bravos contra él y él iba encima del caballo que le dio don Duardos, que le había dado Gatarú. E como él era usado de las montañas, no se espantó punto de los leones y ellos, que muy sañudos venían, con sus fuertes uñas lo firieron muy malamente. Primaleón vido que le convenía apearse e fízolo él muy ligeramente. Los leones no curaron d'él sino en despedazarle el caballo. Patagón tenía una saeta puesta en su arco e tiró con ella a Primaleón e, como él traía muy fuertes armas, no lo firió, y él, que muy ligero era, llegose muy prestamente a él e llevaba la lanza en las manos e firió a Patagón con ella con toda su fuerza. E como él no tenía armadura en las piernas, ambas a dos gelas pasó. Patagón, que ansí se vido ferido, tomó gran corazón e quitó la lanza de sí e tornola arrojar a Primaleón, mas él se guardó bien, desdeque la vido venir; e sacó su espada e llegó al gran Patagón, que una gran cuchilla e muy aguda tenía en las manos, e dio tan esquivo golpe a Primaleón con ella, qu'el escudo le fendió.^[224] Prima-león, no espantado punto, lo firió con su espada tan esquivamente de dos o tres golpes que Patagón, que los recibió, vido su muerte muy cierta y, echando de sí el arco y el cuchillo que traía, se iba abrazar con Primaleón pensando que, si en sus brazos lo cogía, que no le podía escapar de muerte. E ansí fuera según la gran fuerza de Patagón, mas él se quitó afuera e diole tan poderoso golpe en el brazo derecho cabe la mano, que gela cortó e luego le cayó en tierra. Patagón fue tan tollido^[225] del

gran dolor e de la mucha sangre que de las piernas le salía e las llagas eran tales, que no se pudo tener e cayó en tierra tendido e dio una tan temerosa voz, que no hubiera ninguno de tan gran corazón que espanto no hubiera. E a esta voz los leones dejaron al caballo e acudieron a él e, como lo vieron así, ambos a dos saltaron con Primaleón regañando los dientes con grande braveza, mas allí le fue a él menester todo su esfuerzo que, por muy fardido^[226] que Primaleón fue, los leones le resgaron la loriga con sus fuertes uñas e le hicieron cuatro o cinco llagas muy grandes; mas él metió al uno d'ellos la espada por la barriga e firiolo así que el león, perdida toda su fuerza, cayó en el suelo tendido. E desde que aquel mató, hubo-se tan poderosamente con el otro que se libró d'él fendiéndole la cabeza con la espada. E desde que se vido así libre, dio muchas gracias a Dios, aunque quedó ferido e muy cansado, que gran batalla hubo con todos tres. E como él hubo muerto los leones, fue sobre el gran Patagón e, cuando lo vido así tan desemejado e cosa tan extraña de mirar, tomole en voluntad de lo llevar preso e, si él lo pudiese llevar en sus naos, que le sería grande honra porque su señora Gridonia lo viese. (*Primaleón* [1512], caps. 133-134).

§ 30. DE CÓMO BELINFLOR DESCUBRE LA PRISIÓN DEL MORO DE TRÍA Y DE SU
AMADA XARCINA, DESPUÉS DE VENCER A VARIAS GUARDAS DE UNA TORRE
MÁGICA

Siguiendo el orden que los sabios Menodoro y Belacrio, coronistas d'esta grande historia llevan, digo que el príncipe de Tracia iba en su nave caminando por la mar y una noche, que no había sabor de dormirse, sentó en el borde y tendió los ojos por el movable mar, que en calma estaba y hacía un apacible llano que a manera de cristal no dejaba mirarse, la causa d'ello era que la clarífica Diana^[227] se mostraba más hermosa que cuando fue a ver a su querido Endimión, tendiendo por el ancho mar sus plateados rayos y con tanta fuerza reverberaban que el agua cristal hacían; el sordo silencio que había que, aún hasta los profundos acuarios moradores en aquel tiempo lo guardaban, trujo al ocioso pensamiento del tráxico príncipe el deseo de ir a su reino a ver a su madre y de saber de su hermana Roselva y de su nuevo amigo Furiabel. Estos pensamientos le criaron un nuevo deseo de inquirir quién el Caballero de la Fortuna fuese, pues lo tenía por padre, aunque a su opinión, muerto. Veníale tras este deseo la desconfianza por haberlo visto muerto y tras ella una vengativa ira contra el Caballero del Arco y el Emperador de Grecia. En semejantes pensamientos —criados por la malicia de Eulogio— el ínclito príncipe estuvo hasta la mañana, que algo lejos sobre la mar descubrió un alto edificio y maravillado se armó y mandó a los marineros que guiasen la nave; y cuando fueron cerca, vieron una alta torre por abajo cuadrada y muy ancha y por lo alto se iba ensangostando,^[228] a manera de pirámide. Era labrada de piedra negra con algunas labores de pardo y oro, que dando en ellos

los rayos del ya salido sol hacía muchos vislumbres. Tenía esta torre una puerta alta que no podían subir sino por escala y encima de ella había alzada una puente levadica. En la pared de la torre había unas letras y llegando la nave vio par de ellas una bocina^[229] colgada, y las letras leyó y vio que así decían:

El que saber quisiere por qué causa se hizo la maravillosa torre, toque la bocina; mas avísóle que se ha de ver en peligro, por que arrepintiéndose no nos culpe.

El príncipe acabó de leer las letras diciendo: *Ni me arrepentiré ni os culparé*; con esto tocó la bocina y luego fue echada la puente por la cual Rorsildarán subió hasta la puerta, por la cual entró a una gran cuadra. No se detuvo en mirarla porque se le puso delante un gran jayán y con una pesada maza le dio un golpe sobre el yelmo que rodillas y manos puso en el suelo. Con extraña presteza le aseguada otro en las espaldas que gran dolor causó al invicto joven, el cual con la ligereza del pensamiento se levantó y con su fuerza, ayudada del enojo, dio al jayán un golpe en el grueso yelmo que le hizo hincar una rodilla, y dándole en el ancho pecho una recia punta, le hizo doblar el cuerpo hacia tras tanto que, si no se afirmara con la una mano, en el suelo cayera. Levantose el encantado gigante y con su ayudada fuerza tiró un golpe al señor de Tracia, el cual, escarmentado de los primeros, hurtó el cuerpo, de suerte que dando en el suelo hizo por un buen rato temblar el mágico edificio. Tan furioso de haber hecho el golpe en vano, el gigante volvió a alzar la maza que no se puede decir; déjola caer rugiendo por el aire. El hijo del griego señor no tuvo tiempo para desviarse, salvo meterse tan dentro con el jayán que no le alcanzó sino con los puños y turbolo tanto que por poco cayera. Tanto dolor sintió el encantado gigante en las manos que no pudo tener la maza, y así la soltó y, yendo a echar mano, se halló abrazado del príncipe. No era tiempo de descuidarse y así, rodeándole sus fuertes y vellosos brazos, comenzaron una reñida lucha. Aprovechando poco sus mañas y menos sus fuerzas para derribarse, se soltaron y, empuñando el de Tracia su espada y el de la Torre sacando un cuchillo, empiezan a golpearse. Dio el jayán al príncipe un golpe, el cual recibió en su escudo y fue tal que puso una rodilla en el suelo. Levantose el furioso joven y enojado de la tardanza dio al encantado contrario un golpe en el muslo que, pasándole las armas, le hizo una herida. No hubo la bruta sangre matizado el losado suelo cuando el trácico oyó unos terribles bramidos que en la cóncava torre temerosamente resonaban. No tardó mucho cuando vio venir contra sí un desemejado león de extraña grandeza, ca era poco menor que un elefante. Tenía las uñas de dos palmo[s] y no traía ningún vello, salvo armado de duras y fuertes conchas. Así como [lo] vido el extraño caballero, con nunca vista ligereza vino contra él. No se pudo guardar por estar ocupado con el jayán, y así con tal fuerza lo encontró con su gran frente que lo tendió en el suelo. Vídose en peligro porque, antes que se menease, vino sobre él y con sus fuertes brazos lo asió con tal poder que no lo dejó

menear y acudió el jayán con sus pesados golpe[s]. Acongojose el hijo de Elimina, mas turbándose no desmayó y, así como pudo, soltó el escudo y con el izquierdo puño dio tal golpe al bravo león que le hizo saltar la sangre por las narices. No se hubo mostrado fuera la bárbara sangre del animal cuando vino un caballero armado de todas armas, la espada en la mano y con ella comenzó a golpear el tendido príncipe, el cual mucho dudó la batalla viendo que, si hería, tenía más contrarios. Abrazose fuertemente al cuello del bravo animal y tanto lo apretó que poco a poco le iba quitando el resuello. Aquejábanle los golpes del caballero y jayán, y él empezó a quejar más fuertemente al león, de suerte que con la fuerza que el propio ponía, apretando al príncipe, junto con la que era apretado, de tal suerte se cansó que del todo se ahogó. Gran contento con su muerte recibió el príncipe de Tracia y animándose con él se levantó y acordándose que, si sacaba sangre, tendría más que vencer, no curando de herir, se abrazó con el jayán; con su fuerza de pocos igualada lo alzó del suelo y se llegó a la puerta de la torre, donde lo dejó caer y fue rodando hasta la mar, donde con el peso de las armas se ahogó, celebrando la gente de su nave la victoria con innumerables voces de alegría. No se fue alabando que el Caballero de la Torre fue tras él y, así como soltó el gigante, por detrás le dio tal golpe en el yelmo que algún tanto lo turbó; aseguó una punta en las espaldas que las manos le hizo poner en la puente y las rodillas en el paso de la puerta. No tardó en levantarse el trácico joven; todo fue por mal del caballero porque, hallándolo junto a sí, le echó sus brazos al cuerpo y haciendo lo propio el de la Torre comenzaron una peligrosa lucha. Procuraba el príncipe sacarlo fuera y el caballero estorbarlo, pero al fin de buen rato el caballero se halló en la puente sin sentido, donde el victorioso mancebo dejó y, volviendo a la cuadra vido en ella una pequeña puerta, por la cual entró a una cámara y, a la luz que un gran carbunco^[230] daba, vio una ara cubierta de brocado negro, sobre lo cual había una estatua de la Justicia; en cada mano tenía sendos pergaminos arrollados y, tomando el de la mano derecha, lo abrió y, viendo que estaba escrito, lo leyó, que así decía:

El fuerte Amán Moro de Tría al caballero que por su valor esto allegare a leer, salud, para que con ella sea en deshacer el mayor agravio que se ha visto. Sabrá que en la grande y nombrada Ínsula de Gebra hubo un rey muy recto y justo llamado Galebo, el cual tuvo una hija extremada en hermosura por nombre Xacira. Hay en esta ínsula un castillo muy fuerte con ocho torres: es la mejor posesión que en Gebra tiene ningún caballero, y los señores d'él por excelencia se llaman Moros de Tría; tienen en corte del rey Galebo el más principal lugar y los primeros en consejo. Sucedió que, sucediendo el desdichado Amán de tan noble casta, siendo doncel fue llevado —para su venturosa desdicha— a la corte del rey de Gebra a recibir la orden de caballería, la cual le fue dada con la honra posible, recibiendo la espada de mano de la hermosa Xarcira; recibiendo ella el alma del novel caballero que,

desde el punto que la vido, quedó preso de su amor, y lo mismo quedó la infanta de Gebra. El fuerte Amán fue tan lozano con el dulce y nuevo dolor que la hermosura de Xarcira en su corazón había hecho, que empezó en hechos a mostrar la gran fuerza que los dioses con él habían repartido. Tanta fama el Moro de Tría en este ejercicio ganó que de los paganos de Gebra en gran manera era temido; ayudole la Fortuna en que la disipadora Fama llevó nuevas de su fortaleza a la Ínsula Bayana, de donde es rey el fuerte y poderoso jayán Caramante, el cual tiene un hermano mancebo, llamado Zarmón, el cual deseoso de honra vino a la Ínsula de Gebra con propósito de haber batalla con el fuerte Amán Moro de Tría, para que venciéndolo a él toda la honra ganada por el amante de Xarcira le fuese retribuida. Fuele la Fortuna avara porque, así como vido la hermosura de la hija de Galebo, quedó de ella enamorado, y así con más orgullo pidió la batalla; la cual otorgó el de Gebra y por su mano fue vencido el gigante Zarmón y, por ello afrentado, se volvió a la Ínsula Bayana, donde pensó una gran maldad. La victoria del fuerte Amán acrecentó el amor que la hermosa infanta Xarcira le tenía. Y una noche en su aposento imaginó que ella era señora de un tan gran reino y que para vivir honrada y quietamente no había menester más, salvo un caballero de valor y discreción que lo gobernase, y que no había otro mejor que Amán de Tría, pues era noble y valeroso y ponderó las veras^[231] con que la servía y amaba. Hizo las partes del pagano con la infanta el poderoso Cupido con tantas veras que la dejó obligada a amarle y descubrirse, lo cual hizo con una doncella su privada. Ya consideraréis el contento [que] Amán recibiría y con él fue a hablar por una huerta a la hermosa infanta y allí fueron desposados, aunque no cumplieron su deseo. Sabréis que el gigante Zarmón, como el amor de Xarcira le aquejase con amoroso celo, envió a un primo suyo llamado Malcor a la Ínsula de Gebra para que todas las noches rondase la huerta de la infanta; y una acaso salió de la huerta el venturoso —hasta entonces— Amán y, como Malcor lo vido, hechó mano con sus compañeros diciendo: «No se usa, don traidor, hacer esto con los reyes, que yo os acusaré»; de lo cual temiendo, el pagano de Tría, echó mano a la espada y con soberano esfuerzo dio un golpe a Malcor por la garganta que la cabeza de por sí echó en el suelo; en algunas partes fue herido el valeroso pagano de Tría por los compañeros de Malcor; mas no desmayó, antes con mucha ligereza se revolvió entre ellos y dejando muertos seis s[e] salió y se fue a su morada, donde disimulado se estuvo. Con la muerte de Malcor y sus caballeros se levantó en la ciudad grande alboroto, hicieron inquisición, mas no se supo, por lo cual el rey Galebo estaba muy confuso. No faltó quien lo sucedido escribió al poderoso rey Caramante y a su hermano Zarmón, los cuales, so color de vengar la muerte de Malcor, vinieron a hacer lo que deseaban y es que, llegados a Gebra, acusaron —

delante de toda la corte— de traidor y desleal vasallo al fuerte Amán Moro de Tría, y de falsa a la infanta Xarcira. Ya veréis la turbación que la demanda puso en la corte. No aguardó más [el] colérico rey Galebo, porque mandó prender al venturoso Moro de Tría y meterlo en una oscura prisi[ón]; lo propio hizo de Xarcira, sin ablandarle las tiernas lamentaciones ni amorosas persuasiones. Viendo esto, el rey Caramonte dijo que lo que habían él y su hermano dicho lo sustentarían tres años a cualesquier caballeros que se lo demandasen y, si pasados faltaban, que pusiesen en su poder los presos; y el rey Galebo vino en ello. Pasaron los tres años y hubieron el rey Caramonte y Zarmón los presos en su poder, a pesar de toda la corte. Al fuerte Amán encerró en el grande y famoso castillo de Tría, donde por darle muerte desesperada lo tiene encerrado con muchas guardas sin esperanza de salir. El gigante Zarmón ya oístes que estaba enamorado de la hermosa Xarcira, pues, como la vido en su poder, con increíble alegría se quiso casar con ella, mas su hermano Caramonte con astuto intento dijo que no lo hiciese, porque el rey Galebo se enojaría y la desheredaría de la Ínsula de Gebra, sino que aguardase que el rey muriese. Zarmón fue d'ello contento y así, porque estuviese más segura, la encerró en otro castillo donde pasa tan triste vida que no se puede creer; y si no la consolase el mago Episma, ya fuera muerta de pena. El rey Caramonte y su hermano Zarmón, como hecho que ya lo tenían de su parte, muy contentos volvieron a la corte de Gebra y dijeron que, porque no fuesen tenidos por sospechosos, que todavía sustentarían batalla a cualesquier caballeros por el tiempo que durare la vida del rey Galebo. Ya veréis, caballero, el pesar con que quedara el fuerte Amán, preso en el castillo de Tría, sin esperanza de ver a su señora; y considerando la pena de Xarcira, os suplico prometáis el remedio, pues con vuestro valor lo podéis dar, con que acabo, deseando el acrecentamiento de vuestra honra y fama con mi remedio.

El fuerte Amán Moro de Tría

Muy admirado quedó el ínclito de Tracia de semejante aventura y, habiendo duelo del fuerte Amán, propuso de ayudarle y, poniendo el pergamino donde estaba, tomó el de la mano izquierda, y vio que sus letras así decían:

Yo, el mago Episma, viendo la sinrazón que al fuerte Amán se hace, indigna de su virtud y valor, pareciéndome injusticia sino le ayudaba con lo que los dioses fueron servidos de partir conmigo, lo hice para poner ánimo a los caballeros a hacer lo propio viendo que el que no tiene obligación —sino la de la razón, que harta es— con todo su saber lo ha procurado. Ellos que con juramento lo han prometido con todo su poder les ayuden y así digo que,

deseando que se deshaga el tuerto que en Gebra se hace por los señores de Bayana, hice esta maravillosa torre para que los caminantes caballeros supiesen la causa de su obra; púsela en la mar porque está más a noticia de todos, y en ella las guardas para que el que no fuese de valor no se pusiese en trabajo, pues sería escusado. ¡Oh, tú, caballero que esto leyeres!, si la obligación te constriñe, procura remedio para los afligidos amantes y, porque no trabajes en ir a Gebra, toma uno de esos remos que en el ara están y ponlo dentro de tu nave y con eso pierde cuidado de tu camino; con que acabo deseándote salud para que lo pongas por obra.

El mago Episma

Muy contento acabó de leer el pergamino el príncipe de Tracia Rorsildarán y, tomando un remo, se volvió a salir y, bajando por la puente, entró en su nave y, mirando cómo la levadica se volvía a alzar, puso el encantado remo. La nave comenzó velocísimamente a caminar, de lo cual iban todos admirados; preguntaron la causa y el noble tracio la dijo, donde los dejaremos caminando por la mar, que no en poco peligro se vido con un caballero. (Francisco de Barahona, *Flor de caballerías* [h. 1599], libro I, cap. 44).

III.7. SOBRE LAS OTRAS MUERTES DE LOS CABALLEROS

§ 31. DE CÓMO EL PAGANO BRAMARANTE, AL SER VENCIDO POR ALFEBO, SE QUITA LA VIDA, Y DE CÓMO EL ÍNCLITO ROSICLER ENTIERRA SU CUERPO Y ESCRIBE UN EPITAFIO SOBRE SU TUMBA

Con rabia luciferina se lanzó el endiablado moro por las selvas de Grecia, bramando contra sus dioses, como hambriento tigre. Por la parte que de la selva caminaba, con la furia de su brazo iba cortando robres, destrozando pinos, como si fueran delgadas cañas; iba considerando que fuese posible que fuerza tan grande no fuese bastante a sojuzgar un solo caballero. Con semejante braveza se metió en medio de la selva y, volviendo hacia la mano derecha, fue a dar a la orilla de un hondo y ancho río, donde quiso reposar. Y para mejor hacerlo se quitó el yelmo de la cabeza y lanzolo en tierra; y con la furia que traía echaba fuego por la boca, y levantó los ojos al cielo, diciendo:

—¡Oh, dioses, todos juntos defended a este desventurado caballero para que, antes que esta mi furiosa mano abra mi flaco corazón, con la furia d’este brazo no os haga pedazos, haciendo mudar las claras aguas d’este río con la roja y vil sangre vuestra! Pues es claro y conocido que el poder de aquel fiero caballero cristiano es mayor que el vuestro todo junto. ¡Oh, viles cobardes! ¡Defended esa cueva de

ladrones donde estáis recogidos, que a todos os estimo en tanto como aquel solo caballero que conmigo se combatió! ¡Y pues vuestro poder ni el mío no ha sido bastante a vencer su demasiada fuerza, ni vosotros ternéis lugar de os alabar, ni sois poderosos para me favorecer, ni él para me resistir a vuestro pesar!

Y diciendo esto, se comenzó a desarmar de sus fuertes y lucidas armas. Y con la furia y enojo que tenía, a una y otra parte arrojaba las piezas que d'ellas se quitaba; y blasfemando contra sus dioses, decía:

—¿Qué me aprovecha vuestra ayuda ni mi fortaleza, pues con ella he sido para tan poco que delante de mis ojos, sin lo poder vengar, me mataron a mi padre, que era más poderoso que Júpiter y más valeroso que Alcides ni Marte, y con mayores razones estimado que cuantos viles dioses en el cielo, que de puro temor suyo fuistes todos en ayudar a su muerte, ni mi poderoso brazo ayudado con vuestro poder fue bastante a destruir al emperador Trebacio, pues un solo caballero me tuvo un día embarazado? ¡Cobardes, viles! ¿Qué me trujo a tiempo de ser vencido? Yo haré de suerte que ni vosotros os venguéis de mí ni nadie pueda triunfar de haber vencido ni muerto a Bramarante.

Y diciendo estas y otras cosas, tomando su espada en la mano, dijo:

—Perdona, espada, por lo que prometí de hacer con vós, pues ni vuestros filos agudos ni mi sobrado esfuerzo no han sido bastantes a cumplirlo. Cobarde brazo os rigió, mal galardón lleváis, pues os porné en parte que ni de otro más esforzado ni flaco seáis regida. Lo que os ruego es que, si alguno de los dioses os quisieren tomar para de vós se servir, que les mostréis la poca cuenta que mi no domado corazón d'ellos hizo, pues conoceréis ser de menos valor ellos que no yo.

Y diciendo esto, la arrojó a do le pareció ser lo más hondo de aquel río, no dejando en su poder más armas de sola una pequeña daga, que siempre acostumbraba a traer ceñida. Y tomándola en la mano, hablando con ella, dijo:

—Vós haréis lo que todo el cristianismo no fue bastante a hacer, pues me quitaréis la vida que tan bien merezco perder, pues hijo de tan valeroso padre tan poco ha mostrado ser su hijo. ¡Oh, cómo mereces, Bramarante, la muerte, por tu poco valor! Yo confieso que no he merecido el favor de los dioses ni de los hombres, por lo cual ni a dioses encomiendo mi ánima ni a los hombres ruego den a mi cuerpo sepultura.

Con estas razones, dando un suspiro, se atravesó la daga por su indomado corazón. Y con las ansias de la muerte, batiendo con su cuerpo la menuda arena, murió el más valiente y valeroso pagano que jamás en el mundo hubo, indigno de tan cruel muerte. [...]

El postrimero y doloroso grito que el valiente tártaro, estando en el agonía de la muerte dio, oyó el valiente Rosicler, que ventura por allí lo guió. Y conociendo en el lastimoso suspiro la pasión con que fue dado, vuelve las riendas a su caballo hacia la parte que lo había oído. Y atendiendo de dó resonaban las lamentaciones, no muy lejos do el fiero pagano muerto yacía, dio consigo; y por el rastro que las ondas y

aguas del cercano río descubrían, mezcladas con la sangre del mísero moro, cuyo rastro llevó al valeroso griego caminando orillas del caudaloso río, vino a dar a la parte do el infeliz tártaro tendido en tierra estaba, revuelto en su sangre. Rosicler, creyendo no estar herido de muerte, sino que de alguna intolerable pena aquella pasión le procedía, salta de su caballo y, revolviendo el cuerpo, vido tener el rostro desfigurado, pero no supo quién podía ser aquel caballero, por no haberle visto jamás el rostro desarmado. Púsosele a mirar sus grandes y desaforados^[232] miembros, y su feroz y espantoso gesto; y por las razones que había oído, entendió que la muerte él mismo de su voluntad se la había buscado. Un rato estuvo pensativo, contemplando en el fiero moro sin mover los ojos a una ni a otra parte, hasta que con un atribulado suspiro los alzó hacia la parte do las armas del moro esparcidas estaban. Y viéndolas tan extremadas, procuró llegar las piezas todas juntas; y habiéndolas llegado, por la divisa que en ellas estaba esculpida, conoció que el que muerto allí yacía era Bramarante. No pudo tanto su fuerte corazón que, viendo un tan desastrado fin, no dejase caer de sus ojos algunas lágrimas, diciendo:

—¡Oh, miserable mundo! ¡Cuán poco para ti aprovechan sobradas fuerzas ni doblados miembros, pues a tan desventurada suerte el postrero día traes a los que te siguen y tan amargo fin les aparejas! ¡Oh, Bramarante, Bramarante! Tú, que resististe el poderío del ejército griego y las sobradas fuerzas de mi hermano, el gran Alfebo, no has sido poderoso a resistir tu demasiada furia. Otra honra, otro trofeo merecía tu valentía y tu valerosidad; de otra más encumbrada sepultura era digno ese tu membrudo cuerpo, que no la mojada y menuda arena; no era digno de quedar sujeto a las carníferas aves.^[233] ¿Qué te movió, oh infeliz, a hacer tu airado brazo verdugo de tu vida? No debió ser otro sino tu demasiada soberbia. Sea lo que fuere, no he de consentir que tu cuerpo quede entregado a las bestias fieras, ni menos tus armas sin trofeo, que declare el sacrificio que de ti y d'ellas heciste a tus dioses, sembrando en los campos y verde yerba tu sangre, sacada con tu propia mano.

Y diciendo estas lastimosas razones, se quitó el yelmo y, sacando la homicida daga que en el cuerpo del moro atravesada estaba, con ella le hizo un crecido y hondo hoyo, a do el miserable cuerpo lanzó, cubriéndole de tierra. Las armas puso colgadas de un alto y encumbrado pino, que cerca de la sepultura estaba; y con la punta de la daga en el grueso tronco escribió este epitafio:

*Al pie d'este alto pino el sinventura
de Bramarante yace sepultado,
fuerte, furioso más que criatura
nacida dentro del pagano estado.
Matose con su propia mano dura,
rompió su corazón jamás domado;
y el hijo de Trebacio fue el primero
que vido en tierra muerto el moro fiero.*

*Él con su mano abrió la sepultura,
siendo su cuerpo de más gloria digno,
poniendo por trofeo esta pintura
en lo más recio del hojoso pino.
Nadie las armas del tan sinventura
ose cubrírselas sin se hallar digno;
y el que las cubra pierda aquí el sosiego,
pues toma guerra con el imperio griego.*

Escrito el epitafio, dijo:

—Perdona, valeroso moro, pues por agora te doy cuanto darte puedo. Yo te prometo de te cumplir lo que el epitafio dice, aunque me cueste la vida. Y para que más cierto estés de lo que te prometo, no habrá año que no venga a reconocer esta tu sepultura, por ver quién ha sido tan desmesurado que crea ser digno de cubrirse tus heroicas armas. (Pedro de la Sierra, *Espejo de príncipes y caballeros*, segunda parte [1580], libro I, caps. 1-2).

§ 32. DE CÓMO AMADÍS DE GAULA MUERE EN SU CAMA, ANTE LA PRESENCIA DE TODOS SUS CABALLEROS

Viendo ya el rey Amadís cumplido el término de su vida que aquel alto Dios le había limitado, no olvidando su gran virtud e nobleza, le quiso revelar el día de su muerte. E así fue, que por voluntad de Dios, estando el rey Amadís en su lecho encomendándose a Él muy devotamente, oyó una voz que le dijo:

—Apercíbete, rey, que antes de tercero día has de ser delante del Alto Juez.

E tanto que el rey oyó la voz, se tornó más devotamente a encomendar a Dios, pidiendo misericordia de sus pecados, esparciendo muchas lágrimas de verdadera contrición. E otro día fizo llamar al padre ermitaño e tornose a confesar, diciéndole lo que la voz le había dicho, de lo que el santo hombre fue espantado e confirmolo más en la fe. E después que lo oyó de confesión, dijo misa e diole el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, el cual él recibió con tanta devoción, esparciendo tantas lágrimas, que no estaba ende tal que no desease ser el rey Amadís a aquella sazón, por estar en el estado de salvación según el gran arrepentimiento de sus pecados mostraba. Y esto acabado, alzó las manos al cielo e dijo:

—Mi señor Jesucristo, alabada sea tu alta majestad para siempre, ca me llegaste a estado que te conociese. Humildemente te ruego que hayas piedad d'esta ánima pecadora y me lleses desde agora para ti cuando fuere tu voluntad.

Toda aquella cámara donde el rey yacía era llena de príncipes e caballeros de alta guisa, y el rey, que así los vido, les dijo:

—Ya, mis buenos amigos, no menos valientes que esforzados caballeros, el tiempo es venido que vuestro rey e grande amigo os conviene perder y él a vós desamparar, que así es la voluntad de aquel Alto Dios que por su ministro e vuestro regidor me constituyó en la tierra. Gran soledad llevo de vosotros en no's haber galardonado como vuestro gran valor merecía, mas lo que yo no he fecho en la vida ruego al emperador que lo cumpla después de mi muerte, que, como a fijos, vos ampare con sus alas e galardone vuestro merecimiento. Mucho encomiendo a vosotros el estado de la caballería que todos habéis recebido, que lo ejecutéis debidamente, más en servicio de Dios que en las vanidades d'este mundo percederas; e que honréis mucho a las doncellas e defendáis las viudas e amparéis los corridos e consoléis los desconsolados; y aborrezcáis la soberbia que a los ángeles echó en los infiernos; e guardad las promesas así a vuestros amigos como a enemigos, porque así experimentando la bondad de vuestras personas, ganaréis en este mundo corona de fama y en el otro aquel santo paraíso; e parad mientes que en este mundo somos de tierra fechos y en ella hemos de ser vueltos, que ni la valentía de la persona ni ardimento^[234] del corazón puede valer a ninguno que no haya de pasar por las puertas de la muerte; porque, aunque en todas las otras bravas afrentas vuestra bondad siempre puje e vaya adelante, en ésta le conviene fallecer, de lo que en mí podéis tomar ejemplo. ¿Qué fueron de mis grandes fuerzas e valentía con que vosotros me habéis visto facer grandes golpes, así en batallas de esforzados caballeros como de dudados gigantes, con quien tanto loor en el mundo tengo alcanzado? ¿Qué fue de todo sino que, como cosas vanas e percederas, d'este mundo desaparecieron como fumo con el viento muy ligero? E mi fortaleza e disposición tornada polvo e ceniza, y las otras cosas todas olvidadas, e ni grandeza de mi estado, ni tesoros, ni bondad de caballeros me puede valer ni defender de la amarga muerte, que me llama; en lo que vosotros parando mientes, temiendo el poder del alto Dios, aquellas fuerzas corporales de que tan complidamente sois dotados gastad en su servicio e loor, e no por las vanas cosas d'este mundo que se pasan como aire, e de verdes se paran secas como feno, e como sombra se declinan; e si así lo ficiertes, seréis de Dios benditos en este mundo, y en el otro coronados de gloria con sus ángeles.

Así se estaba en razones este noble e católico rey con sus caballeros, de los cuales no menos sentía soledad que si sus fijos propios fueran. E así ellos no sentían menos la mortal agonía en que vían al rey su señor, y el sentimiento que ende habían sus ojos fechos fuentes de lágrimas lo demostraban, que no había ende tal que no ficiese esquivo llanto; ca bien les parecía que el rey su señor, según la enfermedad le había mal parado, que no podría mucho turar, fuera la voluntad de Dios, de que a todos una nube de sentimiento lastimaba sus ánimas, e otra de pesar amancillaba los corazones, deseando más tenerle compañía en la muerte que después d'ella gozar de dulce vida ni deleite. Aquel día en la noche el rey Amadís rogó a sus hermanos e al emperador e a los otros príncipes que comiesen aquella cena delante d'él, por que habría mucho

placer; venida la noche las mesas fueron puestas, e los caballeros se sentaron a comer con más tristeza en sus corazones de lo que demostraban en los semblantes por no enojar al rey. En una gran mesa comían el emperador e Lisuarte, Arquisil, el rey don Galaor, e Florestán, y el rey Agrajes, e Florisando, e Coroneo, y era muy llegada a la cama, de guisa que el rey les fizo compañía e comió algunos bocados. La cámara era toda llena de otras mesas e muchos e muy preciados caballeros por ellas. E viendo el rey Amadís tanta e tan noble caballería, y que la mayor parte era de su deudo, y que toda deseaba su servicio, paciendo sus ojos aquel gustoso pasto de vista, sabiendo que muy presto le convenía ser d'ellos apartado, conociendo la gran soledad e tristeza que por su muerte habían de pasar e sufrir, rogaba a Dios que enviase aquellos caballeros algún consuelo a su cuita. (Juan Díez, *Lisuarte de Grecia* [1525], cap. 164).

IV.

QUE TRATA DE DIVERSAS AVENTURAS AMOROSAS

IV.1. SOBRE LAS MIL CARAS CON QUE EL AMOR SE PRESENTA ANTE LOS ENAMORADOS, CON OTRAS HISTORIAS DIGNAS DE MENCIÓN

§ 33. DE CÓMO AGESILAO SE ENAMORA DE DIANA SÓLO CON VER UN RETRATO SUYO, Y DE LOS VERSOS QUE ESCRIBE PARA DAR RIENDA SUELTA A SU AMOR

El príncipe Agesilao y el príncipe don Arlanges de España en los estudios de Atenas pasaron hasta que hubieron doce años, con tanto saber y hermosura como os habemos contado, especial de Agesilao; y a la sazón que decimos, una imagen de las de Diana trujeron allí donde el concurso de los oradores concurría, para que ganasen cierto precio el que mejores versos hiciese en loores d'ella; y como Agesilao viese la su tan extremada hermosura, así su imagen fue esculpida en su corazón que ni la terneza de su edad, y la sabiduría natural ni la de sus estudios fueron parte para no darle del todo el señorío de sí mismo, pareciéndole desde el punto que la vio que otra ánima no gobernaba su cuerpo ni que su cuerpo no conocía otra ánima; y como él se sintió llagado de la mortal herida de amor d'esta princesa, a su posada se va y, retraído solo comienza consigo mismo a hablar, diciendo:

—¡Ay, Santa María, y qué es esto, que siento en fuego tan abrasado quemarse mi corazón y abrasarse mis entrañas! ¡Ay, Amor, que no guardas el privilegio de mi edad, y tú, Razón, el de mi deudo con esta princesa! Mas, ¡ay de mí! ¡cuánta es la razón de mi mal, pues en ella razón y amor se juntaron! ¡Oh, razón de mayor hermosura, e quién me hizo a mí imaginario ni pintor para que tan natural tu figura en mí pudiese pintar! ¡Ay, que muero y la vida no se acaba! ¡Oh, que siento lo que, por sentirlo más, quedo con menos sentido! ¡Ay, que la razón a amar me convida y la sinrazón de mi osadía me deja sin esperanza! La gloria de tener tal pensamiento me manda publicarlo, y lo que se debe al valor de cuyo es me pone el comedimiento que a la razón de callarlo se debe. ¡Ay, qué haré para morir, para no vivir muriendo! ¡Oh, gran mal, que con la vida desespere y con la muerte no hallo seguridad! Cánsame pensar, y el mismo cansancio me pone descanso con la razón del pensamiento. ¡Oh, mi señora Diana, en cuán fuerte punto tomastes vós la propiedad de aquella Diana sobre los mares de mis pensamientos, que así crecen y menguan por virtud de la fuerza que vós sobre mí tenéis, como Diana tiene sobre los poderosos mares! ¡Oh, que crece mi deseo y se mengua mi esperanza, acórtaseme la vida y alárgaseme la muerte; dilátase el pensamiento y encójese mi osadía; crece con fuerzas amor y menguan las que yo tengo; dilátase vuestra hermosura, encogiéndose la mía;

alárganse mis razones y acórtanse las que con ellas quiero decir; alárgase mi sentimiento y acórtase el poder darlo a entender, para que vós lo sintáis! Mas ya que en vuestra presencia no puedo mostraros lo que siento con veros, a vuestra imagen lo quiero notificar con el sacrificio de mi corazón, como el príncipe don Falanges, mi señor, los de los brutos a la mi soberana madre ofrecía.

E diciendo esto, toma papel e tinta; y los versos que él en griego escribió, tornados en nuestra lengua son éstos:

*Bien como cuando la luna está llena
de gran hermosura de rayos de Apolo,
y toda su lumbre la tiene dél sólo
y así a las estrellas con ella condena,
así fue con Dios la clara serena
que tiene los mares de mi pensamiento,
mostrando la lumbre del solo que cuento
con tal hermosura que es tuya y no ajena.*

*¡Oh, tú, Diana, la más excelente,
alumbra la noche que tengo en tu ausencia
para que pueda, con ver tu presencia,
gozar de la gloria de verte presente!
Que estando tu lumbre de mí tan ausente,
no puedo yo lumbre ninguna tener,
mas de la imagen que pudo poner
de tu hermosura y alma la siente.*

*El precio se pierde do el precio se gana,
loando el principio que no tiene cabo,
por tanto no alabo loando a Diana;
pues más de sí dice con verla que alabo,
pues todas las gracias tiene sin cabo,
será bien ponerlo allí do el hablar
se halla que dice muy más con callar,
por do de loarte, Diana, yo acabo.*

Al tiempo que él acababa estos versos entró don Arlanges, e dijo:

—Mi buen señor, ¿qué hacéis?

—Deshago, —dijo él—, lo que Dios hizo sin cabo para acabarme a mí, así en la vida como en las razones que para mayor sinrazón de mi locura escribo.

—¿Qué queréis por esto decir?, —dijo don Arlanges.

—Quiero decir, —dijo él—, que cuando me faltan palabras para decir lo que siento, con haber visto la imagen de Diana, que cuánta locura será querer decir lo que

con el saber de Dios se muestra, y con más que sólo verla no se puede encarecer.

—Paréceme, —dijo don Arlanges—, que sandez^[235] de sentimiento de amor más que falta de palabras muestran vuestras razones.

—Por cierto, cormano,^[236] —dijo él—, la sandez no se excusa en osar tener tal pensamiento, ni el castigo no deja de salir de la pena de tal locura; y pues este mal no sufre consejo no's lo pido para quitarle, que para esto no me falta razón para que, junto con la pena que siento, no sienta la gloria de recibirla por quien la siento; mas pídoos el consejo que a mí me falta para ir a buscar la muerte para acabar la muerte que siento en la vida, o para sostener la vida con gloria de tener presente el original de aquella que con su traslado me pudo dejar sin vida. (Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, III [1546], cap. 14).

§ 34. DE CÓMO FLORINEO, QUE SÓLO PENSABA EN GANAR HONRA Y FAMA EN
AVENTURAS CABALLERESCAS, ES ATRAPADO EN LAS REDES DEL AMOR DESPUÉS DE
ESCUCHAR EL CANTO DE BELADINA

—Mi buena señora, si con palabras hubiese de satisfacer a tan gran merced como la que hoy me habéis fecho, sería menester juntar muchas lenguas abundosas de sabias y dulces razones para daros las gracias d'ella; mas, porque tengo en pensamiento de pagarla con obras cuando se ofrezcan en vuestro servicio, callaré por agora. Y a lo que decís que, sabiendo quién yo soy, si soy tal por mi linaje vos merezca, me tomaredes por marido, yo soy el que gano tanto en ello que no soy dino^[237] fasta agora de tan gran gloria; mas podría ser que andando el tiempo vos serviré yo también con el ayuda de Dios que hayáis por bien de me querer por mi persona, porque sabed que mi linaje es tan pobre y de baja suerte que, si lo supiédes, a un por escudero no me tomaría-des, cuanto más por marido. Por lo cual, vos ruego, mi buena señora, que por agora no queráis saber más de mi hacienda, ni tampoco trabajéis en quitarme de buscar las aventuras, porque me sería mayor pena que la muerte.

Cuando la infanta entendió lo que Florineo le dijera, no le quiso más hablar en ello por no le dar pena, antes, aunque quedó algo afrontada, acordó de disimularlo, ca era muy sesuda, y díjole:

—Pues que así vos parece, buen señor, yo fuelgo^[238] de que se faga lo que vós mandardes, y digo que os esperaré todo el tiempo que quisierdes; mas ruégovos que, porque es éste el primer don que demandé en mi vida, que me otorgéis uno, y sea que os vais a folgar a un mi castillo muy deleitoso que tengo orilla de la mar, unos quince días conmigo, porque en él conozcáis parte de la voluntad tan crecida que os tengo.

Y él muy alegremente se le otorgó por la complacer. Y esto hacía la infanta porque, como vido que tanto se encobría de todo en todo, creyó que era de muy alta

sangre, y más porque así la desechaba, y con esto se le doblaba el deseo que tenía de se casar con él. Y cuidó que, llevándolo a aquel su castillo, que ella le faría en él tanto placer que le volviese la voluntad para facer lo que quería. Y así anduvieron tanto por sus jornadas que llegaron a la villa de la infanta que vos dijimos, donde fueron muy bien recibidos de todos sus vasallos, porque ya sabían de su venida y habían oído decir del Caballero del Salvaje. Y todos le salían a ver por las calles como a cosa de gran maravilla fasta que llegaron al palacio; y allí estuvieron tres días folgando. Y en este medio tiempo, la infanta mandó aderezar grandes fiestas en el Castillo del Deporte, que así se llamaba un fermoso castillo que tenía en cabo de todo el reino sobre una ribera de un río que por junto a él entraba en la mar, y estaba asentado al pie de una montaña tan áspera que por maravilla arribaba allí persona nacida, porque estaba en la más apartada tierra de todo el reino de Irlanda; y en él había tan fermosas y ricas moradas y vergeles y huertas de tantas arboledas y tan sabrosas fuentes que lo más del tiempo hacía en él su habitación el rey de Irlanda, padre de la infanta cuando era vivo; y por ser tan deleitoso y apartado le llamaban el Castillo del Deporte. Y allí acordó la infanta de llevar a Florineo y facerle tantas fiestas y placeres que le ganase la voluntad para que hubiese por bien de se casar con ella y procuraba todo cuanto podía por lo encender en el amor que ella ardía; y como era niña y tan fermosa y lozana, él estaba muy pagado d'ella, mas no tanto que le ficiese mudar su propósito. Y pasados los tres días, la infanta tomó seis doncellas y cuatro escuderos que la sirviesen, y al Caballero del Salvaje que la aguardase; y despidiéndose de sus vasallos, les dijo que iba a cumplir una romería que tenía prometida; y con la compañía que vos habemos dicho, se partió para el Castillo del Deporte. Y llegados a él, Florineo fue muy maravillado de ver tan rica morada en lugar tan apartado y áspero; y cuando fueron dentro, nunca hacía sino mirar la fermosa y extraña labor, así del castillo como de las cámaras y huertas y fuentes que en él había, y decía que en su vida viera cosa tan rica y deleitosa como era aquel castillo, y allí estaba tanto a su sabor que le semejaba estar en el paraíso terrenal, porque, luego como llegaron, aquella fermosa infanta mandó poner las mesas junto a una sabrosa fuente a la sombra de unos árboles muy fermosos y olorosos, adonde comieron con mucho placer; y los cuatro escuderos y Lelio servían al Caballero del Salvaje, y dos doncellas a la infanta, y las otras cuatro estaban tañiendo y cantando muy dulcemente, porque la una tañía un laúd, y la otra una arpa, y la otra un clavicordio, y la otra un dulcemel^[239], y todas se concertaban tan bien y facían tan dulce armonía con sus suaves cantos que le parecía a Florineo que en su vida oyera cosa que tan bien le pareciese. Y allí fueron tan bien servidos de tan diversas y buenas viandas, y tan abundantemente como lo fuera en la corte del rey de Inglaterra. Y Florineo estaba maravillado del rico y alto servicio que la infanta le hacía, y bien vido que no había cosa en el mundo con que le pudiese pagar lo mucho que le debía, y si no tuviera memoria de las aventuras y cosas de las armas, cierto se casara con ella por la complacer; mas acordándosele d'esto, no veía la hora de ser salido de aquel lugar,

porque le parecía que recibía mucha vergüenza en estar allí sin hacer cosa de que honra pudiese ganar. Y cuidando en todas estas cosas, estuvo fasta que hubieron comido. Y las tablas alzadas, la infanta mandó a sus doncellas y escuderos que se fuesen a comer; y tomando ella el laúd en sus hermosas manos, comenzó a tañer y cantar tan suavemente que Florineo quedó espantado de la oír; y con mucha gracia y melodía dio principio a una dulce canción que decía:

*Pues que amor y mi ventura
me hicieron tan desdichada
de amar do no soy amada,
viviré siempre en tristura.*

*Con tristura y sin placer
viviré pues que mi suerte
me ha causado cruda muerte
sin yo gelo merecer.*

*Y pues que mi desventura
me fizo tan mal hadada
de amar do no soy amada,
viviré siempre en tristura.*

E como estaba tan ferida del amor, decíala tan bien y con tanto dolor, mezclando con el suave canto tantos suspiros, que como era niña y hermosa, no pudo tanto la fortaleza de Florineo que pudiese resistir a las fuerzas de Cupido para que su bravo corazón no fuese traspasado con las palabras de la canción, las cuales encendieron en él un tan sabroso fuego de amor que jamás se le mató. Y cuando la infanta dio fin a su dulce música, él quedó tan pagado d'ella que de todo en todo se determinó de no entender sino en servirla y en hacer cuanto ella le mandase, con tal que no le estorbase de buscar las aventuras y seguir las armas. Y estando en este crudo y nuevo pensamiento, vinieron los escuderos y doncellas de comer; y llegados, la infanta se levantó y tomó por la mano al Caballero del Salvaje, y le llevó por entre muy hermosos árboles a una muy rica cámara que salía sobre la huerta; y en ella estaba aparejado un lecho muy rico para él, y en otra cámara más adentro, estaba otro no tan bueno para su escudero, adonde vido sus armas. Y allí llegados la infanta le dijo:

—Buen caballero, éste ha de ser vuestro aposiento para reposar y dormir mientras aquí estuvierdes.

Y él le respondió:

—Fermosa señora, en otra parte tendría más reposo mi corazón que no en él.

Y ella no lo entendió porque cuidó que, según le había antes respondido, que lo dijera porque quisiera estar en otro lugar. Y dejando a Florineo en su cámara, se fue ella para otra muy rica que le tenían aderezada, y estaba tan triste, cuidando que el Caballero del Salvaje estaba todavía obstinado en su propósito, que se quería dejar

morir con pesar. Mas si bien supiera la verdad, no lo ficiera, antes estuviera muy leda, porque, como vos habemos dicho, desde la hora que Florineo la oyó tañer y cantar y entendió lo que la canción dijera, quedó tan encendido en el su amor que el corazón le parecía que le menuzaban^[240] en muchas piezas. (Francisco de Enciso Zárate, *Florambel de Lucea*, libro I [1532], cap. 15).

§ 35. DE CÓMO LA PRINCESA ARLANDA DECLARA SU AMOR A DON FLORISEL, Y DE CÓMO EL CABALLERO LE CONFIESA SUS AMORES, TRISTES Y DESACORDADOS, POR LA PASTORA SILVIA, DE AHÍ QUE HA CAMBIADO SU NOMBRE POR EL DEL CABALLERO DE LA PASTORA

Tanto fatigaron a la princesa los amores de don Florisel que, a cabo de cuatro días que juntos caminaron mostrando por los continentes parte de lo que en el corazón tenía, una tarde ya que había anochecido, ella tomó por la mano a don Florisel, diciendo quererle hablar algunas cosas que le cumplían, le apartó por debajo de unos hermosos álamos que en una hermosa ribera estaban, los cuales el regocijo que en los cuidados de ambos acrecentaba su encendido fuego. Como allí llegaron algo apartados de Silvia y su compañía, la princesa más gobernada por aquel a quien su libertad había dado que por la razón de su grandeza y honestidad, con otro nuevo fuego que sus faces con la vergüenza abrasaba, no pudiendo ser resistida por parte del que su corazón abrasaba, comenzó a decir así:

—Como la cierva herida de la cruel saeta con aquella mortal yerba que por mayor melecina por instinto a las fuentes de las aguas es guiada, donde lo que por principal remedio es causa de más presto acabar la vida, así yo con semejante peligro herida de aquella cruel flecha con que las nuevas de tu fama llagaron mi corazón, con la fuerza de la yerba que el amor con semejante llaga suele poner, corrompiendo y inficionando la fuerza de mi honestidad, ya que en las fuentes de mis ojos con llorar no hallé melecina sino para más acrecentarlo con rabiosas bascas,^[241] a ti soy venida con el esfuerzo que mi hermosura me puso para con ella encendiendo en ti semejante fuego que el mío, por cuya razón las mortales llamas de ambos con conformidad de las voluntades apagadas fuesen. ¡Ay de mí! Que aquella libertad que la hermosura puede tener para traer a los brutos ulicornios por su razón movidos hasta padecer la muerte sin ornamento de ninguna razón que para ellos los gane, yo la traigo siendo d'ella domada para sojuzgar aquel que por la vía de la razón antes por rigor que por piedad d'ella debía de ser sojuzgado. Mira con cuánta confianza de tu virtud y mi hermosura soy venida, y no quieras que lo que por tanto precio de mi honestidad comprado con sacrificio de crueldad de tu parte, y ejecutada con mis propias manos con la mía me da el galardón, que más el corrompimiento de mi honestidad, que lo que se debe al verdadero amor que yo tengo, sea pagado; aunque esto sería la razón

de lo que se debe de haber yo corrompido aquellas leyes que más a ser requeridas, que a requerir, las altas doncellas me obligaban; de lo cual te certefico yo ser una de las tales, mas no quiero que sepas mi nombre, no porque él no goce también como yo del sacrificio de mi honestidad, mas porque la grandeza de mi real sangre d'él sea reservada. ¡Ay de mí! Que aquella ave que en las riberas con sus cantares su muerte solemniza tiene más virtud por instinto, pues canta con razón por poder la vida sin ningún vituperio, e yo por librarla de muerte para ponerla en él con lágrimas, pido lo contrario. Mira cuánta es la fuerza que sin fuerza con tenerla me fuerza, que, propuestas todas las razones contrarias de mi deseo por parte de la honestidad y grandeza, a ti soy venida con dos crueles condiciones, de las cuales de la una ya tengo la sentencia contraria, que es de aún corrompido las puertas de mi honestidad; la otra está en juicio en tus manos; y la ejecución en las mías para con tu respuesta recibir la vida o la muerte: la vida para amatar las muertes que continuo paso; la muerte para que todas ellas y más mi vida la reciba con la fama de tu crueldad en tu desamor y vituperio mío. Agora que has sabido mi demanda, quiero saber yo si conforma con tus obras aquella forma que no sólo el mundo, mas los cielos matizados tienes.

Don Florisel muy maravillado fue de se ver así requerir por una tan hermosa doncella, la cual su hermosura antes a ser requerida obligaba que a requerir; mas como él no tuviese sobre sí en aquella parte ninguna libertad para satisfacer el deseo más de en el lugar donde puesto estaba, como los que ciegos del cruel amor aman que no se hallan sino allí donde ya están convertidos, y en otra parte no como ya no son en sí sino en aquella que aman; pues teniendo Silvia a don Florisel d'esta suerte, por una parte movido a gran piedad de la princesa, y por otra vencido de su libertad enajenada, a la princesa respondió:

—¡Ay, hermosa doncella! ¿Cómo venís vós a buscar el que ya no es ni en sí se halla, de lo cual e[l] nombre que puesto traigo os debiera dar testimonio de mi enajenado señorío a buscar remedio en quien no tiene descanso, en quien no lo halló gloria, en quien la tiene puesta toda en sus pensamientos, y en lugar d'ella el cuerpo la pena, salvo si para tomar consuelo con mi mal el vuestro me busca? ¡Ay de mí! Que la razón de vuestra hermosura os dará lugar a conocer la poca libertad de mi poder, pues me demandáis lo que yo a vós debiera de pedir si fuera yo mío y no ajeno. ¡Ay, que no me siento sino para sentir lo que sentís! Y más siento lo que siento que vós no podés sentir, para no poner culpa aquél que no la tiene, pues no es y no la tuvo en la tener de todo su mal por la razón y causa que para tener lo tengo. ¡Oh, que las fuentes de las aguas, que vós en vuestros ojos buscábades para remedio de la enherbolada herida, continuo yo las traigo en mis ojos saliendo de aquel mar tempestuoso que así hiere la tormenta de su braveza mis entrañas y corazón, como el espantable y no tan furioso mar en las rocas de sus marinas riberas con sus inmortales ondas! ¡Ay, que el unicornio que vós decís que os había de buscar por razón de vuestra hermosura, así es la verdad si no estuviera ya muerto habiéndose mirado en el

espejo y hermosura de la mi Silvia, dándole la muerte los engañosos cazadores y ministros del cruel amor! ¡Ay, hermosa doncella, cuán mal un fuego con otro se amata, antes por razón se enciende! Qué os puedo decir sino que contino a él, sí hecho ceniza, pensando tornarme d'él a sacar con la virtud del fénix, y cada vez más sin mí me hallo sin que otra mayor virtud d'él he sacado, que dejando de ser yo me hallo en aquella silva^[242] por razón de mis llamas vestido, donde me habéis de buscar y buscar el remedio vuestro y mío que en su poder está, que ella tiene tan lleno mi corazón de su figura y pensamientos que todas estas riberas y campos hallo estrechos según se siente apretado. Ved cómo podrá caber cosa donde cosa motiva haya, porque a poder en él vuestras encendidas centellas obrar, no pienso que menos fuerza hiciesen que los grandes tiros de artillería que con la demasiada carga y contrariedad de los elementos son en much[a]s partes quebrados. ¡Ay, que todo está cargado de Silvia! No puede venir otro fuego con que no muera antes que consentirlo, y ¡perdonadme por Dios!, que más siento vuestro mal que el mío, por quien no soy mío ni puedo en esa parte ser vuestro, que ajeno soy. En todo lo demás que tengo libertad, haced de mí a vuestra voluntad, que a serviros está obligada, e yo con ella hasta la muerte, por el cargo que siento que os soy donde no hay ningún descargo, si de la vida sola no perdiéndola en vuestro servicio en mi libertad.

La princesa que tal respuesta oyó con bascas iguales a muerte, torciendo sus manos con muchas lágrimas, comenzó a decir:

—¡Ay, cuán bien empleado ha sido en mí el castigo de mi deshonestidad! ¡Ay, honra, cómo ninguno te ofendió que no quedases d'él satisfecha! Si bien corrompí las leyes de mi honestidad y grandeza, bien me han dado el pago de mi locura. ¡Ay, amor no sé por qué tú siempre acostumbras los tales galardones, qué ley hay para que este caballero ame a quien no le ama, sino la que para llamar yo a él! ¡Oh, que todos tus engaños son claros si no nos quisiésemos dejar engañar de nuestro deseo, mas guiados por lo que deseamos que por lo que alcanzamos y conocemos, que no queremos conocer! ¡Ay de mi grandeza sin superior abajada a tributo del tributario de la tributaria pastora, y de mi presunción, que con tanta desautoridad me ha traído, con semejante engaño, como las codornices a la red, y de mi delicadez que con tanto trabajo me esforzó a recibirlo mayor, mi honestidad a ser perdida, mi hermosura a tomar ejemplo de la soberbia que, pensando vencer, a ser vencida vino! ¡Ay, Caballero de la Pastora, que tu nombre con razón te da disculpa de mi culpa! ¡Oh, cuán bien fue en subir mi nombre, pues me había de poner tal renombre!

Y diciendo esto cayó en tierra amortecida, y don Florisel movido a gran lástima la tomó en sus brazos, y echándole del agua del río en el rostro tornó a sí con un gran suspiro diciendo:

—¡Ay, que en más tengo el precio con que quise yo por mi libertad, que haberla perdido! Vamos de aquí, que yo me daré el castigo de mi locura, y a ti el de tu crueldad, con jamás te dejar de decir mi gran dolor, para mi descanso y mayor fatiga tuya, que es la mayor que el que aborrece puede recibir de la que es amado.

Y con esto limpiando sus lágrimas la más triste mujer que jamás nació, tornó por donde había dejado su compañía. (Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, I-II [1532], libro I, cap. 12).

§ 36. DE CÓMO UNA DONCELLA SE LAMENTA EN UNA FLORESTA DE LAS POCAS

MERCEDES QUE LE CONCEDE SU AMADO ZOÍLO

No sin gran pena caminaba el hercúleo mancebo sintiendo gravemente la muerte del moro; y como iba apasionado, no tuvo cuenta en su camino, y sobrevínole la noche muy oscura, tal que no pudo pasar más adelante, según la oscuridad hacía; y allí se hubo de apearse. Y quitando el freno a su caballo, le dio lugar a que paciese, que bien le hacía menester, según el trabajo y cansancio pasado. Él se quitó el yelmo y, puesto por cabecera, se tendió sobre el verde prado, en el cual consideraba la pena que de lo pasado le sobrevenía; acrecentábasele verse ausente de su querida Olivia, como aquel que no había cosa en el mundo que más amase. En semejantes extremos, sin poder dormir, estuvo hasta que la luna se mostró muy clara, en la cual puestos los ojos, se dio a considerar la grandeza de Dios, junto con ver con cuánto orden el estrellado cielo estaba compartido. Ya que se agradecía a dormir, oyó hacia la mano siniestra un instrumento, que muy dulcemente resonaba; y dende a un rato le acompañaba una sonora voz, tan delicada y con tanta armonía que casi se podía juzgar por divina. El príncipe se levantó y, muy sosegadamente, movió el paso para poder de más cerca gozar de tan dulce armonía. No a muchos pasos se sobrevino la claridad de Diana, con la cual alcanzó a ver, debajo de un espacioso pino, una doncella sentada sobre un paño de terciopelo negro. Y vio ser la que tan acordadamente cantaba y tañía. Tenía sus hermosos cabellos sueltos y tendidos tras de las orejas, y caíanle sobre las espaldas, tan largos que alguna parte d'ellos el negro paño con su color dorada matizaba de un dorado esmalte. A sus pechos un hermoso laúd tenía arrimado, con que la dulce música, como habéis oído, sonaba. Consigo tenía en su compañía hasta nueve doncellas, vestidas de extraño traje, todas de terciopelo negro. Y a un lado estaba tendido en el suelo un grande y bien hecho caballero, armado de diamantinas armas todas negras sin otro matiz alguno, el cual estaba muy atento a la música que la hermosa doncella cantaba, que eran estos versos:

*Con ver las claras ondas d'estos ríos
creyendo descansar, padezco tanto
que del Amor me causan los desvíos.
Por dar algún alivio a mi mal, canto;
mas conviértese luego en tanta pena,
que me hace volver de nuevo al llanto.
Mi desventura a esto me condena,*

*desterrando del alma el alegría,
porque jamás espere cosa buena.
Pasó ya el tiempo que cantar solía
y en tormento se ha vuelto mi tesoro,
porque lo quiere así la suerte mía.
¡Cuán poco me valió el cabello de oro
y el bello resplandor de mi figura
contra el desdén airado de aquel moro!
¡Ay, pérfido, cruel! ¡Ay, suerte dura!
¿Qué viste en mí, que tan tiranamente
negaste tu favor a mi hermosura?
¡No sé cómo el gran Júpiter consiente,
ni el valor summo del imperio griego,
que yo padezca en él injustamente!
Con tu fingido amor pusiste fuego
al alma d'esta mísera doncella;
y en viéndote adorar, partiste luego.
¿Quién apagó tan presto la centella
con que abrasado el pecho te fingiste
sólo para engañar una doncella?
¿Qué gloria o qué trofeo pretendiste
de hacer este engaño? ¿A quién creyera
que en el lago infernal ninguno hay triste?
Si tu cruda intención, tirano, era,
en viéndome cautiva, así olvidarme,
darme muerte más honra tuya fuera.
Menor infamia fuera el acabarme
no dejarme así viva muriendo
y por sólo quererte lastimarme.
Por ti se va mi vida consumiendo
y, aunque me huyes, muero por hallarte;
y al punto que me ves partes huyendo.
En tanto que no muero, he de buscar[t]e,
porque el amor de suerte me ha rendido
que para defenderme no soy parte,
aunque el trabajo y tiempo veo perdido.*

Feneció su canto con un doloroso suspiro y, dejando caer el instrumento de la mano, con grande ansia dijo:

—¡Oh, príncipe Zoílo! Si supieses la peregrinación que esta cuitada infanta lleva, siendo tú la causa d'ello, no creo tendrá tanta fuerza la desamorada agua de la Fuente

Encantada de Merlín que apartar pudiese de tu corazón algún pequeño sentimiento de mi tan desenfrenada pena.

A las palabras, se levantó el caballero que par de la doncella estaba, y no pudo estar que no respondiese:

—¿Que tanta fuerza tenga en vós Amor, delicada infanta, que no sea parte el desamor que el príncipe tártaro os mostró, para le pagar con el mismo desagradecimiento? Mandastes que me viniese con vós a Grecia, pedístesme en don su cabeza, en pago de su crueldad, ¿y en vuestras cantinelas y suspiros siempre es de vós llamado? Yo os prometo, si la ventura me ayuda, yo haga de suerte que desarraiguéis ese sobrado amor que le tenéis.

La afligida infanta, no libre de pena, le responde:

—Príncipe mesopotanio, dos extremos grandes lastiman mi corazón: la crueldad que conmigo el príncipe tártaro ha usado me mueve a venganza; y el verdadero amor mío nunca mudado me la impide. ¿Qué haré, príncipe valeroso, si el hijo de Venus quiso mostrar más su fuerza en mis delicadas carnes, que no en sus doblados y recios miembros? ¡Cuán mejor me fuera, oh dioses, el día que con arrebatada furia me dejó, que con doblada arrancárades este mi corazón tan desdichado y fuérades homicidas de mi desordenada voluntad!

Y sin poder decir más, cruzó las manos y se arrimó a un pino que a las espaldas tenía. Y el caballero con un doloroso suspiro se tendió en el suelo. Y el príncipe griego, muy maravillado de semejante aventura, se volvió muy quedo a la parte donde había dejado su caballo, con propósito que, entrada más la luz, con mortal batalla acometer aquel caballero, no más de por quitar a su amigo de semejante estorbo. (Pedro de la Sierra, *Espejo de príncipes y caballeros*, segunda parte [1580], libro I, cap. 2).

§. 37. DE CÓMO ONOLORIA, MUERTA DE CELOS POR UNOS COMENTARIOS,
ESCRIBE UNA CARTA DE DESAMOR A LISUARTE, QUIEN DECIDE ABANDONAR SUS
ARMAS Y SU IDENTIDAD, Y PERDERSE EN EL BOSQUE PARA LAMENTARSE

Brildeña, hija del Duque de Alafonte, llamó un día a su hermano que con el duque viniera, que, como ya vos dijimos, por doncel con el emperador había ido, por preguntarle de algunas cosas por a vueltas poder saber de su caballero. E hablando con él mucho sobre lo que allá había pasado, el doncel le dijo:

—Dígovos, hermana, que si la grande infanta libró a Lisuarte, que bien gelo paga, porque ciertamente creo qu'él tiene parte con ella, según lo que en ellos vi.

Luego le contó cómo nunca d'él se partía, e cómo él lo había visto, como ya os dejamos. A esta sazón que él esto decía, llegó la princesa Onoloria por oírle lo que hablaba; e como aquello le oyó, fue tan turbada con el amor que ella tenía, pensando

que aquel que ella tanto amaba tenía en otra su pensamiento e no en ella, fue tanta su turbación que por poco se cayera en el suelo. Mas esforzándose lo más que pudo, se fue a su cámara y, echándose sobre su lecho, comenzó a llorar en tal manera que ningún consuelo consigo tenía. A esta sazón entró Gricileria su hermana, que como tal la vio fue muy espantada y le preguntó qué había. Ella le dijo llorando que cuasi no podía hablar:

—¡Ay, mezquina de mí, e cómo soy engañada en querer a quien no me quiere! Mas esto merezco yo por poner mi pensamiento en quien tan poca fe me tiene. Mas si yo puedo, yo gelo pagaré en lo mesmo, que no piense el traidor que por su esfuerzo ganará lo que por su deslealtad pierde.

Luego le contó todo lo que el doncel de Lisuarte le dijera. Gricileria la consolaba mucho diciéndole muchas cosas. Onoloria le respondía que se consolaría, mas que no podía ser fasta que aquel traidor desleal de Lisuarte supiese d'ella lo que él merecía. E luego pensó cómo le hacer saber su enojo e, tomando papel y escribanías, escribió una carta luego; e haciendo llamar un escudero hijo de una su ama, apartándolo aparte, le dijo:

—Amigo, ¿tú querrás hacer una cosa por mí, por que tenga yo que agradecerte?

Él le respondió:

—Señora, no me puede Dios a mí hacer mayor merced que mandarme vós en qué os sirva.

Sacando la carta del seno, ella le dijo:

—Lo que tú has de hacer por mí es que lleves esta carta a Constantinopla e la des a un caballero que de la Vera Cruz se llama de mi parte, lo más secretamente que tú pudieres e más presto.

E sacando una cadena de oro, gela dio para el camino. El escudero tomó la carta y, besándole las manos, se despidió d'ella. Ella quedó algo consolada con aquello, e tenía tanta enemistad al Caballero de la Vera Cruz cuanto antes amor. El escudero se dio tanta diligencia en el mandado de su señora que ese mesmo día entró en una barca e a más andar se fue la vía de Constantinopla. [...]

Estando todo aderezado para la partida que dende a dos días había de ser, llegó un doncel al Caballero de la Vera Cruz que con el rey Amadís estaba, e díjole al oído:

—Señor, un escudero está allí que vos llama, que quiere hablar con vós secreto.

Él se levantó e, saliendo al corredor, halló al escudero, que este era el hijo del ama de la princesa Onoloria que ella enviaba. El escudero se le humilló e, llevándolo a una parte del corredor, dándole la carta, le dijo:

—Señor, mi señora la princesa Onoloria os envía esta carta. Ved lo que en ella viene, que yo no sé más d'esto.

Lisuarte que oyó nombrar a su señora, todo se estremeció, tomando la carta, dijo al escudero:

—Amigo, aguárdame aquí, que yo veré lo que manda vuestra señora.

Luego se fue a su cámara no viendo la hora que abrir la carta por ver lo que en

ella venía. E abriéndola, la vio que decía así:

¿Con qué corazón osastes vós enviarme a decir lo que con Alquifa enviastes, pues tan desleal caballero como vós no había de tener atrevimiento, siendo tan desleal e traidor, de poner pensamiento en tan alta princesa como yo? Por ende, no parezcáis ante mí ni donde yo pueda veros ni oír de vós, que vuestras palabras que en la carta enviastes y así mesmo con Alquifa me enviastes a decir yo tengo bien conocido el engaño d'ellas. E si quisierdes engañar, a las bajas doncellas habéis de hacer esos engaños, que no a las tales como yo. Si no fuera por descubrir vuestra osadía, yo vos hiciera matar.

Leída la carta por el Caballero de la Vera Cruz, viendo lo que en ella venía, tan gran tristeza le cubrió el corazón que sin ningún sentido cayó en el suelo tal como muerto. A cabo de gran pieza que en sí tornó, comenzó de maldecir su ventura e la Fortuna que tan contraria le era; dando muy grandes e fuertes sospiros, decía cosas tan amargas que lástima era d'él. Muchas veces estuvo por se matar de desesperado, pero, viendo que perdía el alma y el cuerpo, no lo hizo. E lo que más fatiga le daba era no saber por qué su señora tal enojo tuviese d'él, e con esto acordó esa noche de se ir solo adonde nunca nadie le viese e cumplir el mandado de su señora. Limpiando muy bien sus lágrimas, desimulando lo mejor que pudo se tornó al corredor; e llamando al escudero que la carta le dio, le dijo:

—Amigo, cumple que me aderecéis un caballo lo más encubierto que pudierdes e esta noche a la Puerta Aquileña me aguardéis con él, porque esto cumple a vuestra señora.

El escudero dijo que así lo faría. E luego se partió d'él e se fue a la sala donde dejara a su padre, do halló al Caballero de la Espera e a Florestán muy alegres porque habían de ir con el emperador a ver a sus señoras. Él así mesmo mostró tener alegría. Esa noche, como acabaron de cenar, él dijo al Caballero de la Espera que se acostase, que él había de hacer un poco, que hasta otro día a mediodía no podía tornar. Despi[di]éndose d'él, fue a casa de un caballero viejo su conociente e díjole que le diese algunas armas si tuviese con que armase. El caballero le dio unas de un su hijo. Él se armó de todas ellas e lo más encubierto que pudo se salió fuera de la ciudad, do falló el escudero con el caballo. E cabalgando en él, le dijo:

—Amigo, de hoy más vós podéis volver a vuestra señora y decidle que yo voy a cumplir lo que me envía a mandar, e vós no digáis a nadie cosa de mi hacienda en ninguna manera.

Y encomendándole a Dios, le dejó y se fue por su camino hacia la parte que más espesura de montes pensó haber, por que no fuese hallado. Como solo se vio, llorando muy reciamente, no hizo sino andar tanto que esa noche se alongó gran parte de Constantinopla; e iba consigo hablando cosas muy tristes de oír, sollozando tan reciamente e sospirando que gran parte lo oyeran. (Feliciano de Silva, *Lisuarte de*

§. 38. DE CÓMO AMADÍS DE GAULA SE ALEJA DEL MUNDO EN LA PEÑA POBRE,
CONVERTIDO EN BELTENEBROS, PORQUE YA NO QUIERE VIVIR SI SU AMADA NO LE
CORRESPONDE (CON UN DISCURSO FINAL CONTRA LAS MALAS MUJERES)

Pues así anduvo toda la noche y otro día hasta vísperas. Estonces entró en una gran vega, que al pie de una montaña estaba, y en ella había dos árboles altos, que estaban sobre una fuente; y fue allá por dar agua a su caballo, que todo aquel día anduviera sin hallar agua; y cuando a la fuente llegó, vio un hombre de orden, la cabeza y barbas blanco, y daba a beber a un asno y vestía un hábito muy pobre de lana de cabras. Amadís le saludó y preguntole si era de misa. El hombre bueno le dijo que bien había cuarenta años que lo era.

—¡A Dios merced!, —dijo Amadís—. Agora vos ruego que holguéis aquí esta noche, por el amor de Dios, y oírmeheis de penitencia, que mucho lo he menester.

—¡En el nombre de Dios!, —dijo el buen hombre.

Amadís se apeó y puso las armas en tierra, y desensilló el caballo y dejole pacer por la yerba; y él desarmose y hincó los hinojos^[243] ante el buen hombre, y comenzole a besar los pies. El hombre bueno lo tomó por la mano, y alzándolo lo hizo sentar cabe sí y vio cómo era el más fermoso caballero que en su vida visto había; pero viole descolorado^[244] y las faces y los pechos bañados en lágrimas que derramaba, y hubo d'él duelo y dijo:

—Caballero, parece que habéis gran cuita; y si es por algún pecado que hayáis hecho y estas lágrimas de arrepentimiento d'él os vienen, en buena hora acá nacistes; mas si vos lo causa algunas temporales cosas, que, según vuestra edad y hermosura por razón no debéis ser muy apartado d'ellas, membradvos de Dios y demandadle merced que vos traya a su servicio.

Y alzó la mano y bendíjole y díjole:

—Agora decid todos los pecados que se os acordaren.

Amadís así lo fizo, diciéndole toda su hacienda, que nada faltó. El hombre bueno le dijo: —Según vuestro entendimiento y el linaje tan alto donde venís, no os debríades matar ni perder por ninguna cosa que vos aveniesse, cuanto más por hecho de mujeres, que se ligeramente gana y pierde; y vos consejo que no paréis en tal cosa mientes, y vos quitéis de tal locura que no hagáis por amor de Dios, a quien no place: de tales cosas; y aún por la razón del mundo se debría hacer, que no puede hombre ni debe amar a quien le no amare.

—Buen señor, —dijo Amadís—, yo soy llagado a tal punto, que no puedo vevir sino muy poco, y ruégoos, por aquel Señor poderoso cuya fe [v]ós mantenéis, que vos plega de me llevar con vós este poco de tiempo que durare, y habré con vós

consejo de mi alma; pues que ya las armas ni el caballo no me hacen menester, dejarlo he aquí e iré con vós de pie, haciendo aquella penitencia que me mandades; y si esto no hacéis, erraréis a Dios, porque andaré perdido por esta montaña sin hallar quien me remedie.

El buen hombre, que lo vio tan apuesto y de todo corazón para hacer bien, díjole:

—Ciertamente, señor, no conviene a tal caballero como vós sois que así se desampare, como si todo el mundo le falleciese, y muy menos por razón de mujer, que su amor no es más de cuanto sus ojos lo veen y cuando oyen algunas palabras que les dicen; y pasado aquello, luego olvidan, especialmente en aquellos falsos amores que contra el servicio del alto Señor se toman; que aquel mismo pecado que los engendra, haciéndolos al comienzo dulces y sabrosos, aquél los face revesar^[245] con tan cruel y amargoso parto como agora [v]ós tenéis; mas [v]ós que sois tan bueno y tenéis señorío y tierra sobre muchas gentes, y sois leal abogado y guardador de todos y todas aquellos que sinrazón reciben, y tan mantenedor de derecho, y sería gran malaventura y gran daño y pérdida del mundo si vós así lo fuédes desamparando; e yo no sé quién es aquella que vós a tal estado ha traído, mas a mí parece que, si en una mujer sola hubiese toda la bondad y hermosura que ha en todas las otras, que por ella tal hombre como vós no se debería perder.

—Buen señor, —dijo Amadís—, yo no vos demando consejo en esta parte, que a mí no es menester; mas demándovos consejo de mi alma y que os plega de me llevar con [v]ós; y si lo no hicierdes, no tengo otro remedio sino morir en esta montaña.

Y el hombre bueno comenzó de llorar con gran pesar que d'él había, así que las lágrimas le caían por las barbas, que eran largas y blancas, y díjole:

—Mi fijo señor, yo moro en un lugar muy esquivo y trabajoso de vevir, que es una ermita metida en la mar bien siete leguas, en una peña muy alta, y es tan estrecha la peña que ningún navío a ella se puede llegar si no es en el tiempo de verano, y allí moro yo ha treinta años; y quien allí morare conviénele que deje los vicios y placeres del mundo, y mi mantenimiento es de limosnas que los de la tierra me dan.

—Todo eso, —dijo Amadís—, es a mi grado, y a mí place pasar con vós tal vida esta poca que me queda, y ruégovos, por amor de Dios, que me lo otorguéis.

El hombre bueno gelo otorgó mucho contra su voluntad, y Amadís le dijo:

—Agora me mandad, padre, lo que haga, que en todo os seré obediente.

El hombre bueno le dio la bendición y luego dijo vísperas,^[246] y sacando un dobler de pan y pescado^[247] dijo a Amadís que comiese; mas él no lo hacía, aunque pasaran ya tres días que no comiera, y él dijo:

—Vos habéis de estar a mi obediencia, y mando que comáis; si no, vuestra alma sería en gran peligro si así muriédes.

Estonces comió, pero muy poco, que no podía de sí partir aquella grande angustia en que estaba; y cuando fue hora de dormir, el buen hombre se echó sobre su manto y Amadís a sus pies, que en todo lo más de la noche no hizo, con la gran cuita, sino revolverse y dar grandes sospiros; e ya cansado y vencido del sueño adormeciose, y

en aquel dormir soñaba que estaba encerrado en una cámara oscura que ninguna vista tenía, y no hallando por do salir, quejábale el corazón; y parecíale que su cormana Mabilia y la Doncella de Dinamarca a él venían, y ante ellas estaba un rayo de sol que quitaba la oscuridad y alumbraba la cámara, y que ellas le tomaban por las manos y decían: «Señor, salid a este gran palacio». Y semejábale que había gran gozo, y saliendo veía a su señora Oriana, cercada alderredor de una gran llama de fuego, y él, que daba grandes voces, diciendo: «¡Santa María, acórrela!», y pasaba por medio del fuego, que no sentía ninguna cosa, y tomándola entre sus brazos la ponía en una huerta, la más verde y hermosa que nunca viera. Y a las grandes voces que él dio, despertó el hombre bueno y tomole por la mano diciéndole qué había; él dijo:

—Mi señor, yo hube agora durmiendo tan gran cuita, que a pocas fuera muerto.

—Bien pareció en las vuestras voces, —dijo él—, mas tiempo es que nos vayamos.

Y luego cabalgó en su asno y entró en el camino. Amadís se iba a pie con él, mas el buen hombre le hizo cabalgar en su caballo con gran premia^[248] que le puso; y así fueron de consuno como oís, y Amadís le rogó que le diese un don en que no aventuraría ninguna cosa. Él gelo otorgó de grado, y Amadís le pidió que en cuanto con él morase no dijese a ninguna persona quién era, ni nada de su hacienda, y que le no llamase por su nombre, mas por otro cual él le quisiese poner; y desde que fuese muerto, que lo ficiese saber a sus hermanos porque le llevasen a su tierra.

—La vuestra muerte y la vida es en Dios, —dijo él—, y no habléis más en ello, qu'Él vos dará remedio si lo conocéis y amáis y servís como debéis; mas decidme, ¿que nombre vos place tener?

—El que vos por bien tuvierdes, —dijo él.

El hombre bueno lo iba mirando cómo era tan hermoso y de tan buen talle y la gran cuita en que estaba, y dijo:

—Yo vos quiero poner un nombre que será conforme a vuestra persona y angustia en que sois puesto, que vos sois mancebo y muy hermoso y vuestra vida está en grande amargura y en tinieblas; quiero que hayáis nombre Beltenebros.

Amadís plugo de aquel nombre, y tubo al buen hombre por entendido en gele haber con tan gran razón puesto, y por este nombre fue él llamado en cuanto con él vivió, y después gran tiempo, que no menos que por el de Amadís fue loado, según las grandes cosas que hizo, como adelante se dirá.

Pues hablando en esto y en otras cosas, llegaron a la mar seyendo ya noche cerrada; y hallaron allí una barca en que habían de pasar al hombre bueno a su ermita; y Beltenebros dio su caballo a los marineros y ellos le dieron un pelote^[249] y un tabardo^[250] de gruesa lana parda; y entraron en la barca y fuéronse contra la peña, y Beltenebros preguntó al buen hombre cómo llamaban aquella su morada y él cómo había nombre.

—La morada, —dijo él—, es llamada la Peña Pobre, porque allí no puede morar ninguno sino en gran pobreza; y mi nombre es Andalod, y fu[i] clérigo asaz

entendido, y pasé mi mancebía en muchas vanidades, mas Dios, por la su merced, me puso en pensar que los que lo han de servir tienen grandes inconvenientes y entrevalllos^[251] contratando con las gentes que, según nuestra flaqueza, antes a lo malo que a lo bueno inclinados somos; y por esto acordé de me retraer a este lugar tan solo, donde ya pasan de treinta años que nunca d'él salí sino agora, que vine a un enterramiento de una mi hermana.

Mucho se pagaba Beltenebros de la soledad y esquividad de aquel lugar, y en pensar de allí morir recibía algún descanso. Así fueron navegando en su barca hasta que a la peña llegaron. El ermitaño les dijo: «Volveos», y los marineros se tornaron a la tierra con su barca; y Beltenebros, considerando aquella estrecha y santa vida de aquel hombre bueno, con muchas lágrimas y gemidos, no por devoción, mas por gran desesperación, pensaba juntamente con él sostener todo lo que viviese, que a su pensar sería muy poco. Así como oís fue encerrado Amadís, con nombre de Beltenebros en aquella Peña Pobre, metida siete leguas en la mar, desamparando el mundo, la honra, aquellas armas con que en tan grande alteza puesto era, consumiendo sus días en lágrimas y en continuos dolores, no habiendo memoria de aquel valiente Galpano, de aquel fuerte rey Abiés de Irlanda y del soberbio Dardán, ni tampoco de aquel famoso Apolidón, que en su tiempo, ni cien años después, nunca caballero hubo que a la su bondad pasase, los cuales por su fuerte brazo vencidos y muertos fueron, con otros muchos que la historia vos ha contado. Pues si le fuese preguntado la causa de tal destrozo, ¿qué respondería? No otra cosa salvo que la ira y la saña de una flaca mujer. Poniendo en su favor aquel fuerte Hércules, aquel valiente Sansón, aquel sabio Virgilio, no olvidando entre ellos al rey Salamón, que d'esta semejante pasión atormentados y sojuzgados fueron, y otros muchos que decir podría, ¿con esto sería su culpa desculpada? Ciertamente no, porque los yerros ajenos son de tener en la memoria, no para los seguir, mas para fuirlos y castigar en ellos. ¿Pues era razón que de un caballero tan vencido, tan sojuzgado, con causa tan liviana piedad se hubiese para de allí le sacar con dobladas victorias que las pasadas? Diría yo que no, si las cosas por él hechas en tan gran peligro suyo no se redundasen en tanto provecho de aquellos que, después de Dios, otro reparo si el suyo no tenían. Así que habiendo d'estos tales mayor mancilla que de aquel que vencido a todos, a sí mismo vencer ni sojuzgar pudo, contaremos en qué forma, cuando más sin esperanza, cuando ya llegado al estrecho de la muerte, el Señor del mundo le cubrió milagrosamente el reparo. (Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* [1508], cap. 48).

§ 39. DE CÓMO DON QUIJOTE, QUE SE ENCUENTRA EN SIERRA MORENA,
COMIENZA SU PENITENCIA AMOROSA, Y DE CÓMO ESCRIBIÓ UNA CARTA A SU
AMADA DULCINEA, CON OTROS DISCURSOS PROPIOS DE ESTA OBRA

—Ya te tengo dicho antes de agora muchas veces, Sancho, —dijo don Quijote—, que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto,^[252] muchas veces despuntas de agudo. Mas, para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oyas un breve cuento. «Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y, sobre todo, desenfadada, se enamoró de un mozo motilón,^[253] rollizo y de buen tomo. Alcanzolo a saber su mayor, y un día dijo a la buena viuda, por vía de fraternal reprehensión: “Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: ‘Éste quiero, aquéste no quiero’”. Mas ella le respondió, con mucho donaire y desenvoltura: “Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece, pues, para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles”». Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas, debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amariles, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias, están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquéllos que las celebran y celebraron? No, por cierto, sino que las más se las fingen, por dar sujeto^[254] a sus versos y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo. Y así, bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información d’él para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo; porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan a amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada; y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina. Y diga cada uno lo que quisiere; que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos.

—Digo que en todo tiene vuestra merced razón, —respondió Sancho—, y que yo soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado. Pero venga la carta, ¡y a Dios!, que me mudo.

Sacó el libro de memoria don Quijote y, apartándose a una parte, con mucho sosiego comenzó a escribir la carta; y en acabándola, llamó a Sancho y le dijo que se la quería leer, porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer; a lo cual respondió Sancho:

—Escríbala vuestra merced dos o tres veces ahí en el libro y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo. Pero, con todo eso, dígamela vuestra merced, que me holgaré mucho de oírla, que debe de ir como de molde.

—Escucha, que así dice, —dijo don Quijote.

CARTA DE DON QUIJOTE A DULCINEA DEL TOBOSO

Soberana y alta señora:

El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía!, del modo que por tu causa quedo. Si gustares de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto; que, con acabar mi vida, habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

El Caballero de la Triste Figura.

—Por vida de mi padre, —dijo Sancho en oyendo la carta—, que es la más alta cosa que jamás he oído. ¡Pesia a mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El Caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no haya cosa que no sepa.

—Todo es menester, —respondió don Quijote—, para el oficio que trayo.

—Ea, pues, —dijo Sancho—, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos y fírmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola.

—Que me place, —dijo don Quijote.

Y habiéndola escrito, se la leyó; que decía así:

Mandaré vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa y están a cargo de vuestra merced. Los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que consta, y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veinte y dos de agosto d'este presente año.

—Buena está, —dijo Sancho—; fírmela vuestra merced.

—No es menester firmarla, —dijo don Quijote—, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mesmo que firma, y para tres asnos, y aun para trecientos, fuera bastante.

—Yo me confío de vuestra merced, —respondió Sancho—. Déjeme, iré a ensillar a Rocinante, y aparéjese vuestra merced a echarme su bendición, que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas que no quiera más.

—Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester ansí, quiero, digo, que me veas en cueros, y hacer una o dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque, habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar a tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

—Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar; y tengo tal la cabeza, del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más a cuento. Cuanto más, que para mí no era menester nada d'eso y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece. Y si no, aparéjese la señora Dulcinea; que si no responde como es razón, voto hago solemne a quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago a coces y a bofetones. Porque, ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante, tan famoso como vuestra merced, se vuelva loco, sin qué ni para qué, por una...? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo a doce, aunque nunca se venda. ¡Bonico soy yo para eso! ¡Mal me conoce! ¡Pues, a fe que si me conociese, que me ayunase!

—¡A fe, Sancho, —dijo don Quijote—, ¡que a lo que parece que no estás tú más cuerdo que yo!

—No estoy tan loco, —respondió Sancho—, mas estoy más colérico. Pero, dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino, como Cardenio, a quitárselo a los pastores?

—No te dé pena ese cuidado, —respondió don Quijote—, porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.

—¡A Dios, pues! Pero, ¿sabe vuestra merced qué temo? Que no tengo de acertar a volver a este lugar donde agora le dejo, según está de escondido.

—Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme d'estos contornos, —dijo don Quijote—, y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas. Cuanto más, que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, a imitación del hilo del

laberinto de Teseo.

—Así lo haré, —respondió Sancho Panza.

Y cortando algunos, pidió la bendición a su señor y, no sin muchas lágrimas de entrambos, se despidió d'él. Y subiendo sobre Rocinante, a quien don Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho a trecho los ramos de la retama, como su amo se lo había aconsejado. Y así, se fue aunque todavía le importunaba don Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo:

—Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien: que, para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

—¿No te lo decía yo? —dijo don Quijote—. Espérate, Sancho, que en un credo las haré.

Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales,^[255] y luego, sin más ni más, dio dos zapatetas^[256] en el aire y dos tumbas, la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco. Y así, le dejaremos ir su camino, hasta la vuelta, que fue breve. (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, primera parte [1605], cap. 25).

§ 40. DE CÓMO EL PRÍNCIPE ELENO SE ENCUENTRA CON UNOS PASTORES Y DE
CÓMO TODOS ELLOS SE LAMENTAN EN VERSOS DE LA POCA MERCED DE SUS DAMAS,
CON UN DIVERTIDO DISCURSO EN CONTRA DE LOS PASTORES ENAMORADOS

Y dende a poco rato que había caminado, oyó tañer un rabel pastoril que muy dulcemente sonaba. Y guiando el caballo para allá, fue a dar a donde estaban unos pastores tendidos en tierra con el semblante triste a do debajo de una noguera la siesta dejaban pasar. Los pastores, que al príncipe vieron, se levantaron y con mucha alegría lo saludaron. El príncipe les volvió las saludes; y apeándose de su caballo, lo encomendó a Fabio, su escudero, para que lo pusiese adonde de la fresca yerba comiese, junto con su palafrén. El príncipe se echó en tierra debajo de la noguera y les demandó si tenían algo que comer, lo cual de muy buena gana le fue dado de lo que ellos para sí tenían, que muy buena gana lo tenía. Y por descansar, quise cesar de os contar lo que demás le avino para otro capítulo. [...]

En el entretanto que el príncipe y su escudero comían de lo que los pastores les dieron, lo estaban mirando sin del príncipe partir los ojos, holgándose de verle tan apuesto y hermoso, pero mara[vi]llábanse de verle tan triste y pensativo, y qué sería la causa de tan profunda tristeza. Uno de los pastores le preguntó:

—Caballero, ¿qué tri[st]eza es la que tenéis, que al parecer debe ser de amor, según lo mostráis en el semblante?

—¡Ay, amigo!, —respondió Eleno—, ¿por ventura sabéis de ese mal algo? Porque no debe de acordarse de los que tan apartados de los poblados viven, como vosotros, que en estos ásperos y encorvados montes hacéis vuestra habitación.

—¡Y cómo que lo sabemos!, —respondió el pastor—, tal es y de tan malas mañas que no sólo muestra sus fuerzas en nosotros, pero aun es causa que, ocupadas nuestras imaginaciones en sus deleites, —que más tormentos podríamos llamar—, hace que nuestro ganado, no merecedor de tal daño, lo pase mal en su apacentar, mostrando bien nuestro descuido en sus macidentales y flacas carnes, balando más veces de hambre que no de hartas y bien repastadas. ¡Ay, caballero!, ¿y qué os podría decir de lo que a los que aquí estamos nos ha hecho pasar? Cuando tratamos d'esto, no hay ninguno de nosotros que no se espante del otro cómo ha tenido fuerzas para lo sufrir.

El caballero daciano les dijo:

—Bien sé que no perdona a ninguno ni hay quien de su poderío escape, según su grande ambición y soberbio estado, y así no hay que maravillarse que también ande en despoblado. Pero pues Fortuna lo ha querido, para mayor dolor mío encontrase con los lastimados de amor, os ruego que yo goce de vuestra música, con algunos cantares que por bien amar habréis compuesto.

—Esto haremos de grado —dijo el pastor—, porque nos parecéis hombre de alteza y por recibir por tocar nuestros instrumentos algún consuelo, publicando nuestra pena con nuestras propias gargantas.

Y tomando un rabel muy bien labrado, comenzó a tañer muy dulcemente, acompañando la música con estos pastoriles versos:

*Amantes, ¿no es gran pasión
y muerte muy dolorida
verse partidos en vida
dos cuerpos y un corazón?*

*Es la fuerza de Cupido
tan fuerte que, el mismo día
que os vi, sentí el alma mía
haberse en vós convertido.*

*¡Oh, dichosa tal unión!
¡Oh, vida para más vida,
si no fuese dolorida
por perder el corazón!*

*Bien que Amor tenga poder
de partirlo siendo uno,
su poder será ninguno*

*cuanto toca al bien querer.
Ten firme mi corazón,
aunque sientas cruel herida;
pierde primero la vida
que perder el afición.*

Con tanto sentimiento de dolor, con graciosa música, dejó el pastor su canción; y habiéndola acabado, dijo:

—¡Ay, señor caballero! Si entendiédes la causa de mi canto, tanto os doleríades d'él, como de mi pena. Sabed, señor, que amé una pastora muy en extremo; creo que me paga en la misma moneda. Y no ha más de ayer que se la llevaron d'este ejido a Tinacria a la reina Garrofilea.

Con tan gran abundancia de lágrimas lo decía el pastor que más no pudo hablar; y tomando otro pastor el rabel, comenzó a cantar:

*Llena de angustia y tormento
queda la triste memoria
cuando de pena o de gloria
le viene algún pensamiento.*

*Si el dolor victoria alcanza
del corazón lastimado,
memoria del mal pasado
toma en él cruda venganza.*

*Y este grave descontento
causa más a la memoria
cuando de pena o de gloria
le viene algún pensamiento.*

*Corazón tan afligido
con las ondas de la muerte,
no es posible defenderte,
siendo tanto combatido.*

*Excesivo es el tormento,
triste y fúnebre tu historia
cuando de pena o de gloria
le viene algún pensamiento.*

*Ríndete, corazón triste,
de dolor grave dehecho,
pues no sacarás provecho
de aquél a quien te rendiste.*

*Acábase tu tormento
con la muerte, que es victoria,*

*si no quies que la memoria
se acabe en un pensamiento.*

El enamorado pastor, acabada su canción, dando unos tristes suspiros, de la mano dejó el rabel. El otro pastor con una fingida risa se levantó en pie, y dijo:

—¡Oh, soberanos dioses! ¿Y quién pudiese ver ese amor, a quien todos vosotros intituláis nombre de señor, para que a su salvo pudiese gozar de sus simplezas y conocer a quien tan sin acuerdo y memoria os trae? Y tal muestra da vuestro hablar y vuestras razones desbaratadas y sin algún concierto dichas. Yo os prometo que todo cuanto el día habláis, si recopilásemos a la noche qué habéis dicho, no hallaréis cosa que concierte con otra. Y en sus canciones, gentil caballero, lo podéis haber conocido. ¡Qué gentil filosofía querer dar a entender que dos cuerpos están con un corazón! Y júroos por la potencia de Alfebo, restaurador de nuestras tierras, y por la valerosidad del daciano príncipe te ofrezco que, por más que revuelvas tus caramilladas razones,^[257] que no hay entendimiento humano que en[t]ienda cómo dos cuerpos se gobiernan con un corazón solo, a lo menos no quisiera ser yo el que sin corazón estaba. Pues atendamos a las razones de estotro compañero, revolviendo pena con gloria y gloria con pena, como si fuesen migas con leche. Y si mucho porfiasen, me harían entender que ha sido lo que no fue. Ora, en fin, estaos vosotros en vuestras sandeces, o por más bien decir, en vuestras necedades; y téngame yo mi ganado tan bien repastado como lo tengo, que de gordo no cabe en el pellejo, y no vosotros, que, perdido el juicio, perdéis el cuidado d'ello y lo traéis macilento.

Acabando de decir esto, se sentó, mostrando tener grande enojo por ver a sus compañeros tan sin sentido y de amor ciegos. Esto fue causa que el príncipe Eleno hubo de hacer lo que después que de Dacia salió no había hecho, que fue reírse de oír las simplezas del pastor. Y tomando la mano para le responder, dijo:

—Yo te digo, amigo, que tu esfuerzo es grande y tu saber es extremado, pues, tratando con compañía de pastores tan enamorados, tan poco d'ello se te pega. Yo te ruego de mi parte tengas firme y te estés en el ser que agora tienes, porque lo que agora llamas sandez después no lo llares discreción y saber. Bien te puedes llamar dichoso, pues tan sin pena puedes baldonar agora al que tantos baldona.

Con gran risa respondió el pastor:

—Agora os digo, señor caballero, que tampoco quiero contender con vós como con mis compañeros, que, según me parece, también vós debéis de ser vasallo d'este negro amor. Más precio yo mi libertad con esta simpleza que me veis, que toda vuestra sabiduría. Harto mejor es tener cuenta el pastor con su ganado, que no cada rato dacá la chirumbela o flauta, cantando dos mil canciones, que dó al diablo aquellas que, aunque las dicen, las entienden.

Uno de sus compañeros le atajó las razones, diciéndole:

—Tarido, ¿tú no sabes con cuanta libertad algún tiempo me gobernaba, burlándome de aquellos que semejantes quejas publicaban? Ruega a los dioses te

mantengan en este estado, y guarda no extienda amor en ti su poderío, que él te hará arrepentir mil veces de lo dicho. Y a vós, señor caballero, —sin atender a las razones d' este rústico pastor—, os ruego, pues veo que traéis aparejo, queráis tañer y cantar, para que vuestra pena manifestada con vuestros versos mitigue algo de la nuestra.

El príncipe, por complacer los pastores, usando de su acostumbrada magnificencia, tomó su laúd, y comenzole a tañer y cantar estos versos:

*¡Oh, Calíope!, levanta
tu sacro rostro en lágrimas bañado,
afirma bien tu planta
con paso apresurado
y ven, divina diosa, a mi llamado.*

*Con tu favor y ayuda
terná poder mi mísero lamento,
aun entre gente ruda,
si oyen mi tormento,
habrán igual conmigo el sentimiento.*

*Y aún, si tiempo sobra,
lo que no podré creer sobrarles pued[a],
sentirán la obra
cuando mandó a su rueda
Fortuna, sobre mí estuviese queda.*

*Con cuanto mal se ha hecho
cotejándole con este amor es nada;
yo creo que en tu pecho
tu furia acelerada
no habrá causado muerte tan pesada.*

*Es cosa nunca oída
cómo pudiste, Amor, tan crudo ser.
¡Oh, cruel homicida!,
pues que te falta el ver,
sirviérase a lo menos del saber.*

*¿Quién hubo tan constante
que así tu brava furia resistiese?
No sé cómo me cante,
ni que ejemplo trujese,
para que algún consuelo recibiese.*

*Oíd mi triste llanto
los que de amor andáis sufriendo males.
Sentid mi aflicto canto,
mirad ser desiguales,*

guardáos de sus mañas, pues son tales.

Con la pena tan grande que Eleno sentía, no fue poderoso de pasar adelante con su cantilena, acordándose de la arrebatada partida de Lidia. Y así le fue forzado el dejarlo. Un pastor de los que allí estaban le dijo:

—¡Ay, señor caballero!, ¡cómo la reina, nuestra señora, se holgara en oíros!, que también está maltrecha de amor; la cual, por poder algún rato tomar alivio de su pena, a mí y a mis compañeros nos hace algunas veces cantar nuestros amorosos cantos, solemnizando ella a las veces con lágrimas los amorosos versos. (Pedro de la Sierra, *Espejo de príncipes y caballeros*, segunda parte [1580], libro II, caps. 3-4).

IV.2. SOBRE DAMAS Y CABALLEROS QUE DESCUBREN SUS AMORES Y GOZAN DE VERSE CORRESPONDIDOS

§ 41. DE CÓMO DON DUARDOS, DISFRAZADO DEL HORTELANO JULIÁN PARA ESTAR MÁS CERCA DE SU AMADA FLÉRIDA, CONSIGUE VERLA TODOS LOS DÍAS, Y DE CÓMO UNA NOCHE ALCANZA LA MAYOR GLORIA, CON OTROS DISCURSOS DIGNOS DE MEMORIA

Muy grande era el alegría de Julián por haber alcanzado de su señora de facerle tamaña merced de salir de noche a le fablar. E con aquella grande gloria no pudo él dormir después que la infanta se fue, pensando que si él la pudiese sacar e llevar a Inglaterra sin que el emperador lo supiese, que sería de toda buena ventura. E antes que fue de día, desnudose la rica ropa que él tenía e tornose a los paños que solía traer, e andaba tan lozano e alegre que la hortelana se maravillaba. E aquel día le dio él grandes dones diciéndole que él lo había fallado del tesoro, por donde ellos se tuvieron por de buena ventura, e ya no sabían a dónde encubrirse tanto haber, que les parecía que no eran ellos merecedores de tanto bien, e mucho agradecían a Dios el gran bien que les había fecho e no sabían qué placer se ficiesen al su Julián.

—¡Ay, amigo!, —decía la hortelana—, ¡cuán bienandantes somos en conoceros, que de pobres e mezquinos nos habéis fecho ricos!

—Muy más lo seréis, —decía Julián—, que aún yo tengo de cobrar otro mayor tesoro qu'el que habéis visto.

Y esto decía él por Flérída, que tenía esperanza de sacarla e llevándola llevar a ellos con ella porque no recibiesen daño e facerles gran bien. E Flérída aquel día vino muy leda e fermosa a la huerta e tanta vergüenza tenía de lo que había fecho que no osaba mirar al su Julián, aunque ella no tenía otro mayor placer que verlo ante sí, mas parecíale a ella que todas sus doncellas sabían su maldad. E Julián ansimismo se le facía de vergüenza parecer ant'ella estando tan mal vestido, que ya no quisiera él sino andar ricamente guarnido para que la infanta no le pareciese cosa desaguisada amarlo

ella tan afincadamente e dándole tan gran parte de sí. E como Flérída así lo vio, conoció su corazón e también porque sus doncellas no parasen mientes que ella se excusaba de hablar con Julián, pues de antes tanto folgaba con él, lo llamó e díjole:

—Julián, yo creo que tú tienes olvidado de facer lo que te mandé, que cantases e tañeses con mis doncellas. Sabiendo que yo tan gran placer he d’ello, ¿por qué no lo faces?

Julián vino luego e homillose ant’ella.

—¡Ay, mi señora, —dijo él—, nunca Dios quiera que yo tal olvido tenga! Mas siempre ante mí está el cuidado e deseo de serviros, que mal faría yo si no os sirviese la gran merced que me facéis en quererme mandar alguna cosa siendo yo cosa tan despreciada.

—No digas eso, Julián, —dijo la infanta—, que mucho vales e ámote yo mucho por amor de tu padre.

Julián le quiso besar las manos e la infanta no gelas quiso dar, e mandó a sus doncellas que trujesen instrumentos, e allí estuvieron a gran solaz, que mucho era pagada la infanta de oír tañer e cantar al su Julián. Y este amor que se le acrecentó le fizo desear de verse con él de noche; e así lo fizo que, sin que Julián lo supiese, vino ella con Artada a la huerta e fallolo dormiendo debajo de los árboles muy asosegadamente, e sentose cab’él muy paso y estóvolo mirando a la luna, que facía muy clara, e decía en su corazón:

—¡Ay, Dios, qué tan grandes son las vuestras maravillas que quesistes facer un caballero tan complido en todas las cosas! Si bondad e ardimiento le distes, ¡qué grande es la su fermosura, que me ha fecho errar que no puedo vencer a mi corazón y véngolo a buscar!

E como esto dijo, llegose a él e besole muchas veces; e Julián tan fieramente dormía que no lo sintió, e ella le tomó por la mano e díjole muy paso:

—Mi verdadero amigo, ¿cómo dormís tan sin cuidado? ¿Y no vedes vós a la vuestra Flérída que viene a cumplir lo que os prometió? Agora conoceréis vós si vos amo yo verdaderamente.

Julián despertó muy espantando e, abriendo los ojos, vido a la infanta tan cerca de sí.

—¡Ay, sandio^[258] de mí!, ¿e qué sueño es este que agora me vino? ¿Fasta aquí con gran cuidado e mortales deseos era desvelado e agora, teniendo tanta gloria delante de mí, duermo? Jamás a mí mesmo perdonaré este yerro. ¡Ay, señora! ¿Y qué bien es este que fecistes en venir a dar descanso a este atribulado corazón?

—El que ama, —dijo la infanta—, busca remedio; e si vós folgáis con la mi vista, facéis derecho que yo no puedo ál facer aunque me es gran vergüenza.

—No fabléis en eso, mi señora, —dijo Julián—, que yo espero en Dios que no tengáis por mal empleada la merced que me facéis, e muy cedo^[259] no tendréis por yerro doleros de mí.

—Ansí quiera Dios, —dijo la infanta—, que sea. E a la fin, yo he por bien de

sofrir cualquiera deshonra e peligro que por vós me viniese.

—Ese, mi señora, no vos puede a vós venir, —dijo Julián—, e no hablemos más en este fecho e creed, señora, las mis palabras que no son engañosas. E si no fuese porque mi corazón es muy folgado de estar aquí, en este sabroso lugar viéndoos ante mis ojos, yo me daría a conocer al emperador e, sabiendo quién yo só, él folgara de facer lo que yo le pidiera por merced; mas quiero aguardar a que venga Primaleón e, estando él aquí, yo lo faré porque al emperador le venga junta alegría.

—Vós decís muy bien, —dijo Flérida—, e para entonces se quede.

E aquella noche estuvieron ambos a dos a gran sabor de sí, con la gran frescura de la noche e con el grande olor que los árboles de sí daban, aquellos dos que tan afincadamente se amaban en sus corazones descansados en verse en aquel lugar; e así pasaron algunos días viendo Julián a su señora de día e folgando con ella de noche fasta que vinieron nuevas al emperador de Primaleón, como vos habemos contado. E la infanta fue tan extrañamente alegre con aquellas nuevas, que salió aquella noche a la huerta por ser su alegría complidamente, tomó a Julián por la mano e fuese paseando con él por la huerta diciéndole:

—¡Ay, amigo, yo creo que Primaleón será aquí muy cedo, pues ya hemos sabido nuevas d'él! ¿E qué día será aquel tan alegre para mí que él venga e vós os deis a conocer con el emperador e nuestros fechos serán a nuestra voluntad e honra?

—Él lo hará bien, —dijo Julián.

E fuéronse así abrazados ambos a dos entre unos espesos árboles e allí se sentaron a hablar. Artada, que aquel día se había sentido enojada, como los vido ir tan sosegadamente, echose cabe un árbol e dormiose. Julián estuvo fablando con su señora en muchas cosas e, como ella estaba tan leda, dióle más parte de sí que solía. Y él, que vio que Artada estaba tan lejos, esforzó su corazón a tomar aquella folganza que él deseaba e pensó que si él aquello pudiese acabar, que luego la infanta faría todo lo que él quisiese; e por esto él le había dicho que quería esperar a Primaleón pensando que él le vencería su corazón a facerlo e que la llevaría a Inglaterra; e fasta allí él no la había osado acometer porque Artada no se partía d'ella. E como vido que era tiempo, púsolo por obra e, con grandes falagos e amor demasiado que le mostró y más por fuerza, porque ella no osó dar voces, la fizo dueña. E habiendo alcanzado tan gran cosa, él quedó tan ledo que no hay hombre que vos lo pudié decir e la infanta muy sañuda d'él e díjole:

—¡Ay, Julián, agora creo yo bien que lo que fasta aquí habéis fecho que era por me engañar! Yo tenía gran seguro de vós que no ficiéades cosa contra mi voluntad. Agora habéisme forzado, fecísteslo mal, que mi corazón será dudoso que vós sois caballero de alta guisa, pues no complistes vuestra promesa. No creo yo ya lo que fasta aquí me habéis dicho que, quien miente en lo uno, mentirá en lo otro. ¡Ay, cativa de mí, malandante!, ¿qué faré? Yo lo sé bien aunque esto digo, —dijo la infanta—, que yo me mataré e así faré vengado a mi padre del gran yerro que contra él he fecho e vós, mal Julián, seréis contento feneciendo mi vida; e dígovos que yo lo faré

así como lo digo porque feneciendo fenecerán mis cuitas; y vos no vos podréis mucho alabar de mí que, si vos alabardes, podréis decir que así morí con pesar.

E diciendo estas cosas e muchas comenzó de llorar. Julián fue tan cuitado en oírlo, que más quisiera morir que haberle fecho aquel pesar e fincó las rodillas ant'ella e llorando muy de corazón le dijo:

—¡Ay, mi señora, por Dios, doleos de mí! No vos vea yo tan airada contra mí, que sabed que, si no me perdonáis, que, antes que vos, lo que vos decís lo faré yo porque mi ánima vaya a penar delante, porque el corazón, que fasta aquí ha seído^[260] muy penado, me dio osadía que ficiese este yerro. Ruégovos, mi señora, que no me fabléis en vuestra muerte, que en oír lo que decís se enflaquece mi corazón e no podré vivir una hora. ¿E vos no sois certeficada del sobrado amor que yo vos tengo? Este me fizo a mí errar, mas no porque sean mentirosas mis palabras, que yo soy tal caballero qu'el emperador se tendrá por muy contento de me vos dar por mujer; e d'esto no tengáis vos duda, pues este fecho ¿quién lo ha de saber si yo solo no? Que me tengo por el más bienandante de todo el mundo por lo haber alcanzado por ser cierto que jamás vos perderé. ¡Ay, mi señora, perdonadme, por Dios! Si no, faréisme que ante vos me mate e vos seréis aquella que más perderéis. ¡Oh, malandante de mí!, ¿qué fice en enojar a mi señora? ¡Más me valiera la muerte!

La infanta, que vido a Julián tan cuitado, y conoció que gran pesar tenía por la haber enojado, algún tanto se conortó^[261] e perdió parte de su saña e, porque él no ficiese algún yerro, díjole:

—Cierto Julián, vos me habéis fecho tan gran pesar en deshonrarme que yo no pensé de perdonaros, e con ira facer lo que vos dije, mas porque mi alma no sea perdida como el cuerpo, me sufriré e a vos perdono yo porque tengo yo la mayor culpa, porque, si yo no viniera a este lugar, no me acaeciera ni diera lugar a tan gran mal. A mí me conviene de sufrirlo, porque por todo el mundo no sepan la mi locura, yo forzaré a mi ánima mesma de vos querer mal. E quedávós agora con esto e muy glorioso en haberme burlado e yo me quiero ir tal que para siempre seré denuesto de mi alto linaje.

E como esto dijo, levantose e Julián se abrazó con ella e tóvola e tantas cosas le dijo e fizo, que la infanta lo perdonó e le juró de no facer cosa que a locura le pudiese ser contada. (*Primaleón* [1512], cap. 123).

§ 42. DE CÓMO LA DONCELLA DARIDA, QUE EN REALIDAD ES EL PRÍNCIPE
AGESILAO DISFRAZADO DE MUJER, ENVÍA UNA CARTA DE AMOR A DIANA, Y DE LA
GUSTOSA Y PLACENTERA CONVERSACIÓN QUE LA PRINCESA SOSTUVO CON
LARDENIA, QUE TERMINA CON LA CONFESIÓN DE SU AMOR

Galtacira se puso de hinojos ante Diana y, como le hubo besado las manos y ella

la abrazó, sentadas la reina y Diana, y todas calladas, por ver lo que diría, ella sacó la carta que para Diana traía y dijo:

—Mi señora, la preciada y excelente Daraida, sin par de hermosura fuera de vuestro extremo, y sin igual en bondad de armas, las manos de la reina mi señora y de la vuestra merced mil veces besa, y esta carta a la vuestra grandeza envía. Léala la vuestra merced y después diré a lo que soy venida.

Diana tomó la carta no con tanta libertad que Lardenia no lo sintiese. Y como la hubo tomado, Galtacira se volvió a la duquesa y marquesa, pareciéndole tener lugar de más principales, y díjoles:

—Mis buenas señoras, Daraida os besa las manos, y a todas estas hermosas doncellas se envía a encomendar.

—¡Ay, amiga!, —dijo Lardenia—, ¿y cómo no la traéis con vós?

—Mi buena señora —dijo ella—, no tardará que no venga, que más cedo será que cuidáis.

Y luego callaron porque Diana abierta la carta la quiso leer alto, la cual con mucha gracia la leyó, y así decía:

La vencida para mayor victoria Daraida a la sin par en gracia, linaje y hermosura princesa Diana salud envía, y de su parte la libertad de su hermosura licencia me da para que enviarla pueda. ¡Oh, mi señora! ¡Y quién pudiese hacer bien el mal que en vuestra ausencia recibo con saberlo decir bien! ¡Oh, que lo siento, y el mayor sentimiento de su dolor me quita la gloria de la causa de recibirlo! ¡Ay de mí, que aún el ay que para quejarme tengo no le da lugar la gloria que en él recibió, sintiendo que no sólo pagada quedo con tal dolor, mas adeudada a pagar con la vida a la pacencia que debo para morir por tal causa! ¡Oh, mi señora, cuán gran merced me hicieron los dioses, pues en el extremo de vuestra hermosura pusieron el extremo de mi dolor, y de todo punto negaron el medio de tales extremos! ¡Oh, que peno y la pena me dice que no peno, por la gloria que en ella siento! ¡Oh, que canso en pensar y el cansancio me dice que no canso, por el descanso que se debe a tal pensamiento! ¡Oh, que me entristezco y la tristeza me causa con el alegría que siento de la razón de tal tristeza! ¡Oh, que debo la vida a tal pena y no pago con la muerte por el bien que sale de recibirla! ¡Oh, que amo para más me desamar por lo que debo a no dejar amor fuera del que se debe al que yo, mi señora, os tengo!

¡Ay de mí, que me pongo a decir lo que con decirlo ofendo a la vuestra merced y a la razón que para decir tengo! A la vuestra merced ofendo por querer encarecer vuestra pena, más que con la razón que muestra mirar la vuestra gran hermosura. A la razón de decir mi mal ofendo con querer mostrar con palabras lo que siente por obras que no se pueden decir, que no se compre barato lo que yo con ellas tan caro quiero comprar, para dar a

sentir a la vuestra merced lo que en vuestra ausencia siento con estar jamás apartada de vuestra presencia, según el alma que con vós dejé dará testimonio a la vuestra merced del cuerpo solo que apartado conmigo traje, de quien la hermosa Galtacira os dará las nuevas; en cuanto las llagas del cuerpo, que como vuestra recibí, tengan licencia de la mayor llaga del alma que con vós quedó, para ir a besar las vuestras hermosas m[a]nos, con las de mi señora la reina. Y en cuanto no alcanzare esta paz, quedo en la cruel guerra de tal ausencia besando las vuestras hermosas manos como vasalla y vencida vuestra, enviando a la vuestra merced la paz que en tan peligrosa guerra la gloria de recibirla me da para que enviaros pueda.

Como Diana hubo leído la carta, haciéndole las palabras de Daraida aquella fuerza en lo secreto de su corazón, que los sellos con gran fuerza hacer pueden en la cera dispuesta y aparejada para recibirlos, no con menos fuerza las palabras de la carta de Daraida en el alma de Diana fueron selladas y con tan cerrado sello, que a sólo su corazón hizo testigo. Mas la fuerza de resistir la que en el alma recibía para encubrir la que el amor le hacía, no dejó su encendido fuego con tanta libertad la disimulación de la hermosura de su rostro, que con diferentes colores no lo matizase, acrecentando y encogiendo su gran hermosura. Y como con semejantes lustres la carta hubiese leído, con mucha gracia dijo a Galtacira:

—Amiga, ¿Daraida no escribe más nuevas de las que acá contino publicó de sus amores? Y pues a vós se remite en lo que no sabemos y d'ella deseamos saber, yo's ruego que de vós lo sepamos.

—Mi señora, —dijo ella—, lo demás que la vuestra merced me manda, todo es lo menos en comparación de las hazañas que Daraida escribe de vuestra hermosura; mas, pues mandáis que lo diga, sabe[d], mi señora, que la vuestra extremada Daraida en menos de tres horas mató y venció al fuerte jayán del Castillo del Roquedo con todos los del castillo, junto con la espantable y fiera bestia Cabalión, que aquí conmigo os envía [...]

Y tras esto les dijo todo particularmente cómo había pasado. Qué os podemos decir de lo que Diana sintió de tales nuevas sino que su hermosura mostraba el alegría de su corazón, y así hacía la reina y las que con ella estaban y, sobre todas, después de Diana, la duquesa Lardenia.

—¡Ay, amiga!, —decía Diana—. ¿Y con qué os pagaré yo tales nuevas como de la mi Daraida me traéis? A mi señora la reina publico yo que os pague vuestro trabajo y nuestro gozo.

—Mi señora, —dijo Galtacira—, con haber yo hecho a las vuestras mercedes y a la excelente Daraida este servicio quedo pagada.

—Vós decís como quien sois, —dijo Diana—, y mi señora la reina e yo haremos como quien somos lo que debemos a vuestro servicio.

Y así fue ello que tanto haber le dieron con que ella y todos los de su linaje fueron

bienaventurados. [...] Pues de Diana qué os diremos sino que, salida la reina, no viendo la hora que hablar con Lardenia, por la mano la toma y la lleva por embajo de los árboles del jardín, y como allí se vieron, Diana le dijo:

—Por cierto, Lardenia, si el amor que a Daraida como a doncella tuve no lo templara con el que no le debo como a caballero, yo pienso que ensandeciera^[262] de gozo con las nuevas de hoy.

—¡Ay, mi señora!, —dijo la duquesa—. No queráis haceros tan sabia ni a mí de tan poco saber; pues ni el amor de vuestra parte os da licencia, ni de la mía se sufre en tan buen conocimiento que no's preciéis de ser amada de tan excelente príncipe, y que tan verdaderamente os ama y con tanta limpieza de sus pensamientos. ¡Oh, mi señora!, cuando las bravas bestias, y los fuertes jayanes y caballeros no pueden resistir las fuerzas de Agesilao, ¿qué poder halla la vuestra merced en las delicadas doncellas para las poder resistir, acompañadas de la mayor fuerza de su hermosura? Que no menos poder los soberanos dioses le pusieron por esta parte en la libertad de las doncellas, que sin ninguna a los caballeros [dejaron] para poder resistir la fortaleza de sus brazos.

—¡Ay, duquesa!, —dijo Diana—, que esa ventaja tenemos a los caballeros las doncellas para mayor gloria de resistir el amor. Y es que con la voluntad de nuestra virtud podemos excusar los cuerpos del sacrificio de nuestra honestidad, lo que los caballeros no pueden excusar el sacrificio del cuerpo de otros de mayores fuerzas. E la razón d'esto es que las doncellas defendemos con fuerzas del ánimo nuestra limpieza, y los caballeros con fuerzas corporales defienden los cuerpos. Y como las nuestras no se puedan vencer sino por nuestra voluntad, y las suyas, no basta la suya a defender los cuerpos del sacrificio, aunque basta dejarlos sin vencimiento por muertos y no vencidos. Creedme, duquesa, qu'esta gloria que por sola flaqueza se pierde en las mujeres que nunca la perderé, porque bien puede Agesilao con su hermosura dejarme sin vida, mas no sin honestidad y limpieza, porque ésta, pues en mi mano está perderla o defenderla, no hay fuerzas de parte ajena que ponga disculpa en la culpa de perder la honestidad e limpieza.

—Mi señora, —dijo Lardenia—, vós decís bien si esto así se pudiese hacer como decís; mas ni el amor nos deja tal libertad ni la razón tiene tal privilegio contra el amor. Y crea la vuestra merced que nunca amor ni razón se casaron, porque si se pudiesen casar muchas se hubieran descasado, que se casaron no dejando de sentir lo que decís. ¡Ay, señora mía!, guárdeos Dios cuando Cupido pone las flechas de verdad en la sinrazón de amor, que estonces no menos que la razón la sinrazón quiere guardar en su privilegio. Y la razón guarda el que tiene libertad en sí con libre voluntad en su razón. Y ésta, mi señora, es la causa que la razón tiene más fuerza para guardarse en todas las cosas sin sentido, en la razón de su naturaleza que aquellas que les puso Dios libertad de albedrío para usar de su voluntad, donde la sinrazón muchas veces tiene fuerza de razón.

—Por tanto se me apareja a mí más gloria de resistir, —dijo Diana—; y esa

libertad que decís que los dioses dejaron en los hombres argüiría^[263] más culpa si no usase d'ella para guardar la razón de mi grandeza en el mayor estado d[e] mi honestidad.

—¡Ay, señora!, —dijo Lardenia—. ¡Cómo las fuerzas y el esfuerzo contra la muerte aprovechan poco!

—¿Por qué dices eso?, —dijo Diana.

—Porque el amor, —dijo Lardenia—, es tan terrible como la muerte. E así como sin voluntad se recibe la muerte, se toma el amor. No hay, señora mía, quién pueda resistir al fuego llegando a cualquier cosa aparejada para lo recibir naturalmente. E cuanto es mayor el fuego tanto más presto hace su natural, pues qué menos puede la vuestra merced resistir la fuerza de la natural hermosura de Daraida con la naturaleza que sobre todas las doncellas puede tener, con aparejo del fuego del cruel amor, que es de más encendidas llamas, según dan testimonio de tal fuego tantas e tan excelentes dueñas e doncellas, emperatrices e reinas y grandes señoras que a él han sido sacrificadas.

—Lardenia, —dijo Diana—, bien puede ser que en ese fuego sea mi ánima sacrificada, mas yo te prometo que la honestidad quede reservada de tal sacrificio.

—No's argüiré yo eso, —dijo Lardenia—, ni digo que lo dejéis de hacer; mas niego's, mi señora, e no quiero consentir que dejéis de querer menos a Agesilao como caballero, siendo tal príncipe, y queriendo's como os quiere, que le queríades antes como a doncella; porque otra cosa no se sufre entre vós y mí que me digáis, salvo si por encarecer y subir vuestra honestidad queréis abajar mi saber, lo cual no quiero consentir a la vuestra merced.

—Ora, mi Lardenia, —dijo Diana, abrazándola y riéndose—, que más quiero a Agesilao que a Daraida, mas así lo quiero que no quiero que lo sepa, ni quiero que quieras tú dárselo a entender. E así mismo quiero que sepas tú cuánto te amo, pues en tu secreto dejo tal prenda del secreto de mi corazón, que yo te digo que no me hace ventaja Agesilao en amarme; y antes se la hago, porque con encubrir y resistir en mí lo que siento se acrecienta en mí el dolor, que en él se templa con la gloria de descubrirlo. Así que esta prenda te doy de mi secreto, y por razón de te lo descubrir dejaré tal prenda sobre el tuyo para que no sea descubierto.

Lardenia le dijo:

—Mi señora, dadme las vuestras hermosas manos por tan gran merced; y de la misma razón de la merced, sale la que yo tengo en la obligación de encubrir el secreto que me habéis dado de vuestro corazón. Y no habéis hecho poco para algún alivio de los fuegos de amor, los cuales con comunicarlos conmigo podrán ponerlos templanza para más los resistir.

E atajó sus razones, que vinieron a decir a Diana que las doncellas de la reina traían el pellejo de la bestia Cabalión para que lo viese. Y ella salió, que ya lo tenían en el jardín, y demasadamente fue ella y todas de verlo espantadas, y los loores que de Daraida se decían acrecentaban gran gloria a Diana en ser amada de tal caballero.

Y después que gran pieza lo hubieron mirado, ella mandó que lo llevasen y en lo alto de la Torre de Febo se colgase. (Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, III [1546], cap. 79).

IV.3. SOBRE LAS PRUEBAS QUE SUPERAN LOS CABALLEROS DEMOSTRANDO SER LOS MEJORES AMADORES

§ 43. DE CÓMO AMADÍS DE GAULA SUPERA LA AVENTURA DEL ARCODELOS LEALES AMADORES, Y DE CÓMO SE CONVIERTE EN SEÑOR DE LA ÍNSULA FIRME

Pues algunos días con gran deseo caminando, la Fortuna, porque así le plugo,^[264] con mayor tardanza qu'él quisiera ni pensaba lo quiso estorbar, como agora oiréis, que hallando en el camino una ermita, y entrando en ella a facer oración, vieron una doncella hermosa y otras dos doncellas y cuatro escuderos que la guardaban, la cual ya de la ermita saliera, y a ellos esperando en el camino, cuando a ella llegaron, les preguntó adónde era su camino; Amadís le dijo:

—Doncella, a casa del rey Lisuarte imos,^[265] y si allá vos place ir, acompañaros hemos.

—Mucho vos lo gradezco, —dijo ella—, mas yo voy a otra parte; y porque vos vi andar armados como a caballeros que las aventuras demandan, acordé de os atender si querría ir alguno de vosotros a la Ínsola Firme, por ver las extrañas cosas y maravillas que ahí son, que yo allá voy, y soy hija del gobernador que agora la ínsola tiene.

—¡Oh, Santa María!, —dijo Amadís—; ¡por Dios, muchas veces oí decir de las maravillas de esa ínsola, y por dicho me tenía de las ver, y fasta agora no se me aparejó!

—Buen señor, no os pese por lo haber tardado, —dijo ella—, que otros muchos tuvieron ese deseo y, cuando lo pusieron en obra, no salieron de allí tan ledos como entraron.

—Verdad decís, —dijo él—, según lo que dende he oído; mas decidme, ¿rodearíamos mucho de nuestro camino si por ende fuésemos?

—Rodearíades dos jornadas —dijo la doncella—; contra esta parte de la gran mar es esta Ínsola Firme.

Dijo él:

—¿Dónde es el arco encantado de los leales amadores, donde ningún hombre ni mujer entrar puede si erró aquella o aquel que primero comenzó amar?

—Esta es, por cierto, —dijo la doncella—, que así eso como otras muchas cosas de maravillar hay en ella.

—Estonces, —dijo Agrajes a sus compañeros—, yo no sé lo que vosotros faréis, mas yo ir quiero con esta doncella y ver las cosas de aquella ínsola.

Ella le dijo:

—Si sois tan leal amator que so el arco encantado entrades, allí veréis las hermosas imágenes de Apolidón y Grimanesa, y vuestro nombre escrito en una piedra, donde hallaréis otros dos nombres escritos y no más, aunque ha cien años que aquel encantamento se hizo.

—¡A Dios vayáis, —dijo Agrajes—, que yo probaré si podré ser el tercero!

Amadís, que no menos esperanza tenía de aquella ventura acabar, según en su corazón sentía, dijo contra sus hermanos:

—Nosotros no somos enamorados; mas ternía por bien que aguardásemos a nuestro cormano,^[266] que lo es y lozano de corazón.

—¡En el nombre de Dios!, —dijeron ellos—, ¡a Él plega que sea por bien! Estonces movieron todos cuatro juntos con la doncella camino de la Ínsola Firme. Don Florestán dijo a Amadís:

—Señor, ¿vós sabéis algo d'esta ínsola? Que yo nunca d'ella, aunque muchas tierras he andado, he oído hasta agora nada decir.

—A mí me hubo, —dijo Amadís—, dicho un caballero mancebo que yo mucho amo, que es Arbán, Rey de Norgales, que muchas aventuras ha probado, que ya estuvo él en esta ínsola cuatro días, y que punara^[267] de ver estas aventuras y maravillas que en ella son, mas que a ninguna pudiera dar cabo, y que se partió de allí con gran vergüenza; mas esta doncella os lo puede muy bien decir, que es allí moradora, y, según dice, es hija del gobernador que la tiene.

Don Florestán dijo a la doncella:

—Amiga señora, ruégovos, por la fe que a Dios debéis, que me digáis todo lo que d'esta ínsola sabéis, pues que la largueza del camino a ello nos da lugar.

Eso haré yo de grado, como lo aprendí de aquellos en quien en la memoria les quedó.

Estonces le contó todo lo que la historia vos ha relatado, sin faltar ninguna cosa, de que no solamente maravillados de oír cosas tan extrañas fueron, mas muy deseosos de las probar, como aquellos que siempre sus fuertes corazones no eran satisfechos sino cuando las cosas en que los otros fallecían que ellos las probaban, deseándolas acabar sin ningún peligro temer. Pues así como oís, anduvieron tanto que fue puesto el sol, y entrando por un valle vieron en un prado tiendas armadas y gentes cabe ellas que andaban holgando; mas entre ellos era un caballero ricamente vestido, que les pareció ser el mayor de todos ellos. La doncella les dijo:

—Buenos señores, aquel que allí veis es mi padre, y quiero a él ir porque os faga honra.

Estonces se partió d'ellos, y diciendo al caballero la demanda de los cuatro compañeros, vínose así a pie con su compañía a los recibir y, desde se hubieron saludado, rogoles que en una tienda se desarmasen, y que otro día podrían subir al castillo y probar aquellas aventuras. Ellos lo tuvieron por bien, así que desarmados y cenando, seyendo muy bien servidos, folgaron allí aquella noche; y otro día de

mañana, con el gobernador y otros de los suyos, se fueron al castillo por donde toda la ínsola se mandaba, que no era sino aquella entrada, que sería una echadura de arco de tierra firme; todo lo ál estaba de la mar rodeado, aunque en la ínsola había siete leguas en largo y cinco en ancho; y por aquello que era ínsola, y por lo poco que de tierra firme tenía, llamáronla Ínsola Firme. Pues allí llegados, entrando por la puerta vieron un gran palacio, las puertas abiertas y muchos escudos en él puestos en tres manera, que bien ciento d'ellos estaban acostados a unos poyos, y sobre ellos estaban diez más altos, y en otro poyo, sobre los diez, estaban dos, y el uno d'ellos estaba más alto que el otro más de la mitad. Amadís preguntó que por qué los pusieran así, y dijéronle que así era la bondad de cada uno cuyos los escudos eran que en la cámara defendida quisieron entrar, y los que no llegaron al padrón^[268] de cobre estaban los escudos en tierra; y los diez que llegaron al padrón estaban más altos; y de aquellos dos, el más bajo pasó por el padrón de cobre, mas no pudo llegar al otro; y el que estaba más alzado llegó al padrón de mármol y no pasó más adelante. Estonces Amadís se llegó a los escudos por ver si conocería alguno d'ellos, que en cada uno había un rótulo de cuyo fuera, y miró los diez, y entre ellos estaba uno más alto buena parte, y tenía el campo negro y un león así negro, pero había las uñas blancas y los dientes y la boca bermeja, y conoció que aquél era de Arcaláus; y miró los dos escudos que más alzados estaban, y el más bajo había el campo indio y un gigante en él figurado, y cabe él un caballero que le cortaba la cabeza, y conoció ser aquél del rey Abiés de Irlanda, que allí viniera dos años ante que con Amadís se combatiera; y cató el otro, y también había el campo indio y tres flores de oro en él, y aquél no lo pudo conocer, mas leyó las letras que en él había, que decían: *Este escudo es de don Cuadragante, hermano del rey Abiés de Irlanda*; que no había más de doce días que aquella aventura probara y llegara al padrón de mármol, donde ningún caballero había llegado; y él era venido de su tierra a la Gran Bretaña por se combatir con Amadís por vengar la muerte del rey Abiés, su hermano. Desque Amadís vio los escudos, mucho dudó aquella aventura, pues que tales caballeros no la acabaron; y salieron del palacio y fueron al Arco de los leales amadores, y llegando al sitio que la entrada defendía, Agrajes se llegó al mármol, y descendiendo de su caballo y acomendándose a Dios, dijo:

—¡Amor, si vos he sido leal, membradvos^[269] de mí!

Y pasó el marco, y llegando so el arco, la imagen que encima estaba comenzó un son tan dulce que Agrajes y todos los que lo oían sentían gran deleite, y llegó al palacio donde las imágenes de Apolidón y de Grimanesa estaban, que no les pareció sino propiamente vivas; y miró el jaspe y vio allí dos nombres escritos y el suyo; y el primero que vio decía: *Esta aventura acabó Madavil, fijo del Duque de Borgoña*. Y el otro decía: *Este es el nombre de don Bruneo de Bonamar, hijo de Valladas, el Marqués de Troque*. El suyo decía: *Este es Agrajes, fijo de Languines, Rey de Escocia*. Y este Madavil amó a Guinda Flamenca, señora de Flandres, y don Bruneo no había más de ocho días que aquella aventura acabara; y aquella qu'él amaba era

Melicia, hija del rey Perión de Gaula, hermana de Amadís. Entrando Agrajes, como oís, so el Arco de los leales amadores, dijo Amadís a sus hermanos:

—¿Probaréis vosotros esta aventura?

—No, —dijeron ellos—, que no somos tan sojuzgados a esta pasión que la merezcamos acabar.

—Pues vós sois dos, —dijo Amadís—, hacedvos compañía, y yo, si pudiere, la haré a mi cormano Agrajes.

Estonces dio su caballo y sus armas a su escudero Gandalín y fuese adelante lo más presto que él pudo sin temor ninguno, como aquel que sentía no haber errado a su señora, no solamente por obra, mas por el pensamiento; y como fue so el arco, la imagen comenzó a hacer un son mucho más diferenciado en dulzura que a los otros hacía, y por boca de la trompa lanzaba flores muy hermosas que gran olor daba[n], y caían en el campo muy espesas, así que nunca a caballero que allí entrase fue lo semejante hecho; y pasó donde eran las imágenes de Apolidón y Grimanesa; con mucha afición las estuvo mirando, pareciéndole muy hermosas, y tan frescas como si vivas fuesen. Y Agrajes, que algo de sus amores entendía, vino contra él, de donde por la huerta andaba mirando las extrañas cosas que en ella había, y abrazándolo, le dijo:

—Señor cormano, no es razón que de aquí adelante nos encubramos nuestros amores.

Mas Amadís no le respondió, y tomándole por la mano se fueron mirando aquel lugar, que muy sabroso y deleitoso era de ver. Don Galaor y Florestán, que de fuera los atendían^[270] y viendo que tardaban, acordaron de ir a ver la cámara defendida, y rogaron a Isanjo, el gobernador, que gela mostrase. Él les dijo que le placía, y tomándolos consigo fue con ellos y mostros la cámara por de fuera y los padrones que ya oístes. Y don Florestán dijo:

—Señor hermano, ¿qué queréis hacer?

—Ninguna cosa, —dijo él—, que nunca hube voluntad de acometer las cosas de encantamentos.

—Pues folgaos, —dijo don Florestán—, que yo ver quiero lo que hacer podré.

Estonces, encomendándose a Dios, y poniendo su escudo delante y la espada en la mano, fue adelante, y entrando en lo defendido, sentiose ferir de todas partes con lanzas y espadas de tan grandes golpes y tan espesos, que le semejaba^[271] que ningún hombre lo podría sufrir; mas él, como era fuerte y valiente de corazón, no quedaba de ir adelante, heriendo con su espada a una y otra parte, y semejábale en la mano que hería hombres armados y que la espada no cortaba; así pasó el padrón de cobre y llegó hasta el de mármol, y allí cayó y no pudo ir más adelante, tan desapoderado de toda su fuerza, que no tenía más sentido que si muerto fuese; y luego fue lanzado fuera del sitio, como lo facían a los otros. Don Galaor, que así lo vio, hubo d'él mucho pesar, y dijo:

—Comoquiera que mi voluntad d'esta prueba apartada estoviese, no dejaré de

tomar mi parte del peligro; y mandando a los escuderos y al enano que d'él no se partiesen y le echasen del agua fría por el rostro, tomó sus armas, y acomendándose a Dios, fuese contra la puerta de la cámara, y luego le herieron de todas partes de muy duros y grandes golpes; y con gran cuita llegó al padrón de mármol y abrazose con él y detúvose un poco; mas cuando un paso dio adelante, fue tan cargado de golpes que, no lo pudiendo sufrir, cayó en tierra, así como don Florestán, con tanto desacuerdo que no sabía si era muerto ni si vivo; y luego fue lanzado fuera así como los otros. Amadís y Agrajes, que gran pieza habían andado por la huerta, tornáronse a las imágenes y vieron allí, en el jaspe, su nombre escrito, que decía: *Este es Amadís de Gaula, el leal enamorado, fijo del rey Perión de Gaula*. Y así estando leyendo las letras con gran placer, llegó al marco, y Ardián, el enano, dando voces, dijo:

—¡Señor Amadís, acorred, que vuestros hermanos son muertos!

Y como esto oyó, salió de allí presto, y Agrajes tras él, y preguntando al enano qué era lo que decía, dijo:

—Señor, probáronse vuestros hermanos en la cámara y no la acabaron, y quedaron tales como muertos.

Luego cabalgaron en sus caballos y fueron donde estaban, y fallolos tan maltrechos como ya oísteis, aunque ya más acordados. Agrajes, como era de gran corazón, descendió presto del caballo, y al mayor paso que pudo se fue con su espada en la mano contra la cámara, heriendo a una y a otra parte; mas no bastó su fuerza de sufrir los golpes que le dieron y cayó entre el padrón de cobre y el de mármol, y, atordido^[272] como los otros, lo llevaron fuera. Amadís comenzó a maldecir la venida que allí hicieran, y dijo a don Galaor, que ya cuasi en su acuerdo estaba: —Hermano, no puedo excusar mi cuerpo de lo no poner en el peligro que los vuestros.

Galaor lo quisiera detener, mas él tomó presto sus armas y fuese adelante, rogando a Dios que le ayudase; y cuando llegó al lugar defendido, paró un poco y dijo:

—¡Oh, mi señora Oriana, de [v]ós me viene a mí todo el esfuerzo y ardimiento! ¡Membradvos, señora, de mí a esta sazón en que tanto vuestra sabrosa membranza^[273] me es menester!

Y luego pasó adelante y sintiose herir de todas partes duramente, y llegó al padrón de mármol, y, pasando d'él, pareciole que todos los del mundo eran a lo ferir, y oía gran roído de voces, como si el mundo se fundiese, y decían:

—Si este caballero tornáis, no hay agora en el mundo otro que aquí entrar pueda.

Pero él, con aquella cuita, no dejaba de ir adelante, cayendo a las veces de manos y otras de rodillas, y la espada con que muchos golpes diera había perdido de la mano y andaba colgada de una correa, que la no podía cobrar; así llegó a la puerta de la cámara y vio una mano que lo tomó por la suya y lo metió dentro, y oyó una voz que dijo:

—¡Bien venga el caballero que pasando de bondad aquel que este encantamiento hizo, que en su tiempo par no tuvo, será de aquí señor!

Aquella mano le pareció grande y dura, como de hombre viejo, y en el brazo tenía vestida una manga de jamete verde; y como dentro en la cámara fue, soltole la mano, que la no vio más, y él quedó descansado y cobrado en toda su fuerza; y quitándose el escudo del cuello y el yelmo de la cabeza, metió la espada en la vaina y gradeció a su señora Oriana aquella honra que por su causa ganara. A esta sazón, todos los del castillo, que las voces oyeran de cómo le otorgaban el señorío y le vieron dentro, comenzaron a decir en alta voz:

—¡Señor, hemos cumplido, a Dios loor, [lo] que tanto deseado teníamos!

Los hermanos, que más acordados eran, y vieron cómo Amadís acabara lo que todos habían faltado, fueron alegres por el gran amor que le tenían; y como estaban, se mandaron llevar a la cámara; y el gobernador, con todos los suyos, llegaron a Amadís, y por señor le besaron las manos. Cuando vieron las cosas extrañas que dentro en la cámara había de labores y riquezas, fueron espantados de lo ver, mas no era nada con un apartamiento^[274] que allí se hacía, donde Apolidón y su amiga albergaban, y ésta era de tal forma que no solamente ninguno podría alcanzar a facerlo, mas ni entender cómo hacerse podría; y era de tal forma, que estando dentro podían ver claramente lo que de fuera se ficiese, y los de fuera por ninguna guisa no verían nada de lo de dentro. Allí estuvieron todos una gran pieza con gran placer, los caballeros, porque en su linaje hubiese tal caballero que pasase de bondad a todos los del mundo presentes y cien años a zaga; los de la ínsola, por haber cobrado tal señor con quien esperaban ser bienaventurados y señorear desde allí otras muchas tierras. Isanjo, el gobernador, dijo [a] Amadís:

—Señor, bien será que comáis y descanséis, y mañana serán aquí todos los hombres buenos de la tierra y os farán homenaje, recibiendo por señor.

Con esto se salieron, y entrados en un gran palacio, comieron de aquello que aderezado estaba; y holgando aquel día, luego el siguiente vinieron allí asonados^[275] todos los más de la ínsola con grandes juegos y alegrías, quedando ellos por sus vasallos, tomaron a Amadís por su señor con aquellas seguridades que en aquel tiempo y tierra se acostumbraba. (Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* [1508], cap. 44).

§ 44. DE CÓMO LLEGA A LA CORTE DEL REY AMADÍS DE GAULA UNA

ASOMBROSA AVENTURA, Y DE CÓMO NINGUNO DE LOS CABALLEROS QUE ALLÍ SE
ENCUENTRAN ES CAPAZ DE SUPERARLA, DEMOSTRANDO QUE ENTRE ELLOS NO SE
ENCUENTRAN LOS MÁS LEALES AMADORES

En este tiempo vino el día de San Juan; acabando los reyes e reinas de comer, alzadas las tablas, todos los más caballeros de la villa siendo en la sala juntos, entró por la puerta de la sala un caballero vestido de paños de duelo, la barba e cabellos le

llegaban a la cinta. En una mano traía un r tulo^[276] de pargamino grande escrito con letras de oro; luego, tras él venía un caballero armado de muy ricas armas; en su cabeza traía un yelmo, el más extraño e rico que jams se vio, porque era todo de un diamante tan claro que todos los de la sala claramente en él se vían. Cabe el caballero venía una doncella muy hermosa, vestida de muy ricos paños con muchas piedras y perlas por ellos. En su cabeza traía sobre sus cabellos hermosos sueltos una corona que toda era hecha de rubíes y esmeraldas con muchos diamantes e otras piedras de gran valor. La corona era tan hermosa e rica que todos cuantos ahí eran nunca jams otra tal vieran, ni con gran parte le igualase. Luego venían veinte caballeros todos armados de armas negras. D'esta forma entraron en la sala, todos muy espantados en ver cosa tan extraña. El caballero que delante venía, fincando los hinojos ant'el rey Amadís, le bes  las manos, dejando en medio de la sala el caballero y la doncella que oído habéis. Como hubo besado las manos al rey, dijo que mandase callar a todos y le oyese lo que quería decir. El rey mandó que todos estuviesen callados; el caballero, alto que todos lo oyesen, dijo:

—Poderoso rey de la Gran Bretaña, la fama que he oído de la bondad de tu corte e la grandeza tuya me ha hecho venir aquí para lo que agora oir s. Sabrás, señor, que a mí me llaman Fristión, soy gobernador del reino de Cecilia, porque en aquella tierra no tenemos rey, puesto que reino sea; la causa señor es esta que agora sabrás. Sabed, señor, que en aquella tierra do yo soy gobernador infinitos años ha, que no tenemos cuenta d'ellos porque pasan de dos mil, que hubimos un rey llamado Filomeno. Este rey hubo un fijo y no más llamado Alpatracio, el cual, señor, es este caballero que aquí ves. Este Alpatracio, siendo mancebo e muy buen caballero, enamorose por oídas de aquella doncella que con él viene, que es fija de un rey de Francia que a la sazón era, e ll manla Miraminia. Como este Alpatracio por oídas de su hermosura tan vencido fuese, determin  de ir a Francia por verla y servirla de forma que ella se toviere por pagada de otorgarle su amor; e así lo hizo, que, yendo donde ella estaba, hizo tales cosas por donde ella le dijo que a condición que la llevase al reino de su padre, del cual él era heredero, que ella le otorgaría su amor.  l lo hizo, que no con poco peligro la sacó e vino con ella. Como tornó en el reino de su padre, entrando en la sala donde su padre estaba que era grande e rica, súbitamente en medio d'ella ambos fueron hechos piedra mármol; y a él le quedó este r tulo que yo traigo, que así mesmo de piedra en su mano estaba con estas letras que nadie leer podía. Como su padre d'este caballero viese su hijo tal, de pesar cayó luego muerto. E como no quedase otro heredero sino éste, los del reino, viéndolo así encantado, no han consentido tener rey, pensando que por tiempo este que su natural señor es sería desencantado; e por esta causa han tenido siempre gobernadores juramentados que den el reino a este príncipe si desencantado fuere; e d'esta manera sucedieron muchos fasta que vine yo, que en mi tiempo puede haber tres años y medio o cuatro que, estando en mi gobernación, oímos un ruido que pareció el mundo hundirse, con el cual ruido las dos imágenes de mármol que hasta ahí de piedra eran fueron vueltas

como agora los veis. Este rétulo de piedra que el caballero tenía, es este que yo traigo. Pero comer ni hablar ni más de lo que les veis hacer no han hecho, mas de solamente andar por donde yo llevarlos quiero, que es para lo que este rétulo que traigo mejor que yo manifestará.

Y leyéndolo las letras, decían así:

Yo, la infanta Medea, engendada de los rayos del sol, sierva de los mis siete dioses que los cielos rodean, señora de todas las mágicas e artes de encantamientos, en tanta manera que alcancé a saber todo lo que después de mis días vendrá, porque en mis tiempos no hubo nadie que igualase a mi saber, ni después de mí vendrá, por mi memoria fice y obré con mis artes el presente encantamiento. Esto hice yo en este príncipe e infanta, porque en mis tiempos ninguno en amar se les igualó, ni después d'ellos vendrá hasta que aquel caballero venga que en bondad e valentía por fuerza de armas y de amores gane lidiando con él el yelmo que el caballero trae. Esto porque pasará en bondad d'armas a todos los que antes d'él fueron. Y así mesmo no se acabará de deshacer el encantamento fasta que venga una doncella que así en hermosura como en amor pase a todas las que antes d'ella han sido, que puesta de hinojos ante esta infanta, pidiéndole la corona, si ella con sus manos quitándola de su cabeza gela pusiere, luego el encantamento desfallecerá del todo. Porque esto en otra guisa no puede ser desfecho, ni por la fuerza del espada que Apolidón en el pecho del bravo león pondrá; pero al tiempo que fuere ganada por el nieto del león bravo, la fuerza del encantamiento d'estas imágenes cuanto a ser de piedra fallecerá. Pero lo demás quedará fasta tanto que por lo que ellos fueron encantados desencantados sean. Por ende, tú, gobernador que en la tierra d'este príncipe estarás, a la sazón que el espantable sonido sonará por do las imágenes perderán el encantamento de piedra, tomándolas contigo, por todo el mundo andarás fasta tanto que halles aquellos bienaventurados caballero e doncella que su bondad d'él y la fuerza de la hermosura d'ella desfagan mis artes, que par no tuvieron ni tendrán.

Acabado de leer el rétulo, todos estaban espantados en ver y oír cosa tan extraña. El caballero dijo:

—Señor rey, si en tu corte hay algunos caballeros mancebos que quieran probar su bondad, váyanse a armar y vengán a probarse con este caballero; y así mesmo si hay alguna doncella, tu hija o de otras cualesquiera, que por su hermosura se atrevan a pedir la corona a la infanta encantada, vengán, pues a eso soy venido. ¡E [a]sí pluguiese a Dios me quitasen d'este trabajo, que ya por muchos reinos he pasado donde muchos buenos caballeros y fermosas doncellas lo han probado, pero no han acabado más de lo que veis!

Y luego calló, que no dijo más. Todos los caballeros suplicaron al rey les dejase probar la aventura. Él gelo otorgó y mandó luego llamar a las reinas e a su hija para que viesen la aventura. Luego vinieron y, sentándose en su estrado, estaban mirando el caballero e la infanta, que muy hermosa les parecía. Luego, todos los príncipes se fueron a armar; el príncipe Adariel demandó la primera batalla y los otros lo otorgaron. Tornados a la sala, arredrándose^[277] todos afuera por ver la aventura, vino el príncipe Adariel bien cubierto de su escudo, su espada en la mano, e fuese para el caballero, pero el caballero no se movió. El príncipe lo quiso ferir, mas nunca la espada mandar pudo. Frístión le dijo:

—Señor caballero, apartadvos afuera, que bien parece que no amáis en ninguna parte, pues no tenéis poder de entrar en campo sobre razón de amores.

El príncipe se tiró afuera, que bien vio que era verdad lo que el caballero decía. Luego fue el príncipe Elinio, pero de la misma forma le avino.

—¡Por Dios!, —dijo el caballero Frístión—, para caballeros tan dispuestos gran falta es ser tan poco enamorados.

Luego vino Dinerpio, príncipe de Roma, su espada en la mano, cubierto de su escudo, que bien pensó él acabar la aventura según amaba a su cormana. Como cerca del caballero llegó, el caballero encantado metió mano a su espada y comienzan entre sí una brava batalla, tanto que en poca de hora el escudo de Dinerpio todo fue desfecho. El caballero encantado le dio un golpe por cima del yelmo que sin ningún sentido tal como muerto dio con él en el suelo. Apartándolo afuera, Frístión le hizo quitar el yelmo y, como le dio el aire, luego tornó como de antes. Luego vino a probarse con el caballero Olorius, príncipe de España, que quiero que sepáis que desde la hora que oyó decir de Luciana, hija de Esplandián, luego propuso de ser su caballero e hacer tales cosas por su servicio que, cuando ella fuese de edad, se tuviese por contenta de tenerle por suyo. E por eso sacó los luceros que ya vos dejimos. Tornando al propósito, cubriéndose bien de su escudo, su espada en la mano, se fue para el caballero; y como a él llegó, el otro metió mano a su espada; e comienzan entre sí una batalla tan peligrosa que parecía batalla de quince caballeros según el estruendo que traían. Frístión dijo:

—Este es el mejor caballero que nunca vi, ¡sí Dios me deparase con él lo que demando!

Todos miraban la batalla y preciaban mucho a Olorius, pero en fin de una hora que la comenzaron Olorius, tal como muerto, cayó en el suelo. El caballero metió su espada en la vaina. Lisuarte y Perión no se quisieron probar sino a la postre. Luego vino a probarse con el caballero Suicio de Irlanda, pero como a Adariel le avino, que el caballero no hizo cuenta d'él. Todos se reían de mancebos tan mal enamorados. Luego se probó con el caballero Ambor de Gandel, pero en poco espacio se delibró^[278] d'él, tendiéndolo tal como muerto. E así lo hizo a Marsinio de Val Temeroso y a Pintineo de Carsante y a Giontes y a Silercio, fijo de don Grumedán. Filorete, hijo de Bravor, se probó con el caballero, pero lo mesmo que hizo con

Adariel hizo con él, e con más de diez caballeros de más de veinte que ese día se probaron. Cuando se acabó la prueba d'estos veinte, era ya noche. El rey hizo aposentar muy bien a Fristiόν, e así pasaron esa noche hablando en la prueba del caballero. Todos los caballeros casados les pesaba por no se poder probar con el caballero, e así mesmo las dueñas, especialmente Amadís e Oriana, que bien creían ellos que, si fuera en el tiempo de sus amores, que acabaran la aventura.

Otro día de mañana, acabando el rey de oír misa, dijéronle que al puerto habían llegado tres naves. El rey envió a saber qué cosa fuese. Luego le tornaron a decir que venía en ellas la infanta Elisena, hija de don Bruneo, que su madre la enviaba para que estuviese con su prima doña Brisena. El rey la salió a recibir, e con mucho placer fue de todos recibida, especialmente de la infanta su cormana que mucho holgó con ella. Luego se asentaron a comer. Alzadas las tablas, luego vino Fristiόν con el caballero e la infanta, e así mesmo muchos caballeros que con el caballero se probaron, aviniéndoles como el día de antes avino a los otros. Estando así, entra por la puerta de la sala un caballero de gran cuerpo, traía el yelmo puesto. Como entró por la puerta de la sala e con el otro caballero así mesmo grande, mirando al estrado adonde las reinas estaban, mirando la infanta recién venida que extrañamente era hermosa, aquel que nunca cativo de amores había sido lo fue súpitamente de aquella infanta, en tal manera que en muchas pasiones e dolores le puso; pero al presente sintió su corazón ser rasgado con la vista de aquella tan hermosa infanta. E como era nuevo en los amores, viendo su afición que tan extrañamente le había herido, creyendo que para él se había guardado aquella aventura, embrazando su escudo e metiendo mano a su espada, se fue para el caballero encantado. Todos lo miraban y les parecía bien. Como cerca d'él llegó, el encantado metiendo mano a su espada, se comenzaron a dar muy grandes golpes, tanto que todos decían que era mucha bondad la del caballero extraño. Así anduvieron tres cuartos de hora poniendo a todos espanto sus golpes; pero ya a esa sazón el caballero desconocido estaba tal parado que su escudo era todo desfecho, sus armas despedazadas y él cayó tal en el suelo que todos cuidaron ser muerto. Quitándole afuera, le tiraron el yelmo, e dándole el aire tornó en sí; e a todos puso mucha alegría su vista, que este era Cuadragante, hijo de don Cuadragante. De todos fue muy bien recibido y de su padre, que mucho holgó con él. Luego, el caballero que con él viniera se fue a probar con el caballero encantado, mas así le avino qu'el caballero no curó d'él como de otros muchos. Quitándose el yelmo, fue conocido que era el príncipe Abiés de Irlanda. Todos holgaron mucho con él, e sobre todos sus hermanos. El rey Amadís les preguntó cómo había sido su venida de la Montaña Defendida. Ellos le dijeron que el rey Norandel e el almirante Frandaló tenían puestas treguas con los turcos por seis meses, y que por esta causa ellos habían venido en busca de un caballero que Solitario se llamaba, por probarse con él por la fama que por el mundo tenía; que la ventura los trujera allí, donde habían sabido que era Lisuarte, con que mucho placer recibieron. El rey Amadís, desde que hubo recibido bien estos caballeros, mandó a su hijo que

probase la aventura del caballero. Él dijo que le placía desde que todos hubiesen acabado. Así estaban muchos caballeros probando la aventura. La reina Calafia se entró a su aposentamiento diciendo que iba a hacer un poco que le cumplía, mas no tardó mucho que salió armada de todas sus armas, e diciendo:

—¡No me ayude Dios si yo no pruebo lo que mujer nunca probó! Quizá cosa tan extraña se acabará con otra que tanto lo sea.

Todos rieron mucho de lo que la reina dijera y quería hacer, mas ella, metiendo mano a su espada, se fue contra el caballero encantado. Como cerca de él fue, el caballero, sin poner mano en la espada, fincó el un hinojo^[279] en el suelo. El rey Amadís dijo:

—Señora reina, ese caballero, según me parece que os hace cortesía, no se querrá combatir con vos.

Ella que tenía la espada alta en la mano, dijo:

—Así me parece, que, según veo, no soy señora de mandar la espada de como la tengo.

Luego se tiró afuera. El caballero se tornó a levantar en pie. Luego Perión de Gaula se fue a armar e Lisuarte así mesmo; e siendo armados, como a la sala tornaron, el caballero Fristión, que ya su fama sabía, dijo:

—¡Oh, buenos caballeros, si yo fuese tan dichoso que alguno de vos me quitase de este trabajo, haciéndose a sí tan bienaventurado, cuánta merced Dios me haría!

Luego Perión, sin nada responder, se fue para el caballero encantado bien cubierto de su escudo, la espada alta en la mano. Como a él llegó, el caballero puso mano a su espada e comienzan entre sí una tan dura batalla que parecía que veinte caballeros se combatían. E así anduvieron dos horas grandes sin descanso tomar, sino ferirse muy apriesa. Todos decían que Perión había de acabar la aventura, mas ya a esa hora, teniendo desfecho todo el escudo, fue al caballero encantado e dióle por cima del yelmo, que así botaba de él la espada como si fuera hecha de palo; mas el caballero le hirió con la suya por cima del yelmo que muy abollado traía. El golpe fue tan cargado que sin ningún sentido dio con él en el suelo. Tirándole afuera e quitándole el yelmo, luego tornó en sí muy corrido. Lisuarte que vio que sólo él quedaba por probar la aventura, porque a los reyes casados no era dado probarla, viendo que todos decían que, si por bondad de armas la aventura se había de acabar, que él sería el que la acabase, teniendo en su corazón que en lo que quedaba, que era de los amores, que nadie había a su pensar ni podía ser que a él igualase en amar, diciendo entr[e] sí: «¡Oh, mi señora, vos me dad esfuerzo e poder para acabar esto, que con vuestra ayuda ninguna cosa temo!»; diciendo estas palabras, crecióle tanto el corazón que le pareció romper los pechos; con aquel desnudo, abrazando su escudo, su espada buena en la mano, se fue para el caballero encantado. Como cerca de él llegó, el otro puso mano en la espada, pero no la sacó. Lisuarte le tiró un golpe pensándole ferir, mas el caballero gelo hurtó con todos cuantos le tiraba, andando saltando muy ligero a un cabo e a otro de la sala. Lisuarte tras él por le ferir, nunca golpe le tiró que el

caballero encantado no gelo ficiese perder. D'esta forma anduvieron más de media hora, que, por mucho que hacía, golpe no le podía dar. Soltando la espada de la cadenilla, arremetió a él por cogerle entre los brazos, pero no le avino así, que, cuando pensaba que lo tenía, el caballero estaba ya a otra parte de la sala, y de aquella manera anduvo otra gran pieza. Todos estaban espantados de ver tan extraña cosa e preguntaron a Fristión si les había acontecido otra vez aquello. Él dijo que no y que muy espantado estaba, que no sabía qué cosa fuese. El rey Amadís dijo:

—Hijo, Lisuarte, debéis de dejar ese caballero que tanto huye de vós, que, según me parece, no quiere hacer batalla.

Lisuarte que entendió lo que su abuelo decía, luego se vino para él e dijo:

—No sé por qué este caballero tanto huye de mi compañía, queriéndome yo llegar a la suya.

Pero muy corrido vino en no haber acabado la aventura. El caballero se tornó luego a poner en medio de la sala como de antes. Fristión dijo al rey que, pues que su dicha no había querido que en su corte se acabase aquella Aventura, habiéndola probado los mejores caballeros del mundo, que probasen las doncellas la Aventura de la corona por ver si facían ventaja a los caballeros. El rey dijo:

—Por cierto, amigo, más me pesa a mí d'ello que no a vós. Así se haga como decís.

Luego mandó a su hija e a su sobrina que probasen la Aventura de la corona. Las infantas, tomándose ambas por las manos, llegaron cerca de la reina que en la sala estaba con unas colores de vergüenza que las paró tan fermosas como ángeles. Ellas se rogaron mucho sobre cuál iría primero, pero en fin fue primero la infanta Brisena e, fincándose de hinojos ante la reina encantada, que así lo había de hacer, le dijo:

—Fermosa señora, ¿queréis me donar esa corona por que yo sea la más bienaventurada doncella del mundo?

La reina encantada, tirando las manos contra ella, la tomó por las suyas e la levantó suso e luego la soltó. Ella con mucha vergüenza se fue para su cormana, que luego llegó a la reina; e fincándose ante ella de hinojos, le dijo las mismas razones que su cormana, mas luego la reina la levantó suso. Ellas se tornaron muy corridas al estrado. El rey Amadís mandó a muchas doncellas, hijas de grandes señores, que ahí eran que probasen la aventura, pero lo mesmo hizo con ellas que con las dos infantas, e tales hubo que, como ante ella se ponían de hinojos, la reina les daba con las manos en los pechos, haciéndolas caer en la sala (esto hacía a aquellas que a ninguno amaban).

Como Fristión vio que nadie quedaba por probar, dijo:

—Paréceme, señor, que tan poco remedio hallo en las doncellas como en los caballeros. Esto hicieron ellas de cortesía por no les hacer ninguna ventaja. Si me mandáis, señor, dar licencia, yo me quiero ir en mi demanda.

El rey le dijo:

—Amigo, sinrazón sería estorbaros vuestro camino. En lo demás a mí me pesa

por no haber fallado vós remedio en mi corte; pero primero quiero bien mirar ese caballero bien de cerca.

E luego, levantándose él e los reyes con la emperatriz e todas las reinas, fueron a ver la reina de junto, e parecioles una de las [más] hermosas mujeres que nunca vieran. Mirando la corona que en la cabeza tenía, pareciéndoles la más extraña que nunca vieran e más bien labrada e rica, el rey Amadís dijo a Frístión si consentía llegar a ella las manos.

—Sí, —dijo él—, pero cualquiera cosa que a ella llega luego es quemada en un punto; e así lo hace el yelmo del caballero, que un caballero combatiéndose con él, pensando gelo quitar con las manos, en un punto le fueron quemadas.

Desque hubieron mirado la reina, fueron a mirar el caballero, e viéronle el escudo muy bueno sembrado de muchas piedras, pero no tenía que ver con el yelmo, que todo era de un diamante, como dicho es, el más fino que se nunca vio; todos se parecían en él claramente. En el cerco tenía unas letras muy bien talladas, pero nadie hubo que las leer supiese. Preguntaron a Frístión que qué decían aquellas letras. Él dijo que no lo sabía más que ellos. Todos decían que grande había sido el saber de Medea y que era el más feroso encantamiento que nunca vieran. Frístión e su compañía se salieron por la puerta del palacio, él delante e luego el caballero e la reina, e los veinte caballeros detrás, que, por ser vasallos de aquel caballero encantado, aquellas armas negras traían. Abajados al patio, poniendo el caballero e la reina sobre un carro muy rico con un cobertor de brocado que cuatro caballos traían, y ellos cabalgando en sus caballos, se partieron muy tristes, pensando pues en corte de tan gran rey donde tantos buenos caballeros había no habían habido remedio, que no lo hallarían en el mundo. Los reyes, que al corredor salieran por ver en qué forma los llevaban, se tornaron a la sala hablando en la muy extraña aventura, pero de Lisuarte vos digo que estaba tan triste y pensativo por no haber acabado la aventura que por ser señor del mundo no quisiera allí haberse hallado, ni que a oídos de su señora fuese. (Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia* [1525], cap. 79).

IV.4. SOBRE MATRIMONIOS SECRETOS, ENCUENTROS NOCTURNOS Y DEMÁS PLACERES DE LOS QUE GOZAN LOS ENAMORADOS

§ 45. DE CÓMO TIRANTE EL BLANCO CONSIGUIÓ EL BIEN MÁS PRECIADO DE BLANCAFLOR, GRACIAS A LA AYUDA DE PLACERDEMIVIDA

Como Tirante vio el hablar abierto de Placerdemivida, con voz baja le dijo:

—Temor de quedar envergonzado me quita de ganar paraíso en este mundo y reposo en el otro; empero diré lo que me parece, que en tiempo de adversidad los parientes y amigos se tornan enemigos y mi inocente deseo no es sino con mucho

amor hacer servicios a aquella de quien soy y seré tanto, como la vida me acompañe; y en este artículo de fe quiero vivir y morir. Y si tu voluntad con mi deseo se acordase, muy consolada sería mi alma, que todas las cosas que se me representan no son sino temor de vergüenza. Y pues no pued[e] ser lo que deseo por ser noche oscura, con los ojos del pensamiento la veré, por que os ruego que vamos sin más tardar, y toque yo aquel cuerpo glorificado.

—Pues con tantas importunaciones os he vencido, —dijo Placerdemivida—, en ofensa de mi honra y placer vuestro, quedaos agora para aquel que sois.

Y soltole de la mano. Como Tirante se vio sin su guía y no sabía dónde se estaba por la mucha oscuridad, con baja voz la llamaba; y ella le hizo estar así refiriéndose cerca de media hora, en camisa y descalzo. Como ella vio que ya sería bien refriado, hubo piedad y allegose a él y díjole:

—Así castiga hombre a los que son poco enamorados. ¿Cómo pensáis vós que dueña ni doncella de cualquier estado que sea que le despliega de ser amada? Antes os digo que aquel estiman ellas en más que más solícito es en buscar maneras de las entrar a ver por puertas o por ventanas o tejados. ¿Creís agora vós que me placeré a mí que Hipólito hiciese otro tanto por mi amor? Antes os digo que le querría mil veces más, y no me pesaría, si consentir no quisiese a su voluntad, que me tomase por los cabellos y me arrastrase por la casa hasta que yo callase e hiciese todo lo que él quisiese. E yo le querría más conociendo que es hombre que si hiciese lo que vós hacéis y decís, que no la querríades enojar. En otras cosas, la amad vós y servid; mas estando con ella a solas en una cama, no le guardéis cortesía. ¿No sabéis lo que dice el salmista? *Manus autem*. Y es su glosa que, si queréis ganar dueña o doncella, que no tengáis temor ni vergüenza.

—¡Por mi fe, doncella!, —dijo Tirante—, vós me habéis dado más noticia de mis faltas que no ha hecho jamás ningún confesor. Yo os ruego que me llevéis a la cama de mi señora. [...]

Placerdemivida tomó a Tirante por la mano y llevole a la cámara de la princesa, e hízole acostar a su costado. Y las tablas de la cama, hacia la cabecera, no llegaban a la pared, y Placerdemivida se metió allí y dijo a Tirante que estoviese quedo hasta que ella gelo dijese. Y Placerdemivida puso su cabeza sobre el almohada, entre Tirante y la princesa, y tenía la cara vuelta hacia ella; y tomó la mano de Tirante y pusóselas sobre los pechos de la princesa, el cual le palpó los pechos y el vientre y de allí abajo. La princesa despertó y dijo:

—¡Oh, válame Dios, cómo eres enojosa! ¿No me puedes dejar dormir?

Dijo Placerdemivida:

—¡Oh, cómo sois doncella de mal sufrimiento! Salís agora del baño y tenéis las carnes lisas y gentiles, y deléitome en tocarlas.

—Toca do quisieres, —dijo la princesa—, y no pongas la mano tan abajo.

—Dormid y haréis bien, y dejadme tocar este cuerpo, pues es mío, que yo estoy aquí en lugar de Tirante. ¡Oh, traidor de Tirante! ¿Y dónde estás agora? Que si

tuvieses la mano donde yo la tengo, estariés alegre y contento.

Y él tenié la mano sobre el vientre de la princesa y Placerdemivida tenía la suya sobre la cabeza de Tirante. Y como ella conocía que la princesa se dormía, aflojaba la mano, y entonces Tirante tocaba a su placer; y d'esta manera se deportó^[280] cerca de una hora. Y como Placerdemivida conoció que ella dormía bien, aflojó del todo la mano. E Tirante quiso tentar de paciencia y dar fin a su deseo; y la princesa despertó, y dijo:

—¿Qué malaventura haces que no me quieres dejar dormir esta noche? ¿Eres tornada loca que quieres tentar lo que es contra tu natura?

Y a poco rato ella conoció que era más que mujer y no quiso consentir, antes comenzó a dar gritos. Y Placerdemivida le atapaba la boca con sus manos, y díjole a la oreja porque las otras no lo sintiesen:

—¡Callad, señora, y no queráis disfamar^[281] vuestra persona, que temo que no lo sienta la emperatriz! ¡Catad que es vuestro caballero Tirante, quien por vós se dejara morir!

—¡Oh, maldita seas tú!, —dijo la princesa. ¿Y no has habido temor de mí ni vergüenza del mundo, que sin yo saber nada me has puesto en tanto trabajo y difamación?

—Ya, señora, —dijo Placerdemivida—, pues el mal es hecho, dad en ello remedio, que me parece que el callar es el mejor remedio y más seguro.

Y Tirante con baja voz la suplicaba lo mejor que podía, y viéndose ella en tan estrecho paso, que de la una parte la combatía amor y de otra temor, y al fin deliberó de callar. (*Tirante el Blanco* [1511], libro tercero, caps. 114-115).

§ 46. DE CÓMO SE CONSUMÓ EL MATRIMONIO SECRETO ENTRE LISUARTE CON ONOLORIA Y ENTRE PERIÓN CON GRICILERIA, CON OTRAS COSAS DE PLACER QUE OCURRIERON AQUELLA NOCHE

Dice la historia que Lisuarte e Perión e Olorius fueron tan bien remediados de sus llagas por mano de aquel gran maestro Elisabad que dentro en un mes fueron d'ellas bien guaridos.^[282] Mediante este tiempo la emperatriz e sus hijas los iban muchas veces a ver, que era de lo que ellos más remedio para su salud recibían, puesto que no podían con ellas hablar más de lo que públicamente decir querían; pero de aquello recibían ellos mucho descanso. Del emperador e de todos los de su corte eran tan preciados que no se hablaba en otra cosa sino en sus bondades. La doncella Alquifa en este tiempo nunca dejaba de decir a la princesa e a la infanta tales cosas por do les hacía doblar el amor que a sus amigos tenían. Siendo ya del todo guaridos, yendo muchas noches a hablar a sus señoras como solían, no alcanza[ron] más de lo que oído habéis, pero una noche hablando con ellas Lisuarte dijo a Onoloria:

—Señora, las mercedes que vós me hacéis e yo de vós he recebido son tan grandes según vuestro merecimiento que empiden mi lengua, viendo que no merezco yo tanto bien como de vós recibo, para suplicaros queráis hacerme más mercedes de las que hacéis. Mas una vía sola, señora, hallo para que sin ofenderos pueda suplicaros por lo demás sin ofender a vuestra honra ni al deseo que de serviros tengo, porque sin esto antes me dejaría pasar por la cruel muerte que errar un punto contra vuestra honra. Y esta, mi señora, es que en tanto que yo la voluntad de vuestro padre con muchos servicios gano para tener atrevimiento de suplicarle os quiera casar conmigo, vós e yo secretamente nos desposemos, e por el grande amor que yo a este caballero mi tío que presente está tengo e por el deseo que a esta hermosa infanta así mesmo de servir tengo, queriendo ella hacer otro tanto con él como yo a vós, mi señora, os pido. Dende aquí digo que los reinos de la Gran Bretaña e Gaula, que de derecho después de su padre y el mío me vienen, que los tenga por suyos. E yo desde hoy gelos doy, que a vós, mi señora, e a mí harto nos bastará este vuestro imperio con el mío de Grecia.

Antes que nadie respondiese, Perión quiso besar las manos a Lisuarte, mas él no consintió. Perión le dijo:

—Señor, yo pensaba que no había cosa con que me pagásedes el amor que os tengo, pero agora me lo habéis bien pagado, no por la merced que me habéis hecho, mas por la buena voluntad que de vos siento que iguala con el deseo que de servir os tengo. Plega a Dios de me traer a tiempo que os lo pueda pagar, no como mis fuerzas e poder pueden bastar, mas como mi voluntad e deseo me obligan juntamente con vuestras mercedes.

Onoloria, que muy leda estaba por haber oído a su amigo aquello que ella tanto como él deseaba, dijo:

—Mi verdadero amigo, antes que os responda nada quiero tomar voto de mi hermana por ver si se conforma con mi voluntad.

Gricileria le dijo:

—Señora hermana, excusado es decir eso, pues sabéis vós que no tengo de salir de vuestro mandado. Yo os doy mi voto, que de lo que vós hicierdes no puedo yo recibir sino mucha merced.

Onoloria, abrazándola e besándola, dijo:

—Así lo tenía yo de vós, mi buena señora e hermana.

E volviéndose a Lisuarte, le dijo:

—Mi verdadero amigo, porque no hay razón que baste para respuesta de lo que habéis dicho, solamente digo que se haga lo que mandáis, e porque tal cosa no es razón de se hacer por reo, quédese para mañana en la noche, e vendréis a la hora que agora por una puerta falsa que de nuestra recámara a la huerta sale, que yo tengo las llaves; e aquí dentro en esta cámara quiero que se hagan nuestros desposorios.

Lisuarte e Perión le besaron las manos por oírle aquello que ellos tanto deseaban, agradeciéndole mucho la gran merced que les habían hecho besándoles a ambas

muchas veces las manos. E porque era tarde, se despidieron d'ellas, tornándose a su cama sin seso de gozo, mirando primero la puerta por donde habían de entrar, que de fierro muy gruesa era. Así pasaron esa noche y otro día con tanto gozo que no se podría contar ni decir. Otro día ellos se vistieron muy ricamente cubriéndose dos mantos d'escarlata muy fina, bordados de oro e muchas perlas, tan apuestos que a todos ponían espanto; e sus compañeros con ellos, hablando en muchas cosas de placer con el emperador, concertaron de ahí en cuatro días ir a monte a un gran bosque que cabo la ciudad estaba. Venida la noche, después de todos acostados, Lisuarte e Perión, como vieron que era hora, así como estaban ataviados se fueron al postigo de la huerta. Onoloria e Gricileria, que no menos alegría e cuidado que ellos tenían, como las candelas fueron muertas, tomando las llaves, entrando en la recámara muy paso, porque dormían allí Brildeña e otras muchas doncellas, temblando como si frío tuviesen, abajaron por una escalera de pocos pasos que al postigo abajaba. Como abajo fueron, Gricileria, tomando las llaves, llegándose al postigo, dijo:

—¿Está allá alguien que quiera entrar acá dentro?

—Sí, —dijo Lisuarte.

Ella dijo:

—Pues nadie no puede entrar acá, qu'el emperador está retraído e ha mandado a este portero e a mí que no dejemos entrar a nadie.

Lisuarte dijo:

—Si Dios estuviera en el suelo e fuera esta su morada, luego creyera lo que decís, pero en otra guisa no pienso nadie tener poder de tener los ángeles por porteros.

—Dejadvos d'esos donaires,^[283] —dijo Onoloria—. Abrid, hermana, que me muero de miedo.

Gricileria había a esa hora quitado el candado, e como el postigo abrieron, vieron estar de hinojos a Lisuarte e a Perión. Ellas llegaron cada una al suyo, besándoles ellos las manos; abrazándolos ellas, los levantaron suso y, tomándolos por las manos, muy paso subieron por la escalera. Como entraron en la cámara, estando todo muy oscuro, Lisuarte abriendo su manto, de su rica espada salió tanto resplandor que quedó la cámara tan clara como si veinte hachas encendidas estuvieran. Luego, viéndose unos a otros a la luz que de la espada salía, así ellos como ellas fueron tan espantados de sus hermosuras que estuvieron gran pieza sin se poder hablar mirándose. Onoloria e Gricileria tenían los sus muy fermosos cabellos sueltos sin otra cosa sobre ellos sino sendas redes de oro, sembradas por ellas muchas piedras e perlas. Dando las manos ellas a ellos, y ellos a ellas, se desposaron e pasaron con mucho gozo. Quitando Lisuarte su espada e cubriéndola, aquellas que hasta allí doncellas habían sido fueron hechas dueñas. Pasada gran parte de la noche, porque era muy tarde, quedando concierto para otra noche su venida de la misma forma, se tornaron al postigo. Allí se despidieron d'ellas abrazándose e besándose muchas veces. Cerrando ellas su postigo, se fueron ellos. Ya podéis ver con cuánto gozo

habiendo cumplido aquello que tanto por ellos era deseado se tornaron a su cama. E d'esta forma vinieron tres noches a reo, no dando a nadie parte de lo que hecho habían ni aun a Alquifa que tanto en sus amores había trabajado. Así pasaban con tanta alegría que todos se espantaban de verlos, pero no sabían a qué causa fuese. (Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia* [1525], cap. 96).

§ 47. DE CÓMO CARDENIA SEDUCE A FLORINEO Y DE CÓMO EN UN BOSQUE
TERMINAN POR HACER REALIDAD SUS DESEOS

Cuando la doncella Cardenia se vido en el batel con aquel que tanto amaba, fallose la más congojada mujer del mundo, porque diversos pensamientos la combatían: de la una parte, amor; y de la otra, vergüenza; y de la otra el temor que tenía de ver aquel que tanto amaba puesto en aventura de muerte si con Corniel entraba en batalla a su causa. Y pensando en todas estas cosas, no sabía en qué se determinar, y maldecía muchas veces a su tía la Dueña del Fondo Valle porque en tal cuidado la metiera; y en fin tuvo por mejor, aunque recibiese alguna afrenta, descubrir su corazón a Florineo que vivir con tanta cuita; y estando un día después de haber comido asentados al borde del batel mirando la mar, le comenzó a decir:

—Mi buen señor Florineo, ruégovos que no tengáis a deshonestidad ni maldad lo que vos quiero decir; pues si lo es, vuestra fermosura y bondad son causa d'ello. Y es que habéis de saber, mi verdadero señor, que desde la primera hora que os vi me aqueja tanto el vuestro amor que, no pudiéndolo más sufrir, determiné de pedir os hayáis duelo de mí, y debéislo de hacer, porque, si viese que después de haberme descubierto a vós decir esto, no lo tomásedes de buen grado, me echaría a la hora de aquí ayuso donde en un punto p[er]ciesen mi desvergüenza y vida.

Y esto decía con tanto fervor que muchas lágrimas derramaba por las sus faces. Cuando Florineo tal cosa oyó, fue mucho turbado, porque, aunque había conocido d'ella que le había buen tal[a]nte, no cuidó que a tanto se extendía, y según lo que en ella conoció, bien vido que, si no le respondía bien, de fecho se lanzaría en la mar; y por no dar lugar a esto le respondió:

—Mi buena amiga Cardenia, no me tengades por caballero tan sin mesura que no sepa agradecer al que bien me face y desea; y conociendo yo de vós tan grande amor y, habiéndomelo manifestado, os quedo tan obligado que no sé cosa con que vos lo pague sino con otro tal, el cual yo vos tenía y tendré de aquí adelante, aunque no por la vía que fasta aquí.

E diciendo estas y otras muchas cosas de grande amor la asosegó y le dio muy buena esperanza de cumplir toda su voluntad, y luego fuera fecho sino porque el batel era tan pequeño que no podían hacer ni decir nada que los hombres que remaban no lo viesen. Y ansí navegaron fasta que un día a hora de nona llegaron al reino de Irlanda, y tomando tierra, se despidieron de los hombre del batel, a los cuales la doncella pagó

muy bien su fiel, y tomaron su camino hacia donde Cardenia tenía un buen lugar que era de su padre, y en él un hermoso castillo. Y así anduvieron tanto hasta que fue de noche, la cual les tomó muy oscura en un verde prado junto a una fuente que estaba casi en el camino. Y como vieron tan buen lugar para descansar, acordaron de quedarse allí aquella noche; y quitando los frenos a los caballos y al palafrén los dejaron paecer de la yerba que asaz había en el campo; y después Lelio sacó de cenar, que del batel tomara algunas cosas pensando lo que había de ser. Y como hubieron cenado, Lelio tendió su manto en el prado, donde Florineo albergase, y él y la doncella se apartaron cada uno a su parte por lo de dejar dormir; y él se tendió sobre el manto teniendo el escudo por cabecera; mas la doncella, que en tal trance se vido, no se le olvidó lo que Florineo le prometiera, antes estuvo aguardando a que Lelio se adormiese; y cuando lo vido adormido, levantose muy paso y se fue adonde Florineo estaba; y él como la vido no le pesó con su venida, antes se desarmó muy paso ayudándole Cardenia; y después los dos se tendieron sobre el manto, donde con gran placer de entrambos folgaron la mayor parte de la noche. Y Florineo quedó muy pagado de la doncella, porque era muy hermosa y apuesta y nunca a otra conociera de aquella guisa, y sobre todo era muy graciosa. Y así estuvieron mucho a su sabor hasta que el alba venía. Y sabed que aquella noche Cardenia se hizo preñada; y venido el tiempo, parió un hijo de quien adelante la historia hará larga mención, que fue uno de los buenos caballeros del mundo. Pues tornando a nuestro propósito, cuando Florineo y Cardenia vieron que quería amanecer, levantáronse muy paso, y él se tornó a armar porque Lelio no sintiese nada del fecho; y tornáronse a dormir los dos, cada uno por sí. Y como estaban desvelados, dormieron hasta que era el sol salido. Y como Florineo vido tan gran día, dijo:

—No conviene tanto dormir a caballeros andantes que han de ganar honra por el mundo.

Y volviéndose hacia Lelio vido que tenía los caballos y palafres enfrenados,^[284] y cabalgando Cardenia en su palafrén, y ellos en sus caballos se fueron su camino hacia el lugar del padre de Cardenia. (Francisco de Enciso Zárate, *Florambel de Lucea*, libro I [1532], cap. 6).

§ 48. DE CÓMO LA DONCELLA ASTREA CONSIGUIÓ SEDUCIR A SU AMADO, EL CABALLERO DEL LAGO, MÁS POR LAS PALABRAS Y EL DOLOR QUE AMOR LE PRODUCÍA QUE POR SUS DESEOS LIBIDINOSOS

Algunos días se detuvo el caballero a ruego de la condesa, entre tanto que estas cosas pasaban, recibiendo d'ella y su hija todo placer y contentamiento, que servicio no había que pensarse pudiese que no se pusiese en efecto sin haber dilación. Pero ¡oh, Fortuna desconocida!, ¡oh, Ventura alevosa y traidora! ¿Quién habrá tan

poderoso que fuerce tu voluntad, que mude tu determinación y revoque lo que tú tienes dispensado? Naturalmente eres en tus obras villana, pues jamás supiste torcer del camino que una vez has comenzado, ni dejar la senda que tomaste, ni por fuerza ni de grado. Otros te llaman varia, porque contino te mudas y jamás permaneces en un ser. Yo, por el contrario, te juzgo por la más firme y constante que se vio, pues ni a quien persigues dejas de perseguir hasta que muera, ni a quien amas de favorecer hasta ponerlo en la cumbre. ¡Mira qué señales de inconstancia! Yo no sé qué será, sino que con tus promesas elevas y suspendes los sentidos humanos, y les haces creer lo porvenir y negar lo presente, afirmar lo dudoso y en lo cierto desfallecer; en prueba de lo cual, mira cuán adversa a esta desdichada condesa se mostró, e mira cómo, cuando pensó ser acabada su Fortuna, de nuevo extendió sus ramos cortados y produjo su fruto cogido.

Y fue así que, como la hija de la condesa al Caballero del Lago muchas veces viese y comunicase, el amor traidor y cauteloso se metió en su pecho y, como huésped convidado, le incitó a tenerle y mostrarle aquella voluntad que su favor e ayuda demandaba; pero después, no contento con esto, quiso hacerse universal señor de la posada, abrasándola en el fuego inextinguible de afición tan desordenadamente que, afirmando en él sus amorosos ojos, diera conocida señal d'ello a quien no fuera libre de tal sospecha; y poco a poco se aumentó en tal manera que la prudente y honesta doncella, que resistía, fue del todo en la batalla vencida, y la discrección dio lugar al deseo, y la razón a la voluntad. Pensando muy afincadamente en qué manera se podría descubrir al caballero, que muy fuera estaba de tal cuidado,^[285] y retrayéndose la doncella en un aposento suyo, sola, sin persona alguna, comenzó a derramar muchas lágrimas, y decir con semblante lastimero:

—¡Oh, doncella desdichada e sin ventura! ¿Qué novedad ha sido esta tan grande? ¿Cómo tan presto has sido trocada del libre estado que tenías? ¿Quién de alegre te hizo triste? ¿Quién de contenta te puso en dolor? ¿Quién de libre te cautivó? Dime por tu fe, ¿Quién tuvo tanto poder que forzó tu voluntad, que venció tu honestidad, que hizo posponer la natural vergüenza virgínea? ¿Qué te manda ejecutar lo que te daña y huir lo que cumple y conviene a tu honor? Aquel poderoso del siglo, aquel quebrantador de las leyes, aquel dador de las penas, aquel origen, tormento y causador de las culpas merecedoras, el que da venturoso esfuerzo al cobarde y cobardía al más animoso, el que hace temer al osado y al temeroso olvidarse del peligro; éste es el que funda las paces e introduce la guerra, el que cura las enfermedades y maltrata la salud, e finalmente el que tiene por mayor premio la triste muerte. Bien creo que le conoceréis por estas señas, pero para mejor informaros vos quiero decir su nombre: su nombre es Amor. Amor le llaman los que no le conocen; conócenle los que le vieron; viéronle los que no debieran guardarse de su traición; traición bienaventurada es la suya; suya es la gloria sin par; sin par es el tormento que da por pena; pena que en gloria redunda; redundante en entero contentamiento y placer; placer es que no viene sin tristeza; tristeza a quien siempre sigue la muerte; muerte

que es causa de nueva y más bienaventurada vida; vida que no carece de alteración; alteración que robó mis sentidos; sentidos no bastan a resistirle; resistirle es locura; locura es darle lugar. Pues ¿qué hará mi atormentado cuerpo, mi ánima atribulada, mi corazón cativo e mi tormento libre, combatido de tanto competidor? No hay muro que defienda, no hay fortaleza que asegure, no hay contrario que pueda resistir, todo es llano y expugnable al enemigo que nuevamente se me ha levantado. ¡Oh, Caballero del Lago, por mi mal venistes en mi tierra! Pensaste darme favor y más cruelmente me has ofendido; veniste a librarme y hasme tornado cautiva. Pluguiera a Dios que siempre peleara con Galafox y no conociera tu amparo. Perdí un enemigo mortal y he hallado otro más poderoso e invencible. Quitaste de mi objeto al público traidor y has tomado tú oficio de traidor secreto, porque no me pueda guardar. ¿Qué haré, desdichada, con tantos contrarios? ¿Qué será de mí entre tantos enemigos? Dejarme vencer redundaría en gran pérdida de mi honra, ser vencedora no puedo, y aunque pudiese no querría, que más vale ser vencida y más honor por tan valeroso contrario, que vencer haciéndome libre con cautiverio, que es principio de mayor libertad. Pues ¿cómo será? Descubrir mi pena no osaré; si la encubro, mi muerte es cercana. Tú, Amor, que me encendiste, me alumbras; tú, que me hiciste perder, me guías; tú, que me pusiste en las ondas, me gobiernas; tú, que me hiciste olvidar, te acuerdas de mí.

E diciendo esto comenzó muy amargamente a llorar. Con esta pena gastó todo ese día y otros, y determinábase en descubrir al caballero su amor, y no osaba cuando en su presencia se vía; quería apartar de sí tal pensamiento y tanto mayormente le molestaba y crecía, e finalmente se determinó en lo que veréis. Fingió que estaba muy mal dispuesta y retrájose^[286] en un aposento apartado, diciendo que quería reposar sola aquella noche, e así se puso por obra. Bien pensó la condesa que alguna tristeza tenía en su corazón, y no estaba engañada, que bien era así verdad. Pues ya que gran rato de la noche fue pasado, llamó a una doncella suya que la servía, de quien ella mucho se fiaba, a quien dio entera cuenta de su hecho y le encargó el secreto que convenía; y le mandó que estuviese sobre aviso; y que si la condesa su señora o otra persona viniese a visitarla, le dijese que había tenido un gran dolor y que reposaba, y le había mandado que hasta otro día la dejaran, porque recibía molestia con ser visitada. Esto ordenado, muy encubiertamente se fue al aposento del caballero, que abierto estaba ahora, que aún no era venido a acostarse y el aposento estaba solo; y muy secretamente se escondió detrás de unos ricos paños con que guarnido^[287] estaba, y esperó a que viniese a acostarse. Venido que fue, se desnudó y entró en el lecho, que a maravilla era rico e muy aderezado, y mandó a Sagarín salir y cerrar la puerta tras sí. El caballero se adormió con descuido del ajeno cuidado, aunque también era propio. Media noche sería cuando la doncella salió del lugar en que estaba, y desnudándose muy paso entró en el lecho con el caballero. Quería y no osaba recordarle, que el dolor le daba esfuerzo y la vergüenza le impedía; pero finalmente el amor desenfrenado dio recio de las espuelas a la ligera y vencida

voluntad, y la doncella, bien como si verdaderamente rabiara, arremetió muy recio con él, y la fuerza del encubierto dios la resistencia humana conquistó. El caballero con gran pavor recordó,^[288] y sintiéndose entre sus brazos e viéndose desordenadamente besar, por cierto tuvo que soñaba. No sabía qué se hacer en tan grande confusión puesto, y con todo la doncella no cesaba de hacer su comenzado oficio, en tanta manera que el caballero, muy turbado, dijo así:

—¡Oh, válame Dios! ¿Y qué es lo que veo? Ni sé determinar si es sueño o nocturna fantasía, que persona humana bien soy cierto que no lo será.

E diciendo esto muy recio punó de la apartar de sí, mas la hermosa doncella le dijo:

—No ha de ser así, buen caballero, que uno es hacer batalla con los fuertes y animosos caballeros, y otro con las flacas y delicadas doncellas, porque lo que con ellos acaba el espada, con nosotras comienza la razón. Y certífícoos que no seréis tan animoso y fuerte que os libréis de mis manos sin que de vuestra hermosura goce a mi voluntad.

Cuando el caballero oyó estas razones, ¿quién vos podrá decir cuánto fue maravillado? Y teniendo por muy extraña aventura la presente, dijo a la doncella:

—Buena señora, en gran manera me maravillo de lo que veo. Habéisme puesto en cuidado con vuestras razones. Deseo tengo de saber quién sois y la forma que tuvistes para venir en este lugar, y causa.

—Soy a quien el amor venció; soy a quien desmamparó la honestidad; soy quien os ama más que a sí; soy vuestro mismo corazón, y vós, mi señor, el mío. Vuestra hermosura me trujo, que no pudiera vuestro esfuerzo invencible, por donde la juzgo yo más poderosa; trújome vuestra afición y servicio, el cual justamente os deben los nacidos. Mi nombre es Astrea, hija de la Condesa Bienaventurada, que conocéis por haber hallado tal defensor.

Cuando el caballero oyó quién era la doncella, fue su turbación muy grande, e dijo d'esta manera:

—Buena señora, hasta agora dudaba d'este hecho, y agora tengo por cierto que es vanidad, por la incredulidad que administran vuestras razones; que de persona tan generosa presumir cosa semejante sería pecado y locura admirable, cuánto más osarlo decir. Ruégoos queráis declararme la verdad porque no yerre, y desengañar mi sentido porque no haga mayor delito este servidor vuestro en pensar de vós semejante liviandad, que vós en cometerla.

—Bien parece, mi buen señor, que sois libre del dolor que siento y del tormento que me maltrata, pues juzgáis a mí por liviana en hacer lo que hago, e bien es claro que ignoráis cuánto más pesa mi pena que la obligación que tengo de conservar la castidad. ¡Oh, Amor, e si como eres justiciero fueses justo, cuántos yerros son condenados por los hombres que no solamente no lo serían, pero habrían el loor que merecen! ¡Oh, si tu fuerza fuese igual en el paciente y autor, cómo serías muy acatado por todo el mundo, y cuántos baldones^[289] y afrentas excusarías que se hacen

en tu sagrado nombre! Buen caballero, tened por cierto lo que digo, y no me neguéis lo que pido, si no queréis más ofenderme con vuestra esquividad que con vuestra hermosura. Mira[d] que peno y padezco por vós y el remedio es en vuestras manos, que, si le negáis, será mi muerte en las mías.

Bien entendió el caballero la firmeza de la doncella y tuvo por verdaderas sus palabras, e quisiera en gran manera mudar su propósito y vencer su inclinada voluntad, y así le dijo:

—Buena señora, ni vuestro atrevimiento condeno, ni niego la razón que da principio a vuestra obra, ni la fuerza del amor me es oculta; pero duélome de que sea tan ciego y fuera de compás que ni haga discreción de personas ni diferencia de merecer. El vuestro ya es manifiesto, pero el mío es tan oscuro que no se ve, porque ninguno hay. Tomad, señora, mejor consejo; considera[d] que soy un caballero andante y de poca nombradía; no queráis hacer señor de vós a quien no merece tener nombre de vuestro, y no permitáis que los servicios que a la condesa debo y los beneficios recibidos d'ella tan mal se paguen y con tanta maldad se agradezcan, ni que merezca tener nombre de traidor quien en tanto grado le es^[290] y ha sido siempre notorio amigo.

—Buen caballero, —dijo la doncella—, de vuestro valor no tratemos, pues a todos es manifiesto; digo de vuestra persona, porque en lo oculto de vuestra progenie, puesto que secreto me sea, bien se da a entender que será grande por las exteriores señales que parecen en vós; y por esto confío y tengo por cierto que mi atrevimiento, que grande parece, será menor si con razón se considera. Y no penséis que desvíos son poderosos de revocar la sentencia que en el consistorio del amor es dada sin que en mí se ejecute, porque no la apelo; y pues que en el estado presente he venido, ya no sería razón dejar por alguna vía de cumplirla, que lo uno la ignominia vuestra sería muy grande, y lo otro daríades ocasión a que mi corazón, vencido y cercado de dolores, se dispusiese a dar ejemplo a las gentes de mayor hazaña y noticia de osadía más admirable. Si de mí tenéis compasión, a tiempo sois de mostrarlo dando remedio a mi pena y alivio a mi tormento; e si no, daréis ocasión a que muera la que más os ama en esta vida; y, pensando hacer a mi madre servicio y lealtad, mayormente le ofenderéis, siendo causa de la muerte de mí, su hija que tanto ama. E dígoos que no tardará que la cruel muerte no dé fin al dolor que pende de vuestra venida, y mis manos rigurosas tomarán venganza de la culpa y ofensa que mis ojos hicieron en vos mirar; y por ventura, entonces, querréis poner remedio cuando ninguno habrá, y quedaréis con nombre de homicida y cruel, e yo con corona de constante e firmeza.

Diciendo esto, la doncella comenzó a derramar muchas lágrimas amorosas con que la faz del buen caballero fue regada, y perdiendo todo sentido quedó entre sus brazos como si verdaderamente fuese muerta. Gran confusión hubo el caballero e quisiera a esta hora no ser nacido, y maldecía su ventura y juzgábase por malandante, e ya le pesaba por la esquividad que con ella mostró. Gran pieza estuvo la doncella que no volvió en sí, pero en fin, con remedios que el caballero le hizo, tornó a cobrar

el esfuerzo perdido, y como si recordara de un pesado sueño, dando un profundo gemido, con voz muy congojosa e triste comenzó a decir:

—¡Oh, doncella sin ventura! ¿Cuál sentimiento es poderoso de resistir tan grave dolor? ¿Cuál sufrimiento humano no desfallece en tan temerosa conquista? No debe ser sino que el amor, que da la pena, da la medicina con que se cure; pero ésta no la hay en mí, que una sola que esperaba con gran inhumanidad y crueldad se me niega. Todas las humanas fatigas tienen por tiempo fin, pero mi dolor, así como principio no tuvo, así de fin carece. ¿Qué cosa criada me daréis que naturalmente no ame la vida y a la muerte tenga enemistad? Pues venid a mí y veréis lo contrario, que tanto la vida aborrezco que pensar en ella me da dolor, y con la memoria de la muerte descanso y siento reposo.

Gran lástima y compasión hubo el caballero, y no pudo estar que parte no sintiese de su pena; y derramando muchas lágrimas, viendo que más era tiempo de consuelo que de reprehensión, le dijo d'esta manera:

—Mi buena señora, nunca pensé que amor era tan poderoso que los firmes corazones tan presto y tan duramente sujetase. Pésame de la pena que sentís, y más porque me hallo indigno que por mi respecto se padezca y tolere, que no quisiera que vuestro valor soberano fuera privado del premio que merece; pero pues mi ventura fue tal que diese lugar a que vuestra libertad se venciese e mi lealtad fuese cautiva, la discreción es de dos daños reparar el mayor. Haced, señora mía, a vuestra voluntad, y tomad de mí lo que quisierdes, que ya no es tiempo de resistir a quien no sufre resistencia.

E diciendo esto comenzó a la abrazar, y juntó la vencida doncella su hermosa faz con aquella que tanto deseaba, y fue causa de su conquista, y con regocijo y contentamiento inefable gozó de la inmensa gloria que procuraba, habiendo con el buen caballero carnal ayuntamiento. E así pasaron gran parte de la noche hasta que fue hora que la doncella se retrajese en su aposento, partiéndose del caballero no con menor dolor que en su ayuntamiento había de gloria recibido; y todos los días que el caballero ahí estuvo, siempre él fue d'ella visitado con grande contentamiento y placer suyo. E ya que le pareció ser tiempo de poner en obra su partida, un día se lo descubrió, e pidió para ello licencia. ¿Que vos diga que no le pesó? Sí hizo en verdad, que no se pudiera cosa ofrecer de que hobiera más sentimiento aquella hora que de aquello que al caballero oyó. E viendo que no lo podía excusar, le rogó que, pues su voluntad aquélla era, dondequiera que fuese no perdiese d'ella memoria, mas que siempre la visitase, pues sabía que jamás ella sería alegre en tanto que d'él fuese apartada. (Bernardo de Vargas, *Cirongilio de Tracia* [1545], libro I, cap. 30).

§ 49. DE CÓMO BELAMIR Y ALBASILVIO TRIUNFARON EN SUS RESPECTIVOS
COMBATES AMOROSOS EN EL CASTILLO DE FLORECINTA, EN DONDE NO QUEDÓ

Pues quedando los caballeros en sus lechos, partiéndose las doncellas para los suyos, quedando aquellas estancias con mucho silencio, no pasando gran pieza cuando Belamir oyó entre las rosas y verdes arrayanes^[291] de sus pabellones gran remor^[292] y, alzando la cabeza, vio entrar dos doncellas con sendos candeleros de plata en las manos y en ellos velas de blanca cera ardiendo, y tras ellas la hermosa Florecinta casi desnuda, con ropa de sedas jaldes^[293] sin mangas sembradas de clavellinas^[294] rojas y un corto manto de seda roja aforrado en cendal jalde y un fermoso tocado^[295] de oro, con mangas anchas de camisa; y la ropa y camisa escotadas de manera que traía descubiertos sus albos y fermosos pechos y garganta porque, como vos dijimos, por ser de poca edad tenía acordado de nunca se casar sino de gozar todo deleite, y así el caballero que le bien parecía daba lugar que gozase d'ella; y tenía consigo muchas doncellas de su edad y condición, aunque había tan poco tiempo que esta vida hacía que sólo dos caballeros de su amor habían gozado. Así que, entrad[a] de la manera que oído habéis debajo de el pabellón de Belamir, viéndole alborotado en la ver, dijo con mucho donaire:

—Membreseos, buen señor, de lo que poco rato ha os dije, que no habíais acabado la aventura, pues no me ha salido como yo cuidaba, que pensando venceros me habedes vencido. No sé qué gloria veniros puede del vencimiento de una delicada doncella que se no vos ha podido ni sabido defender.

En esto las doncellas, dejando las velas a una parte del pabellón, se salieron fuera a tiempo que Belamir saltó del lecho; trabándole por sus fermosas manos, le respondió:

—Si tanta fuerza y poder, señora, tienen los vencidos en esta tierra, poco podrán con ellos los vencedores.

Tomándola entre sus brazos, dejando ella caer las ropas que traía, entraron en el rico lecho donde a gran sabor y deleite cumplieron sus voluntades.

A este tiempo avino Albasilvio que al punto que sus ojos cerraba para dormir sintió a la puerta de su pabellón pisadas como de persona que en él entrase; y sentándose sobre el lecho por mejor atender lo que ser podría, sintió venir el pabellón adentro una persona. Entonces él saltó ligeramente de el lecho; queriendo tomar su espada y manto que cerca d'él tenía, oyó una voz muy baja y delicada que le dijo:

—Caballero, no habedes menester esas armas para vuestra cautiva, que sin ellas podedes hacer d'ella a vuestra guisa.

Cuando Albasilvio oyó las dulces razones y conoció ser doncella, turbose^[296] más que si con diez caballeros se hubiera de combatir, porque nunca en semejante batalla visto se había; mas viendo ser gran cobardía en tal lugar y coyuntura reusarla, especial siendo además hermosa, acordó de folgar con ella; tomándola entre sus brazos, le dijo:

—Señora, ved aquí vuestro cautivo; si en algo mi corazón os ha ofendido, aquí

yace donde podéis d'él tomar venganza.

Y dejando la doncella una ropa luenga que sobre su delgada camisa traía, se metieron los dos en el lecho gustando y gozando de aquel deleite que ninguno d'ellos hasta entonces sentido había, quedando Albasilvio muy pagado d'ella y con gran razón porque era la más apuesta doncella de cuantas allí había, y era cormana^[297] de Florecinta; y pagose ella tanto de Albasilvio que sin que él ni otra persona alguna la conociese deliberó de venir a le dar su amor y, como a otro nunca dado lo había, quedó d'él tan pagada que todo lo restante de su vida lealmente lo amó, no se queriendo casar (*Filorante* [finales siglo XVI], cap. I, ff. 2v-3r).

§ 50. DE CÓMO DON QUIJOTE INTENTÓ IMITAR EN ASUNTOS AMOROSOS A SUS
CABALLEROS ANDANTES, Y DE LA PALIZA SIN IGUAL QUE TODOS RECIBIERON EN LA
VENTA DE PALOMEQUE EL ZURDO

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros; y como no usadas a semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban; y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron; y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría a buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase d'esta buena moza que jamás dio semejantes palabras que no las cumpliera, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno; porque presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado.

El duro, estrecho, apocado y fementido^[298] lecho de don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego, junto a él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta, que antes mostraba ser de anjeo tundido^[299] que de lana. Sucedió a estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas^[300] y todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor d'esta historia, que d'este arriero hace particular mención porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Mahamate Benengeli fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas (y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio), de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente que

apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuenta los hechos del conde Tomillas; y con qué puntualidad lo describen todo!

Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dio a esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado^[301] y acostado, y, aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo a la imaginación una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden. Y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo —que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba—, y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado d'él y prometido que aquella noche, a furto de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera, que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó a acuitar y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante. Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora —que para él fue menguada— de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán,^[302] con táticos y atentados pasos, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero. Pero, apenas llegó a la puerta, cuando don Quijote la sintió, y, sentándose en la cama, a pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su hermosa doncella. La asturiana, que, toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca y, tirándola hacía sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de arpillera,^[303] a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal.^[304] Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía. Y el aliento, que, sin duda alguna, olía a ensalada fiambre y trasnochada,^[305] a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro

que no fuera arriero; antes, le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó a decir:

—Quisiera hallarme en términos, ferosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran ferosura me habedes fecho, pero ha querido la Fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado que, aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra, fuera imposible. Y más, que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del arriero, a quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima^[306] por la puerta, la sintió; estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado la palabra por otro, se fue llegando más al lecho de don Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones, que él no podía entender. Pero, como vio que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies más que de trote, se las paseó todas de cabo a cabo.

El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencies de Maritornes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y, encendiendo un candil, se fue hacia donde había sentido la pelaza.^[307] La moza, viendo que su amo venía, y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo:

—¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas.

En esto, despertó Sancho, y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas a Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho con tantas que, a su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo.

Viendo, pues, el arriero, a la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando a don Quijote, acudió a dalle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero,

pero con intención diferente, porque fue a castigar a la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía. Y así como suele decirse: «el gato al rato,^[308] el rato a la cuerda, la cuerda al palo», daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron ascuras, dábanse tan sin compasión todos a bulto que, a doquiera que ponían la mano, no dejaban cosa sana. (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, primera parte [1605], cap. 16).

V.

QUE TRATA DE DIVERSAS AVENTURAS MARAVILLOSAS

V.1. SOBRE BUENOS Y MALOS ENCANTADORES Y SABIOS, Y SOBRE LOS ENCANTAMIENTOS QUE REALIZAN PARA PLACER DE CABALLEROS Y LECTORES

§ 51. DE CÓMO EL SABIO ALQUIFE PREPARA EN LA ÍNSULA DE LOS SIMIOS UNA SERIE DE ENCANTAMIENTOS PARA RECIBIR A LOS CABALLEROS DE LAS ARMAS BERMEJAS

Haciendo su vía, quince días después que la nao de Gradafilea toparon, todavía con buen tiempo, una noche levantóseles una tormenta muy grande, tanto que los marineros decían nunca tal haber visto. Todos de hinojos, estando toda la noche rogando a Dios hubiese piedad de sus ánimas, amaneció. Como fue de día, vieron una ínsola, la más hermosa que podía ser, de muchas montañas e arboledas tan altas y derechas que espanto ponían de verlas. Los marineros, muy alegres por ver tierra, lo fueron a decir a los caballeros. Ellos salieron a ver; como vieron tierra tan hermosa, yendo muy fatigados de la mar, hicieron a los marineros que llegasen allá la nao. Ellos lo hicieron, aunque a mucho afán por la soberbia de la mar. Como cerca de tierra fueron, vieron una barca y en ella estaban dos salvajes grandes y muy vellosos que muy crudamente una doncella azotaban; ella daba muy grandes gritos. Ellos movidos a piedad, que ya todos venían armados, saltaron en un batel e fuéronse a mucha priesa contra la barca. Los salvajes, como los vieron, dejando la doncella se echaron a nado por el agua y, metiéndose por entre los árboles en la ínsola, no los vieron más. Ellos yendo a la doncella por saber qué cosa fuese, como cerca d'ella llegaron, ella se puso de pies sobre el bord[e] de la barca y de allí se dejó caer de cabeza en la mar, que no la vieron más. Ellos quedaron en frío. Mandando sacar sus caballos, salieron en tierra, Alquifa con ellos, [e] mandaron a los marineros que allí les aguardasen. E metiéndose por la ínsola, no anduvieron mucho que oyeron dar voces hacia una parte de la montaña. Ellos a todo correr de los caballos fueron allá. Cuando cerca llegaron de do las voces oyeran, vieron a un salvaje encima de un unicornio que llevaba por los cabellos un doncel que los gritos daba. El doncel, como vio los caballeros, comenzoles de decir:

—¡Ay, caballeros, libradme d'este que tan mal me trata!

Lisuarte lo miró e pareciole ser aquel el que él hallara cuando se fue de Constantinopla debajo de los árboles, que por su consejo fue a la casa yerma do las armas pardas halló. Como lo conoció, firiendo el caballo de las espuelas e los otros todos con él, fueron contra el salvaje. Mas él encima su unicornio comenzó a huir por

entre los árboles, ellos todos tras él, llevando el doncel todavía por los cabellos. D'esta guisa fueron hasta que, saliendo de entre los árboles, hallaron un llano, en el medio d'él estaba un lago. El salvaje e su unicornio vieron entrar en él a todo correr e luego fue sumido, que no los vieron más. Pero vieron de travieso d'ellos venir seis jayanes armados de todas armas encima de grandes caballos, que a grandes voces les decían:

—¡Caballeros atrevidos de seguir el honrado salvaje, todos moriréis por vuestro atrevimiento!

Ellos, viendo que venían a ellos a todo correr por los encontrar, bajando sus lanzas, firiendo los caballos de las espuelas, se fueron contra ellos; pero una pieza antes que a ellos llegasen, las lanzas d'ellos fueron voladas en piezas. Los jayanes vinieron para ellos con las suyas bajas por los encontrar, mas ya que estaban por encontrarlos súbitamente les desaparecieron. Ellos mirándose unos a otros espantados, no sabiendo qué se decir, oyéronse dar voces pidiendo socorro. Ellos, volviendo las cabezas por ver qué sería, vieron los dos primeros salvajes que en la barca vieran llevar arrastrando por los cabellos a su doncella Alquifa y que se iban con ella al lago. Ellos fueron corriendo por socorrerla. Como cerca d'ellos fueron, los caballos se espantaban tanto de los salvajes que no los podían hacer llegar. Ellos se apearon d'ellos e, metiendo mano a las espadas, fueron a todo correr, porque vían ya estar los salvajes cabe el lago, pero por presto que corrieron ellos se lanzaron con Alquifa dentro; metiéndose por bajo del agua, no los pudieron más ver. Lisuarte y Perión, estando los más tristes hombres del mundo por su doncella haber así perdido sin la poder valer, vieron los salvajes en medio del lago puestos de pie, y que el uno tenía la doncella alzada por los cabellos desnuda, y el otro con unas varas de los árboles la azotaba muy crudamente, dando ella muy grandes voces que a todos ponía lástima. Lisuarte tenía tanta saña por no la poder valer que sangre le salía por los ojos. Ellos estando mirando en qué pararía, vieron el agua del lago crecer para arriba tanto que en poca hora pareció llegar a las nubes. Como tan alta fue, empezó a extenderse. Ellos que vieron el agua que por el campo se derramaba venir tan alta que si esperasen serían ahogados, queriendo a mucha priesa tornarse por do habían venido, vieron la mar en la misma altura que todos los montes venía cubriendo, tanto e con tanta priesa que no había ya veinte pasadas de tierra por cubrir entre el lago e la mar, el agua tan alta que a las nubes llegaba. Como ellos se vieron en medio de aquello poco que por cubrir quedaba, teniendo sus vidas por perdidas, hincándose de hinojos pidiendo a Dios merced de sus ánimas, estando así el agua tan junto que a ellos llegaba, oyeron en lo alto sobre sí un son e canto tan dulce cual nunca jamás oyeran. Ellos mirando quién lo hacía, vieron que era una mujer desnuda, de la cinta abajo como pece;^[309] con su canto, una arpa que en las manos tenía hacía aquel tan suave son, las ondas la abajaban y la alzaban. Ellos, aunque la muerte tenían tragada, fueron tan embebidos en la suavidad del son y canto de la mujer que se cayeron adormecidos, pareciéndoles ya ser todos cubiertos de agua. Pero con la suavidad del

canto e su sueño que por muerte tragado tenían, ni sintieron si estaban muertos, si dormidos. Pero despertando de aquel sueño tan pesado, halláronse todos cinco en una sala muy rica, sentados a una mesa que muy buenas viandas^[310] en ella estaban y ellos sentados alrededor. A cada uno d'ellos le parecía que los otros estaban tornados piedra de mármol, mas tenían tanta hambre que comían de las viandas que en la mesa estaban, cada uno con mucha tristeza pareciéndole que él sólo era como de antes e todos los otros de piedra. Como acabaron de comer, sintiéronse tan quebrantados cada uno por sí, como tengo dicho, que se adormecieron, echándose de pechos sobre la mesa. Cuando despertaron, halláronse de la mesma forma asentados a la misma mesa, mas no como de antes, que todos les pareció estar libres. En la una cabecera de la mesa estaba una estatua de hombre anciano de piedra, e a la otra cabecera del otro cabo de la mesa otra estatua de piedra que tenía figura de dueña. En la mesa estaban dos candeleros grandes con dos antorchas encendidas e muchas viandas en la mesa de diversas maneras. Ellos, con gran hambre d'ellas, comían sin se hablar, mirándose los unos a los otros. Estaban tan atónitos que ni sabían si lo vían o si lo soñaban. Como acabaron de cenar, vieron venir por el aire seis arpas e otros seis estrumentos, los más hermosos del mundo; e haciendo muy suave son, se pusieron alrededor de la mesa tañéndose e sonando muy suaves voces con ellos, pero no podían ver quién tañía ni cantaba. Estando así con mucho sabor oyendo el son, vieron venir por la sala dos jayanes muy grandes con dos grandes mazas de hierro en las manos. Ellos se quisieron levantar a los jayanes pensando que les querían hacer daño, mas nunca fueron poderosos de se levantar ni mover de como estaban. Los dos jayanes, no cesando todavía el son, se fueron las mazas levantadas para las dos imágenes de piedra. E ambos a la par descargaron sus mazas sobre las cabezas de las dos estatuas. Así como en ellas dieron, dio un tan gran trueno que todos pensaron ser muertos, quedando un humo tan espeso que no se vían unos a otros. Como el humo fue quitado, halláronse sentados en la mesma forma que de antes a la mesa, e vieron las dos estatuas ser tornadas: la de hombre, aquel gran sabio Alquife; e la otra, Urganda la Desconocida; e las arpas y estrumentos que las estaban tañendo las doncellas de Urganda que a la corte de Amadís llevó. Ellos, como vieron aquellos dos sabios, cayendo ya en lo que habían pasado, con mucha alegría riendo los fueron a abrazar. Ellos les quisieron besar las manos, mas ellos no consintieron. Después d'esto fecho, fablando con mucha alegría en la afrenta que habían pasado, entró la doncella Alquifa. Besando las manos a su padre e a Urganda, ellos la recibieron muy bien. Ellos le preguntaron si había visto algo.

—No, —dijo ella—, que después que vosotros salistes en la ínsula, conociendo yo la tierra, me vine en mi palafrén aquí, do todo lo más de mi vida he estado.

El sabio Alquife les dijo:

—Mis señores, no creáis que nadie, si vós no, ha visto cosa ninguna, que yo, teniendo's cerca d'esta mi ínsula, quise que la viésedes e no supe otro recibimiento que os hacer sino este que habéis visto.

Desque hubieron fablado una pieza en muchas cosas, Alquife e Urganda les mostraron el castillo, que muy gentil e bien labrado era, tal cual convenía para tan gran sabio como aquel; así mesmo su librería, que fueron muy espantados de verla. Allí le[s] mostró Alquife la profecía de Apolidón de la imagen de la corona y gela declaró de la forma que Lisuarte la aventura declarara; así mesmo les mostró en otro libro de la Doncella Encantadora la profecía de la espada que Esplandián ganara, y en otros libros de Apolidón la profecía del Arco de los Leales Amadores y de la espada e capilla de las flores, y cómo Amadís había de ser encantado por Arcaláus e cómo Urganda lo había de desencantar. Así mesmo les mostró otra profecía del mesmo Apolidón, cómo el encantamento de Urganda había de ser desfecho, aquel que hizo al rey Amadís e a sus hermanos en la Ínsula Firme, pensando que en ello les servía. Así mesmo les mostró, entre otros muchos libros con muchas e diversas profecías, uno de la infanta Medea en que estaba la profecía del rey e reina encantados que traían el yelmo e corona, pero no les quiso decir la declaración d'ella por no estar complida. [311]

Después que los libros les hubo mostrado, dijo a Lisuarte y a Perión:

—Mis buenos señores, por muchas mercedes e honras que de vós he recebido, pues yo mejor que nadie lo puedo hacer y sé las cosas todas cómo pasan, tomo dende aquí cargo de escrebir todas las cosas que por vós pasaren e han p[a]sado, porque no es razón que queden en olvido. Pero tanto os sé decir que, después que sean escritas, que pasarán más de mil años que estarán escondidas, pero en fin de más d'estos mil años, e aunque diga de mil e treientos no mentiré, ellas serán publicadas; aunque fasta entonces como en tinieblas hayan estado, la luz de vuestras cosas en todo el mundo dará lumbre.

Ellos le agradecieron mucho el cargo que quería por ellos tomar y le dijeron que tan gran honra como aquella no era de dejarla, que así se hiciese como él decía. Salidos de la librería, habiendo quedado el gran sabio Alquife con el cargo de escrebir esta grande historia como él la escribió, tomando él e Urganda a Lisuarte e a Perión por las manos, con sus compañeros sacándolos del castillo, les trujeron por toda la Ínsula de la Simia, donde vieron andar por los árboles infinitos simios verdes e muchos papagayos e aves de diversas maneras; e así mesmo muchas fermosas fuentes vieron por ella, pareciéndoles todo muy bien. (Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia* [1525], cap. 86).

§ 52. DE CÓMO EL HADA MALFADA HABÍA ENCANTADO SU ISLA Y DE LAS MARAVILLOSAS COSAS QUE ALLÍ SUCEDÍAN CUANDO LAS DAMAS Y LOS CABALLEROS PISABAN TIERRA FIRME, CON LA SUERTE DEL HADA Y LA DESESPERACIÓN DE PALMERÍN DE OLIVIA

E yendo por la mar vido una nao de mercaderes cristianos que la tormenta había echado aquella parte; e como él la vido, mandó enderezar a los marineros a ella para la tomar, mas la nao de los cristianos era muy ligera e, como conocieron que eran turcos, fuyeron cuanto pudieron; e los turcos tras ellos, tanto que se alejaron mucho de Olimael, de manera que anduvieron tres días que nunca la pudieron alcanzar. Mas a la fin hubieronla de haber los turcos a la mano e cautivaron los mercaderes e tomáronles cuanto llevaban. Los turcos fueron muy ledos con aquella buena ganancia; e queriéndose tornar, fueles el viento contrario e hubieron de arribar en una isla que era en el señorío de Persia, y era la más deleitosa que jamás fue vista. E como ellos andaban malparados de la mar, llegáronse a la orilla por salir en tierra por refrescar, como vieron la tierra tan viciosa. E no fueron tan aína entrados en el puerto como luego fueron encantados todos de tal manera que no sabían de sí parte.

E sabed que aquella isla había nombre Malfado por una dueña que d'ella era señora, la cual se llamaba Malfada. Y ésta era la más sabia para facer mal que había en el mundo; aunque venía de linaje de cristianos, no guardaba su ley, mas todas las sus obras eran malas. Ella nunca fue casada; por esto encantó aquella isla de tal manera que ningún hombre ni mujer en ella entraba que no se tornaban bestias o canes; e si algún caballero allí entraba de quien ella se pagaba, llevábalo a un castillo adonde ella hacía su morada, e teníalo consigo fasta qu'ella se enojaba, e después echábalo en la isla e tomaba otro, cual a ella le agradaba. De manera que jamás allí entró hombre que de allí saliese, ni nao que d'ella no fuese robada. E así acaeció aquellos turcos que allí llegaron que llevaban cativo a Trineo. E como la dueña vido desd'el castillo la nao en su puerto, vino luego allí con su gente y entró dentro e fizo sacar cuantos allí falló, así turcos como cristianos; e como fueron en la isla, tornáronse todos canes e otros ciervos y otros de otras maneras. Y ella fizo sacar todas las riquezas de la nao y llevarlo a su castillo, e luego la nao se hundió.

E sabed que a Trineo le fue gran bien en ser así encantado, porqu'él muriera de pesar en verse cautivo y apartado de Agriola; y estando así no sentía su mal. Él se tornó un can muy feroso. E sabed que aunqu'ellos parecían así a los que los miraban, ellos no eran bestias, que no podían dejar la forma de hombres, que bien conocían y entendían cualquiera cosa, salvo que no podían hablar. [...]

E así fueron su viaje muy ledos. E a cabo de tres días mudóseles el viento e anduvieron quince días con aquel viento que era muy recio, e después tuvieron calma cuatro días. No pudieron ir a una parte ni a otra e los marineros reconocieron qu'estaban facia la parte del señorío del Soldán de Persia, e así era. E el quinto día se levantó Fortuna en la mar por onde la ventura los llevó a la isla de Malfado, adonde Trineo había estado. E como vieron la tierra tan viciosa e no vieron de qué temer, acordaron de salir todos en tierra por folgar algún poco, que andaban enojados de la mar. E Palmerín sacó Agriola e los otros caballeros a Laurena; e como fueron todos en tierra, acaescioles lo que a Trineo e fueron todos encantados, salvo Palmerín por la virtud que la fada le dio en la montaña Artifaria. E como él vido a todos

mudados en canes, e Agriola e a Laurena en ciervas, fue espantado. E todos comenzaron de correr por unas partes e por otras por la isla. Palmerín se comenzó de santiguar muchas veces e decía:

—¡Ay Santa María, valme! ¿Qué cosa puede ser ésta? ¿Aún las mis grandes fortunas no son acabadas? ¿Qué faré a tan gran mal como éste? Venía ya yo muy ledo en haber cobrado Agriola e agora trájonos la ventura adonde son tornadas bestias salvajes todos mis amigos. ¡Ay Dios!, ¿por qué consentís facer tanto mal a los malos? Mas, ¿qué digo yo?, que mis pecados son tantos que mayor mal qu' éste merezco.

E estando él así faciendo gran duelo, vido venir por la isla la señora d'ella e sus servidores que venían a sacar las cosas que en las naos fallasen. Palmerín, como la vido, fue a ella corriendo por saber qué cosa era aquélla e si podría haber algún remedio para tornarlos en su ser como solía; e homillóse ante la dueña e dijole:

—Ruégovos, señora, por Dios que me digáis qué maravilla es ésta, que toda la compañía que conmigo traía se han mudado e trasmudado en bestias. Si yo algún remedio pudiese fallar para ellos, mucho lo agradecería a quien me lo diese.

La dueña, como era mala, pesole mucho porque Palmerín no era encantado como los otros, e dijole:

—¡Ay caballero, malandante sea quien tanto bien vos fizo que los mis encantamientos no vos pudiesen nucir!^[312] Yo vos digo que soy muy maravillada por ello. E sabed que yo soy señora d'esta isla e tengo fecho tal encantamiento que, si alguno en ella m'entrare sin mi voluntad, que se tornen tales como vuestros compañeros. E tened por cierto que jamás de aquí saldrán, mas aquí morirán fechos bestias. E no me pesa sino porque de vós no me puedo vengar.

—¡Malditas sean vuestras obras, —dijo Palmerín—, e vuestro saber que tanto mal face, que a las criaturas que Dios fizo tornáis vós en bestias! Ruégovos, señora, que hayáis piedad de mí e d'ellos e los tornéis como estaban de antes, porque gran daño sería si tales personas se perdiesen.

—No fabléis en tal cosa, —dijo la dueña—, que yo no lo faré por cosa del mundo. Vosotros, prended a este caballero e morirá en mi presión.

Pues que de otra manera no lo pudo empecer, los servientes de la dueña querían prender a Palmerín; mas él, que tal es, no se espantaba; sacó su espada e dijo:

—Lo que yo nunca pensé de facer faré agora por tal que de aquí adelante esta mala dueña no faga más mal de lo fecho.

E como esto dijo, dióle tal golpe encima de la cabeza que gela fendió^[313] e luego cayó muerta; e comenzó de ferir en los hombres de la dueña que lo ferían con lanzas e dardos que traían; mas con el grande enojo que Palmerín tenía andaba como un león, e en poco tiempo mató a cuantos con la dueña venían, que nenguna piedad les hubo. E desdeque esto hubo fecho, quedó muy cansado e sentose e comenzó de llorar muy fieramente, e decía:

—¡Malaventurado de ti, Palmerín! ¿Qué farás agora habiendo perdido a Agriola e a Laurena e cinco compañeros, los mejores e más leales que yo tenía? ¡Ay Frisol, en

qué feneció la vuestra grande bondad! ¡En ser tornado can! ¡E la fermosura de Agriola, tornada en cierva! ¡Ay Olorique!, ¿qué faré yo por vós que por amor de mí dejastes vuestro reino, pudiendo vevir muy vicioso, e venistes a lacerar conmigo? ¿Qué cuenta daré yo a mi tía, la infanta Arismena, del Rey d'Esperte su esposo? ¡Ay Duque de Ponte e vós, Estoco, mis buenos amigos!, ¿qué faré yo por vosotros? ¡Pluguiera a Dios que yo me tornara así como vosotros porque vos tuviera compañía e no sofriera tanta cuita mi corazón, viéndovos así, no vos poder valer! Sed vosotros muy ciertos que por afán mío no ha de quedar de buscar por todo el mundo vuestro remedio, que yo no osaría tornar a Grecia habiéndovos perdido, que mal sería yo recibido de mi hermana Armida si no le tornase a Frisol, como gelo prometí. ¡Jamás hermano tan gran daño fizo a su hermana como yo apartarle de ver tan buen caballero como Frisol! ¡Ay, mi señora Polinarda, cuando yo pensaba d'estar con vós muy descansado de los mortales deseos que yo de contino por vós paso, la Fortuna [ha] acarreado de me alejar de vós, e estoy en lugar que no sé qué será de mí, si tengo segura la vida, que según la mi malandanza no será mucho que jamás os torne a ver!

Así estuvo Palmerín quejándose e llorando una gran pieza e después acordó de ir al castillo que vía delante de sí por ver si fallaría quién le diese remedio a su grande mal, e si fallaría algún caballo para en que fuese a buscar quién aquel encantamiento desficiese, qu'él bien conocía qu'estaban encantados. E llegando al castillo, salieron a él dos doncellas e dijeronle:

—Señor, vós seáis el bienvenido. Entrad, que en este castillo folgaréis mucho a vuestra voluntad.

—Amigas, —dijo Palmerín—, esa folganza yo no la puedo haber por agora, salvo si vosotras me diédes remedio para des[en]cantar unos mis compañeros que en esta isla conmigo entraron. Aquella falsa dueña que tanto mal aquí facía no me quiso dar otro remedio salvo prenderme, por onde yo me vengué d'ella a mi voluntad. E si vosotras, que érades suyas, deprendistes alguna cosa, ruégovos por Dios que vos queráis doler de mí e d'ellos.

Las doncellas fueron espantadas cuando aquello le oyeron, qu'ellas pensaban que su señora lo enviaba allí para tomarlo por amigo, como ella solía facer a los que bien le parecían; e como ellas vieron a Palmerín tan fermoso cuidaron qu'ella se había pagado d'él e que quería desechar otro que tenía por amigo. E cuando entendieron que su señora era muerta, fueron muy tristes e dijeronle:

—¡Ay, caballero, de mala muerte seáis vós muerto si vós matastes a nuestra señora! Esta sería gran maravilla pod'ella vos empecer. Si tal es, nosotras vos seremos mortales enemigas e, aunque supiéramos facer tanto que desencantáramos los que vós decís, no lo ficiéramos por amor de vós.

—¡Dios os maldiga!, —dijo Palmerín—, que todas me parece que sois malas.

E diciendo esto, vino un caballero a él, que era el amigo que la dueña tenía, e como vido a Palmerín, fue con los brazos tendidos a él porque lo conoció e dijole:

—¡Ay mi señor Palmerín!, ¿qué ventura fue aquella que aquí vos trajo? Por vós

entiendo yo de salir de aquí, que mucho tiempo ha que soy aquí detenido contra mi voluntad.

Palmerín como estaba tan triste apenas pudo conocer aquel que así le fablaba e estaba pensando quién sería, que bien conocía que muchas veces lo había visto. El caballero le dijo:

—Señor Palmerín, ¿qué dudáis? ¿No conocéis vós a Diardo, vuestro amigo, aquel que librabes en casa del Rey de Bohemia, fijo de Adrián, aquel que tanto vos amaba?

—¡Santa María, valme!, —dijo Palmerín—, con más razón os debo yo de pescudar^[314] qué ventura fue aquella que aquí vos metió, que yo usado soy de andar por el mundo corriendo fortuna.

Entonces se abrazaron ambos a dos e Diardo dijo a Palmerín de la manera que allí había sido venido, e díjole cómo por la costa del reino de Bohemia andaban cinco naos de armada de cosarios e facían gran daño en la tierra donde llegaban, e ansimismo por la mar no dejaban mercader ni otros cristianos que no los robasen.

—E el rey, mi señor, lo supo e mandome que tomase toda la gente que quisiese e que entrase con ellas por la mar e que le prendiese aquellos cosarios. E yo lo fice e fue tal mi ventura que los cosarios mataron e prendieron cuantos conmigo iban e a mí con ellos. E anduvimos cuatro meses por la mar a unas partes e a otras, e a la fin hubimos de aportar aquí e por refrescar salieron todos los más en tierra, e luego fueron encantados e ansimismo los que estaban en las naos. E la señora de la isla con toda su gente fue a tomar cuanto era las naos falló e ella pagose de mí e trájome consigo, e ha bien un año que estoy con ella haciendo toda su voluntad. E muchas veces he probado de salir fuera e de me ir, e no he podido.

Palmerín le dijo:

—Por cierto cosa maravillosa es de oír la maldad de aquella dueña. A lo menos de aquí adelante no hará tanto mal, que yo la maté e a cuantos con ella iban.

—¡De Dios seáis vós bendito, —dijo Diardo—, que de aquí adelante folgará mi corazón por esta venganza que me distes!

E las doncellas comenzaron a maldecir a ambos a dos e lloraban muy fieramente la muerte de su señora. (*Palmerín de Olivia* [1511], caps. 74 y 124).

§ 53. DE CÓMO CIRFEA EDIFICÓ EL CASTILLO DEL UNIVERSO EN UNA NOCHE,
BAJO LA ATENTA MIRADA DE LOS ENCANTADORES URGANDA Y ALQUIFE, Y DE
CÓMO LA SABIA SE HIZO CRISTIANA CUANDO VIO EL PODER DE DIOS SOBRE EL
RESTO DE LAS DIVINIDADES PAGANAS

Una noche salieron todos tres sabios, después de todos acostados, con sendos libros en las manos que la excelente reina les dio, y fueron a una puente de la ciudad que la mar batía, en una alta roca, por donde el muro a la sazón se extendía en el

edificio de su grandeza, que en este tiempo era de las grandes ciudades de allí. Llegad[o]s, la reina hizo un gran cerco y a cada parte d'él se pusieron en triángulo con sendas candelas encendidas; e como una pieza comenzaron a leer, comenzó tantos truenos y relámpagos e rayos, que todos los de la ciudad pensaron perescer esa noche. No tardó en venir número infinito de artífic[e]s de diversos oficios, e antes que amaneciese hicieron una torre, la más grande y hermosa que jamás se vio así por de fuera como por de dentro; eran en ella siete cuadras^[315] que no tenían precio su riqueza e valor, cada una encima de otra. En la primera estaba pintado con oro e azul e diversos colores todos los grandes triunfos que habían ganado los sujetos al triunfo de la diosa Diana, y ella estaba en medio de la cuadra sobre un grande carro triunfal. En la segunda cuadra estaban los triunfos de los grandes sabios y sabidores, y en el medio d'él, en otro carro triunfal, el dios Mercurio. En otra cuadra estaban los triunfos que habían ganado los fuertes guerreros romanos e griegos y troyanos con todos los otros que por armas ganaron triunfos, y en el medio d'ella otro carro triunfal del dios Mares;^[316] sobre ésta estaban los triunfos que por amores los leales amadores habían ganado, haciendo señaladas cosas en los amores, y en un carro triunfal, en medio d'él, la diosa Venus y el dios Cupido. Luego en la otra cuadra estaban pintados los triunfos de claros varones y sabios inclinados a las virtuosas artes, y en medio d'ella, en un carro triunfal sobre todos sus caballos, acompañado de todos sus claros hijos, el dios Febo, que es el muy resplandeciente sol. Luego tras él, estaban en otra cuadra pintados los grandes triunfos de los que fueron señaladas personas en las virtudes y magnanimidad y excelentes condiciones e grandeza; en medio d'ella, en un carro triunfal, el dios Júpiter. En la setena cuadra todos los que triunfaron e adquirieron por labranza y romper la tierra y sacar y gozar sus frutos, y en el medio d'ella un carro triunfal en que estaba el dios Saturno. Todas las imágenes parecían vivas, y tan propias como fueron las que representaban, las cuales tenían sus nombres encima; y los techos de la cuadra, todos estrellados de aquellas figuras celestiales sobre que más dominio tenía cada planeta de aquellos que representaban los dioses, aquellos antiguos las quisieron aplicar. En lo más alto de toda la torre estaba en el aire un mundo a manera de poma^[317] muy grande con todas las partidas, ínsulas y mares, diversidades de animales, aves y planetas, según que por sus partidas las hay; sobre el cual estaba en un carro triunfal la muerte con un arco y muchas flechas, con unas letras que de la mano le salían que decían: *Nadie no tome soberbia con gozar su señorío, pues que en la fin todo es mío*. Sobre el mundo estaban, de la suerte que son, los siete cielos con sus planetas y, sobre todos, el firmamento estrellado con sus doce signos, todas las otras estrellas tan diáfanas y transparentes, todos los cielos como ellos son, tanto que la vista del universo mundo que en medio tenían no se impedía cosa; su vista estaba toda así que no se movía pareciendo sostenerse en el aire. La reina dijo:

—Agora veremos una gran cosa para dar perfección a esta obra, y es que nombrando todos los dioses uno a uno, y nombrando aquél que tiene poder sobre

todos, parecerá en su triunfal carro sobre todos los cielos y los moverá, haciendo sus influencias naturales en cada parte del universo según sus operaciones.

Luego, tomando un libro, comenzó por la diosa Diana, y de ahí hasta todos los otros como en las cuadras estaban, conjurando en su nombre el movimiento de aquéllos, y los más ninguna cosa se movieron. Entonces dijo a Alquife que hiciese el conjuro en nombre de su dios. Entonces aquel sabio lo hizo, convocando a su movimiento el hacedor de todas las cosas, movedor de todas ellas, causa primera de todo, Dios uno en esencia y trino en personas, y Dios sobre todos los dioses; e como lo acabó de decir, luego sobre los cielos que hemos dicho pareció un cielo muy más excelente que todos, y en un carro triunfal fue aquel padre soberano de todas las cosas, Dios verdadero, cercado de la corte angelical e bienaventurado con todos sus tronos y dominaciones, querubines y serafines, coros y potestades, que luego, como pareció, los cielos se movieron haciendo sus influencias en cada parte del mundo como se hacían en el verdadero. La reina luego adoró a aquél que veía y luego renegó de sus dioses, y dijo:

—Éste estará aquí de la suerte que veis hasta que vengan juntos los más extremados en valor y hermosura con todas las virtudes dotados, y con ellos aquí fueren luego todos los que sobre el castillo estuvieren; de ahí adelante verán en cada parte del mundo todas las cosas señaladas en armas y en otras cosas de la suerte que en cada parte d'él y sus provincias pasarán; y hasta que juntos estén ninguno acá podrá subir ni ver más de las cuadras y sus figuras de abajo d'esta; mas, si por ventura uno d'ellos solo viniere, podrá subir a vello; mas hasta que juntos suban no se dará libertad a los otros.

Y luego en lo alto del castillo puso muchas sillas diciendo:

—Éstas estarán para los que yo quiero aquí dejar antes de nuestra muerte, hasta que por tan extraña aventura como ésta sean sacados para la suya de sí.

Abajando abajo puso un padrón ante la puerta del castillo con unas letras que decían:

Esta es la Morada del Universo Mundo donde su secreto estará para todos escondido hasta que por grande aventura a él vengan los dos justos merecedores de su señorío; y hasta entonces gozar se han sus aposentos de todas sus maravillas.

Y como esto hubo fecho, amaneció quedando tan señalada obra hecha, e luego todas aquellas visiones de espíritus artífices desaparecieron, y ella con grande alegría de haber acabado tal obra abrazó a los sabios y se fue para donde su hermano el soldán estaba medio muerto del espanto que esa noche había pasado, y le dijo que veniese a ver la extrañeza de una obra que tenía hecha, y llevándolo al castillo le mostró su hermosura e las cuadras todas de la suerte que estaban, mas no le dijo el secreto del mundo que encima estaba, hasta que por su aventura se supiese y pudiese

ser visto; y dándole las llaves d'él, le dijo que lo llamasen el Castillo del Universo. Y esto hecho, fuese con aquellos grandes sabios a la su ínsula de Argenes, adonde habiéndoles mostrado las extrañas cosas d'ellas, pasaban haciendo grandes experiencias a gran vicio; e bautizándose la reina e todos los suyos por lo que había visto como dicho es, dejará agora el cuento hasta su tiempo de hablar d'ellos. (Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia* [1535], libro II, cap. 76).

§ 54. DE CÓMO LA REINA LERISTELA DE TESALIA ENCANTA A DON CLARIÁN
PARA PODER GOZAR DE SU AMOR A SU VOLUNTAD

Don Clarián le dijo que fuese con la bendición de Dios, que él se iría aguardándola por el camino. Y Carrileta, la doncella, se adelantó y halló a la reina, su señora, en el su palacio; la cual, cuando vido a la su doncella Carrileta, quién vos podrá decir el sobresalto que el su corazón le dio pensando que no traía recaudo del mandado por que la había enviado. Y luego la reina se apartó con ella y le preguntó que cómo venía; ella le dijo que buena y que dejaba a don Clarián de Landanís a una milla de allí y que ella se adelantara a facérselo saber, para ver qué medio se había de dar. Grande fue el placer que la reina recibió; e abrazando a Carrileta le prometía grandes mercedes por el trabajo e gran diligencia que en aquel caso había puesto. E no sabía qué medio se diese en el aposentar al caballero; Carrileta le dijo:

—Señora, yo lo deterné^[318] hasta que sea bien noche e llevarlo he a posar en casa de mi madre. Y después que esté ende, ternéis vuestras formas para os poder aprovechar d'él.

—Sea así, —dijo la reina—, y desde allí trabajaré en lo que se deba hacer.

Luego Carrileta se despidió de su señora y se volvió para don Clarián, e díjole:

—Señor, Robelón Caláis no es aquí, mas espéranlo dentro de tercero día que verná, por lo cual os ruego que sea la vuestra merced de quereros ir a posar a casa de mi madre e allí seréis servido a todo nuestro poder en tanto que él viene. E cumple más que entredes de noche en la villa porque no seáis visto de ninguno, así porque no haya quien avise al gigante de vuestra venida, como porque ayer llegó aquí la reina Leristela, e no querría que a su causa hubiese algún detenimiento en la deliberación del mi pleito.

Esto decía la doncella porque, si acaso don Clarián supiese de otra persona alguna que allí estaba la reina Leristela, no la tomase en mentira ni sospechase d'ella algún engaño. Don Clarián, como oyese que la reina Leristela estaba allí, pesole de corazón y no quisiera entrar en la ciudad, mas disimulolo lo mejor que pudo, e dijo a la doncella que no menos a él que a ella placía de encelar^[319] su venida y que fuese así como ella decía. E aguardaron hasta ser bien de noche y, guiando la doncella, entraron por la ciudad e fuéronse a posar a casa de Nitrosela, madre de Carrileta, el

cual fue muy bien recibido de todos los que en casa había. E así como fue apeado, tal lo comenzaron a desarmar la doncella Carrileta e su madre. E cuando lo hubieron desarmado, cubriéronlo luego con un manto d'escarlata, muy fino e rico; d'esto, e de todo lo ál que fue menester para el servicio de aquella noche, porque todo lo había proveído la reina.

Ya que don Clarián fue apeado en su posada, en tanto que Manesil el escudero estaba ataviando lo que era menester, quedose hablando con Nitrosela. E la doncella se fue para la reina e díjole en cómo ya don Clarián quedaba a punto de querer cenar; por eso, que viese qué era lo que ordenaba hacer; la reina le dijo:

—Amiga, yo non pasaré por cosa del mundo que yo no vaya a ver a don Clarián esta noche.

Luego se desnudó de sus vestiduras reales e se vistió de otras. Y tomando un barrilete de plata en su mano, y tomó por la mano a Carrileta e fuéronse ambas a dos a casa de Nitrosela. E púsose en tal lugar donde podía ella ver muy bien a don Clarián y don Clarián no podía ver a ella. E cuando así lo vido tan apuesto y tan hermoso, no se pudo tener en sus pies que no cayese en tierra e, acuitándose consigo misma, decía:

—¡Oh, desdichada Leristela! ¡Qué mal consejo fue el tuyo de hacer venir aquí a aquel que su ausencia te mataba e agora la su presencia te quitará la vida con brevedad!

Carrileta, su doncella, la esforzaba e le decía:

—Señora mía, poco es el vuestro corazón, pues, para recibir lo que le es próspero, enflaquece más que para lo que es adverso.

La reina le dijo:

—¿E agora tienes tú por saber que es menester más audacia y esfuerzo para oponerse el hombre contra la prosperidad que no para resistir la adversidad?

—Con todo eso, mi señora, —respondió Carrileta, la doncella—, sienta de vós la Fortuna que, pues vos trujo a la mano aquello que tanto tiempo vós habéis deseado, que sois merecedora e capaz para lo recibir y aprovecharos d'ello.

La reina se esforzó ya cuanto e dijo a su doncella:

—¡Pues más haré, que esta noche lo quiero servir a la mesa! Mas cúplete decir que soy hermana tuya, e tú e yo lo serviremos

Esto hacía la reina por hacer ella de su mano lo que adelante veréis. Así que, puestas que fueron las tablas, la reina e Carrileta metieron el manjar. E la reina se lo puso delante e allí en su presencia comenzó de cortar. Servíalo ella por su mano e, al tiempo que esta señora servía, don Clarián puso en ella los ojos e parecióle bien. Mirábala con cuánta gracia hacía aquel servicio y preguntó a la dueña Nitrosela que quién era aquella doncella; ella le respondió:

—Señor, es mi sobrina, hija de una mi hermana.

Don Clarián le agradecía mucho la voluntad que allí mostraba aquella hermosa doncella, y ella le dijo:

—Señor, a tiempo seréis que lo pagaréis, que siempre a las doncellas se les

ofrecen cosas en que los caballeros trabajan por ellas.

A esta sazón don Clarián fue servido del vino. Y el vino que bebió era confacionado^[320] por tal arte que cualquier que lo bebía luego salía de su sentido; mas como don Clarián traía en su dedo aquel anillo que la Dueña Encubierta le enviara (según que en la *Primera parte* d'este libro lo leístes), no le podía empecer encantamiento ni arte de engaño otro ninguno que le hiciesen. Así que la reina, como viese que el su vino que en el barrilete que ella traía no había hecho obra ninguna, fue muy pesante d'ello; e cayó luego en lo que era y estuvo pensando qué medio ternía para se lo sacar de su poder, la cual salió fuera del aposento a lo comunicar con la su Carrileta. E a la entrada que entró, fingiose que iba con mucha cuita e dolor. Don Clarián le preguntó qué era lo que había que tal semblante mostraba; la reina le dijo:

—Señor caballero, aquí dentro de casa parió veinte días ha una mi hermana, y agora está en tiempo de muerte.

—¿E de qué?, —dijo don Clarián.

La reina dijo:

—De flujo de sangre, que jamás se lo han podido detener.

Don Clarián fue movido a piedad en ver la cuita con que aquella señora fingía aquella dolencia, e dijo:

—Si yo la veo, yo le daré remedio mediante Dios.

—¡Ay, señor!, —dijo la reina—, si vós podéis hacer, hacedlo e ganaréis la vida de una noble dueña.

Luego don Clarián sacó el anillo de su dedo e llamando a Manesil, su escudero, díjole:

—Toma este mi anillo e pónselo en su mano, e luego es quitado su mal.

La reina, temiendo no fuese descubierto el engaño, díjole:

—Señor, ya sabéis las mujeres que son apasionadas de aquel mal cuán retraídas están, y ella está en tal estado que ni está para ver ni para ser vista.

Don Clarián, que muy caritativo era, dio el anillo a Carrileta e díjole:

—Pues vós, doncella, tomad este anillo y tocadle con él en la sangre y volvédmelo luego.

Carrileta lo tomó en su mano. Y en tanto que ella fingió que iba a facer lo que le era mandado, la reina sirvió del vino a don Clarián; mas no lo hubo bien bebido cuando quedó tan sin sentido como si fuera una estatua de piedra, e luego hizo otro tanto a Manesil, el escudero. Venida que fue Carrileta, la reina le dijo:

—Buena amiga, agora tenemos en nuestro poder a don Clarián, que fasta aquí poco había prestado la tu diligencia; por eso, demos orden de lo llevar a mi palacio.

Carrileta llamó a una doncella que con la reina había venido, la cual se llamaba Piramedas; ésta sabía muy bien todo lo que Cantisena, la tía de la reina, dejara ordenado para contra don Clarián; la cual, cuando lo vido tan fermoso, aficionose a él en extremo. Y en verlo así fuera de sentido, acuitábase^[321] por él e decía que mal empleado fuese el encantamiento que contra tal persona se hacía. Así que, llamadas

por la reina, esta Piramedada junto con Carrileta tomaron a don Clarián en sus brazos e lleváronlo al palacio e, metido a una recámara que muy ricamente estaba ataviada, desnudáronlo e acostáronlo en una cama. E habés de saber que Cantisena había dejado en aquella recámara encendida una lucerna, la cual tenía tal propiedad que, cualquier persona que allí entrase no siendo natural de la casa, que no pudiese salir de allí en tanto que estuviese ardiendo. Y estaba otrosí hecha aquella claridad por tal arte que el extranjero que allí entrase perdiese el conocimiento de cuantos viese de sus ojos. Dióle más Cantisena a su sobrina una agua confacionada, e díjole:

—Si vós queréis que don Clarián os quiera sobre cuantas cosas son en el mundo, la primera cosa con que se desayune después que en esta cama sea echado será con esta agua. Y en tragándola, luego será tornado en su acuerdo e hará lo que vos quisierdes porque le parecerá que está con su amiga, que es la cosa que él más ama en este mundo. E avísoos de tanto que pongáis mucha guarda en la lucerna que no se mate, que, luego que pierda la luz, perderéis vós la vida si presente estuvierdes.

Ésta era la forma que aquella buena dueña había dado en el aposento a don Clarián en aquella recámara. Así que, como la reina Leristela tuvo al su don Clarián en la cama, luego le dio el agua confacionada y, en bebiéndola, tornó en sí. E mirando por todas partes no vido sino a la reina que allí junto con él estaba; e mirándola al rostro, parecióle que era su señora, la princesa Gradamisa. E como se veía en aquel retrainimiento tan rico, pensaba en sí que estaba en la cámara de Celacunda donde hubo a su señora, la princesa, según que en la *Primera parte* d'esta crónica lo leístes. Así que, pensándose que aquella que delante sí veía fuese la princesa Gradamisa, tomola por la mano e díjole:

—Señora mía, ¿qué servicios pueden ser los míos en el mundo para que merezca tan grandes mercedes como de vós yo recibo?

Bien sintió la reina que, aunque hablaba con ella, que el su pensamiento e corazón que en otra parte lo tenía, e díjole:

—Buen caballero esforzado, Dios vos hizo a vós tal que d'esto e cuanta más honra se os pudiere hacer, sois merecedor d'ello.

Luego don Clarián la tomó por la mano e se la besó muchas veces. E corriendo el corredor que delante la cama estaba, la reina dejó caer una basquina de jamete^[322] que sobre la camisa traía e metiose con él en la cama. Y esa noche holgaron los dos juntos. E daba la reina muchas gracias a Dios porque a tal estado la había traído que tenía en sus brazos las cosas que en este mundo más amaba; mas vivía con tal pasión y decía:

—¿Qué me presta a mí tener a este caballero en mi poder e que goce de mi beldad y hermosura, si él tiene en su pensamiento que goza d'estos solaces con aquella que él más ama que a mí?

Mas con todo eso consolábase diciendo:

—Yo lo terné aquí tanto en mi poder hasta que su querer sea convertido a mí.

E así d'esta forma que oídes gozaba aquella señora del su don Clarián todas las

horas del mundo, el cual era allí tan servido como en la posada que él estaba. Y en todo el tiempo que allí estuvo encerrado no entró en aquella cámara ninguna otra persona sino las doncellas Carrileta e Piramedá, que de otra ninguna no se osaba fiar la reina Leristela porque éstas, ambas a dos, desde su niñez fueron criadas juntamente con ella. (Álvaro de Castro, *Clarián de Landanís*, libro II, [1522], cap. 29).

§ 55. DE CÓMO ROSICLER CONOCE POR UNOS PASTORES E ORIGEN DEL ENCANTAMIENTO DE LA CUEVA DE ARTIDÓN

Y siendo ya salido del reino de Dacia, dice la historia que fue a entrar por el reino de Rusia, donde le dijeron que había grandes y muy maravillosas aventuras. Y al tercero día que por él había caminado, fue así, que luego por la mañana el camino que llevaba lo llevó a meter por un monte llano, tan fresco y deleitable cuanto lo pudiera ser cualquier floresta. E así fue caminando por él hasta que de allí a gran rato llegó adonde el camino que llevaba se partía en dos partes, y era el uno más usado que el otro. Y como él fuese pensando en su señora la infanta Olivia, iba tan ajenado^[323] y fuera de sí mismo que, no echando de ver en los dos caminos, el caballo lo llevó por el que era menos usado. Y ansí anduvo por él adelante la mayor parte de aquel día; que no se acordaba de comer ni de otra cosa, hasta que el caballo con la hambre que llevaba se paró, y trabajaba por pacer de la yerba del campo. Y a esto hubo de volver el Caballero de Cupido en sí y, viendo que había perdido el camino que llevaba, y que era ya pasada gran parte del día, con más acuerdo que hasta allí comenzó de caminar, por llegar a alguna parte donde pudiese dar algún mantenimiento al cuerpo, por no se dejar morir desesperado. Y así, una hora antes que anocheciese, aquel pequeño y mal usado camino que llevaba le llevó a dar a unas grandes y muy altas rocas que en medio de aquel monte había, debajo de las cuales vio una cosa que le puso en grande admiración. Y era que por una boca de una cueva que se hacía en lo bajo de la roca salían muy grandes y espesas llamas de fuego, acompañadas de un espeso humo que parecía cosa infernal. Era la boca de la cueva tan grande que fácilmente pudiera haber cabido por ella un caballero sobre su caballo. E como viese una cosa tan espantosa, deseando saber qué fuese, se quiso llegar más a ella. Mas el caballo se espantaba tanto que no le pudo hacer llegar cerca; y ansí, se hubo de apearse d'él. Y arrendándolo a un árbol, se fue a pie hacia la espantosa cueva; e llegando cerca, vio que estaban labradas unas letras muy grandes en la peña hacia la mano derecha de la cueva, que en ellas mismas se parecía haber largo tiempo que eran hechas. Y leyéndolas, vio que decían ansí:

Ésta es la cueva del sabio Artidón, que fue muerto por amores de Artidea, hija del rey Liberio y única heredera d'este reino; la cual, en pago de su

crueldad, estará aquí dando verdaderas respuestas de todo lo que le fuere preguntado, hasta que venga caballero de tanta bondad que, venciendo las temerosas guardas de la entrada, pueda ponerla en libertad. Y entonces será libre la entrada a todos los que quisieren saber algo del sabio.

Como el Caballero de Cupido hubo bien leído las letras, mucho era maravillado de aquella aventura, y luego le tomó voluntad de la probar, por saber lo que había dentro, que, como aquel que tenía la vida aborrecida, de ninguna cosa holgaba más que de las grandes y peligrosas aventuras que se le ofrecían. Y como ya fuese tan tarde que cuasi quería anochecer, acordó de esperar hasta la mañana, porque la noche no le fuese contraria en la entrada de la cueva. E así, quitó el freno al caballo, y lo dejó pacer por el campo; y él, como quien ningún cuidado de sí tenía, se tendió sobre la verde yerba, y allí tendido, comenzó de se meter en sus profundos pensamientos, no se acordando que en todo el día no había comido cosa alguna, ni tenía de dónde lo pudiese comer aquella noche. E como pensase en aquellas crueles palabras de la carta de la infanta Olivia, cubríasele el corazón de una pasión tan congojosa que, revolviéndose por el suelo de una parte y de otra, decía:

—¡Oh, tierra, que para todos los mortales te abres y los recibes en tus senos!, ¿por qué no te abres ahora para mí y me recibes allá dentro? Que metido y enterrado en tus entrañas, me tendría yo por contento y satisfecho. ¿Para qué quiero vivir ni ser más en el mundo, pues tengo ya perdida la esperanza de ver más a la infanta Olivia? ¡Oh, si esta aventura que quiero probar fuese la postrera y última hora de mi vida, y muriese dentro d'esta cueva, porque aun mi muerte saber no se pudiese!

Diciendo esto y otras muchas cosas, que era grande compasión de oírlo, pasó un gran rato, hasta que, siendo ya la noche bien cerrada, oyó ruido y murmurio de gente. Y levantándose por ver lo que era, vio cerca de sí al pie de la roca un grande fuego y que alrededor d'él estaban muchos pastores, que eran los que hacían el ruido. Y deseando saber alguna cosa más de aquella cueva, se fue hacia ellos, y en llegando, los saludó con buenas palabras. E como los pastores lo viesan tan grande y membrudo, y armado de tan preciadas y ricas armas, teniéndole por caballero de grande estima, lo recibieron y le hicieron buen comedimiento, convidándole a cena, que ya ellos tenían aparejada. Y después de les haber dado muchas gracias por ello, se sentó con ellos junto al fuego. El uno de los pastores, que parecía mayoral^[324] de los otros y más bien hablado y entendido que todos, preguntó al Caballero de Cupido qué ventura lo había traído por allí a tal hora; y él respondió diciendo:

—Yo soy extraño^[325] d'esta tierra, y habrá tres días que entré en este reino. Y como no supiese bien la tierra, la ventura me ha traído por aquí esta tarde. Y viendo que era ya noche, por no me perder más, acordé de me quedar allí cerca de la cueva hasta la mañana, con propósito de probar aquella aventura en viniendo el día. Y como después os viese aquí juntos, acordé de me venir a vosotros, así por comer alguna cosa como por informarme de vosotros d'esta aventura de la cueva de Artidón,

porque hasta esta tarde que la he visto nunca oí decir cosa alguna d'ella.

—Señor caballero, —dijo aquel mayoral—, pues vós nos habéis dado cuenta de vuestra venida, yo os quiero decir lo que sabemos y tenemos noticia d'esta cueva, que por ventura después de sabido se os quitará la voluntad que tenéis de la probar. Y entre tanto se aderezará y pondrá a punto lo que hemos de cenar; que todo lo que tuviéremos se os dará de buena voluntad, porque vuestra persona lo merece. Y así, lo que sabemos y tenemos por oídas de muy largos tiempos d'esta parte acerca d'esta cueva es que, en tiempos pasados, hubo en este reino de Rusia un caballero llamado Artidón, el cual, de más de ser caballero de alta sangre y de gran bondad y gentil disposición, era el mayor sabio en la arte mágica que se podía hallar en grandes tierras. Y cuando más él florecía en las armas y en la ciencia, era señora d'este reino una doncella llamada Artidea, la cual había dejado el rey su padre pequeña y de poca edad. Y cuando vino a ser de edad de se poder casar, era tan hermosa que muchos caballeros y altos príncipes deseaban haberla por mujer. Y entre todos los que la seguían, ninguno tan altamente se mostraba como Artidón, el cual así en las armas como en su ciencia hizo grandes cosas en su servicio; y fue su ventura tal que no sólo la reina no le quería bien, mas antes lo aborrecía, y eran enojosos sus servicios. Y amábala tanto y tan enteramente que como él conociese su crueldad, de tal manera vino a adolecer que se sintió mortal.^[326] Y no esperando remedio de la reina, acordó de se vengar d'ella antes de su muerte. Y así, una noche, por su gran saber, sacó de su lecho a la reina y la trajo aquí a esta cueva. Y hubo aquella noche tanto ruido de truenos y relámpagos que parecía que todo el mundo se hundiese; y como a la mañana fuese echada menos la reina, buscándola por todas partes, vinieron acaso a hallar esta cueva, y leyendo las letras que están labradas en la peña, entendieron que el sabio Artidón la había traído allí en pago de la crueldad que con él había usado. Y queriendo algunos caballeros probar la entrada de la cueva, acaecióles d'esta manera: que los que eran enamorados entraban por el fuego adelante sin se quemar ni sentir cosa alguna el fuego, mas de allí a un rato eran luego echados fuera, unos muertos y otros heridos y maltratados. Y siendo preguntados de lo que les había acaecido, decían que estaba un toro en la entrada de la cueva, el cual les defendía la entrada, y del primer golpe los hería y echaba fuera de la cueva, y que era el más grande y espantable que jamás los hombres vieron, y según eran duros los cuernos que tenía, pensaban que eran de acero. Los que no eran tocados del amor, así como comenzaban a entrar por el fuego lo sentían tanto que luego se tornaban afuera. Y así, no se pudo saber de la reina, ni se ha sabido hasta ahora, aunque han venido muchos caballeros de diversas partes a probar esta ventura. E aunque esto ha que pasó muchos días, siempre los d'esta tierra tienen esperanza que esta reina ha de salir del encantamiento. Y así, después acá siempre ha estado este reino debajo de gobernadores, y ninguno se ha llamado rey. Antes, luego que entran en la gobernación juran de entregar el reino a la reina Artidea, luego que salga del encantamiento. E al presente es gobernador un caballero mancebo de gran bondad, llamado Luciro, y algunos que saben mucho del

arte mágica han dicho que en tiempo d' éste ha de salir la reina del encantamiento de Artidón; y así, la están esperando cada día. Esto es, señor caballero, lo que yo he oído en estos tiempos, y lo que se sabe de oídas de los antiguos. Y de verdad os digo que es tan grande el espanto que han puesto las guardas de la cueva, que ya ha muchos días que no ha habido caballero que haya tenido atrevimiento de entrar en ella. Y yo no tendría por hombre cuerdo a quien quisiese probar esta aventura, pues en tantos días no ha habido caballero que la haya podido acabar ni conquistar la primera guarda, y es de creer que no debe guardar la cueva aquella guarda sola.

Mucho se holgó el Caballero de Cupido de la buena cuenta que el pastor le había dado de aquella aventura. Y dándole muchas gracias por ello, dijo que por ninguna cosa no dejaría de la probar, viniendo el día, de lo cual eran maravillados los pastores, y rogábanle cuanto podían que no se pusiese en ello, porque no podría escapar de [ser] muerto o malherido. Y como ya su pobre cena estuviese a punto, sobre la verde yerba cenaron todos juntos. Cuando hubieron cenado, como los pastores quisiesen dormirse, el Caballero de Cupido se apartó a una parte y debajo de un árbol se asentó en la yerba, donde pasó aquella noche, con tanta voluntad de probar la entrada de la cueva que no vía la hora que viniese el día. (Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y caballeros*, primera parte [1555], libro II, cap. 4).

V.2. SOBRE MILAGROS VERDADEROS Y FALSOS

§ 56. DE CÓMO FUE ENCONTRADO EL CRUCIFIJO CON LA IMAGEN DE JESUCRISTO EN LA CIUDAD DE CLISTERIA, Y DE LOS MILAGROS QUE REALIZÓ NUESTRA SEÑORA DE SOTERRAÑO, QUE LLEVÓ A TODOS LOS PAGANOS DEL REINO A CONVERTIRSE AL CRISTIANISMO

Sabido que fue por el rey Delfange todo lo que a Valeriano era acontecido, vínole a ver; e fue recibido d' él con aquel amor que siempre desde se conocieron tenido se habían. Luego que esto fue fecho, el nuevo rey mandó hacer iglesias e monesterios en muchas partes de su reino. E los obispos e letrados siempre predicaban e, como eran bárbaros o porque Dios no venía en ellos a la sazón, estaban rebeldes en su contumacia, de lo cual el rey Valeriano estaba muy triste, e hacía hacer procesiones e mandaba decir muchas misas porque el Espíritu Santo viniese en ellos. E así fue que en aquella ciudad de Clisteria treientos e cuarenta años eran pasados que había seído de cristianos. E ninguna señal en ella había por donde Dios fuese servido allí en ningún tiempo, no sea que en una calle de las principales de aquella ciudad estaban unas corralizas grandes que se llamaban las Casas Cristianas (éste era su nombre, mas no porque sabían a qué causa así se llamaban). E muchas veces habían probado a facer ende casas y, desde las acababan de hacer, tal se caían, que ni de cimiento ni de pared ninguna piedra enhiesta quedaba, a la cual causa estaban desiertos aquellos

corrales. E habéis de saber, dice la historia, que aquel solar derribado que allí estaba había seído iglesia en el tiempo que de cristianos había seído, en la cual muchos miraglos se habían fecho por la mano de un crucifijo que allí estaba. E al tiempo que vino la persecución por los cristianos de aquella ciudad, un obispo de buena vida que allí era tomó el crucifijo con la imagen de Nuestra Señora de la Salud, que así se decía, e metiolos en una pequeña bóveda que debajo de la pila del bautizar estaba, e tapiolas ende muy bien, con intención que aquellas santas imágenes no fuesen ultrajadas. Así que d'esta causa ningún edificio en aquel lugar se sostenía.

En aquella ciudad vivía un caballero, el cual era de los nobles de todo aquel reino y era muy emparentado. E tenía asaz hijos e hijas, todos casados, y d'ellos asaz nietos e nietas. Y este caballero era ciego de nacimiento y, como oyese decir que en la iglesia de Santa María de Luz predicaba un obispo la ley de Jesucristo, tomole deseo de ir allá a lo oír. E mandó a dos escuderos suyos que luego lo llevasen para allá, y así lo hicieron. Por más atajar el camino, lleváronlo por aquellas corralizas e fue caso que, al pasar que por allí por donde el crucifijo estaba, pasó que se le hundieron los pies y cayó en una pequeña sigma que allí estaba. Y al caer, vido una gran claridad que allí dentro estaba, de lo cual él se maravilló mucho, e vido las imágenes que allí eran muy resplandecientes. Los escuderos que al caballero llevaban, como lo vieron dentro, entraron a sacarlo; e viéronle cómo estaba de hinojos ante las imágenes adorándolas. E vuelto el rostro a sus sirvientes, díjoles:

—¿Vosotros habéis visto lo que yo veo?

Ellos le dijeron:

—¿E qué vedes vós, señor?

Bolarzano, el caballero que así se llamaba, les dijo:

—Veo un hombre crucificado y alderredor d'él cien mil coros de ángeles que lo sirven. E veo más, que los mismos ángeles están como yo estoy, adorando una doncella que a par del crucificado está.

—No vemos tal, —dijeron los escuderos—, ni lo queremos ver, porque eso que vós decís es lo que los obispos cristianos predicán, diciendo que en ese Jesús crucificado creen y en esa doncella que es madre d'Él. E por eso, ni lo vemos ni lo creemos que lo vedes.

Luego de presto vieron los escuderos cómo se llegó a ellos un ángel e los cegó, quitándoles del todo la vista de sus ojos. Y aquel mesmo ángel los tomó a todos tres en brazos e los sacó fuera de la sigma. Y el bueno del caballero viejo, como mirase a todas partes e viese lo que hasta entonces nunca hubiera visto, hallábase el más alegre de los nacidos. Y tenía en derredor de sí tanta gente que no se cabían en todo aquel circuito, maravillándose d'él cómo veía; y él les contaba lo que le había acontecido e decía:

—Si Aquél que yo vi en la sigma es el Dios de los cristianos, yo creo en Él bien e verdaderamente.

Luego se fue para la iglesia donde estaban predicando e allí contó lo que le

aconteciera, de lo cual todos fueron maravillados. Y era tanta la gente que a la sigma corrían por ver aquel gran misterio que en chico rato ocupaban aquel lugar. E muchos se lanzaban dentro y veían tan gran claridad que no bastaban sus ojos para lo mirar. Y eran tantos los que aquel día se convirtieron que pasaron de más de diez mil. Ese mesmo día vino ende el rey Valeriano y con él el rey Delfange. Y entr'ellos venía el obispo y venían asaz clérigos y religiosos en una muy solemne procesión. Y el obispo entró dentro de la sigma, y con él los dos reyes, y fue tal la claridad que en las imágenes vieron que cayeron en tierra y adoraron. E ninguno d'ellos era osado de llegar a tocar sus manos en la imagen del Rey de la Gloria que ende estaba. Mas vieron que la imagen de Nuestra Señora tendió la mano e llamó al obispo, el cual se llegó a ella. Y puesto el rostro en la tierra, rezaba la oración de *Obsecro te*^[327] e otros muchos himnos que cantaba. E luego la Señora se le puso en los brazos y le dijo:

—Ve conmigo al templo santo donde mi Hijo e Señor consagrado está.

Luego el obispo salió con la Santa Imagen en sus brazos e con una muy devotísima procesión la llevaron a la iglesia mayor. E ahí, con mucha veneración, la pusieron en el altar mayor, donde hizo asaz de miraglos. No sólo en la ciudad, mas en el reino e fuera d'él, quienquiera que se encomendaba a aquella Señora del Soterraño (que así se llamó) luego era libre de sus penas. A esta causa se convirtieron muchos fieles e muy católicos, porque en aquella ciudad fue el obispo Doroteo, que fue canonizado por santo, e los tres hermanos Gracianos, que recibieron martirio en la ciudad de Persépolis en Persia; y otros muchos santos bienaventurados fueron en comedio de quince años que aquel reino fue de cristianos, y todos naturales de allí, los cuales frutificaron mucho en nuestra santa fe católica. (Álvaro de Castro, *Clarián de Landanís*, II [1522], cap. 51).

§ 57. DE CÓMO LOS NUEVE CABALLEROS CRISTIANOS LLEGARON AL SEPULCRO DE MAHOMA, Y DE CÓMO ACABARON EN POCO TIEMPO CON TODOS SUS GUARDIAS

Allí quedaron los dos amigos en guarda del castillo; y mientras los otros volvían, buscaron quién los muertos sepultase, que de buena gana de la tierra acudieron porqu'en extremo se holgaron de ver aquellos gigantes muertos.

Los nueve caballeros que iban con la Decirinaica llegaron al gran sepulcro en Medina del falso profeta Mahoma, a donde estaba un suntuoso templo armado sobre infinidad de pilares de hermoso jaspe, lisos y redondos, que hacía todo el templo como callejuelas, bajo de dos estados medianos y una capilla toda de fina piedra imán, y en medio en una caja de yerro los polvos quemados de Mahoma. Todos los naturales tenían aquello en gran veneración y milagro como si cosa natural no fuera; de guarda estaban cincuenta turcos bien armados y por elección de su esfuerzo puestos a la guarda. Y como a los nueve caballeros vieses y a la hermosa princesa,

los dejaron llegar y el uno d'ellos, que capitán era de la escuadra, llega a mostrarles la capilla y una rica llave de oro saca para abrirles; dentro entraron sin hacer más medida^[328] que la que era razón; el turco se enfadó y dijo:

—Con poca veneración entráis en semejante lugar; hincad vuestras rodillas y haced la oración decente.

Claridoro le dice:

—Este entierro, ¿cúyo es?

—Éste es el entierro de nuestro maestro Mahoma, que por milagro suyo él está en el aire, cosa tan divina como veis.

Claridoro dijo:

—No tenéis razón, que ésta es cosa natural, y cualquier cosa que aquí de yerro metáis se alzarán ni más ni menos; y porque lo veáis, pon ese mandilete^[329] junto al arca y veréis cómo se sustenta y cómo no es milagro; y sino sacad la caja y poned las cenizas en el suelo y veréis cómo s'están quedas.

El turco dijo:

—No estamos agora en esas pruebas, sino estad con la decencia que habéis d'estar; sino haré os yo que lo hagáis, que para eso me tienen puesto aquí.

No pudo nuestro guerrero sufrir tal agravio y ansí le dice:

—¡Tira, perro mahomético, que sólo el trino y uno se debe adorar, que este vuestro Mahoma es ministro del demonio!

El turco se [ofende] y un grito alza, sacando su cimitarra; poco le duró su orgullo, que de un solo golpe dado por el belicoso brazo, rinde el alma. Los de la guarda acuden al alboroto, mas, como iban acudiendo, iban dejando los espíritus, porque los nueve tales cosas hacían que ponían espanto. Claridoro trabó del arca y fuera la arroja y con su espada en un punto la cámara deshace y salen fuera llevando a las damas. En medio de sí, Florencio el Macedonio hacía grandes cosas en armas; cada momento acudía nueva gente y todo el lugar se alborotó, de suerte que ninguno que pudiese tomar armas dejó de tomarlas, y más de dos mil los cercan. Y todos estaban puestos a caballo; y el bravo español tenía a las ancas a la princesa muy bien atada, porque no cayese. Y hechos una muela entr'ellos, se revuelven dando y recibiendo crueles golpes. Pireno hacía maravillas y los demás no menos, cual andaba el noble francés y el fiero español y el húngaro príncipe con el aventajado macedonio, pues el buen Tristor no valía menos, o el fiero Glutino, que crueles y espantosas muertes daba, pues el noble Tristán a ninguno, como dicen, iba en zaga; Policarpo en presencia de su señora maravillas hace. Todos andaban con tanto concierto en la batalla qu'era cosa d'espanto. Los escuderos hicieron una cosa graciosa, que fue armarse de las armas de los muertos y toman a Pocta por su capitán y delante pasan diciendo a grandes voces, los unos *España*, los otros *Macedonia*, y al fin todos los apellidos de quien servían, y entre los turcos se metían. Buenas muestras dieron de sí, que a sus amos dio gran contento, y a los moros no pequeño espanto ya dan, hacer guerra abierta y un poco de más anchura cobran; pero como carga tanta gente, estorbábanlos

la salida. Si me atuviese a decir los muertos por las cristianas armas, diría una cosa de admiración y espanto, más eran de mil los que a este tiempo en el suelo estaban. (*Claridoro de España* [finales del siglo XVI], libro II, cap. 35).

VI.

QUE TRATA DE DIVERSAS ESCENAS Y ACONTECIMIENTOS DE ENTRETENIMIENTO: ENTRE LA CORTESÍA Y EL HUMOR

VI.1. SOBRE CORTES, ENTRADAS TRIUNFALES Y DEMÁS DIVERSIONES CORTESANAS

§ 58. DE CÓMO LA REINA ZAHARA Y TODO SU SÉQUITO ENTRAN EN LA CORTE GRIEGA

El domingo, muy de mañana, todos aquellos reyes y príncipes e todos los preciados caballeros se levantaron vestidos tan ricamente que no tenían precio porque les dijeron que ya la reina Zahara venía. Cabalgando todos en caballos ricamente guarnidos, salieron fuera de la ciudad y a poco trecho encontraron a la reina Zahara de la suerte que oiréis: venían, delante d'ella y todas sus mujeres, veinte y cuatro d'ellas con instrumentos tan extraños y dulces que extraña cosa era el ruido que hacían con su dulce melodía. Estas veinte e cuatro venían de chamete indio^[330] bordadas sus ropas de oro, eran tan largas que por todas partes de las bestias en que venían arrastraban. Eran todas estas veinte y cuatro mujeres negras e de buenas facciones, y en toda la compañía que la reina Zahara traía, que pasaban de quinientas mujeres, no había otras que negras fuesen. Venían caballeras en bestias a manera de dromedarios tan negros como si de azabache fech[o]s fueran. Luego, tras estas mujeres, venían docientas mujeres con arcos muy fuertes, los palos d'ellos dorados e las cuerdas bermejas, con ricas armas armadas, con ropas encima de chamete verde, bordadas de oro e con muchas perlas, ceñidas con cordones indios doblados todos de flechas; las testas doradas, todas eran muy hermosas, e las cabezas eran desarmadas, hechos encima de sus mismos cabellos muy rubios unos rollos cogidos por cima de las orejas con unas redes de plata, pobladas de mucha argentería, con zarcillos de oro colgando de las orejas de tanto valor que no tenían precio. Venían cabalgando en muy hermosos unicornios con muy ricas guarniciones. Tras estas venían otras doscientas mujeres armadas de la misma suerte con ropas de carmesí y con muy ricas bordaduras de oro con lanzas puestas en las cujas, las astas todas doradas; las cabezas de la misma suerte que las otras, cabalgando asimismo en muy arreados unicornios. Tras ellas venían otras cien mujeres así mismo muy armadas con ricas ropas de brocado y con tocados de la misma suerte, cabalgando así mismo en muy arreados unicornios; todas traían en las manos espadas muy limpias desnudas, y colgadas de los arzones, porras de acero muy fuertes. Tras ellas venían doce doncellas ricamente guarnidas encima de unicornios con ropas de brocado hasta los pies d'ellos; éstas no venían armadas; traían instrumentos con que tañían a manera de arpas con tan suave

son que a todos ponían espanto. Tras ellas venía la hermosa reina Zahara armada toda de unas armas que no tenían precio, porque todas venían sembradas de perlas y piedras de gran valor. Traía sobre ella una ropa de madejas de oro, pobladas de mucho aljófar, tan larga que hasta los pies del grande unicornio en que venía arrastraba, el cual traía una guarnición a manera de paramentos de la misma suerte; el cuerno del unicornio venía todo sembrado de perlas y piedras muy resplandecientes. Ella traía los sus muy hermosos cabellos sueltos, con una corona encima de tanta pedrería que a todos quitaba la vista. Traía dos doncellas vestidas de oro cabalgando en dos unicornios que delante le traían un espejo tan grande como un grande escudo. Éste traía ella porque decía que tal persona como ella no era razón en otra parte que menos fuese ocupase su vista. Las cinco reinas que con ella venían, venían de la misma suerte que ella: la de Sármeta le traía un escudo que todo era sembrado de piedras preciosas, en el cual d'ellos eran figurados en ella dos fuertes jayanes e juntos en una batalla habían venido; y la reina de Hircania le llevaba el yelmo, que de la misma suerte era; la hermosa reina de Colcas le llevaba un muy fuerte arco con doce saetas que todo parecía de oro; las otras dos reinas le llevaban a los lados dos cetros de oro. (Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia* [1535], libro II, cap. 52).

§ 59. DE CÓMO LOS PRÍNCIPES LLEGAN A CONSTANTINOPLA EN UN CARRO TRIUNFAL

El resplandeciente sol ya en el León resplandecía y en la tercera parte de la jornada del día se hallaba cuando los excelentes príncipes en su flota, con ruido de muchas trompas e tiros de artillería, al puerto de la gran ciudad de Constantinopla llegaron. Y conocidos por las imperiales insignias que en las gavias^[331] de los navíos venían, con semejante majestad de tiros de artillería y ruidos de muchas trompas, que en todas las torres de la ciudad sonaban, se celebró su recibimiento. Y luego todas las princesas e príncipes que en la flota venían se aparejaron de ricas ropas para salir en tierra, y los de la ciudad para recibirlos, y de tal suerte tomaron tierra. Y luego Diana fue puesta en la manera que aquí diremos, que fue de tal manera: armose un carro triunfal que doce unicornios llevaban, con sillas y guarniciones^[332] de oro, y encima se hacían cuatro arcos triunfales de extraña labor y hermosura, en que venían historiados^[333] todos los grandes hechos de Agesilao. Y en lo alto del carro encima de los arcos venía la estatua de Daraida al natural en hábito de doncella, con su espada al cuello de la forma que ella la traía. Mas Diana no quiso ir en el carro por ir en compañía de las otras princesas; antes le aparejaron un hermoso unicornio en que fuese con silla y guarnición, que no tenía precio el oro y los esmaltes que llevaba. Y el cuerno del unicornio iba en una vaina que todo le cubría, hecha de tela de grueso aljófar, con cuatro entorchados^[334] de oro que lo rodeaban con esmaltes de

rosicler^[335] y otras colores. Y en la punta tenía una gruesa perla a manera de botón, de do salía un flueco^[336] de oro y blanco. La hermosa Diana fue puesta en este unicornio vestida en tal manera: llevaba una ropa toda de jaqueles de oro de martillo y de rosicler^[337] que por las puntas de los jaqueles se trababan, dejando tantos vacíos como llenos, asentados sobre una ropa de raso blanco, tan larga que de encima del unicornio arrastraba gran parte, la cual llevaban dos doncellas en dos palafrenes, ricamente guarnidas. Llevaba collar e cinta de joyeles^[338] de finos rubíes. Los sus muy hermosos cabellos llevaba sueltos por las espaldas, y a los lados del rostro hechas a cada parte seis sortijas de lazadas. Y en cada lazada cubierto el ñudo con un joyel de un precioso rubí, rodeado el engaste de cada uno de seis perlas muy orientales. En la cabeza llevaba una manera como de cofia, y en ella sembrados a manera de alcartaces^[339] de largas puntas hechos, de hermosas perlas mezcladas con rubíes, que toda la cofia tenían poblada a manera de púas de puerco espín; y en cada punta de cada alcartaz, una gruesa perla. Llevaba esta manera de tocado fijado a los lados con dos lazadas de sus cabellos, con dos grandes joyeles de dos rubíes demasiados de grandes, con zarcillos^[340] tan sotiles e ricos que no tenían precio. Y como Diana fuese puesta en el unicornio, el emperador Amadís de Grecia la tomó por la rienda. Y el rey Amadís a la reina e princesa Daraida, que extrañamente iba vestida. Y don Florisel llevaba a la reina Garaya. Y don Arlanges de España llevaba a la reina Oriana. Agesilao a la reina su madre. Don Floristán, príncipe de Roma, llevaba a la princesa Lucenia. Don Florarlán de Tracia llevaba a la reina Lardenia. Llevaba Diana detrás de sí a la Marquesa de Lastes, con otras cincuenta hermosas doncellas en palafrenes, vestidas de la misma suerte que ella. Y el carro triunfal mandó que fuese gran pieza delante. Y así comenzaron a caminar para la ciudad, poblado el campo y todas las rúas de infinito número de gente. Y como llegaba Diana, que la vían espantados de su hermosura, por do quiera que pasaba se hacía un ruido del mormullo de la gente, a manera de ruido de muchas aguas, pareciéndoles cosa más divina que humana. Y así entraron por la ciudad hasta llegar a los palacios del emperador, donde ya los emperadores Esplandián e Lisuarte los habían salido a recibir, maravillados de su hermosura de Diana, la cual, Amadís de Grecia dejándola en medio d'ellos, se había llegado a la reina e princesa Daraida. Y los dos emperadores venían en graciosas palabras con Diana, después de se haber recibido y haberles ella pedido las manos, y ellos abrazándola y besándola en la haz.

Pues como a la plaza de los palacios llegaron, era tanto el ruido de los menestres^[341] que no se oían. Y las tres emperatrices estaban a las finiestras por verlos venir; y con ellas estaban la hermosa princesa Elena y la muy hermosa Lucela, con el extremo de hermosura igual a Diana de la infanta Fortuna en los brazos de la reina Finistea y con otro tocado de la suerte que el que Diana traía. Y como se vieron las unas a las otras, maravilladas de su hermosura, entraron en los palacios, y [fueron] abajadas del unicornio y palafrenes de los que las traían. Y así la marquesa de Lastes

con todas las otras doncellas, que no había ninguna que príncipe o preciado caballero no viniese con ella, fueron tomadas por los brazos y subidas a los corredores.^[342] (Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, III [1546], cap. 168).

§ 60. DE CÓMO LAS DAMAS Y CABALLEROS DE LA CORTE SE DIVIERTEN ENTRE AMENAS CONVERSACIONES Y DIVERTIDOS ENCANTAMIENTOS

Estando las cosas en el estado de placer que la historia os ha contado, el Caballero de la †, por su propio nombre llamado el príncipe Lepolemo, y el Delfín de Francia, cuantos más placeres y fiestas se hacían, tanto más sus corazones estaban atormentados por sus señoras, viéndolas cada día devisadas de muy ricos vestidos y aderezos de sus personas. Y un día entre los otros, la infanta Andriana hija del rey de Francia, e la infanta Miliesia, hija del emperador, a quien el príncipe y el Delfín servían, como lo habéis oído, a una ventana que salía a una puerta donde el rey de Francia tenía osos y leones e otros animales fieros que los grandes señores suelen tener; e como el príncipe Lepolemo, que estaba con el delfín asentado con el emperador, las vido, dijo al Delfín:

—Señor vamos a estorbar su habla a la señora, vuestra hermana y la mía, que las veo muy fundadas en largas razones.

—Vamos, —dijo el delfín, como aquel que mucha gana lo tenía, sino que no lo osaba decir.

Y así fueron los dos muy paso por ver si podrían entender alguna palabra de las que hablaban. Y oyeron que decía la infanta Andriana:

—Señora, aquel león que veis qu'está paseando, agora le tiene la quartana,^[343] que Dios permite que la tenga de tercer a tercer día, porque de otra manera con su braveza y crueldad entraría a los poblados a comerse los hombres.

Entonces dijo el Caballero de la †:

—Señoras, si por crueles viniese a todos la quartana, muchos hay en el mundo que la merecerían mejor que no los leones.

Entonces ellas dos se volvieron con sobresalto por ver quién era el que las estaba escuchando; e como los vieron, hiciéronle su acatamiento como a hermanos mayores y príncipes les convenía. Asentáronse junto con ellas en los mismos bancos que grandes eran, e dijo la infanta Andriana:

—Así señores que venís a saltar nuestras razones, creo que pensábades que decíamos mal de vosotros.

—Señora, —dijo el príncipe Lepolemo—, aunque lo dijéades, no era mucha sinrazón, porque bien cabe en mí a lo menos, pero no creíamos que de tan cuerdas señoras pudiese salir mal de nadi; mas hablando verdad, pensábamos que hablábades de colores, o de vestidos, o de cosas labradas de oro, o lo más cierto de afeites, o de

cosas para cabellos, que es la práctica más común de damas.

—Por mi vida señor hermano, —dijo la infanta Miliesia—, que si un poco antes llegárades que no tomábades con el furto en las manos, que d'esas cosas habíamos estado hablando e de cansadas buscábamos materia nueva en qué hablar.

Dijo entonces el príncipe Lepolemo:

—¿Conocéis señoras, que mi sospecha era cierta?

Dijo la infanta Andriana:

—Señor, esa no es sospecha sino que lo sabéis con esa vuestra arte, que muchas veces diría mal de vós, sino que no oso pensando que donde quiera qu'estáis sabéis lo que digo e lo que hago contra vós, que, después que os vi hacer lo que hecistes el día que el emperador entró aquí, os tengo miedo e querría más saberlo hacer que un gran tesoro, solo por pasar tiempo, porque en toda mi vida hobe tanto placer como aquel día con aquellos que huían e con los palos que el gigante daba en el suelo, pensando que daba a lleno.

Dijo el Delfín:

—Señor, por merced que se haga algo de placer en estos días, que yo sé también que holgará la señora, vuestra hermana, que ya no queremos ver de vós más cosas de caballerías, pues está claro que no tenéis segundo.

Dijo la infanta Miliesia:

—Hacedlo por mi vida, señor hermano, que por vida del emperador, que desde que nací no hobe tanto placer como aquel día.

—Señora hermana, —dijo el príncipe—, no es mucho que no hayáis visto mayor placer, pues que siempre hasta agora habéis estado en prisión.

Y la infanta Andriana hízole del ojo que lo hiciese; entonces el príncipe dijo:

—Por el mandado de cualquiera de vosotros señores era razón que yo pusiese la vida, cuanto más por el ruego de todos hacer una cosa tan liviana como la que me pedís; no se hable cosa ninguna que de hoy en seis días es día de San Juan, yo ordenaré alguna cosa que creo será de placer.

Y así acabaron su práctica. Y como fueron un día antes de San Juan, el príncipe Lepolemo rogó al emperador e al rey e a sus mujeres que le hiciesen merced de ser sus convidados aquella tarde y el otro día, que era la fiesta de san Juan, a la casa del bosque que era dos leguas de allí, que era una casa de placer del rey de Francia donde algunos días del año solía ir a caza. Y el emperador y todos fueron muy contentos. Y así el príncipe hizo aderezar la casa muy ricamente que allí mostró bien sus aderezos, y puso la rica cama que la Reina de Durón le había dado, que fue muy mirada de todos, y otras muchas que tenía muy ricas, tanto que no hobo necesidad de llevar ninguna cama para nadi; antes en aquellas tuvieron las mujeres bien qué mirar. Y más hizo por arte de encantamiento, junto a la misma casa en un gran prado que había, un cuarto más que por la misma casa se mandaba, que parecía la más rica cosa que en Francia se hallase, con muchos aposentos e todos muy aderezados con camas y tapicería, que todos lo que lo miraban se maravillaban de ver cosa tan rica e bien

concertada. Aderezado todo esto, hizo defuera de la casa una fuente de agua muy clara, e con sus caños de mármoles muy blancos que parecía que ponía gana de beber a los que la veían; y hecho esto fuese para París. Y venida la hora, el emperador y el rey e todas las damas cabalgaron muy acompañados de caballeros con mucho placer. Y como iba mucha gente a pie por ser tal día y por ser tal fiesta, tanto que cuasi no quedó en la ciudad hombre ni mujer que no fuese tras ellos, que los campos y caminos iban llenos. Y como llegaron un poco antes de donde estaba hecha la fuente, había un charco de lodo que lo pasaban por unas pontezuelas de palo; y estaba hecho por tal arte que no pasaba hombre por los palos que no cayese en el lodo. Y como estaba hecho por arte de encantamiento no se suciaban en él las ropas ni los pies, sino solamente las manos y alguna cosa que les surtía a la cara. Y como es cuasi natural el reírse si hombre ve caer alguno, las infantas reían en ver caer tantos sin hacerse mal, y díjoles el príncipe Lepolemo:

—Pasemos, señoras, aquella fuente si queréis haber placer.

Y fuéronse para la fuente, y cuando el rey la vido, maravillose porque él no había visto aquella fuente en cuantas veces había venido allí, y paráronse todos a mirarla. Y como la gente que caía en el lodo, tenían necesidad a su parecer de lavarse, todos corrían a aquella fuente que les parecía muy hermosa agua. Y como tomaban del agua y se lavaban las manos y la cara, en la mesma hora los tiznaba a todos solamente las caras y como no se veían ellos a sí mesmos, y veían a los otros tiznados, veríades entr'ellos grande risa burlándose unos de otros porque estaban tiznados, no viendo lo qu'ellos tenían. D'esto había tan gran ruido de placer que el rey y emperador y las señoras no había ninguno d'ellos que no pensase caer de la mula de risa. Y esta tizne les duraba tan solamente hasta que llegaban a una entrada que había en la casa y no más que luego tornaban como de antes. Y las infantas iban riendo con el príncipe Lepolemo y con el Delfín, de cómo los tiznados cada uno d'ellos se pensaba estar limpio y burlábanse de los otros. Y pasaron adelante y entraron en la casa, la cual estaba tan aderezada que el rey de Francia que era suya y muchas veces había estado allí no la conocía, y dijo al príncipe:

—En todo os ha hecho Dios cumplido,^[344] hasta en hacer que aquesta casa vieja parezca bien.

Y como pasó adelante y vio y entró en el cuarto nuevo y vido tan rica obra, estuvo espantado y pensando quién había allí obrado tan noble aposento, y pensó que podía ser que sus mayordomos lo hubiesen hecho, y también los mayordomos estaban espantados a quién había mandado el rey obrar aquella casa sin saberlo ellos. Y la emperatriz y la reina y las infantas holgaron mucho de ver el aderezo de la casa, y el mesmo príncipe quiso ser el aposentador aquella noche, y aposentó en las salas y cámaras que primero estaban labradas al emperador y al rey y a sus mujeres; y él y el Delfín en lo mesmo, y a las infantas en una cámaras que había dentro del aposento del emperador y del rey; y allí todas las mujeres viejas y dueñas de manera, y a las damas de la emperatriz y reina, y de las infantas, aposentolas en el cuarto nuevo,

donde había muchos y ricos aposentos. Y así, cada uno aposentado, todos hallaron en sus aposentos las cosas tan complidas que estaban maravillados de ver cosa tan complida y honrada. Y decían que bien parecía hecho del príncipe Lepolemo que nunca hizo cosa mala. Las infantas ya estaban descuidadas, pensando que no había de haber más cosa del arte d'encantamiento; y así, después que hubieron hecho colación muy honradamente, se fueron acostar apercebidos del príncipe Lepolemo que se levantasen todos de mañana, porque tenía concertada una caza; y retraídos en sus aposentos se acostaron. Y venida la mañana, el príncipe hizo levantar al emperador, su padre, y al rey y reina y infantas, las cuales ellas mismas se hubieron de tomar de vestir, que por mucho que llamaban a los que los solían servir nunca los pudieron despertar. Luego pensaron todos que el príncipe lo había hecho. Y así medio vestidos salieron a unas ventanas que salían adonde estaba hecho el cuarto nuevo, donde las damas estaban aposentadas, y hallaron al príncipe y al Delfín en otra ventana de su aposento, y las infantas salieron de la suya y estándole diciendo que les despertase sus criadas, dijo el príncipe:

—Señoras, yo no sé qué haga más de mostraros donde están aposentadas.

Y en esto vieron que a deshora desapareció todo el aposento, que parecía que estaba labrado nuevo con toda la tapicería y camas y ropa que en ellas había que no pareció señal d'él; y las damas que estaban aposentadas en él, halláronse desnudas encima del prado, d'ellas con camisa, d'ellas sin ella, como cada una se había acostado, y sus vestidos junto con ellos. Como el emperador y el rey e sus mujeres e infantas vieron cosa de tan gran maravilla, estaban muy espantad[o]s de ver tal cosa, pero no dejaban de reír en ver todas las damas sobre la yerba desnudas. Y hizo una cosa que nadi se despertó sino aquellas personas principales, donde era el emperador y el rey y sus mujeres e las infantas, y más que todos se rieron de un cocinero gordo en extremo que también se halló desnudo sin camisa entre sus ollas, del cual todos rieron mucho. Y después que así estuvieron un poco, el príncipe Lepolemo taño un silbato de oro que llevaba, y luego las damas despertaron y, como se vieron desnudas sobre la yerba verde, estaban tan turbadas que no sabían qué les había acaecido. Y como alzaron los ojos e vieron a las ventanas a sus señores, hubieron tan grande empacho que arrebataron sus ropas y fuéronse huyendo a poner entre las matas donde se vistieron; y después no osaron salir de vergüenza; pero como supieron que no las habían visto sino solos sus señores, no lo tuvieron en nada, y salieron como fueron vestidas, y subieron todas donde estaba el príncipe con las infantas, y dijéronle:

—Señor, no sería malo que nos pagásedes esta burla que nos habéis hecho, que no penséis defenderos de nuestras manos como hacéis de los caballeros

Él les dijo:

—Señoras, yo me doy en vuestra prisión, que yo no lo hice sino porque cada una mostrase su derecho, pues que todas lo tenéis bueno

Y así rieron mucho de cómo estaba cada una. Y también el rey de Francia le dijo:

—A buena fe, señor príncipe Lepolemo, que también só yo de los burlados, que

pensaba tener mi casa bien labrada y veo que se me ha ido en el aire

Y después que toda la gente se despertó vinieron luego delante de las ventanas en una plaza que había un toro encantado, con muchos caballeros que lo corrían que también eran encantados. Y desde lo hubieron corrido un rato, que todos hubieron placer, abriose la tierra y el toro y los caballeros que lo corrían todos se sumieron, que no hubo más señal d'ellos, de lo cual todos s'espantaron en especial las mujeres. Y así estuvieron todo aquel día habiendo placer con esto y otras cosas qu'el príncipe hizo adonde fueron bien servidos de todas cosas. (*Lepolemo* [1521], cap. 147).

VI.2. SOBRE BROMAS, RISAS, CABALLEROS ENCANTADOS Y ENCANTADORES BROMISTAS

§ 61. DE CÓMO FRAUDADOR DE LOS ÁRDIDES ENGAÑA A DOS CABALLEROS ANCIANOS, QUE MÁS TENÍAN DESEOS DE SER JÓVENES QUE DE USAR DE SU EDAD

A cabo de dos días que Daraida y su compañía partieron, una mañana, porque la siesta entraba en somo^[345] de una fermosa alameda que cabe un caño de agua se hacía, se apearon para comer allí de lo que traían y reposar la siesta; e Daraida no tenía ni podía tener ningún placer, y menos la doncella que la llevaba; mas por alegrarla sus doncellas Galinda e Sirenda, que así habían nombre, le pusieron la arpa en las manos, y le rogaron que las tañese, que querían bailar. Y ella como muy graciosa e bien acondicionada fuese por les dar placer lo hizo. Y ellas comienzan de bailar con que mucho solaz a todos daban, especialmente a los dos ancianos caballeros que Barbarán e Moncano se llamaban. Pues ya que la siesta era caída, estando en su solaz queriendo aparejar para tornar a su camino, del través del alameda llega adonde ellos estaban un caballero armado. Él venía encima de un rocín muy laso^[346] cubierto de sudor, e tanto que apenas parecía tenerlo; con él venían otros dos hombres a pie; e como llegó, él los saludó y ellos a él e dijo:

—Mis buenos señores, más alegría hallo aquí que yo traigo.

—Pues apeaos de vuestro caballo, —dijo una de las doncellas— y hacerle-éis^[347] honra, que bien la ha menester, y recibirla-éis vós de alegraros bailando aquí con nós.

—Mayor la recibiría, —dijo él—, si estos dos señores ancianos quisiesen tenerme compañía para llegar conmigo cerca de aquí a cierto caso en que tengo necesidad de su consejo. Y tan cerca es que antes que se haga tarde para caminar podrán tornar.

—Eso haremos nós de grado —dijeron ellos—, porque nos semejáis buen hombre y tan poco trabajo se aventura, pues decís que tan presto será nuestra vuelta.

—Muchas mercedes, —dijo él—, que tan presto podréis tornar que, si este mi caballo no estuviese tan laso, antes de media hora seríamos aquí.

—¿Hay necesidad que yo vaya allá?, —dijo Daraida.

Él la mira e maravillado de su apostura, cuidando ser caballero, le dijo:

—Señor caballero, Dios os lo agradezca. Mi necesidad es más de consejo que armas. Y para esto bastan estos caballeros para dar asiento entre mí y una dueña sobre cierta diferencia que tenemos, para que me dé una doncella hija suya con quien soy desposado que no me quiere dar, y trae-me sandio de su amor porque la quiero mucho.

—Agora os he más lástima, —dijo Daraida—, por tanto, ved ende lo que yo puedo hacer por vós, que yo lo haré de grado.

—Muchas mercedes, —dijo el caballero—. Lo que por mí al presente podéis hacer es, si queréis que tornemos cedo, darme otra bestia que me lleve mejor que este mi caballo, que de laso no me puede traer.

—Por eso no quedará, —dijo Daraida—. Cabalgad en el mío, que asaz bien os podrá llevar.

El caballero saltándole las lágrimas le dijo:

—Dios os dé solaz en pago del que habéis dado a mi tristeza.

—Bien me hace menester, —dijo Daraida—, y ruego's, caballero, que la vuelta sea cedo porque no nos detengamos.

—Perded cuidado d'eso, —dijo el caballero—, que más cedo se hará de lo que pensáis lo que yo deseo, y d'esto os doy mi fe.

Y luego se apeó y arrendó su rocín. Y enfrenando el caballo de Daraida cabalgó en él, y los ancianos Barbarán e Moncano en los suyos. E así se van, dejándolos aguardando en su solaz. Pues yendo Barbarán e Moncano con el Caballero de la Floresta, a poca pieza que hubieron andado, llegando a un fresco valle, el caballero les dijo:

—Digo's, señores caballeros, que aquí ayuso está una fuente con una virtud que pienso que no la sabe sino yo e la dueña mi suegra, que a lo menos a ella asaz le ha aprovechado.

—¿Qué virtud es ésa?, —dijo Moncano.

—Por lo que os precio os diré lo que no pensé decir a ninguno. Y es que bebiendo d'ella y lavando las barbas y los cabellos torna a los hombres como de la primera edad.

—Maravillas nos decís, —dijo Moncano—, si es así.

—Pues creedlo que es así, señor caballero, —dijo él.

—¿Y no ha de haber más de eso que decís?, —dijo Moncano.

—No, por cierto —dijo el caballero.

—Por cierto, —dijo Barbarán con mucho placer—, aunque de cabo del mundo a esta tierra viniéramos fuera bien empleado a cobrar mocedad e hermosura. E si no ha de haber más engorro de beber e lavarnos los cabellos e barbas bien es, para que nuestra compañía no nos conozca e pasemos un rato tiempo con ella.

—Pues sabed que no ha de haber más, —dijo el caballero—, e ya llegamos cerca, que nada nos estorbará el camino.

—A Dios merced, —dijeron ellos muy alegres—, que tan cedo se nos apareja

tanto bien como tornarnos mozos.

Y en esto hablando llegaron a una fuente fresca que en el valle estaba. Y el caballero les dijo que aquélla era la fuente. Y ellos se apearon muy apriesa e dan los caballos a los dos hombres del Caballero de la Floresta, para que los tengan en tanto que ellos beben y se lavan. E Moncano dijo:

—Ya deseo tener aquí un espejo para verme cómo quedo mozo.

—Eso en el agua lo podéis ver, —dijo el caballero.

Y luego ambos de bruzas^[348] en la fuente beben con las manos, y las barbas y cabellos se lavan. Y a esta sazón los hombres estaban encima de sus caballos, y el caballero les dijo:

—Digo's por cierto, señores caballeros, que si fuérades halcones que no se os fuera la presa según habéis tomado bien el agua. Y pues yo por ancianos os traía para dar consejo, sandez haré en llevar hombres tan mozos como ahora estáis; y quedaos a Dios, que yo me voy. Y en pago de la mocedad que os dejo quiero llevar vuestros caballos. —E con esto volvió la rienda para se ir.

Y Moncano y Barbarán muy corridos de la burla que les había hecho dijeron:

—¡Volve[d] acá, caballero!

Y él volvió la rienda al caballo e dijo:

—¿Qué es lo que queréis?

—Queremos, —dijeron ellos—, que por cortesía nos deis nuestros caballos, y basta la burla e no vaya más adelante.

—¿Y cómo? —dijo él—. ¿No sentís que os habéis hecho mozos?

—En la liviandad que hemos hecho sí sentimos, —dijeron ellos—. Y por tanto, pues la burla ha sido donosa, no pase más adelante.

—Si me lo rogáis mucho, —dijo él—, podrá ser que lo acabéis conmigo. Por tanto torna[d]melo a decir otra vez, que no lo entiendo.

—Decimos, —dijo Barbarán—, que habéis sido gracioso en burlarnos, y que cese ya la burla. Ved si nos habéis entendido.

—Vosotros no me habéis entendido a mí, —dijo él—. Que no dije *no lo entiendo* sino porque no lo entiendo de hacer. Porque antes entiendo de vuestra hacienda tanto que entiendo que en el mundo dos viejos tan livianos se hallaran. Y por tanto en la liviandad supliréis la demasía de la edad para caminar a pie. Y quedad a la mala ventura. Y como estuvierdes enjutos del agua que habéis tomado, segui[d]me, que liviandad tendréis en las alas para me alcanzar. O si no, atende[d]me aquí, que luego vuelvo.

—Mas, apeaos, —dijo Moncano—, que yo os aseguro de mi compañero, que os haré comprar caramente los caballos que nos queréis llevar.

—Mas sandío sería yo, —dijo él—, si quisiese comprar caro lo que puedo llevar barato. Y por tanto no cuido de hacer lo que decís. Antes decid a vuestro compañero que para darle el consejo que vós me veníades a dar, que tome parte de la vejez que os hice dejar, para que no sea tan mozo en dar caballo gordo, recio y nuevo por

caballo laso, viejo y de poco valor. Y contentaos, pues d'esta hecha contra toda razón de vuestra edad, a él dejaré pesado y a vosotros livianos; a él por de más edad, y a vosotros por mozos. Y decidle que Fraudador de los Ardidés se le encomienda y le encomiendo que no me busque, que será por demás. Mas que me aguarde, que cedo le tornaré a ver. (Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, III [1542], cap. 56).

§ 62. DE CÓMO CAMILOTE LLEGA A LA CORTE DE CONSTANTINOPLA PARA SER ARMADO CABALLERO, POR AMOR DE SU DAMA MAIMONDA, Y DE LAS CURIOSAS Y DIVERTIDAS PALABRAS QUE EN EL JARDÍN DE LA INFANTA FLÉRIDA SE OYERON

Luego otro día la emperatriz, estando Flérída para se ir a la huerta, envió por ella para ir a ver al emperador, que había días que no lo había visto, que sabed que el emperador jamás entraba en la cámara de Flérída ni en la huerta donde solían estar, e por esto estaba él bien seguro que no lo viese. Y el emperador folgó mucho de ver a Flérída e pescudole qué tal estaba la su huerta. Ella dijo qu'estaba mejor que jamás estuvo. E sabed que con el emperador estaban muchos altos hombres que venían por lo ver por amor de la ida de Primaleón e todos eran muy tristes porque no sabían nuevas d'él. Y estando todos, como vos decimos, en el gran palacio entró en él el escudero que traía por la mano una doncella, e ambos a dos eran tan feos que no había hombre que los viese que d'ellos no se espantase. Él era alto de cuerpo e membrudo; era todo velloso que parecía salvaje e de aquella manera venía vestido que traía los brazos de fuera que parecían bien sus cabellos; e la ropa era muy corta e abrochábase delante con una broncha de oro. E la doncella venía vestida de una seda de muchas colores e traía la cercada de piedras muy buenas e encima de su cabeza no traía cosa; e ella tenía los cabellos muy negros e cortos e crespos a maravilla e traía la garganta muy seca e negra de fuera. E venían ambos a dos tan desemejados que a todos pusieron espanto e venían bien acompañados. Ambos a dos fueron fincar las rodillas ante el emperador e todos callaban por oír e ver qué demanda traían. Y el escudero feo, desde besó las manos al emperador, díjole:

—Mi señor, yo soy vuestro natural e vengo a vos pedir merced que me fagáis caballero porque yo prometí a esta doncella de no lo ser sino de mano del más alto hombre e mejor que hubiese en el mundo; e bien sé que en todo él no hay quien con vós se igual, e por esto quiero yo ser caballero de vuestra mano, porque de vós me venga ardimiento.

El emperador, que tan bien lo oyó razonar, díjole:

—Amigo, a mí me place de vos facer caballero, mas mucho quería saber quién sois e cómo vos llaman porque vea si merecéis de ser caballero.

—No dudéis, señor, de me facer caballero que yo vos digo que soy fidalgo e vengo de linaje de caballeros en quien siempre hubo bondad e ardimiento. E pues

queréis saber mi hacienda, quiérovosla decir. Sabed, señor, que nosotros somos de tierra de Gorate. E esta doncella es fija del señor d'ella y él no hubo sino otra fija que heredó la tierra por ser mayor. Y esta doncella, desde vido a su hermana señora de la tierra, apartose a un castillo e allí hacía vida, saliendo muchas veces al campo a cazar. E yo soy fijo de un caballero que hay en aquella tierra e tiene un castillo en lo más cercano a las grandes montañas que en aquella tierra hay. Ansimesmo, desde pequeño usé las cazas; e un día acaesciome amatar un puerco ante esta señora que cabe una fuente estaba apeada por folgar. E como ella me vido tan valiente e ligero, precióme mucho e, desde aquella hora que yo la vi y ella vido a mí, comenzámonos de amar muy afincadamente; e yo le pedí por merced que se doliese de mí y ella me otorgó su amor. E cuando yo hube alcanzado tanto bien, creciome el argullo e juréle me facer caballero por mano de mejor caballero que hubiese en el mundo, e de allí adelante de facer tales cosas en armas que todo el mundo dijese que jamás doncella tuvo tal amigo; e de ganarle tierra e señorío por donde pasase a su hermana en valor. Maimonda, que así se llama esta doncella, fue muy leda con la promesa que yo le fice e díjome qu'ella quería venir conmigo a ver mis grandes fechos e yo gelo tuve en merced e trájela conmigo. E dígovos que jamás hombre alcanzó tan gran don como yo en haberla alcanzado por señora.

El emperador no pudo estar que no riese e ansimesmo todos los altos hombres que con él estaban, e decían:

—Cierto, la fermosura de la doncella es tanta que sus fuerzas farán ser el caballero de grande ardimiento. Viéndola ante sí no debe turar caballero en silla mucho tiempo.

E decían otras cosas d'escarnio. La infanta Flérida acordándosele de la fermosura de su Julián, fízose muy lozana e comenzó de reír con sus doncellas del escudero e de la doncella. Camilote, que así se llamaba el escudero feo, bien vido la burla que la infanta e los caballeros le facían e por entonces sufriose que no dijo nada. El emperador dijo:

—Amigo, pues que tan hermosa amiga tenéis, razón es de facer vos su ruego porque veamos lo que por ella faréis.

E luego Camilote fizo traer sus armas, que eran muy fuertes más que ricas, e armore d'ellas e cuatro escuderos que traía lo armaron muy aína. E desde fue todo armado, el emperador lo fizo caballero. E como Camilote se vido fecho caballero, fue muy ledo e dijo:

—Agora, caballeros del emperador, es hora de facer escarnio de mí e de mi doncella, que no fasta aquí.

E como esto dijo, fuese para un escudero de los suyos e sacole debajo del manto una guirlanda de rosas, las más fermosas e de extraña color que jamás allí vieron. E como él las sacó debajo del manto, todo el palacio fue lleno de olor maravilloso. Camilote fue a poner la guirlanda de las rosas a Maimonda, su doncella, encima de la su cabeza, e dijo:

—Yo quiero ver cuál caballero será tan osado que de aquí vos quite esta guirlanda. E sabed, señor emperador, que estas rosas hube yo con mucho afán e peligro, e entiéndolas agora de defender mejor que soy caballero. E demándovos licencia para estar en el campo que tenéis fecho para los caballeros que uno por otro se combaten tanto quanto fuere mi voluntad. E yo quiero tener conmigo mi doncella e veamos quién será tan fardido^[349] que la guirlanda de la cabeza le vaya a tomar.

El emperador estuvo dudando de le otorgar su demanda porque conoció que debía ser de grandes fuerzas. Y el Duque de Amenón, que allí estaba, que era caballero mancebo e muy ardid e afincadamente amaba a Liserma, fija del Duque de Pera, que era extremada en fermosura e entendíase él de casar con ella, dijo al emperador, cuando le vido tardar en la respuesta:

—Señor, ¿qué facéis que no otorgáis a Camilote lo que vos demanda? Gran deshonor sería de todos vuestros caballeros si Maimonda llevase así la guirlanda^[350] tan ligeramente. Pídvos por merced que se lo otorguéis e le deis seguro.

Todos los otros caballeros dijeron qu'el duque decía gran verdad. El emperador, que vido su voluntad, dijo a Camilote:

—Amigo, a la hora que vós quisierdes podréis entrar en el campo y esperar allí los que contra vos quisieren ir. E yo vos aseguro que por mal ni bien que vos avenga no rescibáis daño, salvo de aquellos que con vós se quisieren combatir. E ruégovos que me digáis dónde hubistes rosas tan olorosas para esa guirlanda.

Camilote fue muy ledo cuando el emperador le otorgó el seguro.

—¡A Dios plega, señor, —dijo él—, que yo vos pueda servir la merced que me fecistes! E sabed que estas rosas hay en mi tierra en un árbol muypreciado, el cual está en la más alta montaña que hay en tierra del Gorate, e fasta hoy ninguno pudo coger d'él rosas aunque son de gran virtud e tura siete años que no se secan, mas todavía están ansí como las veis; e yo solo he seído el que las he cogido por el mi grande esfuerzo. Sabed que en la montaña hay muchas bestias fieras d'extrañas maneras por donde los hombres de la tierra no son osados d'entrar en ella, salvo yo. Desde Maimonda, mi señora, me otorgó su amor, me creció tanto el esfuerzo que osé sobir en la montaña e maté asaz de bestias fieras en ella e traje las rosas a pesar de todas, e fice esta guirlanda d'ellas para venir aquí.

El emperador hubo gran placer de ver a Camilote tan enamorado de aquella doncella tan desemejada e volviose con alegre cara contra la emperatriz Polinarda e díjole:

—¿Creís vós, señora, que si vós fuérades tan fermosa como aquella doncella que no me di[é]rades mayores fuerzas para comenzar acabar mayores fechos de los que fice por vuestro servicio?

La emperatriz se le acordó de aquel sabroso tiempo e tornó muy lozana, e dijo al emperador:

—Creo yo, mi señor, que d'ella a mí hay poca ventaja e, si vós grandes fechos fecistes, acabásteslos por el vuestro grande ardimiento.

—Eso no consiento yo que digáis, señora, —dijo el emperador—, que agora mejor que nunca me osaría yo combatir sobre esa razón con Camilote, e con otro caballero mejor, e le faría conocer que en todo el mundo otra más fermosa que vos hubo ni habrá.

E cuando esto dijo, encendióse el rostro mucho con grande ardimiento, como si delante de sí tuviera quien le contradijera su razón. Todos folgaron de oírlos e más Flérida, que entonces comenzaba amar, fue muy leda de oír el extraño amor que su padre e madre tuvieron, e pensaba ella que no menos sería el suyo con Julián si él caballero fuese que la mereciese, e desacordadamente dijo:

—Cierto, señor, con mayor razón fecistes vós tan grandes fechos que Camilote los fará por aquella doncella que tan desemejada es; más le valiera estar allá en su tierra con las bestias salvajes, como ellos son, que no venir acá a espantarnos, que en balde es el afán del novel caballero.

El emperador e todos riyeron de lo que Flérida dijo salvo Camilote, que fue contra ella muy airado e fue tanta su saña que de los ojos parecía que le salían centellas de fuego e ansimesmo de su rostro, e con voz muy temerosa le dijo:

—¡En mal punto, doncella, fuestes tan fermosa para ser tan desmesurada! Dígovos que Maimonda es tan amada de mí como vós lo seréis por más fermosa que seáis; e ver quiero yo si por vuestra fermosura habrá caballero tan ardid que conmigo se ose combatir e gane la guirlanda para que vos pongáis encima de vuestros fermosos cabellos. ¿Qué cuidais vós, que mejor os parecería que a ésta mi señora? ¡Pues ya no me ayude Dios si vós seáis tan bienandante, aunque seáis tan fermosa, que en vuestras manos la toméis! Maimonda la hubo por grande amor que yo le tengo e con esto gela entiendo de defender, e vengan contra mí cuantos caballeros quisieren.

La infanta fue muy espantada a maravilla cuando vido a Camilote tan airado contra ella e volvióse contra el emperador perdida la color de temor. El emperador se rió e dijo a Camilote:

—Amigo, idvos en buena ora al campo adonde habéis d'estar e mostra[r] vuestra saña contra los caballeros e no contra las doncellas que, si ansí espantáis a ellos como facéis a las doncellas, a duro vos podrá durar ninguno en campo.

—Ansí lo faré, —dijo Camilote. (*Primaleón* [1512], cap. 101).

§ 63. DE CÓMO DOS CABALLEROS ANCIANOS, MONCANO Y BARBARÁN, SON ENGAÑADOS POR DOS DONCELLAS Y PASAN LA NOCHE COLGADOS DE UN MURO, COMO LOS SALVAJES DE UN ESCUDO NOBILIARIO

Y fue que ya oístes cómo la hermosa doncella Galtacira con los dos viejos Barbarán y Moncano con el pellejo de la bestia Cabalión partieron de Tesalia con la

carta de Daraida para Diana. Pues así fue que con buen tiempo vinieron hasta la Ínsula de Guindaya, y en un puerto salieron tres jornadas de la ciudad donde la reina estaba. Y ellos armados en sus caballos y Galtacira en su palafrén, la bestia Cabalión en un carro pusieron, que dos caballos llevaban, y con mucho placer poniendo espanto a cuantos lo vían, tomaron el camino para la ciudad de Guindaya. Y caminando con mucho placer, otro día que del puerto salieron, iban pasando tiempo en la burla que Fraudador de los Ardides les había hecho. Y Barbarán y Moncano decían que habían quedado avisados para no ser engañados otra vez.

—Así quiera Dios, —dijo Galtacira—, porque agora sería de más reprehensión el engaño, porque entonces engañaron os como a mozos, y agora engañaros-ían como a viejos.

Pues yendo en esta forma pasando muchos donaires, después de comer, entrando por una hermosa floresta, vieron un caballero con dos doncellas que a la sazón debajo de un hermoso árbol acabaron de subir en su caballo y palafrenes. Y como el caballero los vido, muy maravillado fue él y las doncellas de la extrañeza de tal aventura. Y hablando a las doncellas una pieza, puesto su yelmo, salió al camino y saludando cortésmente a Galtacira y a los viejos, y ellos a él y a las doncellas, pareciéndoles bien que hermosas eran, les preguntó la forma de aquella aventura. [...]

Y con esto, diciéndole ellos que holgaban con su compañía, y él agradeciéndoselo e diciéndoles que ese día irían con él a albergar la noche en un castillo suyo, fueron su camino. Y Galtacira consolando al caballero, que muy graciosa y sabia doncella era, Moncano y Barbarán una pieza atrás se quedaron con las doncellas, muy pagados d'ellas, requiriéndolas que les diesen su amor. Y ellas les dijeron que qué podían ellas ganar, siendo tan mozas, en tomar amor con caballeros de tanta edad. Moncano les dijo:

—Mis buenas señoras, no's parezca que somos tan viejos como cuidáis, porque en la tierra donde somos todos tienen los cabellos y barbas blancas, que más mozos somos de lo que cuidáis.

—Así me semeja a mí, —dijo una d'ellas—, pues las palabras de amor muestran lo que decís más que la naturaleza de vuestra tierra, que no me semeja buena.

—¿Por qué no's semeja buena?, —dijo Barbarán.

—Porque, —dijo ella—, mejor me pareciera si en la vejez los hombres tornaran mozos que en la niñez hacerlos viejos como me semejáis.

—Pues no os lo parezca, —dijo Barbarán—, que a punto estamos que, si tomáis nuestro consejo, que os desengañaremos d'ese pensamiento.

La doncella se rió e dijo:

—Si tan seguras estuviésemos de la bondad del desengaño como de la razón del consejo, haríamos lo que pedís, porque vuestra vista pide el consejo e niega el desengaño.

—Ora, señoras doncellas, —dijo Moncano—, no os engañéis en eso, pues la naturaleza de nuestra tierra que os decimos os debe desengañar.

—No sé si os engaña a vós, —dijo [una d'ellas]—, la naturaleza de la mía, que de la vuestra yo estoy bien desengañada. Mas porque me semejáis hombres de bien y que guardaréis lealtad y amor a vuestras señoras, y porque los viejos aman mucho las mujeres mozas, si mi compañera quiere tomar a vuestro compañero por amigo, yo holgaré de tomar a vós.

—Yo holgaré de lo que tú holgar[e]s, —dijo la otra.

—Yo os beso las manos, señora doncella, —dijo Barbarán—, por la merced que me queréis hacer.

—Vós lo merecéis, —dijo ella.

—En desearos más servir que a otra, vós decís verdad, —dijo él.

—Pues, mi señoras, —dijo Moncano—, aquí no finca sino que deis la orden para besaros las manos, y recibir la merced que nos queréis hacer.

—La orden, —dijo una d'ellas—, será peligrosa y trabajosa para vós.

—No hay peligro ni trabajo para gozar de tal gloria, —dijo Moncano.

—Agora me semejáis mancebo, —dijo ella—, y voy creyendo la naturaleza de vuestra tierra, pues el amor os dispone a todo peligro y trabajo. Y pues así es, sabed, señores caballeros, que no hay vía para poderos hablar si no es una, como digo, con mucho trabajo y peligro. Y la razón es que nós dormimos a mucho recaudo en este castillo donde vamos a dormir, que es de una dueña madre nuestra, y cada noche nos encierra. E si no es por las almenas de lo alto del castillo, echándoos una cuerda con que os subamos, no podéis por otra parte entrar a nos hablar. Ved si os atrevéis a subir así, que nós bien nos atrevemos a subiros.

Ellos con mucho placer dijeron:

—Al infierno por vuestro amor nos atreveríamos a bajar, ¡cuánto más a subir donde están tales ángeles y gozar de la gloria, para salir de la pena que vuestra hermosura nos da!

—En el nombre de Dios, —dijeron ellas—, que nosotras os subiremos si no pesáis mucho, que no pesaréis si sois tan mozos como decís.

—No, que para eso buen remedio hay, —dijo Moncano—, y es que iremos desarmados.

—Ora, ¡sus!, —dijeron ellas—, que así está bien acordado. Y después de todos acostados salíos a la puerta del castillo y nós echaremos las cuerdas. Y por no poner sospecha juntémonos con mi hermano y vuestra doncella.

—Vós decís bien, —dijo Barbarán.

Y con esto con ellos se juntaron, y así fueron hasta que noche llegaron a un castillo donde los guiaron. Y el caballero se adelantó para decir como venían y así fueron de una dueña vieja bien albergados; e diéronles de cenar muy cumplidamente, y las dos doncellas servían a la mesa. Y después que hubieron cenado diéronles lechos en que durmiesen. Y Moncano y Barbarán muy ledos, aguardando que todos estuviesen asosegados para ir a su concierto, Barbarán dijo:

—Estoy perdido de amores d'estas doncellas, que allende de su gracia y

hermosura me semejan sabias en extremo.

—¿En qué os semeja eso?, —dijo Moncano—, que a lo menos no lo han sido en otorgarnos su amor siendo tan niñas e nós tan viejos.

—Dejemos ora eso, —dijo Barbarán—, y notad qué disimulación tuvieron esta noche a la cena, que ni tan solamente nos miraron.

—Vós decís bien, —dijo Moncano—, que así han de ser mujeres, que aquello arguye más amor y desenvoltura en lo secreto, disimulada con aquella honestidad en lo público.

—Como quiera que sea, —dijo Barbarán—, a nós se nos apareja una buena noche.

—Ésa no se les apareja a ellas, —dijo Moncano—, si con la demasía del amor no suplen las faltas de nuestra edad.

Y con esto y con otras muchas cosas pasaron hasta que todos estaban sosegados. Y así sosegaron también los que estaban mirando en el espejo sobre ricas almohadas que les dieron, desde que entraron en el castillo hasta que el sabio Alquife a esta sazón los despertó. Y tenían muchas hachas con que claramente vían en el espejo lo que pasaba, y un pabellón de rico brocado encima por causa del sereno. Y a la sazón que decimos, con mucha risa de ver los viejos tan aliviados, los vieron salir en calzas y en jubón con solas sus espadas. Y como salieron, mirando hacia suso por un lado de la puerta las doncellas entre las almenas vieron, y echáronles una recia cuerda de cáñamo. Y ellos muy alegres, Moncano se ató con ella por bajo los sobacos e dijo que tirasen. Y ellas mostrando que a mucho afán lo subían, lo subieron hasta más de un estado más alto que la puerta. Y como allí lo tuvieron, ataron la cuerda a la almena, y fengían que no podían subirlo, y paso dijeron:

—Señor caballero, no sabemos en qué diablos ha trabado la cuerda, que no basta nuestra fuerza a poder subiros. Decid a vuestro compañero que se ponga a esotro lado, echaremos otra cuerda y subirlo hemos para que nos ayude a sobiros.

Moncano muy fatigado lo dijo a Barbarán. Y él le dijo, no viendo la hora que estar arriba:

—Pues, ¡sus!, hágase en un punto, no se nos vaya el tiempo en vano, que la noche me semeja que nos ha de ser corta.

Y luego por la otra parte de la puerta las doncellas echaron otra cuerda. Y atado Barbarán de la suerte que a Moncano lo subieron hasta ponerlo igual con su compañero. Y como así lo tuvieron, ataron la cuerda al almena e dijeron:

—¡Ay, señores caballeros, atended ahí, que pienso que nos ha sentido nuestro hermano, que cedo os haremos compañía!

Y con esto se quitaron y los dejaron. Ellos como se vieron así, dijo Moncano:

—¡Para Santa María, que me da el alma que debemos ser burlados!

—Los cuerpos no nos viesen, —dijo Barbarán—, que el alma poco iría en ello porque a lo menos no se vería como en el cuerpo se verá nuestra liviandad, que sin duda es así. Porque agora caigo por qué el caballero no se quiso quitar el yelmo, que

sin duda fue porque no lo conociésemos, que era el que otra vez nos burló haciéndonos entender que habíamos de ser tan mozos como ahora estamos.

—Mejor sería que cayésemos de aquí, —dijo Moncano—, que no que tan tarde cayéramos en lo que nos cumpliera caer temprano. Que, ¡para Santa María!, más siento lo que ha de sentir Galtacira que la vergüenza que se nos apareja; porque en fin los yerros por amores consigo traen la desculpa.

—No sé si traen desculpa, —dijo Barbarán—; mas si culpa hubo, yo os certifico que tenemos ya la pena y, adonde templaremos con el frío de la noche el calor del fuego de los amores.

E diciendo esto las doncellas se asomaron y una d'ellas dijo:

—Señores caballeros, atended, que ya os traemos la compañía que os hace menester.

Y como esto dijeron, por en medio de ambos vieron colgar por entre las almenas el pellejo de la bestia Cabalión. Y a poca pieza por la puerta del castillo vieron salir dos donceles con dos hachas. Y tras ellos salió Fraudador de los Ardides. Y estando las doncellas suso a las almenas, él vuelto hacia los viejos les dijo:

—¿Paréceos bien, señores caballeros, habiendo recibido de mí tanta honra, subir a escalarme mi fortaleza y a gozar de mis hermanas? Por cierto para tales caballeros no parece bien facer tal desaguisado. A lo menos no os quejaréis de mí, que si en la fuente no tomastes la color de mancebos, que [no] os fallecen las obras. Y por lo mucho que amo y estimo a la señora Daraida quiero poner esa bestia, que son sus armas, sobre la puerta d'este castillo, y que las tengan dos tan hermosos salvajes. Y pues la costumbre de vuestra tierra os da el natural de viejos siendo mozos, no es razón que el d'esta tierra os lo niegue. Y pues tanto amor tenéis a Daraida, justo es que la sirváis por salvajes de sus armas, ya que a mí habéis servido por el amor que tenéis a mis hermanas de tan gentiles mancebos. Y quedad a la mala ventura si no queréis ser salvajes por cabezas o pellejos de bestias muertas como es'otra bestia, pues lo pide vuestra edad. Que yo como buen montero cazador así acostumbro a colgar ante mi puerta las pieles de lo que cazo, las unas llenas de paja y las otras de aire como fincáis, yo's dejaré para que templéis el calor de los amores.

Y con esto se tornó y entra sin que ellos palabra de vergüenza respondiesen. Y las doncellas de su[so], Fraudador ido, les dijeron:

—Señores caballeros, Dios sabe la pena que tenemos de habernos sentido y estorbarnos de gozar amor de tales doncellas. Habla[d]nos, no nos hagáis tanto mal de nos quitar la habla.

Mas ellos a cosa respondían, tan corridos estaban; y ellas se quitaron, e así estuvieron hasta que fue de día, que salieron del castillo con Fraudador todos los que en el castillo había, danzando y cantando, trabados por las manos. (Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea* III, [1546], (cap. 76).

§ 64. DE CÓMO LINDONISO Y FLORIÁN CONOCIERON LA HISTORIA DE LA
DUQUESA REMONDINA, Y DE CÓMO QUISIERON PARTICIPAR EN SU LOCURA

Ansí se partieron los dos buenos hermanos Lindoniso y Florián y sus compañeros de los castillos de los jayanes, habiendo fecho en ellos tan grandes fechos en armas como habéis oído; y por el camino iban fablando, ansí de lo que allí les aviniera, como de las otras aventuras que les habían acaecido; y la dueña les iba contando muchas de las aventuras de aquel reino, y entre otras les dijo una que les cayó en mucha gracia y los fizo reír de buen talante, la cual les contó en esta guisa que, yendo por su camino fablando en otras cosas, les dijo, tomándola primero mucha gana de reír.

—Decidme, buenos señores, por aventura, ¿habéis oído hablar de la aventura de la fermosa duquesa Remondina?

Y ellos dijeron que nunca tal cosa oyeran. Y ella estonces, no dejando de reír, les comenzó a contar su aventura d'esta manera:

—Agora sabed, mis buenos señores, que en esta tierra hay una muy gran señora, doncella de muy alta guisa, que ha nombre la duquesa Remondina, la cual de muy niña heredó un gran estado que por fallecimiento de sus padres les sucedió, y con él la creció tanta locura y vanagloria que, con ser la más fea y disforme doncella que hay en este reino, cuida qu'es la más bella y apuesta de cuantas nacieron y ansí con este vano pensamiento, como con las grandes riquezas que posee, es tan grande la presunción y sandez que cuida que no hay en este reino ni aún en muchas partes del mundo caballero que la merezca; y juntamente con esto es tanta su inocencia que cuida que no hay caballero que la vea que luego no es vencido y ferido de sus amores; por lo cual y por emplearse según qu'ella piensa que merece, mandó establecer una costumbre qu'es una de las mejores aventuras que hay en este reino, y es que, junto a un castillo suyo, mandó guardar un paso a doce caballeros, los mejores qu'ella pudo fallar, así en su tierra como en todas estas partes, y con grandes dones que les dio les face defender una demanda, la más donosa del mundo, y es que a cualquier caballero que por ende pase, si es enamorado, ha de otorgar que la duquesa Remondina es más fermosa que su señora; o si no, ha se de combatir con sus caballeros; y a los que no son enamorados fáceles conocer qu'es la más fermosa doncella del mundo, y que no hay caballero que merezca su amor, si no fuere tal que venza en batalla a todos sus doce caballeros; y si dos caballeros vienen juntos, han se de probar con cada dos de los suyos; y si más van de dos, han de atender hasta ver la suma de sus caballeros porque no han de entrar de dos arriba en el fecho. Y d'esta guisa vienen muchos a se probar con los caballeros cada día y la duquesa siempre crece en su locura, cuidando que por el su amor venían a se combatir con sus caballeros, que son tales que fasta agora no han fallado quien los venza.

Mucho se folgaron los Caballeros Resplandecientes en oír tan fermosa y graciosa aventura y a todos tomó talante de se ir a probar en ella, y dijeron a la dueña si se

rodeaba mucho para su camino yendo al castillo de la duquesa. Y ella dijo que no más de media jornada; y ellos que aquello oyeron, viendo que tan poco se podían detener, acordaron de ir por allí, y así caminaron aquel día y otros dos por donde la dueña les mostraba; y al cuarto día a hora de nona,^[351] yendo por un pradal fueron a dar en un otero, del cual se parecía de la otra parte un fermoso castillo que estaba yuso en un fondo valle, asentado a la ribera de un río, y cerca d'él vieron una rica tienda armada, y mucha gente en torno; y a la puerta d'ella en un verde prado que ende estaba, vieron doce caballeros armados, y la dueña les dijo cómo era aquel castillo de la Duquesa Remondina, de lo cual todos folgaron mucho. Y como los dos buenos infantes Lindoniso y Florián tenían tanta codicia de ganar honra y probar las peligrosas aventuras, en especial aquella que'era en ofensa de sus señoras, rogaron a sus compañeros con mucha instancia que se la dejasen a ellos y que no les ayudasen contra los caballeros fasta que los viesen en necesidad; y ellos que vieron que con tanta voluntad se lo rogaran, folgaron de se lo otorgar por les hacer placer; y así bajaron fasta que llegaron a lo llano, y entre unos árboles pararon todos por el requesto; y Lindoniso y Florián enlazaron sus yelmos y, echando los escudos a los cuellos, con sus lanzas en las manos, solamente con la dueña que los acompañaba, se comenzaron acercar al castillo con muy fermoso continente; y por lo que la dueña les contara de la duquesa, con gran codicia que tenían de la ver se fueron facia la tienda que vos dijimos, donde cuidaron que la fallarían; y cuando cerca llegaron, fueron no menos alegres que maravillados de las cosas que vieron porque la tienda era muy rica, feEn este tiempo vino el día de San Juan; acabando los reyes e reinas de comer, cha toda de un brocado verde muy ricamente bordada y guarnida con muchos lazos de oro, y las cuerdas de la tienda eran todas de seda verde y había todas las alas alzadas por manera que se podía ver muy bien todo lo que dentro estaba, en manera de la cual vieron aquella, que de tan fermosa se preciaba, duquesa Remondina, sentada encima de un cadahalso^[352] a manera de teatro, en una muy rica cuadra de oro, guarnida de muchas piedras preciosas; y ella estaba vestida de una ropa de seda azul, aforrada en tela de oro y acuchillada^[353] la seda por extraña arte, sembradas por ellas muchas águilas de oro, y entr'ellas bordadas y puestas muchas piedras de gran valor; y tenía los sus pechos de fuera, que más eran negros que blancos, y sobre ellos un rico y ancho collar de oro de muchas piedras de inestimable valor. Y sabed qu'ella era asaz negra y había los labios muy grandes, y qu'ésos y las narices muy anchas y romas, y los ojos pequeños y bermejos, que ponía más espanto que codicia a quien la miraba; y los cabellos, que muy negros y crespos tenía, los tenía muy compuestos y entrezados^[354] por detrás de las orejas, de las cuales le colgaban muy grandes y ricos zarcillos con piedras de gran valor; y sobre la cabeza tenía puesta una guirnalda de oro fecha como de hojas de parra y d'ella salían grandes racimos de aljófara^[355] fechos a manera de uvas. Y en el teatro donde ella estaba había en torno muchas gradas por su orden cubiertas de paños de oro y de seda, y en ellas muchas dueñas y doncellas muy ricamente guarnidas, sentadas por su orden cada una según el

merecimiento de su persona: estaban en las más altas gradas cerca de la duquesa, mas en lo alto no estaba sino ella sola; y muchas de aquellas doncellas tenían arpas y laudes y otros instrumentos en sus manos, con los cuales cantaban y tañían muy dulcemente. Pues con el aparato que oído habéis estaba aquella muy más que hermosa duquesa Remondina, a la cual con todas las otras cosas estuvieron los dos buenos hermanos una pieza. (Francisco de Enciso Zárate, *Florambel de Lucea*, tercera parte [mediados siglo XVI], cap. 19).

§ 65. DE CÓMO EL AMOR Y EL DESAMOR PUEDE CONVERTIRSE EN OBJETO DE BURLA Y DE ENTRETENIMIENTO, Y DE LOS TORMENTOS NOCTURNOS DE LA DONCELLA QUE SE QUEDÓ CON LEÓN FLOS DE TRACIA

Caminaron dos días sin que cosa les aviniese; a tercero vieron venir hacia sí cuatro caballeros; traían con ellos otras tantas doncellas hermosas, mayormente la una d'ellas, que en hermosura y desenvoltura excedía a las otras. Como se juntaron, la doncella hermosa que vido a León Flos tan hermoso y bien armado, díjole:

—Señor caballero, estas doncellas y yo venimos contra nuestra voluntad con estos caballeros; ha cuatro días que andamos en su compañía y, aunque al principio de su conocimiento, fue con nuestra voluntad, ahora no lo es. Y pues parecéis tales que no consentiréis que se nos haga fuerza, os pedimos que nos quitéis d'ellos.

—No parecéis forzadas, —dijo León Flos—, pues de vuestro grado venís con ellos.

—Sí somos, —dijeron todas—, que contra nuestra voluntad nos traen.

—Señores, —dijo León Flos—, ya vedes lo que estas doncellas dicen, y atán buenos caballeros como parecéis, no os conviene hacerlo. Haréisnos merced las dejéis en su libertad para que se vayan donde quisieren, pues no hay razón que de otra manera estén en vuestra compañía.

—Las doncellas son nuestras, —dijeron los caballeros—, y las ganamos de buena guerra; y de su grado han venido con nosotros y no forzadas, que no somos tales que tal tengamos en costumbre.

—Nosotros lo creemos así, —dijeron León Flos y sus compañeros—, y si ellas quieren estar en vuestra compañía, nosotros lo ternemos por bien.

—No, señor, —respondieron ellas—; y si nos ganaron de otros, ya están satisfechos del trabajo que en él pasaron.

—Caballeros, —dijo León Flos—, las doncellas sean libres para que se vayan donde quisieren.

—¿Queréis vós alguna d'ellas?, —dijo el uno d'ellos.

—No, por cierto, —respondió él—, sino que se vayan a la buena ventura.

—Pues ahora veremos cómo las defendéis, —dijo aquel, que a mi grado no se

partirá de mí esta doncella hermosa, que mucho me agrada.

—Menos tardaremos, —dijeron los caballeros—, en las libertar por las armas que por las palabras.

Tomaron del campo; a su voluntad arremeten los unos a los otros y ninguno herró su encuentro. Los caballeros de las doncellas los encontraron en los escudos, donde quebraron sus lanzas, y no los movieron de las sillas, pero ninguno de los otros no quedó en la suya, y dieron grandes caídas. El caballero de la más hermosa, que le encontró León Flos, hubo una espalda quebrada. No curaron más d'ellos y dijeron a las doncellas cómo eran libres para hacer su voluntad.

—La nuestra es, —dijeron ellas—, de nos ir con vosotros hasta hallar a unos caballeros en cuya demanda andamos.

—En buen hora, —dijo el marqués—, que también será en la nuestra apartarnos de vosotras cuando quisiéremos, como en la vuestra trocarnos por otros cuando os agradare.

—Dezid lo que quisiéredes, —dijo la doncella hermosa—, que yo por ninguna manera me apartaré de este caballero hermoso.

Señaló contra León Flos.

—En mal punto, —dijeron las otras—, escojáis vós, que siempre lo tenéis por costumbre.

—Ora no riñamos, —dijo ella—, que para cada una hay el suyo. Y todos parecen tales que no hay ninguna que no se contente con el que le cupiere, que éste no es casamiento de por fuerza, que apremia a nadie que resida en él, mas de por su voluntad.

Y así riendo siguieron por su carrera hasta que les tomó la noche en una floresta, donde les convino quedar, que no hallaron mejor lugar. Cenaron de lo que los escuderos traían, a los caballos quitaron los frenos para que comiesen de la yerba, quitáronse las armas y cada uno estuvo con su doncella, salvo León Flos que se quedó armado. La doncella hermosa se llegó juntó a él y, como vía el poco cuidado que d'ella tenía, estaba muy sañosa [y] metíale en algunas razones. Él le decía:

—Señora doncella, durmamos un poco, que tiempos habrá en la mañana para hablar.

Ella se llegaba a él y decíale que se quitase las armas como sus compañeros.

—No puedo, señora, —dijo él—, que esta noche me cabe la vela para que ellos duerman seguros, y ésta me cupo por suerte y por ninguna manera dejaré de hacerlo, que podría recrecerse cosa que gran daño les viniese por falta[r] yo lo que era a mi cargo.

De esto y de ver a sus compañeras con los otros caballeros, estaba muy penada y más de ver a León Flos el poco cuidado que con estar cerca d'él le daba su hermosura, y los grandes sospiros que sus pensamientos le causaban, que no era en su poder encubrirlos. Así pasó lo que de la noche quedaba; a la mañana tornaron a su carrera, hablando en lo que más les agradaba; creyendo la doncella que era concierto

entre todos cuatro que durmiendo en el campo el uno d'ellos velase, esperaba la noche para gozar de León Flos, que por más hermoso de todos lo había escogido. Y llegaron a una posada de un buen hombre, que a los caballeros de aventura acogía; después de haber cenado, el huésped preguntó a una de las doncellas si acostumbraban dormir con los caballeros; ella dijo que sí y diéronles cuatro lechos. Cada una se fue con su caballero; y como León Flos vido a la doncella que junto al suyo le aguardaba, díjole:

—¿Qué atendéis, señora?

—Que nos acostemos, —dijo ella—, que ya es hora.

—No lo es para mí, —dijo él—, si hemos de dormir juntos.

—Pues, ¿también os cabe la vela esta noche como la pasada?, —dijo la doncella.

—Así entiendo que habrá de ser, —dijo León Flos—, pues estáis en camisa, que querréis gozar del lecho.

—¿Y vos no os acostaréis en él?, —dijo ella.

—No veo yo cómo, —respondió él—, pues habéis tomado posesión d'él.

—Harto lugar hay para ambos, —dijo ella.

—No me parece a mí que le daréis vos, —dijo él—, porque yo acostumbro dormir solo, y vos no lo querréis dejar.

—¡Mal me haga Dios, —dijo ella—, si solo vos en él dormís! ¡Si no que, pues vos no queréis que yo me huelgue esta noche sino dármela mala, que vos en el lecho solo no la tengáis buena!

—Ora, —dijo León Flos—, si con eso estáis contenta, yo lo tengo por bueno.

—Yo por malo, —dijo ella—, y ¡mal haya quién os escogió, que mi pago me habéis dado!

—Pues, señora, —dijo León Flos—, yo no quedo sin él, según la mala noche se me apareja; durmamos y no demos parte d'esto a ninguno.

—No dejaré yo, —dijo la doncella—, de publicar vuestras faltas, que bien creo que no son pocas, y por encubrirlas de mí, fingís mucha honestidad.

—Mejor es, señora, —dijo León Flos—, que calléis lo que conmigo pasáis, y no publicarme, pues de publicarlo, ganáis poco.

—Esto, —dijo riendo—, que pasáis vos conmigo, para que lo calle, —respondió ella—, no quiero, sino que todos como yo sepan quién sois, y que prometéis con vuestro gesto hermoso lo que niegan vuestras obras malas, y que no engañéis a nadie como hicistes a mí.

—No tenéis razón, señora, —dijo León Flos, no pudiendo encubrir la risa—, que yo no os rogué ninguna cosa para que os quejéis de mí, que, como yo conozco lo que en ese caso puedo, apartome de no tropezar en él por no dar muestra a todos de lo que no querría que supiese ninguno, a cuya causa os rogaba fuese secreto.

Y disimulando con ella, se echó encima de una arca donde burlando y mal durmiendo de lo que la doncella decía pasó la noche. A la mañana siguieron su camino; la doncella iba muy triste y medio llorosa, y más lo mostró cuando vido el

buen contentamiento que las otras llevaban, y díjoles:

—No me puedo quejar de nadie sino de mí, que, si mal tengo, yo me lo escogí.

—¿Cómo es eso?, —dijeron las doncellas.

—Que tomé a este caballero, —dijo ella—, que él no lo debe ser, sino alguna doncella que anda en hábito disfrazado, según lo que d'él he conocido y visto.

León Flos dijo a los caballeros lo que con la doncella había pasado, de que rieron mucho d'ella, y díjole el marqués:

—¿Qué descontento tenéis de nuestro compañero, señora doncella?

—Téngolo tanto, —dijo ella—, que pluguiera a Dios que yo no dejara al que dejé por tomar al que no debiera, que por mí sola se podrá decir que quien bien tiene y mal escoge.

—Señora, —dijo León Flos—, no es eso lo que yo os había rogado, que fuese secreto lo que entre nosotros pasase.

—¿Y qué os debo yo a vós ni a vuestras obras, —dijo ella—, para que yo haga lo que vós queréis? Antes, por no hacerlo sino al contrario, os publicaré como a mal vino que vós no sois hombre ni tenéis muestra d'ello sino en venir armado, pues teniendo una doncella como yo a vuestra voluntad dos noches, la una dijistes que os cabía la vela para guardar vuestros compañeros, y la otra dormistes encima de una arca por no dormir en el lecho conmigo. Mirad si éstas son cosas para que yo las cele ni para que ninguno que lo sepa os tenga por hombre; ni yo os tengo por tal ni vós lo debéis de ser.

Y los caballeros reían mucho del enojo que la doncella mostraba y de la disimulación con que León Flos respondía, el cual le dijo:

—Señora, ya sabéis vós los inconvenientes que yo tuve en esas noches para apartarme de vós, pues queréis que todos lo entiendan; y lo que no se hizo en una, se podrá hacer en otra, que no están los hombres siempre en un ser sino que con el tiempo se mudan sus voluntades. No desconfiéis de mí, que presto vendrá la noche.

—Por cierto, en vós, —dijo ella—, terné yo poca confianza que a la noche no os faltará otra disculpa para encubrir vuestras faltas.

—Esas no creo yo que me las encubriréis mucho, según las que me habéis publicado, diciéndome que no soy hombre; pues si me conociédes, de otra manera me juzgaríades.

—Por lo conocido me pesa, —dijo ella—, y pluguiera a Dios que nunca os hubiera visto, que no sé quien me engañó, sino que la afición es causa de muchos yerros, como lo fue del mío.

—No es yerro, señora, —respondió León Flos—, querer yo mirar por vuestra honra y guardarla, y defenderos de los que os hicieren fuerza.

—Defendedvos la vuestra, —dijo la doncella—, si alguna tenéis, y haréis harto, que la mía, andando con vós, yo fío que está bien defendida y guardada, que por miedo de no defenderme de alguno, creo que no habéis osado hacer ninguna cosa conmigo.

—En eso no tenéis razón, —dijo León Flos—, pues sois testigo de lo pasado.

—Ahí os esperaba, —respondió ella—, que bien cierta estaba que os habíades de loar de aquella nonada que hicistes. Yo tengo por cierto que al caballero que derribastes no le derribó vuestro esfuerzo sino su mucha flaqueza, con que él se cayó de su caballo.

D'esto rieron los caballeros de buena gana. Dijo el marqués:

—Señora, presto le habéis conocido.

—De una vuelta de ojo que yo doy, —dijo ella—, conozco quién es cada uno.

—Tomad de nosotros el que os agradare, —dijo el marqués—, y deja[d] el que escogistes, pues habéis conocido sus faltas, que de presto pocas cosas se aciertan, que más que hermosura han de tener los caballeros.

—Esa sinrazón, —dijo ella—, no haré yo a mis compañeras, que lo que no aprovecha para mí, poco fruto sacarán ellas.

—A mí vós, —dijo León Flos—, queredme para vuestro caballero, y tomad uno de estos mis compañeros por amigo.

—¡Qué gracioso sois vós!, —dijo ella—, para mi caballero no creo yo que lo sois ni lo seréis de ninguna; y cuando lo fuéredes, será de alguna que se engañe por la vista como yo hice.

—Ahora, señora, —dijo León Flos—, ya tenéis conocido para lo que soy y lo que valgo. Si no os contento, a mí me pesa d'ello; y la enmienda de lo que he faltado, yo la haré en lo que fuéredes servida.

—Esa no aguardaré yo de vós, —dijo la doncella—, y no quisiera sino saber vuestro nombre para publicar vuestros yerros y faltas por todo el mundo. Pero yo lo sabré para hacerlo.

Y diciendo esto, dio del azote a su palafrén y tornose por el camino que había venido. Las tres doncellas que la vieron ir, dijeron:

—Señores caballeros, perdonadnos, que por ninguna manera dejaremos ir sola a nuestra compañera, que ha mucho tiempo que andamos juntas, y lo que avino a ella pudiera avenir a una de nosotras.

—A Dios vades, —dijo Dinades—, que dado nos habéis causa para reír. Yo así lo haré cuando me acordare, que será por toda mi vida, que no es cuento este para olvidarle jamás.

Por esto que vieron en este caballero, sospecharon que tenía su amor puesto en parte que no quería mudarle, y que amaba con mucha lealtad. Y tratando de las burlas pasadas y en otras de presente, como todos eran caballeros que holgaban d'ellas, y como iban con mucho placer por el camino de Alejandría, caminaron algunos días. (*Leo Flos de Tracia*, ms. siglo XVI, cap. 35).

VII.

QUE TRATA DE DIVERSOS DISCURSOS, EJEMPLOS Y SERMONES

§ 66. DE CÓMO EL PRÍNCIPE TEODUARDO MARCHA EN BUSCA DE SU AMADA
(OCASIÓN QUE APROVECHA EL AUTOR PARA HABLAR DE LA FORTUNA), Y DE CÓMO
OLORIO EN SU CAMINO SE ENCUENTRA CON EL EMPERADOR TREBACIO

Y partido el príncipe Teoduardo del rey Tiberio una noche, lo más secretamente que pudo, salió de la ciudad con sus doce caballeros y los cuatro del rey, con los cuales anduvo aquella noche y otro día con toda la prisa que pudo, que, según llevaba el deseo de ver a la hermosa princesa, el camino corto se le hacía largo, como aquel que estaba muy ignorante de la muy amarga boda y triste tálamo que le esperaba.

¡Oh, fundamento flaco y miserable de las cosas humanas, no solamente deseadas, mas adoradas por los hombres! ¡A cuán pocos fuisteis jamás firmes, y cuántos millares, no solamente bajos y comunes, mas de reyes y emperadores has engañado! ¡Cuántas maneras de impedimentos hay para las gozar, y cuán cosa común es la muerte, para que jamás ningún próspero fin pueda ver en ellas! ¡Cuán alegre y jocundo fue para Paris el deseado tálamo de Helena, y cuán triste y lloroso fue su fin, no solamente para él, mas para sus padres y hermanos, y para la mayor parte de toda Asia! ¡Y aun en toda Grecia, y en las más ínsulas del mar Tirreno, por largos días fueron lloradas sus amargas bodas! ¡Con cuánta diligencia y solicitud buscamos los hombres causas para la miseria, ocasiones para la tristeza, instrumentos para la pena y materia para el dolor! Y no nos contentando con la continua guerra que tenemos cada día con la Fortuna, nosotros mismos, por nuestra propia industria, nos buscamos nuevas maneras y formas de peligros en que cada paso tropezamos, y muy agudas espuelas que apresuren esta triste vida; y donde pensábamos hallar placer y reposo para la vida, hallamos trabajo y enojo para la muerte; queremos huir de los vientos y de los espantosos rayos, y subimos a los montes que con mayor furia son combatidos de los vientos y en ellos son los rayos más continuos. Si la demasiada codicia y insaciable hambre de la vida humana no hiciera a los hombres inventar caminos por las soberbias ondas de la mar, y carreras para las altas cumbres de la tierra, ¡cuántos habría menos que se pudiesen quejar de la Fortuna! Que por le dar ellos armas con que combatirlos, tuvo el poder que por ventura no tuviera para les ser adversa. Y pues ya el ejemplo tenemos principiado, si Paris no pasara los profundos piélagos del mar Egeo, que parecía haber puesto Dios por término y raya muy pacífica entre la Europa y la Asia, y hubiera dejado la ida de Grecia, pues le era harto ancha toda la Asia para hallar mujer hermosa, y aun por ventura muy más honesta que no Melena, no pasaran los de Acaya en Asia para destruir a Troya.

Y volviendo a nuestro cuento, pudiera muy bien el príncipe Teoduardo buscar mujer en su tierra o en otra más cercana, que la conociera él por sus ojos, se certificara d'ella, y no venir a la buscar a tierras tan extrañas por sólo el ruido de una vulgar fama, especialmente con tan dura y recia condición de traer su persona y gente para la guerra quien venía a buscar placer y deleite para la juventud, y sosiego y descanso para su tierra. Tomará lo que hallará, y no será cosa nueva, pues con otros antes que él lo ha usado la incierta y cruel Fortuna.

Andando, pues, por su camino el príncipe, dos caballeros de los cuatro del rey Tiberio que venían con él se adelantaron, y por un atajo que ellos bien sabían fueron a dar aviso a la princesa de la ida del príncipe; y éstos no vio el emperador Trebacio, ni los que con él estaban. Mas como el príncipe llegó con sus caballeros en par del espeso bosque donde estaban, luego fueron vistos por el emperador, el cual ya estaba armado de sus muy fuertes y ricas armas. Y subiendo en un grande y ligero caballo, tomó una gruesa lanza en la mano, de un hierro muy agudo y acerado,^[356] cual él lo había hecho traer para aquel caso. Y él solo salió del bosque, y a paso tirado^[357] se fue para donde venía el príncipe con sus caballeros, y poniéndoseles delante les dijo:

—Sabed, caballeros, que este paso es defendido por mí, y no podéis pasar por él si primero no dejáis los escudos, y vuestros nombres en ellos, porque una señora a quien yo amo mucho me lo hace hacer, que no puedo alcanzar su amor de otra manera.

Era el príncipe Teoduardo de su natural inclinación soberbio, y no tan medido en sus palabras como convenía a tal príncipe. Y aunque tenía esta y otras faltas, era muy valiente y fuerte caballero, tal que en toda la Gran Bretaña ni aun en el reino de Hungría no pensaba haber su par. Y como entendió la demanda del caballero, muy enojado, le respondió:

—¡Por Dios, caballero, que si tan cierta tuviera el rey Tiberio la victoria contra el emperador Trebacio como yo la esperanza de castigar tu locura, que no tuviera necesidad el príncipe de la Gran Bretaña venir de tan lejas^[358] tierras a le dar ayuda! Toma presto la parte del campo que te conviene; que de un solo encuentro verás cuán caros y amargos serán esos amores.

Como esto dijo el príncipe, y hubo dado aquella cruel sentencia (aunque no bien entendida) por su boca, tomando una gruesa lanza uno de los suyos, se apartó con su caballo para venir contra el emperador. Y aunque todos sus caballeros se le pusieron delante, queriendo cada uno d'ellos ser el primero, no bastó con él razón alguna, que su soberbia y demasiado orgullo no le dejaban conocer el dudado y fortísimo contrario que tenía delante, que, según era de grande y membrudo, bien pudiera ser tenido por jayán. (Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y caballeros*, primera parte [1555], libro I, cap. 5).

§ 67. DE CÓMO ANSELMO MUESTRA LOS PELIGROS DEL CONTINUO

ACERCAMINETO A LAS MUJERES, CON OTROS EJEMPLOS DE MUY CRISTIANA

DOCTRINA

Luego él e el monje Severino se fueron a los palacios reales, e allí tomó Arquisil e lo llevó al aposentamiento de la infanta e allí apartaron a entr'ambos e les dijo el monje [A]nselmo cómo había sido puesto en aquella negociación por parte del rey Norandel e, para el descargo de la conciencia d'ellos, era necesario saber la causa principal porque aquel casamiento querían facer, e a él se podía decir sin sospecha ni temor que otro lo supiese. Arquisil considerando cómo aquello era necesario decir[l]e para el descargo de sus conciencias, díjolo al monje la causa porque aquella dispensación se pedía. [...]

—Cosa es, —dijo el monje—, en que Nuestro Señor mucho es deservido este detestable pecado de fornicación, el cual siempre vemos que proviene de una continuación que sin causa e necesidad se face entre las personas sospechosas; la cual conversación por el tan evidente daño debría ser muy apartada, porque habemos visto e leído muchos daños que de las tales frecuentaciones se hayan fecho e causado, así en las personas de altos e grandes estados como entre las de baja e pobre manera, así en los muy apartados de deudo, como en los muy juntos, hasta hermano con hermana, e hasta padre con hija, porque es una muy cierta e verdadera regla, que así como la ponzoña es muerte o se mata el cuerpo, así se mata el corazón con la conversación de las mujeres. Porque de la tal conversación nacen muchas cosas que provocan a pecado, e por esto es de evitar e apartar la vista d'ellas, que de verlas viene la codicia d'ellas, por que dice San Agustín: *No os digáis tener los ánimos castos si tenéis no castos los ojos, porque el ojo no casto mensajero es del no casto corazón.* Dice Salomón: *No mires la mujer hermosa, por ventura no cayas^[359] en sus lazos. No codicies la virgen, porque no seas escandalizado en su fermosura. No des tu ánima a ningún fornicio, porque no pierdas a ti e a tu heredad. Vuelve tu cara de la mujer corrupta. No mires ajena hermosura, que por hermosura de mujer muchos perecieron e d'esta la codicia así como fuego se enciende.* E dice en el capítulo xxv del *Eclesiástico*: *La mujer hermosa ocasión da a la muerte e da causa a adulterio e a fuerza.* Dice en el capítulo xii del *Genesi*: *La vista de la mujer hermosa da causa de estrupo e de muerte de muchas gentes.* Así como se lee de Dina, fija de Jacob, asimismo Bersabé por su fermosura dio causa al adulterio del rey David, e la muerte de su marido Urías. Como se lee en el segundo libro de los *Reyes*, en el capítulo undécimo: *De sola la vista, la fornicación se desea.* E el que para esto mira peca, porque todo aquel que viere la mujer para codiciarla ya adulterado ha con ella en su corazón, como lo dice san Mateo en el capítulo quinto de su *Evangelio*. Dice en el capítulo cuarenta e uno del *Eclesiástico*: *Avergüénzate de la mujer fornicaria. No mires mujer de ajeno marido, ni escudriñes su ancila,^[360] ni estés en su lecho.* Así

mismo en el capítulo sexto de los *Proverbios* dice: *Huirás el aspecto de la vana hermosura de las mujeres*, porque así como es perfecta en la fermosura de la nueva e fresca carne, así como heno se seca la mujer e huye su fermosura así como sombra; e cuando viniere la muerte di: ¿cuánta hermosura quedará en el cuerpo cuando vieres todo aquel cuerpo hinchado e convertido en fedor? Por ventura, ¿no cerrarás las narices por no sufrir tan mal fedor? Dime dónde estará entonces la hermosura de la cara, adónde estarán aquellas blandas palabras que ablandaban e enamoraban los corazones que las oían, adónde estarán entonces aquellos dulces sermones que alegraban los hombres. Dime dónde estarán entonces aquella inmoderada risa e juegos d'ella, adónde estará entonces aquella sin provecho e vana alegría que a los hombre conmovía e procuraba a risa. Pereció e a ninguna cosa aprovechó. E esta será la consumación de la hermosura de la carne e consumación del cuerpo. Como lo dice San Bernaldo en las *Contemplaciones ad sororem* CXXIII.

Ansí mesmo los atavíos de las mujeres e aquellos afeites con que por diversas colores mudan la propia faz inducen e atraen los hombres a pecar. Otrosí la habla de la mujer da causa al adulterio, porque dijo Salomón: *La habla d'ella arde así como fuego, no te asientes con mujer ajena, ni te allegues a ella, ni comuniques con ella en convites, porque tu corazón no decline en ella e cayas con tu sangre en perdición*. La habla e los convites dan causa a fornicación, porque es muy peligrosa la conversación del hombre con la mujer. E dice que no se comuniquen en convites, porque en el vino se enciende la lujuria, según la autoridad de San Pablo en el capítulo quinto *Ad Efeseos*, que dice: *No os emborrachéis de vino, en el cual es lujuria*. Dice San Jerónimo en una epístola: *Que el vientre lleno de vino, muy presto toca en lujuria. Adonde está la ebriedad allí enseñorea la lujuria e la ira*. Dice en el capítulo veinte e seis del *Eclesiástico*: *Que la fornicación de la mujer se conoce en el levantar de sus ojos e en el menear de sus pestañas*. Hay así mismo otra cosa que da causa a este pecado, e ésta es la ociosidad, que es arma del antiguo enemigo para cautivar las míseras ánimas. E por esto decía San Jerónimo a un monje rústico: *Nunca de tu mano ni de tus ojos dejes el libro del salterio, di la oración sin intermisión, vele tu seso no en varios pensamientos, mas el cuerpo e el ánima esté con Dios. Vence la ira con la paciencia, ama e quiere la ciencia de las Escrituras, e no amarás los vicios de la carne, no entremetas tu pensamiento en varias perturbaciones, las cuales, si en él asentaren, enseñóranse de ti e traerte han a gran delito. Faz alguna cosa de obra, porque siempre el diablo te falle ocupado*. Asimismo habéis de evitar el tacto e el efecto que son del adulterio mensajeros, porque dice San Agustín: *Que la concupiscencia de la carne se deleita en el tacto*. Dice en un decreto San Jerónimo: *Tu retrainiento pocas veces o ninguna sea hollado con los pies de las mujeres, porque no puede de todo corazón habitar con Dios el que a las mujeres se allega*. Nunca de las facciones ni hermosura de las mujeres platiquéis. Dice el mismo San Jerónimo: *La mujer nunca sepa tu nombre. Cuando vieres la mujer de buena vida e conversación, quiérela mentalmente, no para corporal frecuencia*. E concluye él con

este argumento: *Si bueno es no tocar la mujer, malo es tocarla*. Así mismo dice en un decreto de San Isidoro: *Que este pecado no solamente reina en el hombre cuando comete fornicación, mas cuando se deleita en ella*. E por esto os habéis de apartar de pensar en ellos, porque el pensamiento trae delectación, e acordándoos de los grandes daños que trae, tomando los ejemplos que os tengo dichos, guardaréis os de otro yerro semejante al pasado ni de ofender a Dios en caso tan torpe e feo.

Cuando el monje acabó de decir estas cosas e otras muchas así reprehendiendo a Arquisil de lo fecho como dándole otros buenos ejemplos para lo por venir, se despidió d'él e se fue él e su compañero para el monesterio; e él e el rey Norandel enviaron por la dispensación al Sumo Pontífice. (Ruy Páez de Ribera, *Florisando* [1510], caps. 209-210).

§ 68. DE CÓMO EL ERMITAÑO, PARA CONSOLAR A TODOS LO QUE CON TRISTEZA
VELAN LA MUERTE DE AMADÍS DE GAULA, COMIENZA UN SERMÓN EN DONDE
MUESTRA LA DOCTRINA PARA ACEPTAR CRISTIANAMENTE LA MUERTE

Acabado el Evangelio, siendo sazón acostumbrada para ello, el ermitaño padre de Florisando, queriendo con la ayuda de Dios aquellos grandes señores dar con su palabra algún consuelo, quiso facer un breve sermón conforme al tiempo en que eran. Subiéndose en el lugar para ello acostumbrado onde de todos podía muy bien ser oído, teniendo toda aquella compañía grande deseo de lo oír e silencio por le escuchar su santa doctrina, ca era habido en toda la tierra por hombre de santa vida, el cual les comenzó de fablar en esta manera:

—Muy alto e poderoso emperador, noble e virtuosa reina, altos príncipes, esforzados caballeros, e preciadas doncellas. Mi poco saber, confiando en la gracia de Dios, en este día para vosotros de tanta tristeza, mediante su gracia acordó de poner en vuestros atribulados corazones algún consuelo, por lo cual aquel alto padre eterno de todas las cosas, del cual se escribe en el *Acto de los Apóstoles* que *todo don perfecto e acabado de arriba procede del padre de la claridad*, al cual plega de dar poder a mí, su siervo, que diga tales cosas que en vosotros señores fagan fruto de consolación e de provecho en vuestras conciencias. No me tiene tanto puesto en espanto, —dijo el ermitaño—, la muerte del rey Amadís, como los grandes e demasiados sentimientos que en vosotros veo. ¿No sabéis lo que se escribe en el *Eclesiástico*, que *todas las cosas que de tierra son criadas en tierra se han de tornar*? Ca no hay mayor equidad que la cosa por la causa que es fecha por ella se desfaga, según la natura ligeramente se vuelve a su natural principio. Pues como naturalmente seamos todos tierra, naturalmente a ella nos tornamos; ningún sentimiento luego debemos tomar de aquellas cosas que tan naturalmente van encadenadas. ¿No veis la culebra que sale de la cueva e a ella se torna a acoger? Así es el hombre en esta vida,

que sale de la cueva que es el vientre de su madre e anda en este mundo amargo, lleno de lágrimas, cuando vive, e cuando muere, acógese a la cueva de la muerte que es la tierra donde había salido. Pues como todos seamos deudores de la muerte, sin tiempo e con tal condición entramos en la vida, no nos debemos entristecer por los que mueren ni alegrar por los que viven, porque los unos han cumplido la natural deuda que debían, los otros sin duda la han de pagar, e la vida que les queda es tan incierta e cargada de angustias, que más nos debemos alegrar con los muertos que pasaron ya aquel amargoso tormento que esperaban, que con los vivos, pues lo tienen de pasar. ¡Oh, ceguedad mundana! ¿No vedes que es cosa desigual e injusta el siervo no facer de corazón la voluntad de su señor, cuando Dios nos llama que d'esta vida pasemos a la muerte? ¿Por qué nos entristecemos? ¿Por qué lo no cumplimos e como contumaces^[361] sirvientes con tristeza ir a la presencia del Señor, cómo esperamos d'Él ser bien *recibidos, al cual con mala voluntad nos presentamos?* ¿No sabéis que *aquél que por llamamiento de Nuestro Señor Jesucristo se pasa d'esta vida, que el tal con salmos, preces e oraciones debe ser llevado al sepulcro, teniendo esperanza en la resurrección de los muertos, e no con llantos, lágrimas, ni suspiros, que parece no haber confianza en la misericordia de Dios, ni en la resurrección de los defuntos? Si decís que lo facéis por remedio de los muertos, no seguís el consejo de San Gregorio, que dijo que las alas de los difuntos con cuatro cosas eran absueltas: la una con sacrificios de los sacerdotes, la otra con ruegos e preces de personas santas e de buena vida, la tercera con limosnas de los amigos, la cuarta con ayunos de los parientes.* Ca el gran cuidado de las mortajas, las pompas, los fastos de las obsequias más son solaces e placeres de los vivos que en aquellas vanaglorias se deleitan, que remedio ni ayuda para los defuntos. ¿No habéis oído lo que dijo San Juan Crisóstomo en una epístola a los hebreos que *llorar e facer llanto por lo que d'esta vida se pasan que procede de flaqueza de corazón o de desesperación de la resurrección venidera?* Lo que confirma el apóstol San Pablo diciendo: *No quiero que mis hermanos hayan tristeza por los que duermen como aquellos que no han esperanza en la futura resurrección.* ¿No sabéis, buenos señores, lo que dijo San Bernardo que *nuestra vida comparada a la vida eterna más se puede llamar muerte que vida?* Pues por todas estas razones, más son de reprehender los llantos que facéis que de loar, aunque alguno de vosotros, señores, me podría decir: «¿Qué decides, padre, que nuestro Redemptor lloró a San Lázaro después de su muerte no le siendo nada, cuánto más nosotros que tanto sentimiento con razón podemos tomar?». A esto, muy altos príncipes e señores, respondo que Nuestro Salvador Jesucristo no lloró a San Lázaro en cuanto muerto, sino porque por ruego de sus hermanas le había de resucitar a las miserias d'este mundo, dándonos por ello a entender que muy peor es la vida que vivimos que la misma muerte. E como esto así sea, no hay causa ninguna de tomar en tan gran extremo sentimiento por muerte de ningún pariente e amigo que sea, endemás cuando buena e deseada fin ficiere a su trabajosa vida. (Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia* [1525], cap. 166).

§ 69. DE CÓMO FLORISEO DECIDE ARREMETER CONTRA LA ANTIGUA CABALLERÍA
ARTÚRICA, Y DEFIENDE UN NUEVO MODELO CABALLERESCO

E luego salió Floriseo a él e, viniendo uno contra otro, se encontraron tan reciamente que quebraron las lanzas e se juntaron con los cuerpos tan poderosamente que aína cayera Floriseo, como hizo su contrario, el cual vino a tierra. E Floriseo se apeó e fue a él, su espada desnuda, e halló al enemigo que del gran golpe estaba muy quebrantado e a duras penas pudo sacar el espada. E ya que la sacó, peleaba tan flacamente que Floriseo no tenía pena de sus golpes ni mucho cuidado de matarle; antes, teniéndole por buen caballero, le dixo:

—Caballero, no quiero hacer en ti lo que podría, porque ya lo hice en este caballero cuya es la doncella que los tuyos llevaban. E pues que la lleva como suya, no hay por qué tú e yo muramos sobre ella, y ella se vaya riendo con su señor.

Mucho holgó Polomón con estas razones, porque, según él sintió en Floriseo, que así se llamaba el caballero, bien creyó que no podría vencerle. E a esta causa dijo a Floriseo:

—Tú, señor, hablas bien e obras mejor, e por esto me doy por tu vencido e por tu amigo, como más querrás.

—Por amigo, —dijo Floriseo—, os tomo yo, señor.

E como a tal le fue abrazar. Y esa noche fueron a su castillo, donde Floriseo e su compañía fueron bien servidos e tratados. Y estovo allí seis días hasta que el Caballero de la Doncella sanó de sus heridas. E como Floriseo le vido sano, díjole:

—Caballero, yo holgara mucho que todos fuéramos en una compañía. E si esa vuestra doncella no diera estorbo a ello, así se hiciera.

A esto dixo Artimio:

—¿Qué embargo pone a nuestra compañía la doncella?

—A vuestro sabor, —dijo Floriseo—, bien sé yo que no daña la doncella, pero a mi voluntad es muy contrario el acompañamiento de mujeres. E a mi ver, si los caballeros andantes o de la Tabla Redonda no se hubieran ocupado en demandas deshonestas en que las mujeres los pusieron, bien creo que hasta hoy durara aquel muy noble oficio de las armas en la honra que solía estar en el mundo en el tiempo que la orden de caballería se comenzó. Pero como los caballeros de aquel tiempo comenzaron a dejar el servicio de Dios y el deseo de virtud que con sus fuerzas e armas mostraban, e se pusieron en el servicio de los deshonestos amores y en querer complir los desordenados deseos de las livianas mujeres, fueron los caballeros de mal en peor. E por razón de su desautoridad e malas obras en que se ejercitaban permitió Nuestro Señor que tanto cuanto la orden de caballeros haya sido honrada, tanto fuesse en estos tiempos abajada e menospreciada, al menos en esas partes donde se comenzó el daño en los caballeros. E como yo vea esto, tengo pensado obrar en otra manera que los caballeros pasados obraron: esto es, no someterme a cosa que mujer quiera ni traerla en mi compañía. No porque por esto deje yo de socorrerlas en sus necesidades

a todo mi poder, pero no seguirlas en sus antojos como los caballeros pasados hicieron. E por esto os ruego que vos enviéis esa doncella a vuestra tierra, la cual parecerá mejor encerrada como mujer honesta que no andar como anda. No sé en verdad, —dixo Floriseo—, qué fue la causa de tan mal uso como fue y es andar las doncellas solas por los montes hechas procuradores o correos de las cosas o negocios de los hombres. E no sé cómo no vían los antiguos cuánto mal e mal ejemplo se podía seguir d'este uso. E que alguno me responda que la lealtad de los caballeros de aquel tiempo era tanta que hacía seguras las doncellas por doquier que fuesen, a esto digo que esto bastaba para las hacer guardadas de sus personas, pero no de todos los otros hombres. E que d'esto, lo que no podía ser, también los caballeros las guardasen; al menos está claro que de la sospecha de su deshonestidad no las podían con toda su fuerza guardar. Ansí que, todo bien mirado, este uso era feo e sin provecho e sospechoso, por lo cual yo huiré d'él en cuanto pueda e ansí hará todo caballero que quisiere mi compañía.

Como esto oyesen aquellos caballeros que estaban en el castillo, conocieron que no menos saber tenía Floriseo en las palabras que fuerza e ventura en las armas. E Arturio, como toviese en más la compañía de Floriseo que la de la doncella, mandola volver a su tierra, e dixo a Floriseo cómo él quería seguir a su merced, e Floriseo lo recibió por compañero. E Floriseo dixo a Fidelio:

—Amigo, yo no quiero que por seguir mi compañía perdáis la de vuestros hermanos; e por esto, si veis que el tiempo es breve para ser con ellos al cabo d'esta isla, partid vos luego para ellos con la buenaventura.

—Mi buena ventura, —dixo Fidelio—, es ir con vuestra merced e servirle. Por tanto, no me mande apartar de su servicio.

Mucho holgó d'esto Floriseo. E fecho esto, despidiose de Polomón, señor de aquel castillo, e quedó muy su amigo. (Fernando Bernal, *Floriseo* [1516], libro II, cap. 15).

VIII.

QUE TRATA DE DIFERENTES MODOS QUE TIENEN DE TERMINAR LOS LIBROS DE CABALLERÍAS

§ 70. DE CÓMO URGANDA LA DESCONOCIDA ENCANTA A AMADÍS DE GAULA Y A TODO SU LINAJE PARA PRESERVARLO DE LA INEVITABLE MUERTE

Estando Urganda en la su Ínsola No Hallada, supo por sus artes cómo la muerte se allegaba a todos los más principales de aquellos reyes que ella tanto amaba, e habiendo piedad que tan preciosas carnes como las d'ellos e d'ellas la tierra las gozase e consumiese, acordó de poner en ello el remedio que oiréis. Que entrando ella en la mar con la compañía de sus sobrinas Julianda e Solisea, e otras doncellas, navegó fasta llegar a la Ínsola Firme, e desde allí envió al rey Amadís, e al emperador Esplandián, e a don Galaor, rey de Sobradisa, e al rey de Cerdeña, don Florestán, e [a] Agrajes, e a Grasandor, rey de Bohemia, a cada uno una doncella que de su parte les rogase que ellos e sus mujeres viniesen allí a la Ínsola Firme, porque cumplía mucho de les hablar de algunas cosas extrañas, e que viniese el maestro Elisabad, e trujese todo aquello que del emperador Esplandián había escrito; e asimesmo viniese el conde Gandalín y la condesa de Denamarca, su mujer, y el enano de Amadís con ellos. E aquesto por ninguna guisa lo deixasen, que, pues ella se había dispuesto en venir allí, que creyesen cierto que su venida era muy necesaria si no querían pasar por el trago de la cruel muerte.

Cuando el emperador e aquellos reyes estas embajadas oyeron, no lo tuvieron en poco, e así por esto como por tener mucho deseo de se ver juntos, luego en la hora^[362] sin otra tardanza, tomando a sus mujeres se metieron a la mar, y en poco espacio de tiempo se juntaron todos con aquella gran sabidora; la cual, como así los vio, con muchas lágrimas de sus ojos, no de aquellas que el placer atraer suele, mas las que de la gran tristura e amargura salen, los [a]brazaba, así que los sus ojos en dos fuentes convertidos eran. Ellos, mucho maravillados^[363] de mudanza tan grande, no sabiendo la causa d'ello, le preguntaban si aquella su congoja e abundancia de lágrimas por ellos se podrían remediar. Urganda, sin les responder ninguna cosa, los miraba, llorando muy fieramente. Así estuvo por una pieza de tiempo, que nunca hablarles pudo, pero ya seyendo el su espíritu más reposado fabloles en esta guisa:

—Así como por el muy alto Señor todas las cosas d'Él establecidas fueron, así permitido que las presentes, pasando de la vida a la oscura muerte, según las calidades de cada una, quedasen otras de nuevo en el lugar. Esta orden es tan cierta que fasta aquel temeroso día señalado por ninguna guisa mudarse puedo. Por ende, muchos de los antiguos, habiendo este conocimiento e por firme le teniendo,

procuraron con muchos e grandes trabajos e afrentas que, aunque los cuerpos como mortales e terrestres consumidos fuesen, no lo fuesen las sus muy grandes famas, queriéndolas inmortales facer. D'esto tenemos tantos e tan grandes ejemplos, e tan notorios, que con muy gran causa la prolijidad d'esta escritura excusar pueden. E como yo por las mis grandes artes mágicas alcancé a saber que, así como los pasados, no menos a los presentes por aquella misma vía el tiempo se vos acorta, quiero que sea pagada aquella deuda del gran amor que en los vuestros ánimos impremido contra mí es. Por ende, bien así como en las otras cosas los vuestros muy bravos corazones demasiado esfuerzo tuvieron, por ser a la virtud obedientes e sujetos, que así agora lo sean en aquello que por mi obra se quiere. E con ayuda de aquel más poderoso Señor, e después mía, así como su sierva, por muy grandes e largos tiempos fuera de toda la natural orden quedaréis; e no sin esperanza de tornar al mundo en aquella perficción de fermosura, en aquella floreciente e fresca edad que la habéis tenido cuando más en vosotros esclareció, en compañía de un gran rey e muy famoso caballero, que después de muy largos tiempos después de vosotros en esta gran ínsola de Bretaña reinará. E si por caso fuere que la mi gran sabiduría no alcance a saber ser cierto la salida d'esta que vos digo, yo vos traeré en tales e tantas partes que con muy gran admiración seáis por aquellos que yo quisiere mirados e acatados. Agora, pues, quiero yo, mis señores, que las vuestras voluntades manifiestas me sean.

El emperador Esplandián e aquellos grandes reyes, comoquiera que la braveza de los sus corazones en tanto poder bastase, fablándoles en el trance de la temerosa muerte con palabras tan oscuras, que por ninguna fuerza de armas resistir non se podía, las sus carnes, no lo pudiendo ellas por ninguna guisa excusar, temblaban, e muy mucho más las de aquella tan hermosa emperatriz Leonorina e de las otras reinas que allí estaban. Pero el rey Amadís le dijo:

—Mi buena señora, muy mejor que otro alguno, ni que nosotros mismos, alcanza vuestro saber la voluntad nuestra, cuando a vuestra ordenanza es; por ende todo lo remitimos e dejamos a vuestra disposición, para que se faga e obre en nosotros aquellas cosas que, no dañando las ánimas e las honras, vos agradaren más.

Entonces la sabidora Urganda mandó allí traer las reales sillas d'ellos, que en aquel tiempo los emperadores e reyes consigo traer acostumbraban, que eran todas cubiertas de oro, muy sotilmente labradas, e por ellas sembradas muy muchas piedras e perlas de gran valor. Y esto se facía porque, aunque los altos hombres en el vestir sus iguales podían ser, que no lo fuesen en los asentamientos, que les ponían muy grande autoridad; e por aquello de los extraños, aunque avisados d'ello no fuesen, eran bien conocidos cuando en sus reales palacios entraban. E poniéndolas en la Cámara Defendida, y en una sala cerca de ella, como lo ya oístes, haciéndolos armar de unas muy ricas armas que ella les había traído, los fizo asentar en ellas. E luego vinieron sus dos sobrinas, Solisea y Julianda, con sendos bacines de oro en sus manos, llenos de una agua hecha de muchas yerbas confaccionada, que antes de su venida d'ellos Urganda había fecho, e poniéndoselos a ellos delante, les dijo que se

lavasen sus rostros con aquella agua. Ellos, como determinados estuviesen a cumplir su voluntad, teniéndolo por lo mejor, así lo hicieron. La fuerza de aquella agua fue de tal forma, que sin mas dilación pareció en todos ellos ser tornados en aquella claridad de hermosura e floreciente edad que cuando más en perficción la habían sostenido, tanto, que mirándose los unos a los otros, así ellos como las reinas sus mujeres, sin comparación alguna se facían maravillados. Y entonces Urganda, tomando consigo al gran maestro Elisabad, así como en la su propria forma estaba, lo fizo ser^[364] en otra silla, en una muy fermosa cámara que con la gran sala confinaba. Y púsole este libro que él había escrito e ordenado en sus manos. E saliendo de allí, e tomando consigo al conde Gandalín e a la condesa de Denamarca, su mujer, e [a] Ardián, el enano de Amadís, se fue con ellos al palacio del Arco de los Leales Amadores, donde las fermosas figuras de Apolidón e Grimanesa estaban, e fízolos asentar en un poyo, diciendo:

—Así como aquí fueron dignos e merecedores de entrar los leales e verdaderos amadores, así vosotros o sois por aquella lealtad tan grande e verdadero amor que a vuestros señores tuvistes. E mándovos e amonéstovos que por ninguna guisa ni manera de aquí vos partáis.

Con esto se tomó donde el emperador e los otros reyes estaban. Tomando por la mano a la doncella Carmela, le dijo estas palabras:

—Carmela, tú fuiste de muy baja condición, mas la virtud e generoso corazón tuyo, que muy muchas veces face iguales a los bajos con los altos, merece que seas puesta a los pies de los emperadores, e asímesmo, porque la palabra que d'este emperador tuviste de nunca ser quitada ni apartada de la su presencia contra tu voluntad sea firme, quedando tú satisfecha.

E tornándose contra todos aquellos señores les rogó que por ninguna guisa ni forma no se moviesen de aquellas sillas donde los dejaba fasta tanto que ella volviese. E saliendo fuera, se fue a la huerta e subió en la cumbre de la alta torre, llevando consigo un libro, el cual fue de la gran sabia Medea, e otro de la Doncella Encantadora, e otro de la infanta Melía, e otro de los suyos, e tendidos sus canos cabellos por las espaldas, leyendo por esos libros, revolviéndose a todas las cuatro partes del mundo contra los cielos, faciéndose tan embravecida, que parecía salir de sus ojos vivas llamas de fuego, haciendo signos con sus dedos, diciendo muy terribles y espantables palabras, atraendo tan grandes tronidos^[365] e relámpagos, que parecía que los cielos se hundiesen, temblando toda la ínsola, así como hace la nave en la fondura de la brava mar, arrancó de la tierra aquel gran alcázar, con el sitio del Arco de los Amadores, poniéndolo alto en el aire, en que fue fecha una muy grande abertura en la tierra, e por ella lo hizo sumir fasta el abismo, donde todos aquellos grandes príncipes quedaron encantados, sin les acompañar ninguno de los sus sentidos, guardados por aquella gran sabidora Urganda; que después de muy largos tiempos pasados, la hada Morgaina le hizo saber en cómo ella tenía al rey Artur de Bretaña, su hermano, encantado, certificándola que había de salir e volver a reinar en

su reino de la Gran Bretaña, e que en aquel mesmo tiempo saldrán aquel emperador e aquellos grandes reyes que con él estaban a restituir juntos con él lo que los reyes cristianos hubiesen de la cristiandad perdido. (Garci Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián* [1521], cap. 183).

§ 71. DE CÓMO URGANDA Y ALQUIFE ABANDONAN LA CORTE DE
CONSTANTINOPLA DEJANDO SENDAS PROFECÍAS, CON OTROS ACONTECIMIENTOS
QUE NO MENOS MISTERIOSOS SUCEDIERON

Acabando los emperadores un día de comer, aquellos sabios Alquife y Urganda se despidieron d'ellos para se ir a su tierra. Y ante los palacios del emperador en dos padrones dejaron en dos tablas de arambre^[366] dos profecías escritas en lengua caldea. La una puesta por Alquife y la otra por Urganda. La de Alquife decía:

Cuando la domadora e indomada Leona tuviere cumplimiento en la fortaleza de su vista, con fuerza de su desordenada fuerza poblará toda la Grecia de la demanda de su fortuna. Y con arrebatadas muertes continuará los imperiales palacios, hasta tanto que con divinal matrimonio, despreciando los humanos, el Basilisco de naturaleza humana no pueda ver ni ser vista, para remedio eterno suyo y temporal de los humanos del universo.

La de Urganda decía:

Cuando la hermosa Diana del más que resplandeciente Apolo fuere llena, en la gloria de su conjunción, nacerá y producirse ha de tal ayuntamiento el bravo y fuerte León, con tal fortaleza de sus uñas que los grandes hechos del León primero se pongan en olvido. De cuya fortaleza, cuando el segundo León, heredero del primer nombre, con el tercero de su nombre se juntare con fortaleza de sus uñas, con gran escuridad en el fin de su luz, con esparcimiento de su sangre, en tales tinieblas de dolor la dejarán en la Casa Griega tan teñida del agua mezclada con la sangre cuanto la razón de esparcirse de los dos bravos Leones dejará el corriente, con el fin suyo, y de la engendradora del mortal Basilisco en compañía del bravo León de su amoroso ayuntamiento.

Muy grande espanto pusieron estas profecías a los que las vieron, y no podían pensar ni entender la sentencia d'ellas, ni se entendió hasta que se vio por obra en la obra: la primera de la hermosa infanta Fortuna; y la segunda en el tercero Amadís,

hijo del excelente Agesilao y de la hermosa Diana, del cual en la segunda parte de la grande y cuarta parte d'esta tercera se hará entera relación de sus grandes hazañas. Donde el fin d'esta profecía en el fin de la cuarta y grande parte d'esta historia será celebrada con el agua y sangre que d'ella sucederá. Pues habiéndose puesto estas profecías y partidos los sabios, a tercero día de su partida en la sala entraron doce enanos con cotas de armas vestidas de las armas reales de Rusia. Y el uno d'ellos que delante venía, traía en su mano una carta, de la cual pendían ciento y sesenta sellos de oro fino, colgados con cuerdas de seda, y los sellos con armas reales de ciento y sesenta reyes paganos de la Gran Asia. La carta era de pergamino. Y como los enanos en la sala entraron, dijo uno:

—Señores e príncipes de la Casa Griega, este cartel que en mis manos traigo os notifico, en nombre del nuevo rey de Rusia, don B[r]uzarte[s], en nombre suyo y de todos los reyes orientales, cuyos son estos sellos. Y por tanto oíd la sentencia del cartel contra vós dada.

Y luego comenzó a leer en lengua griega el cartel, que así decía:

Don Bruzartes, rey de los rusianos, ayuntado con los ciento y sesenta reyes orientales, por consejo e divinal permisión de nuestros muy soberanos dioses, ya enojados de tantas y tales ofensas recibidas de la Casa Griega, regados los prados de la sangre de sus siervos y las moradas d'ellos a cruel fuego desfechas, cuyo humo subido como encienso en los soberanos cielos a los moradores pidió venganza, y para ella sus ejércitos por divinal mandamiento somos ayuntados. De cuyo ayuntamiento pronunciamos sentencia, con el poder y comisión que de los dioses tenemos, que la Casa Griega pase por general esparcimiento de sangre; y sus ciudades [y] lugares por cruel y resplandeciente fuego. Y de nuevo por los moradores pérsicos sean reedificadas sus ciudades y puestas en la divinal servidumbre usurpada a nuestros inmortales dioses. En cuyo nombre la sentencia a notificar vos envíamos, no diciendo's el día ni la hora de cuando será ejecutada. Mas para firmeza d'ella va sellada de nuestros reales sellos. Y en nombre mío y suyo os la envío a notificar con estos doce tan bajos cuanto los ejecutores serán altos. Con quien os envíamos hasta entonces la salud para más enfermedad, amenazada tal paz con tan justa y cruel guerra, con que protestamos los mares y campos griegos cubrir del poder de nuestras flotas y poderosos ejércitos.

Como la carta el enano leyó, sin más respuesta se tornaron todos doce a salir y en sus palafrenes se fueron. Y en la corte quedó gran turbación de tal nueva, principalmente sobre las profecías puestas, y cada uno daba el entendimiento que le parecía.

Mas, aquellos príncipes que nunca se cansaron de las afrentas, ni se espantaron de

las amenazas, habido su consejo, fue acordado enviar a todos los reyes cristianos embajadores de Grecia, para que con brevedad fuesen juntos al socorro de tan gran amenaza. Y a los príncipes sus amigos principalmente, según para tan gran cosa era necesario, como fuese este ayuntamiento de gente de enemigos el mayor que nunca se leyó, del cual grandes trabajos sucedió en toda la cristiandad, principalmente en la Grecia, de la grande y cruel guerra que en ella hubo, para trabajo y gloria de sus príncipes, según que en la primera parte de la grande y cuarta parte se os contará. A cuya causa cesaron de celebrarse las bodas por la presente necesidad. Por cuya razón Galersis dio fin a esta tercera parte para comenzar a escribir en la cuarta, dando fin a ésta para tomar el principio en hablar en cosas tan grandes y hazañosas como en ella se verán. (Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea*, III [1546], cap. 170 y último).

§ 72. DE CÓMO EL GIGANTE BRAMARANTE SE ENFRENTA CONTRA VARIOS CABALLEROS GRIEGOS, ENTRE ELLOS EL CABALLERO DEL FEBO, Y DE CÓMO QUEDA EN SUSPENSO EL COMBATE EN ESPERA DE UNA CONTINUACIÓN

Ya ha contado la historia como después de acabada aquella sangrienta y general batalla en que el emperador Alicandro fue vencido, aquel superbísimo y temido pagano Bramarante se fue a meter en las selvas de Grecia, con voluntad de no partir de allí hasta haber alguna venganza de la muerte del gran Campeón su padre. Dice ahora, que al tiempo que estos señores estaban en la caza, Bramarante estaba en las selvas ribera de la mar con hasta veinte paganos, que huyendo de la batalla se habían acogido allí por escapar la vida. Y tenían entre todos un navío, que habían ganado por la gran fortaleza de Bramarante de unos navegantes que habían llegado a tierra por coger agua dulce para llevar en su navío. Y no se habían partido para sus tierras porque la mar andaba muy revuelta y tenían por muy cierto el peligro entrando en ella.

Y como estuviesen así todos junto, oyeron el grande ruido que traían los que andaban a caza por las selvas. Y como les pareciese mucha gente, Bramarante quiso saber qué era y, llevando con él algunos de aquellos paganos, fue por la ribera abajo hasta que pudo ver las ricas tiendas y pabellones que estaban armadas por el campo. Y no queriendo llegarse a ellas sin saber la gente que allí había, sin salir a lo raso se fue por la espesura alrededor de las tiendas. Y la ventura lo llevó a donde la emperatriz estaba pasando tiempo con aquellas señoras en la fuente. Y demasiadamente fue espantado de ver junta tanta hermosura, que toda la corte celestial le pareció estar allí junta, ni podía pensar que se podía hallar tal en la tierra. Y muy alegre por parecerle que sería rica la presa si la pudiese haber, saliendo de la espesura, se fue para ellas, las cuales, cuando le vieron tan grande y membrudo y ansí armado, luego dieron gritos, que los oyeron el rey de Bohemia y sus caballeros que

estaban por su guarda. Y corriendo luego para la fuente, como vieron a Bramarante con los suyos que andaban tras las doncellas, con grande ímpetu corrieron para ellos por les dar la muerte. Mas aquel endiablado pagano, que en poco tenía los muchos enemigos, sacando su tajante espada comienza de derribar cuantos alcanzaba. Y aunque el rey y sus caballeros lo hacían bien, hiriéndole por todas partes, poco les aprovechaba, porque no les daba golpe que no derribase uno d'ellos, y si el rey no trajera tan buenas armas, o fuera muerto o malherido. Como la emperatriz y las que con ella estaban vieron la destrucción de los suyos, dando muy grandes gritos comienzan de huir, sin aguardarse una a otra, por la espesura, mas cada una por su parte, quedando solo el hermoso niño Claramante, que estaba con ellas.

Éste era el ruido que el Caballero del Febo y la princesa Claridiana oyeron, estando en la mayor gloria de sus amores, los cuales, cabalgando en sus caballos, fueron corriendo cuanto más podían hacia donde les parecía oír el ruido de la batalla. Y como llegaron a donde estaba Bramarante, halláronle haciendo batalla con el rey de Bohemia y con sus caballeros, y tenía ya muertos y derribados por tierra la mayor parte d'ellos. Y como le conocieron así en la grandeza de su cuerpo como en las diabluras que hacía, luego a gran priesa se fueron para las tiendas donde tenían las armas. Y ayudándole la princesa, el Caballero del Febo a gran priesa se armó de las suyas, y como fue armado, se fue para donde estaba el fortísimo pagano, el cual ya tenía casi muertos y derribados todos los caballeros del rey. Y como llega a él, con mortal furia y demasiado enojo que hubo de ver la carnicería que tenía hecha, traba con ambas manos de un grueso y ñudoso ramo y, desgajándolo de un grueso tronco, se va para él, diciendo:

—¡Oh, indomable y fiera bestia! ¿Cuándo serás cansado de derramar sangre humana?

Y con esto le da tal golpe a dos manos por el un costado, que los huesos pensó haberle quebrado, según el dolor que sintió d'él Bramarante. Y como así se vio tratar a palos, el superbo^[367] pagano, con endiablada furia, revuelve un golpe contra el Caballero del Febo que la vista de los ojos le quitó, y las manos y los hinojos le hizo poner en el suelo. Mas no se fue alabando d'esto, que aquel que no tenía par en el mundo y estaba a la sazón el más contento que jamás estuvo, delante su señora la princesa, con redobladas fuerzas da un tal golpe al gran pagano por encima del yelmo que el ñudoso y grueso bastón fue hecho pedazos y él vino dando de hinojos por el suelo, echando sangre por los oídos y los ojos. Y como fuese de corazón más bravo y duro que de tigre ni de toro, en un punto se levanta, y los dos comienzan de nuevo tal batalla que gran espanto era de verlos. Y en la mayor parte de las selvas se oía el ruido de sus temerosos golpes, de suerte que todos aquellos valles parecían vocear. Y aquellos altos príncipes y caballeros que andaban divididos por la caza, maravillados de tal ruido, comenzaron a ir con toda la prisa que podían hacia donde les parecía oírlo. Mas entretanto que ellos llegaron, acaesció otra cosa y fue que, como los paganos que venían con Bramarante vieron la reñida batalla que había entre él y el

Caballero del Febo, temiendo que vendrían otros en favor de las doncellas y que serían todos muertos, no curaron de otra cosa sino de irse. Y viendo al hermoso niño Claramente, que había quedado solo, espantados de su gran hermosura lo tomaron y lo llevaron consigo, huyendo con toda la prisa que podían. Y como llegaron al navío que habían dejado en la ribera, no osaron aguardar a Bramarante, ni a que la furia de la mar se amansase, porque oyeron gran ruido de gente que se juntaba al ruido de la batalla. Y así alzaron las velas y se fueron, llevando consigo a doncel Claramante, del cual no se hablará más hasta la segunda parte d'esta historia.

Que las cosas maravillosas que sucedieron a este hermoso infante son dignas de contar en otra nueva parte, donde se contarán sus grandes cosas y nuevos casos, nuevos amores, nuevas aventuras, extraños y espantosos hechos de los otros dos hijos de Trebacio, el grande Alfebo y el ínclito Rosicler, los cuales quedan ahora en lo mejor y más floreciente de su juventud, cuando tenían la fuerza más entera y cuando más nuevos y no pensados trabajos les tenía prometidos la Fortuna.

Y aquí se acaba la primera parte de la grande y muy famosa historia de Trebacio, porque es ya tiempo de dar algún reposo a la cansada pluma, para que con nuevas fuerzas pueda comenzar las grandes cosas que espera de escribir en la segunda, mediante la gracia del Señor, sin la cual ningún poder tenemos los mortales. (Diego Ortúñez de Cala-horra, *Espejo de príncipes y caballeros*, parte I [1555], libro III, cap. 51).

§ 73. DE LAS PROMESAS QUE LOS CABALLEROS HICIERON DELANTE DEL
EMPERADOR QUE CUMPLIRÍAN EN EL TORNEO DEL SOLDÁN, Y DE CÓMO EL AUTOR
ANUNCIA CÓMO EL SABIO TRISTÓN HA PERDIDO SU ORIGINAL, POR LO QUE
CUALQUIERA QUE LO ENCUENTRE PUEDE CONTINUAR EL LIBRO

Pues como cesase la música, el huésped preguntó a sus nietas la causa de su venida a tal tiempo.

—Señor, —dijeron ellas—, sabed que en El Cairo se hacen grandes fiestas, y el Soldán es venido, y para de hoy en dos días se hacen unos torneos a los cuales se junta toda la flor de Egipto; y nosotras veníamos a rogaros que os fuédes con nosotras a verlas disimuladamente sin que el Soldán ni otra persona alguna nos conociese. Y ahora me parece se nos ha ofrecido mejor que cuidábamos, pues tales caballeros no dejarán de ir a ver las fiestas y llevarnos en su compañía.

—No, por cierto, hermosas señoras, —dijo el emperador—, y aunque mi edad no requería detenerme en esto, ni aun los negocios a que íbamos lo sufrían, yo quiero que todos vamos en vuestro servicio; y aún más: que cada uno d'estos caballeros a la dama que tanta merced le ha hecho le prometa una joya del torneo para que os quede en memoria de lo mucho que a vuestro servicio nos dejáis obligados; y porque de

mejor voluntad lo cumplan, yo quiero ser el primero, y a vós, mi señora, —dijo contra la doncella que con él cenara—, yo vos prometo las armas y caballos de los mantenedores que el primero día hubiere, las cuales si no vos dieren de su voluntad, yo las ganaré por fuerza de armas.

Grande fue el alegría que todos recibieron en ver lo que el emperador hiciera y la doncella le dijo:

—Mi señor, por la merced de la promesa beso vuestras manos, mas no quiero veros en tanto peligro que los mantenedores tienen fama de los mejores caballeros que se hayan visto.

—Es poco, —dijo el emperador—, pues vuestra hermosura ha causado que yo tome armas más de para aquello que las pudiera excusar. Y agora veremos cómo pasan adelante estos caballeros.

—Yo, —dijo el Soldán Perimeo—, quisiera a quien tanta merced me ha hecho, servirla en cosa con que su honra fuera muy adelantada; mas pues en este torneo ha de ser, yo le prometo que todos los caballeros que trajeren espadas doradas irán a pedir la mano al cadahalso donde estuviere.

A mucho se tuvo esta promesa; y don Belianís riendo dice:

—¿Quién osará, señores, ofrecer cosa donde le empiden tales caballeros? Y con todo esto, digo que defenderé por servicio d'esta dama que ningún caballero sin su licencia pueda traer pluma en el torneo; y el que sin ella la trajere, yo se la quitaré.

—Pues yo, —dijo don Lucidaner—, no quiero quedar olvidado, y digo que en el torneo, por servir a quien tan alto favor me ha hecho, no consentiré que ninguno traiga en el escudo el campo de oro; y si alguno le osare entrar, se le haré entregar a mi dama, pues no es justo que las colores tuyas ninguno sin su mando las entre en el torneo.

Tocaba a Belflorán por la orden de su promesa, mas él estaba algo sentido de las promesas pasadas, porque él traía el campo del escudo de oro, y muy ricas plumas, y espada con guarniciones de oro, y parecíale que o él no había de entrar en el torneo o que le convenía mirar por sí, por ver si otro alguno prometía cosa que le tocara; a Rindaro dice mi señor:

—Ofrezca la vuestra merced por entr'ambos, que yo no sé lo que prometa, que no quede corto según el valor de tan hermosa dama.

—Señor, —dijo Rindaro—, mucho prometería yo si vós os obligádes a cumplir por mí, que de otra suerte seré como el mosquito entre los elefantes.

—Vuestro valor, —dijo Belflorán—, es tal que de ninguno tiene necesidad, y ahora haced lo que os toca, que yo quiero ser el postrero.

—Pues yo, —dijo Rindaro—, prometo de cada mañana en el entretanto que los torneos duraren defender por fuerza de armas que mi dama excede en hermosura a todas las damas de Egipto; y si hubiere caballero que me derribare, que haya en premio el reino de Nisenia, que ahora yo heredé.

—Agora os digo, —dijo el emperador—, que sola mi dama quedará quejosa, pues

soy el que menos he ofrecido a su servicio. Agora veamos qué quiere hacer Salisterno.

—Yo, señor, —dijo el príncipe—, quisiera no verme en este trance, mas el Caballero de las Águilas, mi señor, tiene la culpa, que ha querido regular los esfuerzos de todos por el suyo; y así yo quiero ofrecer a quien me tiene por suyo que los tres días de los torneos, cada día estaré junto a los miradores del soldán, y después por la virtud de mi dama haber derribado cien caballeros, no consintiré que ninguno hable al soldán sin que primero lleve su licencia, confesando ser más justo pedirla a ella que al soldán.

—Pues yo, —dijo Adamantes—, he perdido la empresa que defendía, y soy prisionero de la princesa Dolisena, no puedo por mi voluntad entrar en el torneo ni hacer servicio a dama alguna; mas yo le ofrezco de acompañarla en este torneo, y que le daré cualquiera joya que me pidiere de cualquier dama que trajere caballero que la defienda sin sacar alguna.

D'esta promesa se sintieron muchos, como aquellos que todos llevaban damas al torneo.

—Pero yo, —dijo Bradaleón—, como el que menos puede en este torneo, digo que estaré junto al cadahalso de mi dama a pie, y por fuerza quitaré a los que por su parte me fueren señalados cien caballos, los cuales queden para el servicio de sus carros, lo cual haré sin tomar caballo ni lanza.

—Agora, señor Furibundo, —dijo don Belianís—, tenemos de ver lo que todo el mundo tiene tan conocido.

—Mi señor, —dijo Furibundo—, una locura quiero hacer y, si no pudiere cumplirla, tomaré a la vuestra merced por padrino.

—Sea en buena hora, —dijo don Belianís.

—Pues yo, —dijo el atrevido pagano—, prometo a esta señora todos los precios de los torneos, los cuales yo ganaré por fuerza, para que haga d'ellos a su voluntad.

D'esto que Furibundo prometió se azoraron muchos, mas Belflorán a quien por la orden tocaba ser el postrero, dijo:

—Excelentes caballeros, mi dama es de tanto valor, y vosotros habéis prometido tantas aventuras del torneo que para mí no dejastes alguna, mas las grandes cosas han de ser caramente habidas. Yo prometo que mi dama trairá del torneo una joya de cada una de las damas que están a la mesa, con la manopla izquierda del caballero que la acompañare; y más, si llego vivo a la batalla de los egipcios y topies, le enviaré el estandarte de aquellos contra quien yo fuere en la batalla.

Aquí se dio gran risa en la mesa, y el emperador don Belanio le dijo:

—Mucho habéis prometido. Yo, por mí, digo que joya de mi dama ni mi manopla yo no la daré de buena voluntad.

Otro tanto dijeron otros; solos quedaron Rindaro y Furibundo, que no respondieron palabra. Y estando las damas muy contentas de los extraños ofrecimientos que les hicieran, no porque pensasen que bastaría a cumplirlos, la cena

se acabó y todos se salieron a pasear por el campo; mas el emperador llamando aparte al caballero viejo le dijo:

—Buen señor, estos caballeros son tales que muy enteramente cumplirán esto que tienen ofrecido, mas conviene que todo se ponga por memoria y se lleve al soldán, pidiéndole seguro para ello, porque de otra suerte no se le vuelva en pesar aquello de que debería recibir tanto contento.

—Muy bien me parece, —dijo el huésped—, e por vuestro servicio yo me adelantaré a pedir el seguro.

Entonces el emperador de su letra hizo la memoria de lo que los caballeros habían de cumplir, llamando a cada uno por la devisa de su escudo encubriendo los nombres propios. Y así estuvieron aquel día tan festejados cuanto lo fueran jamás. Y aquella noche llegó un hijo del huésped que les contó nuevas de la guerra, y les dijo cómo de allí a treinta días estaba aplazada campal batalla, la cual se esperaba sería en favor de los egipcios y tártaros, porque propuesto que don Baldín había ganado la ciudad de Phila y Siena y Elephantina al-Nilo, habían perdido la villa de Vesa, que es más hacia la Persia, y muchas caballería, y que habían llegado en su socorro gentes de las amazonas con la reina Cenobia, y un caballero valentísimo que se decía Armesildo; mas que no era nada según bajaba la pujanza Ariobarzano y el rey Tholomeo de Egipto, su señor. D'estas nuevas fueron alegres los caballeros pareciéndoles que tenían harto término para ir a Phila donde estaba el campo. Y otro día partieron la vuelta d'El Cairo, y el huésped se adelantó por el seguro.

Lo que en esta extraña aventura sucedió con las espantosas guerras de los nubianos príncipes y libertad de la princesa Belianisa, con lo que aconteció al niño Fortimán de Grecia que en Tartaria se criaba, y lo que avino a estas disimuladas princesas Primaflor y Dolainda, con el fin de los amores de don Dolistor y Polisteo, y otras grandes hazañas quisiera contar, porque la aventura d'este torneo cada uno cumplió su promesa sin deshonor de sus compañeros, mas el sabio Fristón pasando de Grecia a Nubia juró haber perdido la historia, y así la tornó a buscar. Yo lo he esperado y no viene, y suplir yo con fingimientos historia tan estimada sería agravio; y así lo dejaré en esta parte, dando licencia a cualquiera, a cuyo poder viniere la otra parte, la ponga junto con ésta, porque yo quedo con harta pena y deseo de verla.

Y vuestra alteza me dé licencia si no basta la que mi enfermedad se tenía, y me mande cosas de otra profesión, pues para escribir amores no me da licencia la edad, y para armas se me ha resfriado la sangre, protestando serviré como siempre. *Laus Deo.* (Jerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, libro IV [1579], cap. 75).

Actividades en torno a
Libros de caballerías castellanos
(apoyos para la lectura)

1. ESTUDIO Y ANÁLISIS

1.1. GÉNERO, RELACIONES E INFLUENCIAS

El género de los libros de caballerías hunde sus raíces en el *roman* artúrico, al que Chrétien de Troyes le otorgó algunos de sus mitos más preciados (los amores de Ginebra y Lanzarote, o el Santo Grial) a finales del siglo XII, en el norte de una Francia feudal en donde seguían resonando los poemas provenzales de los trovadores (que en estos pagos tenían el nombre de *trouvères*). Pero la conocida como Materia de Bretaña, que engloba tanto las aventuras del rey Arturo, del sabio Merlín y de los distintos caballeros de la Mesa Redonda, como las de Tristán y de Iseo, se extenderá a lo largo del siglo XIII gracias a dos prosificaciones, que se conocen con el nombre de *Vulgata* y *Post-Vulgata*, al margen de otras obras firmadas por María de Francia o por Robert de Boron, que fueron traducidas, reinterpretadas, reescritas en el resto de las lenguas de cultura de la Romania occidental: catalán, castellano, gallego-portugués, provenzal, italiano... Una de esas reinterpretaciones llevará el título de *Amadís de Gaula*, escrito originariamente a principios del siglo XIV, seguramente en gallego-portugués, aunque los críticos siguen discutiendo sobre la prioridad castellana o gallego-portuguesa de la obra; el texto amadisiano conoce —parece ser— hasta tres versiones hasta que llega a la Castilla de los Trastámara (y de esta época son los escasos folios conservados del texto medieval), y de la mano de Garci Rodríguez de Montalvo, vinculado a la corte de los Reyes Católicos, es refundido en la forma que hoy conocemos, aunque no en su primera edición, que se sitúa entre 1494-95 y 1497, sino en la que vio la luz en Zaragoza en 1508. Y en esta refundición, y en el presumible éxito de la primera edición de la obra (situada por algunos en Sevilla en estas fechas), se han de buscar las bases del género de los libros de caballerías.

De este modo, los libros de caballerías, como género, son herederos —en última instancia— de los diferentes textos de aventuras caballerescas que se sucedieron en la Edad Media alrededor de los caballeros de la Mesa Redonda; pero el género de los libros de caballerías se ofrece como una propuesta nueva, diferente, que aún —como muy bien lo supo ver el medinés Montalvo— las aventuras, las propuestas narrativas de estos extensos relatos medievales, con el novedoso espíritu renacentista. Con el *Amadís de Gaula* comienza un nuevo género literario, el de las «historias fingidas», como dirá su autor en el prólogo (fragmento 1), el de los libros de caballerías.

En su defensa al género caballeresco que aparece en el capítulo 47 de la primera parte del *Quijote*, en boca del canónigo de Toledo (citado en las páginas introductorias) se aprecia una de las características esenciales del género caballeresco: su capacidad de absorción de diferentes propuestas literarias; en los libros de caballerías, uno de sus autores más significativos, Feliciano de Silva, va a ser el primero en experimentar con las propuestas pastoriles; en los libros de caballerías, la ficción sentimental va a encontrar uno de los reductos para su

supervivencia, más allá de los límites de otras obras del género, y sin olvidar los abundantes poemas que se irán multiplicando a medida que las propuestas caballerescas se acercan a la mitad del siglo XVI, o la presencia de elementos bizantinos, como la mayor importancia que el mar va adquiriendo en los textos caballerescos como motor de las aventuras: naufragios, separación de los amantes en medio de una tempestad, encantamientos de islas... sin olvidar las crónicas en las que —ya desde la Edad Media— los prosistas van a aprender sus técnicas narrativas. En los libros de caballerías, un autor —como diría el canónigo cervantino— puede mostrarse «épico, lírico, trágico y cómico»; crisol de toda una cultura, que permite explicar —como uno de tantos motivos— su supervivencia a lo largo de más de 150 años.

El éxito de los libros de caballerías castellanos alcanzó a toda Europa. No sólo se exportaron los textos en español, no sólo se imprimieron en español en Italia y en Amberes, sino que rápidamente fueron traducidos a otras lenguas, incluso textos que no tuvieron mucho éxito en Castilla, como sucede con el único libro de caballerías escrito por una mujer, Beatriz Bernal: *Cristalián de España* (1545), cuya traducción italiana se publicó en 1550, en la imprenta veneciana de Miguel Tramezzino. Se conocen al menos dos reediciones más de la obra en Italia (1577 y 1609), mientras que en Castilla sólo se volverá a reeditar en 1586, de la mano de la hija de Beatriz, que quería seguir sacándole algún partido económico a la obra de la madre. Pero será en Francia, y de la mano de Amadís de Gaula, donde hallaremos el mayor influjo del género caballeresco, que de la mano de los *Thresor des livres d'Amadis de Gaule*, llegó a convertirse en un verdadero manual de conducta cortesana, sin olvidar que algunos ciclos caballerescos castellanos se continuaron en lengua portuguesa (el ciclo de *Palmerín de Olivia*), o en italiano (el de *Amadís de Gaula*).

Por último, encontramos los libros de caballerías como tema de otras tantas obras literarias: el romancero será rico en ejemplos, desde aquellos coetáneos a los textos (y que se han entendido como propuestas de publicidad de la impresión), como el *Romance nuevamente hecho por Andrés Ortiz, en que se tratan los amores de Floriseo y de la reina de Bohemia* (1516), hasta algunos que llegan al siglo XVIII, como la *Nueva relación y famoso romance en que se refieren los trágicos sucesos, encantos, valentías y venturoso fin de Palmerín de Oliva, príncipe de Macedonia, Compuesto por Don Joseph Blas Moreno, maestro de primeras letras en Lorca*, del año 1755; y lo mismo puede decirse del teatro: si los ecos caballerescos se han discutido en dos obras de Bartolomé Torres Naharro: la *Comedia Jacinta* (1514-1515), o la *Comedia Aquilana* (1520, ¿1523?), no así se puede decir de algunas obras de Gil Vicente, como *Don Duardos* (tomados de *Primaleón*), *El caballero del sol*, de Luis Vélez de Guevara (basada en el *Espejo de príncipes y caballeros*), o la *Gloria de Niquea*, de Juan de Tassis, Conde de Villamediana (basado en el *Amadís de Grecia* y en episodios del *Florisel de Niquea*), sin olvidar varias obras que compuso Calderón de la Barca sobre tema caballeresco, como *El castillo de Lindabridis* (1661), que se

basa en episodios del *Espejo de príncipes y caballeros*.

1.2. EL AUTOR EN EL TEXTO

Es una idea aceptada por la crítica moderna que uno de los rasgos que caracterizan a los libros de caballerías a partir de mediados del siglo XVI es su carácter marginal de los centros culturales más importantes de la época. Normalmente, o se trata de obras anónimas (*Felix Magno*, *Florando de Inglaterra*, *Polindo*), o escritas por autores de los que nada (o poco más que un nombre) sabemos, como Diego Ortúñez de Calahorra, Pedro de la Sierra y Marcos Martínez (*Espejo de Príncipes y Caballeros*), Páez de Ribera (*Florisando*), Juan Díaz (*Lisuarte de Grecia*), Jerónimo Fernández (*Belianís de Grecia*), Bernardo de Vargas (*Cirongilio de Tracia*), Gabriel Velázquez del Castillo (*Clarián de Landanís*), Beatriz Bernal (*Cristalián de España*), Esteban Corbera (*Febo el Troyano*), Melchor Ortega (*Felixmarte de Hircania*), Fernando Bernal (*Floriseo*), Francisco de Barahona (*Flor de caballerías*), Juan de Córdoba (*Lidamor de Escocia*) y Dionís Clemente (*Valerián de Hungría*); o por autores que publicaron otras obras como Pedro de Luján, que además de escribir la última parte castellana del ciclo de *Amadís* (*Silves de la Silva*, Sevilla, 1546), y traducir la segunda parte de *Lepolemo* (*Leandro el Bel*, Toledo, 1563), escribió unos famosos *Coloquios matrimoniales* (Zaragoza, 1571); Antonio de Torquemada, que también se dedicó a los libros de caballerías (*Olivante de Laura*, Barcelona, 1564) y a otros géneros más vinculados con las corrientes humanísticas imperantes en la época, como *Coloquios satíricos* (Mondoñedo, 1553) y *Jardín de flores curiosas* (Salamanca, 1570), o por verdaderos humanistas, como Álvaro de Castro, a quien Javier Guijarro ha identificado como el autor de la Segunda parte de *Clarián de Landanís*; de estos autores se afirma que se dedicaron a los libros de caballerías en su juventud, olvidándolos —y rechazándolos— en su etapa creativa más madura; mientras que de otros sabemos que su acercamiento a la literatura tuvo mucho que ver con su oficio y su vinculación a la corte (como el propio Garci Rodríguez de Montalvo, el autor del *Amadís de Gaula*), o por su deseo de conseguirlo, como Juan de Silva y Toledo, autor del *Policisne de Boecia*, el último libro original que llegó a las letras de molde en 1602 (seguramente financiado por el propio autor).

Pero, junto a esta imagen —la más habitual, por otro lado—, debemos situar también a escritores que se van a acercar al género caballeresco en uno de sus momentos de mayor creatividad; al margen del caso de Miguel de Cervantes —que se acerca al género más llevado por el dinero prometido por Francisco de Robles que por un deseo literario—, o de Feliciano de Silva, regidor de Ciudad Rodrigo, que dedicó toda su vida a las aventuras caballerescas, con algún que otro escarceo celestinesco, como su *Segunda Celestina* de 1534, quisiéramos traer aquí a colación el nombre de Jerónimo de Urrea, autor del *Clarisel de las Flores*, libro de caballerías

manuscrito, que debió gozar de una rica transmisión manuscrita, a tenor de los diferentes testimonios que se han conservado de la obra, y el de Damasio de Frías, que fue un escritor perteneciente al grupo de *poetas vallisoletanos italianizantes*: poeta garcilasista, traductor de Petrarca, autor de cuatro «Diálogos» (*Diálogo del amor* [anterior a 1579], *Diálogo de la discreción* [del 1 de junio al 7 de agosto de 1579], *Diálogo de las lenguas* [h. 1580], y *Diálogo en alabanza de Valladolid* [h. 1582]), y del libro de caballerías *Lidamarte de Armenia* (1563), así como de numerosas cartas. Aun sin haber publicado jamás en su vida, gozó de fama de buen poeta en su época, siendo elogiado por Jerónimo de Lona Cantoral en sus *Obras*, Cervantes en *La Galatea*, Medina y Mesa en sus *Cosas Notables de España* y Vicente Espinel en su *Casa de la Memoria*. Por su parte, Jerónimo de Urrea, capitán y poeta aragonés, gozó de una cierta fama en su tiempo tanto como poeta como por ser autor de unos *Diálogos de la verdadera honra militar* (1556), así como traductor: en octavas reales el *Orlando Furioso* de Ariosto (1549) y en tercetos el *Le chevalier délibéré* de Le Marche (*Discurso de la vida humana*, 1555). Frente a la imagen del autor de los libros de caballerías, o anónimo, o alejado de los centros culturales de la época, o arrepentido de sus escarceos literarios caballerescos en su juventud, el ejemplo de Jerónimo de Urrea nos presenta otra cara, otra perspectiva: hacia los años anteriores a 1549, cuando imprime en Amberes su traducción métrica del *Orlando furioso* de Ariosto, hemos de situarle junto a un grupo de escritores que forman una «Academia literaria», en donde también participarán —o habrían estado vinculados— escritores como Juan de Heredia, Luis Zapata, Garcilaso de la Vega, Guálvez, Morrano, Pedro Mexía, Gonzalo Pérez, Juan Aguilón, Champani o Vicencio del Bosco, que son los que incorpora Urrea en su traducción del último canto del *Orlando*, llamando a los tres últimos: «mis academios». En su gran mayoría (y cuando algo sabemos de su biografía), pueden apreciarse una serie de rasgos comunes: son todos ellos poetas-soldados, italianizantes, ausentes de España y admiradores de la literatura toscana.

1.3. CARACTERÍSTICAS GENERALES (PERSONAJES, ARGUMENTO, ESTRUCTURA, TEMAS, IDEAS)

La galería de personajes que deambulan por los libros de caballerías se distribuyen en frentes, que personifican, en un principio, las fuerzas del bien y del mal: los héroes frente a los antagonistas. Entre los primeros, destacan los caballeros, nobles, príncipes, reyes o emperadores, y, más adelante, las damas bizarras; todos ellos ayudados por una serie de auxiliares, como los encantadores (a la cabeza de todos ellos el modelo de Urganda la Desconocida del ciclo amadisiano) o los ermitaños; frente a los héroes (porque en caso contrario no habría lugar a la aventura), se sitúan los antagonistas, que se multiplican en mil posibilidades: desde el caballero que se deja llevar por sus defectos, especialmente la soberbia, al infiel, pasando por el gigante, el monstruo, o el mal encantador, que hará las delicias de los

lectores con ingeniosas y sorprendentes pruebas que deben superar los héroes. El esquema inicial, a través de los personajes, que dibujan los primeros libros de caballerías se irá complicando a medida que el género vaya deambulando por nuevos horizontes y posibilidades, rompiéndose continuamente los horizontes de expectativas, siendo en este aspecto Cervantes el más brillante de todos los autores caballerescos.

En *Platir* de Francisco de Enciso Zárate (fragmento 18), encontramos la formulación de uno de los tipos de personajes que más éxito tendrá en el género a partir de la década de los treinta: la dama bizarra, el modelo que tan espléndidamente ha estudiado M^a Carmen Marín Pina de la *virgo bellatrix*. No se trata tanto del modelo amazónico, del mito de las mujeres guerreras, sino de la dama que, como un caballero más, tomará armas y conseguirá vencer combates batallas, guerras, gracias al esfuerzo de su brazo. Damas que, escondidas detrás de un yelmo, podrán celar su identidad, llegando a crear escenas que rayan el lesbianismo, como así aparece en tantas páginas de los textos de Feliciano de Silva (fragmento 42). En este modelo de dama bizarra, de dama que, sin perder su belleza, se alza con los honores de la caballería —que en nuestra antología tiene un representante de excepción en Rubicante, que consigue la Palma de Palas luchando y venciendo a diferentes damas bizarras de otros tantos libros de caballerías (fragmento 20)— hemos de ver las huellas de la lectura femenina, uno de los baluartes del género, ya que no lo olvidemos: las mujeres son las lectoras más fieles de los libros de caballerías; sólo hay que recordar la larga lista de mujeres lectoras que aparecen en el *Quijote*, de Dorotea a Luscinda, pasando por la Duquesa o por Artisidora, por centrarnos en una clase social —la nobleza o de las mujeres adineradas— que, hasta hace muy poco, se consideraba que habían dado la espalda al género desde mediados de la centuria.

Pero si el reparto de papeles entre el caballero (aventura caballerisca) y la dama (aventura amorosa) se va a ir rompiendo, así también sucederá con otras tantas oposiciones que habían justificado el género en los primeros tiempos: el gigante pasará a ser también un personaje positivo (en especial, cuando haya sido derrotado por el héroe y se haya convertido al cristianismo, y así lo veremos ya en el *Amadís de Gaula*); el héroe puede criarse en un medio infiel, como le sucede a Amadís de Grecia, que es raptado por unos corsarios (fragmento 6), y el moro, siempre que mantenga los valores caballerescos, no se limita a representar al enemigo al que hay que combatir; así como también serán cada vez más frecuentes los personajes humorísticos: caballeros que sienten miedo de combatir, damas que se alejan del amor, encantadores que se dedican a perseguir a los caballeros con el solo propósito de ponerlos en ridículo, como Fraudador de los Ardides (fragmentos 61 y 63)... así como personajes que se creen lo que no son, como Alonso Quijano, que piensa de sí ser un caballero andante (de corte libresco) llamado don Quijote; o la duquesa Remondina que, siendo la más espantable criatura del mundo, se hace pasar por una «doncella lasciva» (fragmento 64). Todos ellos, como los personajes homosexuales,

los enanos, las damas lascivas anteriormente citadas, vienen a mostrar, una vez más, la enorme capacidad de adaptación y de transformación que posee el género caballeresco, capaz de albergar los mil matices de personajes que luego se irán multiplicando en lo que conocemos como *novela moderna*. El convertir a un personaje humorístico en el protagonista de un libro de caballerías, como es don Quijote —en especial, en los primeros capítulos de la primera parte—, es una genialidad de Cervantes; pero no lo es el procedimiento narrativo para convertirlo en un personaje humorístico, que tiene en la ruptura del horizonte de expectativas de los lectores de textos caballerescos de su época una de sus razones de ser, como el ejemplo de la duquesa Remondina pone de manifiesto.

El argumento de los libros de caballerías no se puede reducir en unas líneas, no puede ni incluso plantearse; la aventura se convierte en el eje motor de toda la narración; la aventura, en un inicio, comienza siendo bélica: el héroe, que desde niño desconoce su linaje, como así le sucede a Amadís de Gaula (fragmento 5), tiene que triunfar en una serie de aventuras que le permiten reconocer su ascendencia, ya sea antes o después del acto de investidura. En este primer proceso de anagnórisis, el amor hace acto de presencia; amor que, aparentemente, nace entre desiguales, ya que la dama suele ser la hija del rey, la princesa del cuento. Sólo cuando el héroe haya recuperado su «nombre», su apellido, los amores podrán consumarse. Y sólo gracias a las fuerzas que le regala amor, podrá consumir con éxito sus aventuras —así como diferentes ordalías, o pruebas a las que tiene que enfrentarse. Y en este momento, de nuevo, las aventuras amorosas se entrelazarán con las bélicas: aventuras de celos, que hará al caballero querer alejarse del mundo, como le sucederá a Amadís de Gaula con el nombre de Beltenebros (fragmento 38), o a Don Quijote en Sierra Morena (fragmento 39); aventuras de conquistas amorosas (fragmentos 41), junto a aventuras de pasos de armas (fragmento 14), de caballeros que maltratan a las doncellas, de torneos y de carteles de desafío (fragmentos 15 y 16) o de guerras contra ejércitos de infieles (fragmentos 21 y 22). En los primeros textos caballerescos, el final de la obra termina con la culminación del proceso de anagnórisis del héroe, convertido, gracias al amor, y gracias a las armas, en rey, en emperador... a medida que el género se va decantando por la estructura de suma de aventuras, por la interminable «novela-río», los finales de las obras se van a ir dejando abiertos: o aparecen profecías que sólo se cumplirán en las siguientes entregas de la materia (fragmento 71), promesas que se anuncia que se harán realidad en una continuación (fragmento 73), o simplemente se deja sin terminar un combate armado, como sucede en el tercer libro del *Espejo de príncipes y caballeros* de Diego Ortúñez de Calahorra (fragmento 72), o como se lee en la aventura del vizcaíno en el *Quijote*, también entre una división interna y otra de la primera parte.

La estructura de los libros de caballerías de entretenimiento, de los libros que se leen en la época de Cervantes, fue criticado por el canónigo de Toledo con las siguientes palabras del capítulo 48 de la primera parte del texto quijotesco: «No he

visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, que más parece que llevan intención de formar una quimera o un monstruo que a hacer una figura proporcionada». Pero la falta de estructura, de «cuerpo» que critica Cervantes en boca del canónigo de Toledo, no ha de entenderse al género completo, sino a las últimas representaciones literarias del mismo, en donde el entretenimiento («las fábulas milesias», que «atienden solamente a deleitar, y no a enseñar»), se erige como la única —o al menos, la más buscada— finalidad de estas obras, frente a la mezcla del enseñar deleitando de las «historias fingidas», de las «fábulas apólogas» (siguiendo el símil cervantino), «que deleitan y enseñan juntamente», en donde podemos englobar muchas de las obras caballerescas.

1.4. FORMA Y ESTILO

Sigamos con el canónigo de Toledo, y con su particular (aunque muy acertada y puntillosa) caracterización de los libros de caballerías de entretenimiento, en el capítulo 48 de la primera parte del *Quijote*. En su repaso a las críticas que pueden levantarse contra tales muestras del género caballeresco, destaca la dureza en el estilo y la ausencia de «discreto artificio»: «Fuera d'esto, son en el estilo duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, malmirados; largos en las batallas, necios en la razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil».

En el conjunto de los libros de caballerías vamos a encontrar páginas escritas en un perfecto estilo renacentista (por más que sea una estética alejada de la nuestra), como las que pueden leerse en la presente *Antología* de las obras de Garci Rodríguez de Montalvo (*Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*), con otras de la más farragosa sintaxis y la no menos complicada utilización de figuras retóricas, como las diferentes obras amadisianas de Feliciano de Silva (sobre todo cuando nos vamos acercando a las últimas entregas del *Florisel de Niquea*). El estilo en los diferentes textos (casi ochenta) que conforman el género caballeresco estará estrechamente ligado con la pericia literaria de sus autores. Y lo que sí que es cierto es que los libros de caballerías no van a gozar, como se ha visto, de predicamento entre grandes escritores de la época, en especial a partir de la segunda mitad del siglo XVI, en donde los nombres de Jerónimo de Urrea o de Miguel de Cervantes, se ha de analizar como una excepción. Por otro lado, no hemos de olvidar, que la narrativa —en general— como género literario se considera desde las retóricas de la época como un género inferior frente a la poesía y frente al teatro (que se escribía en verso); y que el género caballeresco, dentro de la narrativa, era de los géneros menos valorados, muy por debajo de la novela pastoril —más cercana y más dependiente de los principios retóricos del momento—, o de la novela bizantina.

Por otro lado, tampoco hemos de olvidar, a la hora de enjuiciar el estilo de los

libros de caballerías, que están insertos en una tradición retórica muy diferente a la nuestra, en donde la repetición de fórmulas o motivos, y el uso continuo de determinadas figuras constituían un modelo; y ese mismo modelo, desde la perspectiva del lector del siglo XXI, se caracteriza como arcaico. El lector de la época tendría otra apreciación, ya que para él, existirían dos niveles lingüísticos —que conoce y comprende sin ningún problema—: por un lado, la lengua literaria (artificiosa y enriquecida con figuras retóricas); y por otro, la lengua cotidiana, que se mueve en unos parámetros gramaticales y pragmáticos bien diferentes. Ambos tipos de lengua comparten espacio y tiempo, aunque no uso. En los primeros capítulos de la primera parte del *Quijote*, aquellos de la primera salida, el que luego será llamado Caballero de la Triste Figura habla como los personajes de los textos caballerescos, mientras que el narrador y los personajes con que se va encontrando, reproducirán el habla de la época. Más que analizar ambas muestras de lengua como una oposición entre arcaico/moderno (que así lo es desde nuestra perspectiva actual), habría que hacerlo como una muestra más para marcar la diferencia entre un personaje que «vive» en sus libros (don Quijote) y otros que lo hacen entre las páginas de otro libro (*El Quijote*), pero intentando ser verosímiles, por lo que han de hablar con el decoro de su tiempo, principios del siglo XVII; como así lo hacen los personajes de los textos caballerescos, sólo que ellos se sitúan en un tiempo mítico, un tiempo alejado del presente. De este modo, en los libros de caballerías, en un género que triunfa a lo largo de unos 150 años, vamos a documentar textos de finales del siglo XVI escritos con un estilo y una lengua más arcaica, que algunos otros que llegaron a la imprenta decenios anteriores. La lengua, y mucho menos, la lengua literaria, ni se mueve ni se transforma en una única dirección, sino que va y vuelve, dependiendo de la pragmática más que de la gramática.

1.5. COMUNICACIÓN Y SOCIEDAD

Los libros de caballerías van a reflejar un mundo ideal, un mundo ideal caballeresco (en donde se defienden una serie de valores éticos y también políticos e ideológicos), pero también un mundo cortesano, en donde las fiestas —cada vez más espectaculares— van a convertirse en el motor de estas micro-sociedades, más allá de la reunión de los caballeros para la defensa, tanto de un territorio como de la religión. En este sentido, los textos caballerescos y la realidad se van a alimentar mutuamente de motivos y de curiosidades: en los libros de caballerías, los nobles del siglo XVI y del XVII van a ir en busca de motivos para sus torneos reales (fragmentos 23-25), o entradas triunfales (fragmentos 58 y 59); así como en los textos caballerescos podemos encontrar ecos de los que se realizaron en su tiempo. No olvidemos que la primera parte del *Quijote* termina con el anuncio de que el caballero manchego triunfó en los torneos celebrados en la ciudad de Zaragoza, a los que luego no asistió por demostrar la falsedad de los triunfos del falso don Quijote en los mismos; aunque

su viaje a tierras catalanas sí que le llevara a probar una aventura maravillosa en el río Ebro: la Aventura del Barco Encantado (DQ, II, 29).

En numerosos escritos de la época, para describir los torneos que se celebran en diferentes ciudades, se utilizan la comparación con los libros de caballerías como muestra de su grandiosidad. Así, Juan Martínez, al escribir sobre el torneo celebrado, dentro de las fiestas organizadas en la ciudad de Zaragoza en 1599, con motivo del viaje de Felipe III y de Margarita de Austria, no puede dejar de exclamar al final: «No se puede negar sino que la vista era magnífica, y que parece fábula de libros de caballerías». Y lo mismo puede decirse de las que se celebraron en la misma ciudad de Zaragoza en 1630, para festejar la llegada de la reina de Hungría, del rey Felipe IV, y de sus hermanos, los infantes, del 8 al 14 de enero; una fecha especialmente interesante, ya que recuérdese que en 1623 se publica en Zaragoza el último libro de caballerías impreso (*Tercera y cuarta parte de Espejo de príncipes y caballeros*), y que sobre estas fechas hemos de situar la escritura de la *Quinta parte* del ciclo, ¿por un autor zaragozano? Como ha estudiado M^a Carmen Marín Pina, uno de los festejos más celebrados fue el torneo que tuvo lugar el 13 de enero, y que Bartolomé Leonardo de Argensola va a dejar por escrito; descripción que bien puede compararse con la de los torneos descritos en los fragmentos 23-25, para así comprobar la estrecha relación entre textos caballerescos y realidad social y festiva del momento (M^a Carmen Marín Pina, «Fiestas caballerescas aragonesas en la Edad Moderna», *Fiestas Públicas en Aragón en la Edad Moderna*, Zaragoza, Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, 1996, pp. 109-118). Quedémonos ahora sólo con unos datos: el torneo se celebra en la Plaza del Mercado, que ha sido decorada para la ocasión con tablados, tiendas, blasones, tapicerías... El torneo tiene un tema, expuesto en un cartel de desafío: «Los unos [combatirán] a honor de los rayos de Júpiter, y los otros al de las saetas y arco de Amor, para averiguar cuál deidad tiene mayor imperio». Los golpes también se especifican —como en tantos libros de caballerías—, ya que será a un encuentro de lanza, un golpe de maza y cuatro de espada. Los caballeros entran por dos puertas, engalanados, en carros y con empresas e invenciones, que Argensola califica de «significadoras y misteriosas». Un carro triunfal preside el cortejo de los caballeros: representa una alegoría de Zaragoza, que agradece a los reyes su presencia en la ciudad. El torneo se ha convertido en una verdadera fiesta cortesana, llena de carros —algunos de ellos tirados por elefantes—, y de alegorías y de animales fantásticos, como dragones o monstruos sacados de cualquier texto caballeresco. Espectáculo teatral, que deja paso a las armas, a la «folla», que es la parte más peligrosa de este espectáculo cortesano, como el propio Argensola confiesa: «En efecto, el furor de la folla no es imagen de la guerra, sino el mayor y el más verdadero peligro d'ella; y ansí este espectáculo, aunque agradable, no dejó de tener mucho de horrible: combatían tan alentados o tan rabiosos, que pudo temerse que no fuera bastante para despartirles la tiniebla de la noche».

Valgan estas notas para mostrar la estrecha relación de los libros de caballerías con la sociedad de su tiempo, en donde, si en un principio, los textos caballerescos (de la mano del ejemplo de *Amadís de Gaula*), se convierten en manuales de conducta; al final de su trayectoria, seguirán siendo modelos, pero en este caso de entretenimiento. Y por otro lado, en los textos caballerescos a medida que se agote el siglo XVI, se va a ir diluyendo el espíritu de cruzada, las proclamas en contra de los males de la sociedad, para dar paso a una literatura en donde el aspecto lúdico será el predominante; aspecto éste que se vuelve real, que se vuelve cortesano de la mano de los reyes Felipe III y Felipe IV.

2. TRABAJOS PARA LA EXPOSICIÓN ORAL Y ESCRITA

Los libros de caballerías castellanos como género literario ha sido siempre analizado desde la perspectiva de la lectura del *Quijote* de Miguel de Cervantes. Los textos caballerescos han sido leídos para encontrar motivos narrativos que permitieran contextualizar la obra cervantina (como ya lo hiciera el reverendo inglés Bowle a finales del siglo XVIII), o, lo que suele ser más habitual, para demostrar la supremacía de la obra escrita por el autor complutense, siguiendo la estela de un ilustrado como Diego Clemencín que, de una manera directa o indirecta, ha marcado las líneas maestras de la relación entre el género caballeresco y las dos partes del *Quijote*. Pero más allá de este telón de fondo, más allá de esta única finalidad, el género caballeresco se muestra como un verdadero campo de experimentación literaria y narrativa en el momento en que la novela se está conformando como el género angular de la época, en ese mismo momento en que la cultura española es la que va marcando —en ocasiones, a fuego— las coordenadas de la cultura mundial, por más que, hoy en día, nos parezca algo difícil de comprender en todas sus implicaciones.

Por este motivo, los diferentes trabajos que aquí presentamos tienen como finalidad la de ofrecer al lector y al estudioso diferentes acercamientos críticos al género caballeresco desde tres perspectivas: la creación y consolidación de un género narrativo, la relación de la literatura caballeresca y sus modos de difusión, y el acercamiento del *Quijote* dentro del género en que nació —literariamente— y se difundió —librescamente— a principios del siglo XVII, sin defender que este acercamiento limite la genialidad de la obra en sus primeros decenios de éxito, ni su conversión en un clásico, es decir, en un texto que, en cada momento histórico, es leído e interpretado como actual dentro de sus particulares y características coordenadas culturales y sociales.

2.1. CUESTIONES FUNDAMENTALES SOBRE EL GÉNERO CABALLERESCO

–El género caballeresco se extiende abarcando varios momentos culturales en los Siglos de Oro: el renacimiento, el manierismo y el barroco. Analice los motivos retóricos de defensa de la escritura y de los textos caballerescos en los primeros cuatro fragmentos de la *Antología*, en donde aparecen textos de los primeros años del siglo XVI (*Amadís de Gaula* y la *Segunda parte de Clarián de Landanís*), y de decenios posteriores (*Baldo y Espejo de príncipes y caballeros*).

–La descripción hiperbólica, exagerada de los combates armados es una de las características esenciales que la crítica ha defendido para caracterizar los libros de caballerías de entretenimiento. Compare dos fragmentos caballerescos en donde se describe un combate (por ejemplo, los fragmentos 13 y 19), y analice los diferentes modos de presentar la descripción de las habilidades de los caballeros.

–El honor es uno de los temas más recurrentes en los Siglos de Oro, un tema que se hace especialmente presente en el Barroco. En este sentido, el «matrimonio secreto» se convierte en una institución: intente explicar en qué consiste la costumbre (e incluso la ley) del matrimonio secreto en textos caballerescos en donde aparece, como por ejemplo en los fragmentos 46 y 47.

–Otro aspecto fundamental en el género caballeresco, aspecto para analizar su evolución es el diferente trato dado a la sexualidad. Compárense algunos de los fragmentos que hemos recogido en el apartado V.4. «Sobre matrimonios secretos, encuentros nocturnos y demás placeres de los que gozan los enamorados», y analícense los diferentes modos que tienen de tratar la sexualidad con algunos de los episodios de *Amadís de Gaula* (como el fragmento 5).

2.2. TEMAS PARA EXPOSICIÓN Y DEBATE

–La presencia de la mujer en la sociedad de los Siglos de Oro estaba llamada a ocupar un lugar secundario, pero no así en los libros de caballerías. Después de la lectura de la *Antología* (y en especial, de algunos fragmentos del apartado III.3. «Sobre damas que luchan como caballeros y sobre caballeros que se enfrentan a damas en combates singulares»), de su opinión sobre la importancia de la mujer en los libros de caballerías.

–Al hilo de la importancia de la mujer... ¿cree que los libros de caballerías podían ser una lectura femenina? ¿Qué aspectos de un libro de caballerías cree que podría interesar a una mujer lectora de su época?

–En un repetido pasaje cervantino situado en la venta de Palomeque el Zurdo, los personajes dan su opinión sobre los episodios que más les entretiene y gusta de un libro de caballerías: al ventero, los golpes de espada y lanza; a su hija, los lamentos amorosos, y a Maritornes, las escenas galantes y eróticas. ¿Cuáles cree que son los episodios que más interesarían a un lector actual? ¿Qué tipo de películas y qué tipo de literatura actual cree que está más cercana a los libros de caballerías de los Siglos de Oro?

2.3. MOTIVOS PARA REDACCIONES ESCRITAS

–El libro de caballerías como modelo narrativo. Analice a partir de los textos de la *Antología* cuáles son los tipos de episodios, con sus características básicas, que han de aparecer en un libro de caballerías para que un texto merezca formar parte de este género.

–La descripción de los combates está marcada por una serie de fórmulas y de motivos que, en última instancia, proceden de la épica. Analice los episodios de combates que aparecen en la *Antología* y establezca el modelo compositivo básico, con las fórmulas que los autores utilizan para indicar la derrota de un caballero o la superioridad de un combatiente contra otro, por ejemplo.

–El humor es uno de los elementos básicos de determinados libros de caballerías —con el *Quijote* a la cabeza de todos ellos—. Analice los episodios del *Quijote* recogidos en la *Antología* y escriba sobre el procedimiento narrativo que Cervantes utiliza para llegar al humor, que tiene que ver con la ruptura del horizonte de expectativas del lector de la época, que, no se olvide, está leyendo un libro de caballerías, un libro de humor dentro de los libros de caballerías de entretenimiento.

–Algunas de las palabras que aparecen en los textos caballerescos ya no son de uso cotidiano; algunas porque pertenecen a ámbitos perdidos (bélico, cortesano, etc.), y otras porque han sido sustituidas por otras. Lea varios fragmentos de la *Antología* y señale aquellas palabras que no le son habituales; busque su significado en los diccionarios actuales, y, en caso de no encontrarlos, puedes buscarlo en el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia Española^[1].

—La lengua de los libros de caballerías está en estrecha relación con la maestría de sus autores, así como en el momento cultural que les ha tocado vivir: de la prosa renacentista de Garcí Rodríguez de Montalvo al estilo exquisito y maestro de Miguel de Cervantes, hemos de situar una amplísima gama de posibilidades. De este modo, se podía analizar, desde un punto de vista sintáctico y gramatical, una de las obras de Garcí Rodríguez de Montalvo (*Amadís de Gaula* o las *Sergas de Esplandián*), de Feliciano de Silva (las diversas continuaciones al ciclo amadisiano) y de Cervantes, para terminar con un fragmento del último libro de caballerías conocido: la *Quinta parte de Espejo de príncipes y caballeros*, que se escribió después de 1623 (fragmento 25).

2.4. SUGERENCIAS PARA TRABAJOS EN GRUPO

Los libros de caballerías, además de ser el género narrativo con más éxito y trascendencia a lo largo de los Siglos de Oro, es también el género editorial más sobresaliente de su época, el género editorial que permitió sobrevivir a muchos talleres de impresión de su tiempo, y que llenó de textos en castellano —impresos en España— las ferias de libros más importantes, como la de Medina del Campo.

Se proponen, en este sentido, tres trabajos de grupo:

–Realización del mapa editorial de los libros de caballerías. El mapa puede limitarse a alguno de los reinos peninsulares, que en este momento, mantienen su propia legislación: Castilla, Aragón, Navarra y Portugal; al conjunto de los cuatro, o ampliarse a territorios europeos en donde también se imprimieron textos caballerescos en castellanos, como son Italia o los Países Bajos. El objetivo del mapa, que puede realizarse tanto en formato electrónico como en formato papel, es el de representar la radiografía de las ciudades que vieron la luz, por primera vez o en reediciones, libros de caballerías, así como los talleres que, dentro de ellos, se disputaron la posibilidad de dar a conocer estos textos.

Para la realización de este mapa editorial, teniendo en cuenta el corpus establecido en las páginas introductorias, se puede hacer uso de tres instrumentos bibliográficos (los datos exactos pueden consultarse en la *Bibliografía*):

- a) *Bibliografía de los libros de caballerías* de Daniel Eisenberg y M^a Carmen Marín Pina.
- b) *Edad de Oro*, XIX (2001)
- c) *Imprenta y libros de caballerías*, de José Manuel Lucía Megías.

Gracias a este mapa, se podrá concretar la estrecha relación de determinados títulos —e incluso series— con ciudades o talleres; cómo determinadas imprentas y centros editoriales están muy activos en la primera mitad de la centuria, y cómo otros empiezan a prosperar a partir de este momento, en donde la supremacía del reino de Aragón sobre el de Castilla, se hace patente, sin olvidar que será en Portugal donde el género caballeresco se va a mantener con mayor fortuna, etc.

–Acercamiento a la difusión de los textos caballerescos. ¿Quién leía los libros de caballerías? La respuesta tiene muchos matices, como puede imaginarse, así como también muchas aristas y demasiados peligros. ¡Resulta tan fácil hablar sin datos, generalizar a partir de un pequeño muestreo de determinados aspectos de la recepción del género caballeresco! Una de las fuentes de información, entre otras, para poder acercarse a la difusión del género caballeresco —más allá de las repetidas citas sobre las lecturas del emperador Carlos V o de los distintos personajes que se dan cita en la venta de Palomeque el Zurdo, convertido, de la mano de algunos críticos, en un personaje tan verdadero (o tan ficticio) como el emperador español— la constituye el inventario de las bibliotecas nobiliarias. Hemos conservado algunas de ellas, por lo que sería muy interesante analizar qué textos caballerescos han conservado estos inventarios, así como los otros libros con los que comparte estanterías y salas en estos centros bibliográficos de la antigüedad. Para este trabajo, se puede contar con los inventarios que ha publicado Trevor J. Dadson, en su *Libros, lectores y lecturas* (Madrid, Arco Libros, S. L., 1998).

–Un aspecto fundamental dentro del género caballeresco es la lengua, ya que se trata tanto de la lengua literaria que va a ir traspasando diferentes movimientos

culturales (renacimiento, manierismo, barroco...), como de la lengua que va a gozar de su expansión y consolidación, a la que se le conocerá con el nombre de español (más allá de ese castellano que había terminado por triunfar en España durante la Edad Media). En este sentido, sería muy interesante el estudio de la pervivencia y de la extensión de algunas palabras y de algunos sintagmas, que se consideren propios de los libros de caballerías, con otros géneros de la época y con otras obras. Para este trabajo, se puede utilizar el «Corpus» del español diacrónico de la Real Academia Española (CORDE), cuya consulta es gratuita desde internet: www.rae.es.

Gracias a un acuerdo de colaboración entre la Real Academia Española y el Centro de Estudios Cervantinos, pueden consultarse en la red los textos caballerescos publicados por el centro complutense (véase *Bibliografía*), cuyos datos pueden contrastarse con la de otras ediciones del siglo XVI incluidas en el corpus.

2.5. TRABAJOS INTERDISCIPLINARES

–Algunos libros de caballerías aparecieron con grabados interiores. En su mayoría los grabados pertenecen a ediciones que salen de los talleres de la dinastía Cromberger, en Sevilla, aunque no todos.

La relación texto-imagen es uno de los campos de trabajo más productivos para el conocimiento de los ámbitos de recepción en donde se quiso situar una determinada obra; uno de los campos más entretenidos para llevar a cabo el conocimiento de la literatura del pasado. Y el estudio tiene que ir más allá de la mera descripción de una imagen, para intentar insertarla dentro de su contexto textual, en donde se ilumina y entiende mejor.

En este sentido, se pueden utilizar algunas monografías y ensayos que se han dedicado al tema iconográfico:

- a) *Los Cromberger. Historia de una imprenta del siglo XVI en Sevilla y Méjico* de Clive Griffin (Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1991)
- b) *La ilustración del libro antiguo en España* de James P. R. Lyell, ed. de Julián Martín Abad (Madrid, Ollero & Ramos, 1997).
- c) *Imprenta y libros de caballerías* de José Manuel Lucía Megías (Madrid, Ollero & Ramos, 2000).
- d) *El libro español antiguo* de José Simón Díaz (Madrid, Ollero & Ramos, 2000).

Para el estudio de la relación texto-imagen, se podría utilizar la reproducción de grabados que han aparecido en dos libros de caballerías publicados por el Centro de Estudios Cervantinos dentro de su colección «Los libros de Rocinante»:

–*Tristán de Leonís*, ed. de Luzdivina Cuesta (1999).

–Claribalte, ed. de Alberto del Río Noguerras (2001).

El análisis de la relación entre texto-imagen se podría hacer siguiendo los siguientes aspectos:

–Número de grabados diferentes que se ha utilizado en la edición, y en cuántas ocasiones se han repetido.

–Primer análisis de la relación entre la imagen y el texto: ¿Grabados específicos, realizados para ilustrar un determinado episodio exclusivo de esta obra? ¿Grabados referenciales, aquellos que se reutilizan en determinados motivos por la aparición de un (aparente) elemento de relación?

–Estudio de los procedimientos narrativos o de los motivos que se vinculan a una determinada imagen: un barco para episodios de lucha marítima; un torneo para cualquier tipo de combate; una audiencia para una escena cortesana...

–En el caso de los grabados específicos, se puede realizar una lectura atenta del episodio en comparación con la imagen; teniendo en cuenta que la imagen no tiene la finalidad de «trasladar» a dibujo lo que dice el texto, sino que la imagen, el grabador que la ha realizado, ha tenido como finalidad la de «interpretar» el texto, destacando aquellos episodios que se han considerado más trascendentales, aquellos que se piensan que va a atraer más la atención del lector de la época.

–El acto de investidura es uno de los más importantes para la vida de un caballero (ya sea éste andante o no). En este sentido, se ofrecen en la *Antología* algunas muestras de un episodio típico del género. Pero no siempre se lleva a cabo con la misma destreza ni con el mismo detallismo. Pero el acto de investidura es algo más que un motivo literario, sino que sume sus raíces en una realidad, que termina por sublimarse. En este sentido, los hechos históricos pueden ayudar a comprobar el grado de ficcionalidad, el grado de ejemplaridad, y el grado de imaginación que los autores caballerescos han demostrado a la hora de configurar estos episodios. De este modo, se propone la comparación de las características del acto de investidura en diferentes ámbitos interdisciplinares y en diferentes obras de épocas diversas:

- a) *Libro de la orden de caballería de Ramón Llull* (hay traducción al español de Luis Alberto de Cuenca, en Madrid, Alianza Editorial, 1986).
- b) *Libro del caballero Zifar* (ed. de Cristina González, Madrid, Cátedra, 1983).
- c) Actos de investidura de reyes y nobles durante la Edad Media, siguiendo la monografía de Nelly R. Porro Girardi, *La investidura de armas en Castilla del rey Sabio a los Católicos*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998.
- d) Acto de investidura como emperador de Carlos V.
- e) Actos de investidura caballeresca (algunos de ellos recogidos en la *Antología*, fragmentos 8 y 9, por ejemplo).

2.6. BÚSQUEDA BIBLIOGRÁFICA EN INTERNET Y OTROS RECURSOS ELECTRÓNICOS

–En internet pueden encontrarse cada vez más materiales relacionados con los libros de caballerías, de los que se destacan los siguientes, que permiten obtener materiales para los trabajos anteriores, así como poder plantear otros nuevos en el aula con apoyo de las nuevas tecnologías.

–<http://clarisel.unizar.es>

Se trata de una base de datos bibliográfica, dirigida por el profesor Juan Manuel Cacho Blecua, en donde se recogen las novedades bibliográficas del género caballeresco desde el año 2000; es un complemento esencial e imprescindible a la *Bibliografía de libros de caballerías* de Daniel Eisenberg y M^a Carmen Marín Pina (que también puede consultarse en internet: http://users.ipfw.edu/jehle/deisenbe/Bibl_lbros_de_caballerias/bibliography.pdf).

–<http://www.centroestudioscervantinos.es>

En el portal del Centro de Estudios Cervantinos puede consultarse las introducciones de los textos caballerescos que han sido publicados dentro de la colección «Los libros de Rocinante». Algunos de los especialistas más interesantes que se están acercando al género de los libros de caballerías publican aquí sus comentarios sobre diferentes títulos, como son M^a Carmen Marín Pina, Javier Guijarro, Emilio Sales, Alberto del Río Noguerras o Rosario Aguilar.

–<http://cvc.cervantes.es>

En el centro que el Instituto Cervantes ha abierto en internet, pueden consultarse diferentes materiales referidos a los libros de caballerías: en el espacio *El conjuro de los libros*, que reproduce el catálogo de la exposición que se celebró en la Biblioteca Nacional de Colombia en 1997, para celebrar el 450 aniversario del nacimiento de Miguel de Cervantes, se dedica un capítulo a «Miguel de Cervantes y la ficción caballeresca» (http://cvc.cervantes.es/obref/conjuro_libros/vivencia.htm), con numerosas ilustraciones; también puede consultarse la edición de una historia caballeresca: *Historia de Enrique, fi de Oliva*, realizada por José Manuel Fradejas (<http://cvc.cervantes.es/obref/fi/>). Es un portal tan rico, con tantas novedades, que lo mejor es bucear entre sus fondos, ya que siempre se encuentra alguna información, alguna noticia de interés.

–<http://parnaseo.uv.es>

Dentro del portal *Parnaseo*, dedicado a la literatura renacentista, especialmente, se ha abierto un espacio a la literatura caballeresca, bajo la coordinación de José Luis Canet y Rafael Beltrán: *Tirant lo Blanch* (<http://parnaseo.uv.es/tirant.htm>). En este portal, además de artículos y de estudios y ediciones de textos caballerescos (como *Claribalte*, o un texto caballeresco en verso: la *Genealogía de la toledana discreta*), pueden encontrarse noticias de interés sobre novedades editoriales o congresos sobre

la materia.

–<http://www.cervantesvirtual.com>

En este imponente —y a veces irregular— biblioteca virtual, pueden encontrarse numerosos materiales que interesan a nuestra materia: desde artículos y trabajos de Daniel Eisenberg, uno de los primeros especialistas que se han acercado a la materia (<http://www.cervantesvirtual.com/FichaAutor.html?Ref=2987&portal=54>), al portal dedicado al *Tirant lo Blanch*, en donde pueden consultarse numerosos artículos y estudios sobre la relación de la obra con el género caballeresco.

–<http://www2.uah.es/filmr/librosde.htm>

El Seminario de Filología Medieval y Renacentista de la Universidad de Alcalá ofrece información de diferentes ejemplares de textos caballerescos, así como del «Fondo bibliográfico» de microfilms, que pueden consultarse en su sede de Alcalá de Henares.

3. COMENTARIO DE TEXTOS

El fragmento seleccionado para el comentario del texto ha sido el n.º 64: «De cómo Lindoniso y Florián conocieron la historia de la Duquesa Remondina, y de cómo quisieron participar en su locura». El fragmento pertenece a un libro de caballerías manuscrito: la tercera parte del *Florambel de Lucea*, que dejó sin editar su autor, Francisco de Enciso Zárate, aunque se conserva el contrato de edición de la época. Interesa, sobre todo, situar la obra en su contexto genérico: la tercera parte se escribe con la intención de ser difundida mediante la imprenta, cuando el género caballeresco ya ha consolidado un modelo de aventuras y de personajes; dicho de otro modo, cuando el lector conoce y ha asumido unas particulares líneas argumentales y unos determinados tipos actanciales, de personajes que corretean y se mueven por sus páginas. La ruptura del horizonte de expectativas del receptor, de la retórica narrativa que, siguiendo el modelo inaugural del *Amadís de Gaula*, tanto los escritores como los lectores que se acercan al género conocen y aceptan, será uno de los principios básicos del humor. Los procedimientos narrativos que desencadenan la ruptura primarán en nuestro comentario; ahora de una obra de mediados del siglo XVI (aunque no olvidemos que nos basamos en la copia manuscrita realizada en 1594); pero también lo podríamos haber hecho con el *Quijote*, ya que Cervantes sigue —sobre todo en los primeros seis capítulos— el mismo procedimiento para convertir su obra en un libro de caballerías de entretenimiento.

Estructura del fragmento

La escena que comentamos del *Florambel de Lucea* se sitúa justo entre varias

aventuras que siguen, sin modificar ni una coma, algunas de las escenas bélicas más estereotipadas de los libros de caballerías, como es la victoria contra los gigantes; siendo sus protagonistas, en un principio, personajes también tópicos: los caballeros andantes, jóvenes y fogosos, que tienen «codicia de ganar honra y probar peligrosas aventuras», como se indica en el fragmento; y las doncellas que van en su busca para encomendarles los trabajos que les darán la fama. La escena comienza también con un lugar común en tantos textos caballerescos, en especial, en los que tienen el entretenimiento como piedra angular: durante el camino, para llenar el tiempo, los caballeros recuerdan una y otra vez sus aventuras y las doncellas les ponen al día sobre las que existen en su reino, lo que, normalmente, es un anzuelo para que los caballeros sientan la necesidad de conocerlas y de superarlas.

A partir de este momento, se puede hablar de dos partes bien diferenciadas en el fragmento: una primera parte, que se concreta en el relato que hacen las damas de la Aventura de la duquesa Remondina; y una segunda parte, en donde comienza la aventura en sí, en el momento de llegar al castillo de la duquesa, y de presenciar el espectáculo que luego analizaremos dentro de las tiendas. La primera parte de la aventura, en la que las doncellas relatan a los caballeros entre otras «una que les cayó en mucha gracia y los hizo reír de buen talante», tiene una clara intención: preparar el modo en cómo ha de ser recibida la aventura, que no será otro que el humor.

Por este motivo, son continuas las alusiones a la risa de todos los personajes:

- La doncella que se dispone a contarles la aventura, antes de hacerlo, no puede dejar de reírse: «tomándola primero mucha gana de reír».
- Cuando comienza a hacerlo, lo hará entre risas: «Y ella entonces, no dejando de reír, les comenzó a contar la aventura...»

Y su relato es recibido por los caballeros de la misma manera que se espera que lo hagan los lectores: «Mucho se folgaron los Caballeros Resplandecientes en oír tan hermosa y graciosa aventura»...

¿Qué les ha contado la doncella para que les produzca tanta alegría y un gran deseo de ir a acometer esta aventura, siempre que no les separe mucho de los combates «serios» que tienen que emprender en estas tierras? El relato de la doncella, como el diseño de la propia aventura, se basa en un determinado modelo de episodios, que cada vez es más frecuente en los libros de caballerías, y que en la *Antología* tiene una muestra en el fragmento 49: las aventuras de las damas lascivas, de un determinado modelo de dama lasciva, que los lectores de la obra tienen en mente cuando escuchan —como lo harán los caballeros— a la doncella de la tierra: la de la joven hermosa que, al quedarse huérfana de niña, no recibirá una educación moral, por lo que utilizará sus riquezas para organizar fiestas que atraigan a los caballeros, a los más valientes y esforzados y hermosos de su tiempo, para así satisfacer sus deseos. Así sucede con Florecinta en el *Filorante*, y así lo vivirán (y

disfrutarán) Belamir y Albasilvio. Y sobre el fondo de este episodio, se construirá nuestra aventura. Ya veremos con qué procedimientos lingüísticos y narratológicos.

La segunda parte del fragmento —aceptado ya el nuevo marco narrativo, que no será el de la aventura cortesana o amorosa, sino humorística— se dedicará a presentarnos el escenario, tanto exterior como interior, de la escena y a su protagonista. Pero si en la primera parte, la voz se alza protagonista: la voz de las doncellas que va modulando la risa y las explicaciones sobre el comportamiento de la duquesa Remondina; en esta segunda parte, el sentido que va a prevalecer va a ser la vista: una vista selectiva, que nos dibuja un paisaje tópico, unos objetos tópicos, para hacer así más divertida la descripción final de la Duquesa, que había sido definida al inicio por la dama como «la más fea e disforme doncella que hay en este reino».

De este modo, la aparente estructura sencilla de la escena, con dos partes diferenciadas, se complica teniendo en cuenta el origen y la calidad de las voces narrativas: por un lado, el narrador, que, en un principio, permanecerá fuera de la historia, aparentemente objetivo, pero que después de haber cedido la voz narrativa a la doncella, va a aceptar completamente su punto de vista, subjetivo; su punto de vista humorístico; y, por último, esta evolución va a permitir que se describa lo que vieron los caballeros al llegar a las tiendas de la duquesa Remondina no desde el plano del narrador, sino desde el de los dos hermanos, que, previamente habían solicitado a sus amigos que les permitieran ir solos, dado que no creen que encierre ningún peligro; de este modo, la descripción de las tiendas —como antes la explicación del origen y naturaleza de la aventura— no se hace desde la perspectiva del narrador, sino desde la de los propios personajes: en primera persona en el caso de la doncella (voz) y desde la tercera persona en el caso de los caballeros (vista)... y estos dos planos, serán aceptados por la voz del narrador, que termina por entregarles toda su autoridad.

De este modo, gracias a este juego de voces, de aceptación y de reparto de puntos de vista, se crea una ilusión de realidad —¿acaso en algún momento se duda ni de las intenciones ni de la forma física de la duquesa Remondina?—, y se ponen las bases sobre el modo cómo ha de ser recibido el episodio: nunca como un episodio bélico más —por más que los héroes han de luchar y vencer a los caballeros mercenarios de la Duquesa—, sino como un episodio humorístico... y el humor sólo se podrá mantener si el episodio es verosímil. Lo mismo sucederá —por seguir con el símil cervantino que se ha planteado al inicio de este comentario— con el primer capítulo del *Quijote*, que posee la misma función —más desarrollada ya que no se trata de presentar un episodio sino un libro— de hacer verosímil la transformación de un personaje... de un personaje que es algo más que una caricatura.

La bases para la creación verosímil de un personaje de humor

Las palabras, el uso de determinadas palabras, resulta especialmente interesante en este fragmentos y su análisis permitirá ir conociendo los mecanismos de los que se vale el autor para ir creando una aventura de humor verosímil, y por tanto, productiva.

Cuando comienza la doncella a contar la aventura de la Duquesa utiliza una palabra «fermosa» que merece un comentario. La frase es la siguiente: «—Decidme, buenos señores, por aventura, ¿habéis oído hablar de la aventura de la *fermosa* duquesa Remondina». Esta frase sitúa al lector ante un determinado tipo de episodio, al que antes hemos hecho referencia: el de las damas lascivas... aunque la risa con que lo pregunta la doncella está indicando que en algo será diferente. Después del relato de la doncella, los caballeros se alegraron de escuchar tan «*fermosa* y graciosa aventura». «Fermoso», «hermoso» en la época posee dos significados: «perfecto, bello, agradable»; pero también «singular y especial en su línea», tanto con un valor positivo, como negativo.

A la hora de crear al personaje de la duquesa Remondina, se van a conjugar dos elementos: locura, acompañada de vanagloria o de presunción, e inocencia. Este hallazgo narrativo es lo que permitirá a Enciso, seguir utilizando a la duquesa Remondina a lo largo de toda la obra, y no condenarla —por su clara caracterización caricaturesca— a un único episodio. La duquesa Remondina, como las doncellas lascivas que no han recibido educación de sus padres ni de nadie cuando han sido niñas, está loca: su locura —unida a la vanagloria y presunción que le otorgan sus riquezas— le hace pensar que es la más «bella y apuesta» de cuantas nacieron, y, por tanto, no hay caballero en su territorio que la merezca... y para reconocer al caballero digno de sus amores —que no de sus deseos sexuales— ha ideado una aventura: un paso, por el que los caballeros tienen que enfrentarse contra otros doce caballeros, «los mejores qu'ella pudo fallar». Pero si el autor se hubiera quedado sólo con la locura, con la *sandez*, con la vanagloria, con la presunción, este personaje, antipático y gracioso a un tiempo, rápidamente sería desenmascarado después de la derrota de sus caballeros. Y es aquí donde entra de lleno la gran aportación del autor: la inocencia: «Juntamente con esto es tanta su inocencia que cuida que no hay caballero que la vea que luego no es vencido y ferido de sus amores». Y esta inocencia, esta «lucidez» desde su punto de vista, es la que le hace un personaje que se aleja de los tópicos y del cartón piedra de los estereotipos, para convertirse en un personaje con sentimientos... tantos, que terminará por acompañar a Lindoniso y Florián en sus aventuras, ya que los dos son merecedores de su amor —desde su punto de vista— pero al ser gemelos no puede decantarse por ninguno.

Puestas las bases de la risa gracias al relato de la doncella, es el momento de ofrecer el inicio de la misma: la descripción de la Duquesa. Y esta descripción se hará repitiendo el mismo mecanismo de parodia analizado anteriormente: al principio se ofrece una situación que se acerca a episodios conocidos —y repetidamente leídos—

por el receptor, para luego, en un requiebro genial, mostrar la peculiaridad del personaje, del episodio humorístico.

La descripción de la Duquesa, como se ha indicado, se hace a partir de la mirada de los dos caballeros, siguiendo un modelo retórico asumido desde la Edad Media, con una visión que va de lo exterior al interior:

a) Descripción del espacio exterior: tienda en donde se encuentra la Duquesa; su riqueza será indicada por una serie de objetos habituales en la época: el material con que se ha construido («brocado verde muy ricamente bordada y guarnida con muchos lazos de oro»); algunos detalles («y las cuerdas de la tienda eran todas de seda verde»).

b) Descripción del espacio interior; dentro de la tienda, en el centro una especie de trono; la sala destaca, como no podía ser de otro modo, por su riqueza: «una muy rica cuadra de oro guarnida de muchas piedras preciosas»).

c) Descripción del ropaje de la duquesa Remondina; elementos exteriores que serían propios de su estado, y tantas veces repetidos en las descripciones de las reinas, princesas y damas de tantos otros libros de caballerías: «Ropa de seda azul, aforrada en tela de oro y acuchillada la seda por extraña arte»; con detalles que, de nuevo, muestran su riqueza y buen gusto: «Sembradas por ellas muchas águilas de oro, y entr'ellas bordadas y puestas muchas piedras de gran valor».

Y poco a poco, vamos avanzando —a través de la mirada sorprendida y divertida de los caballeros— de lo más general a lo más concreto: y es justo en este momento cuando se produce el giro en la descripción; giro esperado gracias al recuerdo de la descripción general que la doncella había hecho al principio de su parlamento, y que el narrador ha actualizado líneas antes cuando ha indicado cómo los caballeros «vieron aquella, que de tan hermosa se preciaba, duquesa Remondina». El giro vendrá con la descripción de sus pechos: «y tenía los sus pechos de fuera que más eran negros que blancos, y sobre ellos un rico y ancho collar de oro de muchas piedras de inestimable valor». Y a partir de este momento, comienza la descripción de su rostro; descripción que se convierte en lo contrario al modelo de belleza femenino:

- Color negro, frente a la blancura de la tez («era asaz negra»).
- Labios grandes.
- Narices, también grandes, anchas y romas, pequeñas y poco puntiagudas.
- Ojos pequeños y rojos «que ponía más espanto que codicia a quien la miraba».
- Cabellos, largos y crespos, que le permite volver a mostrar otro elemento de la riqueza de su vestimenta, que contrasta con la fealdad de su físico: «Los tenía muy compuestos y entrelazados por detrás de las orejas, de las cuales le colgaban muy grandes y ricos zarcillos con piedras de gran valor».

Y para terminar, se vuelve de nuevo la vista al espacio exterior, que ahora se llena de todo su humor: la duquesa Remondina está colocada en lo alto de unas gradas, en donde se sitúan doncellas —mucho más hermosas que ella— con instrumentos musicales, que hacían sonar como los ángeles. Y todo ello lo vieron durante una pieza los dos hermanos, sin saber a dónde mirar: si a la riqueza y belleza del entorno o a la fealdad de la Duquesa.

Y al final, vuelve el narrador, y vuelve para cerrar el círculo de «fermosa» con que había comenzado su relato la doncella; si entonces era «fermosa duquesa Remondina», si luego los caballeros se alegraron al escuchar una «fermosa» aventura, ahora el narrador indica estamos antes una «muy más que fermosa duquesa Remondina».

El personaje ha sido creado desde dos perspectivas: por un lado, rompiendo el horizonte de expectativas del lector de libros de caballerías, que esperaba —a no ser por las risas del inicio— una aventura con doncellas, hermosas doncellas lascivas; y por otro, ofreciéndole una descripción de una «dama salvaje», siguiendo los prototipos que el propio lector tendría que conocer. Una descripción similar, por sólo poner una cita literaria, la encontramos en el *Libro de buen Amor*, al mostrarnos cómo era Alda (estrofas 1012-1014, según la edición de Jesús Cañas Murillo y Javier Grande Quejigo, Barcelona, Área-Debolsillo, 2002):

Avía la cabeça mucho grande sin guisa,
cabellos chicos, negros, más que corneja lisa,
ojos fondos, bermejós, poco e mal devisa,
mayor es que de yegua la patada do pisa.

Las orejas mayores que de añal burrico,
el su pescueço negro, ancho, velloso, chico,
las narizes muy gordas, luengas de çarapico;
bevería en pocos días caudal de buhón rico

Su boca de alana, grandes rostros e gordos,
Dientes anchos e luengos, asnudos e moxmordos,
Las sobreçejas anchas e más negras que tordos;
¡los que quieren casarse, aquí no sean sordos!

Sin olvidar, que será este mismo modelo el que se utilizará en el siglo XVI para realizar algunas descripciones de mujeres de las recién descubiertas Indias. Y así les debía parecer a los lectores de la época, y así la describió una doncella con quien la duquesa Remondina y sus caballeros y damas se encuentran en una fuente, en uno episodio posterior:

Y como llegaron los unos a los otros, y todos llevaban los yelmos en las cabezas y las doncellas llevaban puestas sus antifaces, no se conocieron los unos ni los otros, y todos se saludaron muy cortésmente al pasar; mas, como los caballeros y doncellas vieron a la duquesa Remondina que, como vos habemos dicho, iba destapada de guisa que todos la podían ver, mucho les cayó en gracia viéndola y de aquella manera y todos rieron muy de gana, y la una de las doncellas les dijo con una graciosa risa:

—Ruégovos, señores caballeros, que por mesura nos queráis decir de qué India traéis esta apuesta

doncella o en qué tierra se crían tan hermosos monstruos.

Todos rieron mucho de lo que la doncella dixera si no fue la duquesa.

El juego de los puntos de vista

El humor, como la realidad, no es más que un juego de puntos de vista. En este episodio inicial de la duquesa Remondina, el primero de otros muchos que irá protagonizando, y que se irán complicando a medida que el lector vaya asumiendo su existencia como un tipo de personaje más dentro de la obra, encontramos un juego básico de perspectivas, con las que el autor ha jugado de una acertada manera para conseguir su finalidad: la escritura de un episodio humorístico, al tiempo que se creaba un personaje, que no abandonará en toda la obra. Y este mismo juego de puntos de vista es el que podríamos utilizar para analizar la creación del personaje de don Quijote a partir de un hidalgo Alonso Quijano, en la primera parte del *Quijote*; modelo narrativo que se irá complicando a partir de la segunda partida, y que consigue cotas difícilmente superables —ni aún en nuestros días— en la segunda parte de la obra, en la publicada en 1615.

Hay dos planos iniciales, claramente definidos y claramente opuestos, hasta que los caballeros entren en contacto con la duquesa Remondina: el plano de la realidad —las doncellas, los caballeros...— y el plano de la locura de la duquesa. Si en uno, ella es un monstruo; en el otro, ella se mira al espejo y se reconoce como la doncella más hermosa de su reino; si en uno, no hay caballero que se acerque a la Duquesa con propósitos amorosos debido a su fealdad; en el otro, la ausencia de amor se justifica por la dificultad de encontrar a un caballero digno de su hermosura... pero hay, y aquí está la clave del brillante juego de perspectivas que nos ha mostrado el autor, un elemento que permite la comunicación entre ambos mundos: la inocencia de la Duquesa; esa misma inocencia que llevará a los Caballeros Resplandecientes, a los dos hermanos, después de haber vencido a los doce defensores de Remondina, a mentirla para no herir sus sentimientos:

«—Mi buena señora, no creades qu'este caballero y yo seamos tan faltos de conocimiento que lo dejemos de tener para entender la mucha merced que Dios nos ha fecho el día de hoy en nos dar gracia y ventura para alcanzar por señora y el amor de una de las altas y apuestas doncellas del mundo.»

Y así ella, la doncella «más fea y disforme» en el plano de la realidad, gracias a una mentira de los caballeros («una de las altas y apuestas doncellas del mundo»), seguirá en su «locura» de creerse la más hermosa; y será cuerda en todo los otros aspectos de su vida —comportamiento en la corte, conversación discreta, consejos etc.—, siempre que no le toquen el de la hermosura. Como cuerdo será don Quijote siempre que no oiga hablar de libros de caballerías o de caballeros andantes, tantos como los que hemos encerrado en esta *Antología*.

Notas

Introducción

[1] En estos momentos, Carlos Pantoja Rivero está preparando para el Centro de Estudios Cervantinos una antología de este tipo de textos, que se relacionan con ámbitos de recepción cultos a finales del siglo XVI. En la revista *Tirant lo Blanch*, dentro del portal *Parnaseo*, puede consultarse completa la primera edición moderna de uno de estos textos: *La Genealogía de la toledana discreta* (Toledo, 1604): http://parnaseo.uv.es/Tirant/Butlleti.5/Toledana/toledana_indice.htm, realizada por Carlos Pantoja Rivero. <<

[2] Emma Herranz desde la Universidad de Oviedo está estudiando el género de los libros de caballerías a lo divino, que también se vinculan con un momento muy determinado de la difusión caballeresca, muy en sintonía con las directrices emanadas del Concilio de Trento. <<

[3] Fragmentos de todas ellas pueden consultarse en José Manuel Lucía Megías, *Antología de libros de caballerías castellanos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001; en donde el lector interesado podrá encontrar referencias bibliográficas precisas de cada uno de ellos. Véase también Daniel Eisenberg y M^a Carmen Marín Pina (2002). <<

Capítulo I

[1] *parece*: aparece, se encuentra. <<

[2] *revueltas*: alteraciones, desórdenes que acaban, normalmente, en combates armados. <<

[3] *afruentas*: peligros o apuros en hechos de armas. <<

[4] *ayuntados*: reunidos. <<

[5] *leyes*: según indica Cacho Blecua (1987: 220, nota 11), se está haciendo referencia a las leyes religiosas: los emperadores paganos se movieron por el esfuerzo terrenal, y los Reyes Católicos lo han hecho por una finalidad religiosa, lo que supone una gradación positiva... como así sucede con los propios protagonistas de la obra: Amadís de Gaula, más apegado a la caballería artúrica, y su hijo, el que será el emperador Esplandián, a la caballería cristiana (cfr. fragmento § 21). <<

[6] *gualardón*: premio, recompensa, galardón. <<

[7] *seyendo*: siendo. <<

[8] *encarcelados y guarnecidos*: encerrados y embellecidos, con adornos para enriquecerlos y hacerlos más hermosos. <<

[9] *fue principiada*: fue comenzada. <<

[10] *recolegir*: reunir, normalmente, lo que se encuentra dividido y esparcido, como aquí el nombre de los personajes y de las historias a lo largo de la obra. <<

[11] *detrate*: infame o denigre su honra, ya sea por medio del habla o por un escrito.

<<

[12] *acebto*: agradable, bien recibido. <<

[13] *primer móbile*: así se denomina a la esfera superior, que se considera que se encuentra más alta que el Firmamento; esta esfera se mueve continuamente de Levante a Poniente realizando una vuelta de 24 horas, llevándose consigo todas las esferas inferiores, por lo que a este movimiento se le llama Diurno (Diccionario de la RAE, 1730). <<

[14] *cuentos*: término aritmético que se corresponde a un millón, es decir, la multiplicación de cien mil por diez (Diccionario de la RAE, 1729). <<

[15] *veresímile*: verosímil. <<

[16] *despenda*: gaste, aunque casi siempre utilizado en un sentido negativo: desperdiciar la hacienda o los bienes. <<

[17] *rabíes*: rabinos; adviértase que se trata de sabios judíos los que van en busca de las hierbas milagrosas del saber. <<

[18] *atriaca*: medicina; en realidad, una confección farmacéutica usada de antiguo y compuesta de muchos ingredientes y principalmente de opio. Se ha empleado para las mordeduras de animales venenosos; en el símil final, se apreciará a quién se refiere como «animal venenoso» al referirse a los libros. <<

[19] *ásperos bollones*: clavos de cabeza grande, normalmente dorados, que sirven de adorno; se dice áspero porque no es liso. <<

[20] *rétulo*: rótulo, cartel que se fija en un lugar público para dar noticia o aviso de alguna cosa. <<

[21] *rubí carbúncul*: el carbunclo es una piedra preciosa muy parecida al rubí, por lo que en la actualidad se toman como sinónimos. El carbunclo tiene como característica el brillar en la oscuridad como carbón hecho brasa, y en algunos manuales se sitúa su origen en la cabeza de un animal. Es piedra preciosa de mucho valor. <<

[22] *transladación*: traducción de un texto de un idioma a otro. <<

[23] *ser semejables*: ser parecidos o semejantes. <<

[24] *recuaje*: muchedumbre de algunas cosas, como libros; también se hace alusión a *recua*, al conjunto de animales de carga; su sentido negativo queda más que patente teniendo en cuenta que está criticando los libros de caballerías que sólo buscan el entretenimiento del lector y no su aprendizaje mediante consejos y ejemplos. <<

[25] *artes mecánicas*: con mecánicas se hace alusión a los oficios bajos, los que necesitan del uso de las manos, que se oponen a las artes liberales, entre las que se encuentra la escritura. <<

[26] *huelgan*: se alegran. <<

[27] *genitor*: progenitor; es decir, Hernán Cortés, ya que el libro está dedicado a su hijo, a don Martín Cortés, marqués de Valle. <<

Capítulo II

[28] *folganza*: descanso. <<

[29] *cámara*: habitación, normalmente el aposento interior y retirado, donde regularmente se duerme. El hecho de que posea una bóveda, como se indica posteriormente, nos indica su riqueza y grandeza, ya que las bóvedas se utilizan sobre todo para la construcción de iglesias y de edificios suntuosos. <<

[30] *curéis*: cuidéis, os preocupéis. 31 <<

[31] *priesa*: peligro, aprieto. <<

[32] *Saberlo-héis*: los sabréis. <<

[33] *tiró delante*: se alejó. <<

[34] *guarecer*: socorrer, amparar a alguien de un peligro en que se encuentra; en este caso, la muerte segura por haber nacido fuera del matrimonio (así como también la muerte de la madre por ser adúltera). <<

[35] *falló menos*: echó de menos alguna cosa o persona. <<

[36] *calafeteada*: se dice de lo que va bien cerrado, normalmente con betún, como en este caso, de ahí que se utilice sobre todo para los barcos. <<

[37] *acaeció*: sucedió. <<

[38] *vía*: camino. <<

[39] *apriosa*: deprisa. <<

[40] *galea*: galera, embarcación de bajo fondo, a vela y remo, donde el rey solía llevar a sus esclavos y forzados (recuérdese la aventura de los galeotes de la primera parte del *Quijote*). <<

[41] *turó*: duró. <<

[42] *amorteció*: se desmayó, se cayó quedando como muerta. <<

[43] *aparejados*: preparados. <<

[44] *lueñe*: lejos. <<

[45] *en pos d'ella*: detrás de ella. <<

[46] *finiestra*: ventana. <<

[47] *había prometido de sello*: prometer con todas las seguridades, mediante el sello familiar, el propio honor. El matrimonio secreto, por tanto, tiene toda validez legal, tanto como si se hubiera realizado de manera pública. <<

[48] *lasa*: floja y macilenta. <<

[49] *pescudándole*: preguntándole. <<

[50] *facienda*: se aplica, normalmente, a los hechos de armas. <<

[51] *ardimiento*: gran valor, denuedo; aquellos que lo poseen son los caballeros más valientes y esforzados. <<

[52] *donas*: regalos, dones. <<

[53] *arqueros e francarqueros*: aquellos que usan el arco y las flechas; se colocan en dos filas, para así poder disparar de manera consecutiva y sin descanso. <<

[54] *faz*: cara. <<

[55] *carbunclo*: piedra preciosa, muy parecida al rubí. <<

[56] *hacían gran campo*: se alejaban de él, dejando entre ellos cuanto más sitio mejor.

<<

[57] *vestiglo*: monstruo fantástico de apariencia horrible. <<

[58] *jayán*: gigante. <<

[59] *hora de vísperas*: una de las horas canónicas; hace alusión a la última hora de la tarde, cuando se acaban los trabajos antes del anochecer. <<

[60] *ledo*: alegre. <<

[61] *aína*: pronto, rápido. <<

[62] *palefrén*: palafrén, caballo manso; es cabalgadura de mujeres en las fiestas, así como de los caballeros para la caza o para las entradas triunfales. <<

[63] *consuno*: juntos, juntamente. <<

[64] *quedos*: quietos. <<

[65] *hincó los hinojos*: hincó las rodillas, se arrodilló; símbolo de reverencia y respeto.

<<

[66] *fallecieron*: no consiguieron. <<

[67] *crueza*: crueldad. <<

[68] *te ve*: vete; en la lengua antigua se solía anteponer el pronombre a la forma verbal. <<

[69] *me cata[d] bien: miradme bien.* <<

[70] *lasa*: débil. <<

[71] *bujeta*: pequeña caja de madera, en donde solía llevarse un frasco con perfumes, normalmente en la faltriquera, en un bolsillo que se atan las mujeres a la cintura y llevan colgando debajo del vestido o delantal. <<

[72] *membréis*: recordéis, os acordéis. <<

[73] *quien atiende d'él cedo*: quien espera de él pronto. <<

[74] *se partieron de en uno*: es decir, se separaron, continuando cada uno sus aventuras por separado. <<

Capítulo III

[75] *aludes*: saludos, actos y expresiones corteses. <<

[76] *cúmpleos*: os conviene; ser propio de alguien por su profesión, como en este caso, la de caballero andante. <<

[77] *culebrina*: arma de artillería que tira bala de menor tamaño que otras, pero lo hace a más distancia, por lo que se utiliza para atacar al enemigo desde lejos. <<

[78] *congojada*: acongojada, afligida, angustiada. <<

[79] *baldones*: insultos, blasfemias si van dirigidas contra Dios; se desprecia e injuria a quien se le dice, que suele ser persona a quien se tiene en muy poca estima. <<

[80] *laborintios con sus corvadas vueltas*: laberintos con sus curvadas vueltas. <<

[81] *ál*: otra cosa. <<

[82] *descombrado*: terreno escampado, descubierto, sin malezas ni otras espesuras. <<

[83] *asaz*: bastante; en ocasiones tiene el valor del superlativo «muy». <<

[84] *porná*: pondrá. <<

[85] *val*: ayúdame. <<

[86] *lorigas*: armaduras para defensa del cuerpo, hecha de láminas pequeñas e imbricadas, por lo común de acero. <<

[87] *desmalladas*: con las mallas de la loriga todas cortadas y destrozadas. <<

[88] *folganza*: descanso, holgura y placer. <<

[89] *en las cadenas que las tenían*: las espadas solían estar prendidas a una cadena sujeta al peto de la coraza, lo que permitía al caballero usar de las manos y brazos (como en este caso), sin tener que envainar la espada. <<

[90] *faces*: caras; también puede tomarse por mejillas. <<

[91] *hora tercera*: una de las horas canónicas, la tercera después de salir el sol, lo que corresponde, más o menos, a las ocho de la mañana. <<

[92] *agramente*: agriamente, con mucho dolor y pesar, de manera rigurosa. <<

[93] *finiestra*: ventana. <<

[94] *cab'ella*: junto a ella. <<

[95] *astería*: lugar en donde se guardan las astas o lanzas de los caballeros. <<

[96] *caya*: *caiga*. <<

[97] y: allí. <<

[98] *tiraron*: alejaron, apartaron, retiraron. <<

[99] *firiendo los caballos de las espuelas*: fórmula para indicar cómo se le da golpes secos con las espuelas al caballo para que comience la carrera. <<

[100] *había acaecido*: había sucedido. <<

[101] *hora de nona*: una de las horas canónicas, la novena después de la salida del sol, lo que corresponde, más o menos, a las tres de la tarde. <<

[102] *arredraronse*: alejaronse, separaronse. <<

[103] *hincando los hinojos*: arrodillándose (véase nota 65). <<

[104] *haces*: faces, caras y también mejillas. <<

[105] *desabrimiento*: disgusto o desazón interior. <<

[106] *esclarecidos*: nobles, ilustres y famosos entre todos los caballeros. <<

[107] *cedo*: pronto. <<

[108] *gaje*: gaje, objeto que se entrega al adversario para indicar que se propone o se acepta un desafío; normalmente se trata del guante. <<

[109] *holgaron*: alegraron. <<

[110] *faces*: haces, cada uno de los escuadrones o batallones que forman un ejército; al frente, se coloca un capitán. <<

[111] *polidas*: hermosas, adornadas, enriquecidas, se entiende, por medio de la retórica. Aquí con valor irónico. <<

[112] *despartería*: separaría; poner paz entre los que riñen o contienden apartándolos y dividiéndolos para que no se ofendan. <<

[113] *voltaria*: mudable e inconstante, precisamente porque da vueltas. <<

[114] *reportose*: se contuvo. <<

[115] *Campea*: salir los ejércitos, o los caballeros, y acampar a la espera de guerras o aventuras; es decir: «guerrear», o sobresalir, de modo que se llama la atención sobre todos los demás. <<

[116] *defraudarle*: privarle de modo fraudulento. <<

[117] *ascuras*: a oscuras; es costumbre entre los caballeros no combatirse de noche, por lo que deben esperar al día, la hora de prima, para comenzar el combate anunciado. <<

[118] *salteó*: asaltó. <<

[119] *riñiremos a talegazos*: es decir, pelearán con las talegas que traía el escudero del Caballero del Espejo, que no son más que dos sacos largos y estrechos, de lienzo basto o de lona, que sirven para llevar o para guardar algo. <<

[120] *atalegar*: luchar a talegazos. <<

[121] *martas cebollinas*: en realidad, martas cebellinas, que era una variedad de piel de marta machada, parecida al armiño, que era muy apreciada y de gran valor... todo lo contrario de una talega. <<

[122] *apetites*: estimulantes, salsas que hacen más gustosas las cosas; es voz familiar y jocosa. <<

[123] *amañar a reñir a secas*: acomodarse de manera fácil a reñir sin causa ni justificación suficiente. <<

[124] *miré por el virote*: frase proverbial, que significa atender con cuidado y vigilancia a lo que importa, o a lo que es a su conveniencia, como lo es en este caso.

<<

[125] *aljófar*: perla pequeña; por extensión, se conoce también por el rocío. <<

[126] *selvas*: lugares llenos de árboles, malezas y matas, por lo que suelen ser muy frondosos. <<

[127] *alferecía*: enfermedad convulsiva, epilepsia, cuyos síntomas muestran claramente el miedo que siente Sancho al ver la enorme nariz de su contrario; apretar y rechinar de dientes y echar espumarajos por la boca. <<

[128] *pasagonzalo*: pequeño golpe dado con presteza; normalmente se trataba de un golpe que, en son de broma, se daba en las narices con el dedo índice; en este caso, Sancho Panza teme que el golpe lo reciba él de las narices de su contrario. <<

[129] *acción*: correa de que pende el estribo en la silla de montar. <<

[130] *andamio*: tablado con gradas que normalmente se hace en las plazas o en lugares públicos para ver las fiestas o hacerlas en él. <<

[131] *trasijadas ijadas*: los cóncavos ijares, en este caso, de Rocinante, dado que es todo huesos. <<

[132] *efigie*: imagen, figura, forma. <<

[133] *folgó*: se alegró. <<

[134] *Ora*: ya; sirve para distinguir las cláusulas y para delimitar perfectamente las acciones u objetos. <<

[135] *¡Ansí plega a Dios!:* ¡así lo quiera Dios! <<

[136] *imos*: vamos. <<

[137] *ál*: a otra parte. <<

[138] *hora de nona*: una de las horas canónicas, la novena después de la salida del sol, lo que se corresponde, más o menos, a las tres de la tarde. <<

[139] *devisa*: en el blasón, vale señal, distintivo especial que el caballero, soldado o amante trae en su escudo, vestido o en otra parte, para manifestar los blasones de su casa, su profesión, sus pensamientos o sentimientos. <<

[140] *¡sí Dios me vala!*: ¡así Dios me proteja, me ayude! <<

[141] *cuestión*: riña, combate. <<

[142] *fenecer*: acabar, terminar. <<

[143] *guarnecidas*: adornadas. <<

[144] *porfía*: disputa de palabras, normalmente, bastante tenaz y obstinada. En el lenguaje amoroso, se utiliza para indicar la falta de atención que la dama le presta a su caballero. <<

[145] *jayana*: *giganta*. <<

[146] *postigo*: puerta falsa de la casa, colocada normalmente en un lugar excusado. <<

[147] *seyendo*: siendo. <<

[148] *pertrecho*: con este nombre se hace alusión a todo instrumento para la guerra de asedio, como armas y máquinas de guerra. En este caso, se están indicando las defensas, de madera y de hierro, con que los soldados que intentan tomar la ciudad se defienden de los minadores de las murallas. <<

[149] *hora de vísperas*: una de las horas canónicas, y se corresponde con la última de las horas del día. <<

[150] *el salitre e pez e resina e olio al pie de los muros*: son todos productos que se utilizaban para, calentados, tirar por las murallas para repeler a los enemigos que intentaban conquistar una ciudad. <<

[151] *afruenta*: afrenta (véase nota 3). <<

[152] *priesa*: combate o escaramuza muy encendida y confusa. <<

[153] *taborlán*: Tamorlán, nombre que se da al emperador de los Tártaros por un antiguo monarca que tuvieron (recuérdese la famosa y medieval *Embajada a Tamorlán* de Ruy González de Clavijo). Por extensión, como parece que aquí se documentan, por taborlán se entiende todo caballero tártaro. <<

[154] *mantas*: defensas hechas de tablones o de vigas con que se cubrían y defendían los soldados que iban a escalar o picar alguna muralla en un asedio. <<

[155] *lienzo*: parte de la muralla que corre en línea recta de baluarte a baluarte. <<

[156] *palenque*: valla que se hace con maderos, normalmente en aquellos lugares donde se va a celebrar un torneo o una fiesta pública; en este caso, la razón es mucho más trágica: la defensa de la ciudad, que está siendo atacada por una parte de la muralla. <<

[157] *a la sazón*: al momento oportuno. <<

[158] *embocar*: hacer entrar a los enemigos por una parte estrecha, en este caso, el portillo. <<

[159] *holgados*: sin haber realizado esfuerzo alguno, frescos. <<

[160] *estrecho*: peligro, necesidad, riesgo. <<

[161] *sobreseñales*: distintivo o divisa que en lo antiguo tomaban arbitrariamente los caballeros armados. <<

[162] *compoundre*: trabaré amistad con alguien, a quien le une algo. <<

[163] *tamaño*: tan grande. <<

[164] *fiestas de convidar*: son aquellas fiestas en las que, entre otras diversiones, se da de comer a los invitados. <<

[165] *bastecer*: abastecer con abundancia todo lo necesario para realizar los torneos y justas. <<

[166] *arreo*: sin interrupción. <<

[167] *prez*: honor que se gana después de superar una acción heroica. <<

[168] *cimera*: parte superior del morrión, que se solía adornar con plumas y otros detalles, dentro de la armadura del caballero. <<

[169] *letra*: composición poética con que los caballeros acompañaban sus armas en justas y torneos, y que explicaba —en un lenguaje cifrado— sus sentimientos e intenciones caballerescas. <<

[170] *paramentos de raso morado*: ropas con que se cubría, con tela de raso morado, que es tela muy rica y apreciada; es tela de seda con más cuerpo que el tafetán y menos que el terciopelo. <<

[171] *cras*: mañana. <<

[172] *aderezose*: preparó, dispuso, organizó. <<

[173] *veros*: «En el blasón, son unas figuras, como copas, ó vasos de vidrio, representándose en las armerías en forma de campanitas, o sombrerillos pequeños, que son siempre de plata, y azul» (Diccionario de la RAE, 1739), y en este caso, de oro. <<

[174] *pujanza*: la gran fuerza con que los caballeros comienzan a entrar en el torneo.

<<

[175] *flámulas, banderolas y gallardetes*: tres tipos de banderas; la primera es una bandera pequeña y larga, angosta y partida en dos puntas al extremo, que normalmente se usaba sólo cuando se adornaban los barcos para alguna celebración; las banderolas, por su parte, son una banda pequeña, que servía de divisa o insignia a la caballería ligera (de ahí que no esté muy bien utilizada en este contexto); y el gallardete, por último, es un cierto tipo de banderilla partida, muy semejante a la cola de una golondrina, que se colocaba en lo alto de los mástiles del barco, o en otra parte, para demostrar alegría y regocijo. <<

[176] *ajedreçada*: en forma del tablero del ajedrez. <<

[177] *caballo ruano*: caballo de paseo, especialmente usado para las celebraciones; podía tener el pelo mezclado de blanco, gris o bayo, es decir, blanco amarillento. <<

[178] *testera*: la armadura de la frente del caballo. <<

[179] *ahinojar*: poner de rodillas. <<

[180] *sagitarios*: monstruos, medio hombre, medio caballo, con arco y saeta. <<

[181] *pagada*: satisfecha, complacida. <<

[182] *falseado el escudete*: roto, por lo que puede penetrar su lanza a través de su pequeño escudo. <<

[183] *recudían*: rebotaban. <<

[184] *soterrado*: enterrado. <<

[185] *reverberaciones*: reflejos del sol en una superficie bruñida, reluciente, que, en este caso, se ha concretado en las nubes. <<

[186] *esquiveza*: de genio solitario y poco agradable, desdeñoso, áspero, huraño. <<

[187] *tributarios*: quedan, por tanto, sus vecinos bajo su autoridad y poder, ya que le tienen que pagar un tributo. <<

[188] *comarcaban*: confinaban junto a él, que eran sus vecinos. <<

[189] *a qué tiraba*: hacia dónde se inclinaba. <<

[190] *animalia*: animal; se usa para designar al animal salvaje. <<

[191] *péndolas*: plumas. <<

[192] *empecer*: dañar, traspasar. <<

[193] *lueñe*: lejos. <<

[194] *semejaba*: parecía. <<

[195] *crueza*: crueldad. <<

[196] *fehura*: forma y figura; hecho diabólico, en este caso. <<

[197] *adolecer*: enfermar, padecer muchos dolores. <<

[198] *jaldados*: de color amarillento. <<

[199] *ponzoña*: veneno; por extensión, cualquier sustancia que atenta contra la salud o contra la vida. <<

[200] *espira*: infundir el espíritu, «lo que propiamente se dice del Espíritu Divino y sus soberanos influjos en animar y vivificar y mover las almas» (Autoridades y demás diccionarios de la RAE del siglo XVIII). <<

[201] *premia*: dificultad. <<

[202] *desemejada*: desfigurada, fuera del orden de la naturaleza. <<

[203] *grifo*: animal fabuloso que tiene la parte superior de águila y la inferior de león; entre sus características más usuales y repetidas se destaca la de alimentarse de carne humana. <<

[204] *cata que te defendemos: mira que te prohibimos.* <<

[205] *fendiole*: rompiole. <<

[206] *breñas*: tierra quebrada entre peñas y poblada de maleza. <<

[207] *faición*: facción, rasgos y forma física; en este caso, el monstruo tiene forma de hombre, a excepción de la cabeza, que es de caballo. <<

[208] *baladros*: gritos, alaridos o voces espantosas. <<

[209] *cuadra*: la sala o habitación más espaciosa de una casa. <<

[210] *súpitamente*: súbitamente, de manera súbita, al momento. <<

[211] *punaba*: pugnaba, luchaba con todas sus fuerzas. <<

[212] *cuitada*: afligida, acongojada por una pena, triste. <<

[213] *arredrados*: separados, alejados. <<

[214] *astroso*: sucia, desaliñada, despreciable. <<

[215] *sandez*: locura. <<

[216] *raleza*: cantidad de golpes separados entre sí, sin ninguna consistencia. <<

[217] *breñales*: tierras quebradas entre peñas, y pobladas de maleza. <<

[218] *revocó*: volvió hacia atrás; la espada (recuérdese que en la época es palabra masculina) que no puede traspasar las escamas del monstruo, vuelve hacia atrás con la misma fuerza del golpe. <<

[219] *enerizado*: erizado, con los pelos levantados, como las púas de un espín. <<

[220] *fornecer sus naos*: abastecer de todo lo necesario sus barcos. <<

[221] *viciosos*: alegres, felices, placenteros. <<

[222] *dos leones de trailla*: el gigante Patagón trae dos leones con correa, como si fueran dos perros. <<

[223] *amostrados*: *amaestrados*. <<

[224] *fendió*: rompió. <<

[225] *tollido*: tullido, paralizado, fuera de sentido. <<

[226] *fardido*: atrevido, osado. <<

[227] *clarífica Diana*: resplandeciente Diana, es decir, la luna. <<

[228] *ensangostando*: estrechando. <<

[229] *bocina*: instrumento musical de viento, hueco y en forma curva, que posee un sonido parecido a la trompeta. Se hace de cuerno, aunque también se podría fabricar de metal. <<

[230] *carbunclo*: piedra preciosa parecida al rubí. <<

[231] *veras*: usado siempre en plural; viene a significar la realidad, verdad y seriedad en las cosas con que se dicen o ejecutan. <<

[232] *desaforados*: grandes en exceso, desmedidos. <<

[233] *carníferas aves*: aves rapaces. <<

[234] *ardimento*: ardor, animosidad, extremado valor. <<

Capítulo IV

[235] *sandez*: locura. <<

[236] *cormano*: primo hermano. El príncipe de Colcos, Agesilao, es hijo de Alastraxerea y de Falanges de Astra, mientras que Arlanges de España lo es de Anaxartes y de la segunda Oriana; Alastraxerea y Anaxartes son gemelos, hijos de Amadís de Grecia. <<

[237] *dino*: digno. <<

[238] *fuelgo*: huelgo, estoy alegre por alguna cosa. <<

[239] *dulcemel*: dulcemele, salterio, instrumento de cuerda. <<

[240] *menuzaban*: desmenuzaban, deshacían algo (en este caso su corazón) en partes muy pequeñas. <<

[241] *bascas*: ansias, desazones e inquietudes que se experimenta cuando una cosa comienza a importunarnos. <<

[242] *silva*: lugar lleno de árboles, malezas y matas, por lo que suele ser muy frondoso.

<<

[243] *hincó los hinojos*: se puso de rodillas, (véase nota 65). <<

[244] *descolorado*: sin color; la falta del color puede deberse a la falta del amor, como se decía en la época: «irse lo amado, y quedará lo descolorado». <<

[245] *revesar*: vomitar, volver al revés. <<

[246] *vísperas*: el oficio de vísperas, hora canónica que se corresponde con el final del día (véase nota 59), consta de un himno, dos salmos, un cántico del Antiguo o del Nuevo Testamento, una lectura corta de la Biblia, el *Magnificat* de la Santísima Virgen, responsorios, intercesiones, el Padrenuestro y una oración conclusiva. <<

[247] *dobler de pan y pescado*: un talego, una pequeña bolsa de viaje, en donde guarda el pan y el pescado, la única comida que tiene, y que compartirá con el caballero. <<

[248] *premia*: insistencia. <<

[249] *pelote*: pellote, prenda de vestir rústica, realizada con pieles de animales. <<

[250] *tabardo*: otra prenda rústica, propia de pastores; se trata de una casaca grande, con las mangas anchas, confeccionada con paños toscos, o con lana gruesa, como en este caso. <<

[251] *entrevallos*: dificultades, obstáculos. <<

[252] *ingenio boto*: de ingenio rudo y torpe. <<

[253] *mozo motilón*: mozo que era religioso lego; llamado así porque se le rapaba el pelo en redondo, sin tonsura. <<

[254] *sujeto*: materia, asunto. <<

[255] *quedó en carnes y en pañales*: es decir, quedó desnudo, sólo cubierto por la camisa, la prenda interior de la época. <<

[256] *zapatetas*: golpe o palmada que se da en el pie o en el zapato, saltando al mismo tiempo. <<

[257] *caramilladas razones*: razones acompañadas por la música del caramillo, flauta muy delgada que usan por lo común los pastores (especialmente, los literarios). <<

[258] *sandio*: loco, necio o simple. <<

[259] *cedo*: pronto. <<

[260] *seído*: sido. <<

[261] *se conortó*: se consoló, se animó. <<

[262] *ensandeciera*: enloqueciera. <<

[263] *argüiría*: disputaría, presentaría pruebas que mostrarían la falsedad de lo dicho con anterioridad. <<

[264] *le plugo*: lo quiso. <<

[265] *imos*: vamos. <<

[266] *cormano*: primo hermano (véase nota 236). <<

[267] *punara*: pugnara, luchara con todas sus fuerzas. <<

[268] *padrón*: columna de piedra o de otro material (en este caso de cobre), con una lápida o inscripción que da noticia de algo que se desea que quede memoria. <<

[269] *membradvos*: acordaos. <<

[270] *que de fuera los atendían*: que fuera los estaban esperando. <<

[271] *semejaba*: parecía. <<

[272] *atordido*: aturdido, mareado, sin sentido a causa de todos los golpes que ha recibido. <<

[273] *membranza*: memoria, recuerdo. <<

[274] *apartamento*: espacio separado que hay dentro de la sala. <<

[275] *asonados*: reunidos, al ser convocados por el gobernador de la isla. <<

[276] *réculo*: rótulo, cartel que, normalmente, se cuelga de un lugar público para dar noticia o aviso de algún acontecimiento. En este caso, el cartel lo trae el caballero en una mano. <<

[277] *arredrándose*: yéndose fuera. <<

[278] *delibró*: liberó. <<

[279] *fincó el un hinojo*: hincó una rodilla. <<

[280] *se deportó*: se divirtió, se solazó. <<

[281] *disfamar*: difamar, desacreditar a alguien. <<

[282] *guaridos*: sanados. <<

[283] *donaires*: palabras agradables y llenas de gracia. <<

[284] *enfrenados*: es decir, que se les había puesto el freno, para así poder cabalgar en ellos. Se dice también que un caballo (o palafrén) es enfrenado cuando anda galán y con la cabeza bien derecha y segura. <<

[285] *que muy fuera estaba de tal cuidado*: que era completamente ajeno a las preocupaciones y deseos de la doncella. <<

[286] *retrájose*: se apartó, se retiró. <<

[287] *guarnido*: adornado. <<

[288] *recordó*: despertó. <<

[289] *baldones*: oprobios, palabras injuriosas que se le dicen a otro. <<

[290] *en tanto grado le es*: en tanta estimación le tiene. <<

[291] *arrayanes*: planta que siempre se mantiene verde, de flor blanca, de aroma intenso y agradable; se destila dando lugar a perfumes muy apreciados en la época.

<<

[292] *remor*: rumor. <<

[293] *de sedas jaldes*: de sedas de un color amarillo intenso. <<

[294] *clavellinas*: pequeños claveles, en este caso de color rojo, que han sido bordados sobre el amarillo de la seda. <<

[295] *tocado*: adornos, en este caso dorados, con que las mujeres adornan su cabello.

<<

[296] *turbose*: se sorprendió, de tal modo, que no es capaz casi ni de hablar ni de seguir adelante. <<

[297] *cormana*: prima hermana, como ya se ha indicado en otras ocasiones. <<

[298] *fementido*: mentiroso, falto de fe y de palabra, ya que promete descanso y luego no lo da. <<

[299] *anjeo tundido*: el lecho no podía ser más incómodo, además de estar hecho de anjeo, de lienzo basto, de estopa de lino o de cáñamo, que, normalmente, se usaba para fabricación de hábitos de penitencia o de talegas; estaba tundido, es decir, se había cortado el pelo que sobresalía, por lo que lejos quedaba ya cualquier sensación de suavidad. <<

[300] *enjalmas*: aparejos de bestias de carga, como una albardilla ligera. <<

[301] *bismado*: curado gracias a un emplasto, llamado bizma, que le hace soportar mejor los efectos del Bálsamo de Fierabrás. <<

[302] *albanega de fustán*: cofia, en forma redonda, realizada de fustán, de tela gruesa de algodón. <<

[303] *arpillera*: tejido basto de estopa de lino o de cáñamo que se utiliza para confeccionar las prendas más populares. <<

[304] *cedal*: tela muy delgada, fina, sutil, casi transparente, de seda o de lino. <<

[305] *ensalada fiambre y trasnochada*: ensalada ya rancia y revenida, seguramente la «muerte» proceda del estado de la cebolla, componente esencial en la dieta de Maritornes. <<

[306] *coima*: prostituta en lenguaje de germanía. <<

[307] *sentido la pelaza*: oído la pendencia, refriega o disputa. <<

[308] *rato*: ratón. <<

Capítulo V

[309] *pece*: pez; es decir, una sirena. <<

[310] *viandas*: comida, normalmente la que se sirve en la mesa. <<

[311] *complida*: terminada, acabada. <<

[312] *nucir*: dañar. <<

[313] *fendió*: rompió, partió en dos. <<

[314] *pescudar*: preguntar. <<

[315] *cuadras*: salas o habitaciones más espaciaosas de una casa. <<

[316] *Mares*: el dios Marte, dios de la guerra; es la identificación romana del Ares helénico. <<

[317] *poma*: manzana, y también una bola elaborada con diversos ingredientes, todos ellos odoríferos; por extensión, un objeto con forma redonda, como sucede en este caso. <<

[318] *deterné*: detendré. <<

[319] *encelar*: encubrir, esconder, ocultar. <<

[320] *confacionado*: confeccionado, de tal suerte que se mezclan diversas sustancias. Es el medio habitual para preparar bebidas, medicamentos... y también venenos (o filtros amorosos). <<

[321] *acuitábase*: se dolía, le daba mucha pena. <<

[322] *basquina de jamete*: saya que usaban las mujeres sobre la ropa para salir a la calle, en este caso, confeccionada de jamete, una rica tela de oro, que, para darle más valor, en ocasiones se entretejía con oro. <<

[323] *ajenado*: enajenado, como si se encontrara fuera de sí, sin control sobre sus sentidos (en este caso, por el recuerdo de su amada, y de sus crueles palabras). <<

[324] *mayoral*: se trata del pastor principal de los que cuidan un rebaño. <<

[325] *extraño*: extranjero, forastero, que no pertenece a este lugar, a este reino o a esta tierra. <<

[326] *se sintió mortal*: se sintió morir. <<

[327] *oración de Obsecro te*: oración dedicada a la virgen (*Oratio devota ad beatam virginem mariam*), común en los *Libros de horas*. <<

[328] *mesura*: reverencia, sumisión y respeto. <<

[329] *mandilete*: pieza de la armadura que protegía la mano; al estar fabricada de hierro, posibilitaba el falso milagro. <<

Capítulo VI

[330] *chamete indio*: tipo especial de jamete, tela de seda de mucho valor, propio de los vestidos de altas damas. <<

[331] *gavias*: velas que se colocan en el mastelero mayor de las naves, o las correspondientes en los otros dos masteleros. <<

[332] *guarniciones*: conjunto de correajes y demás efectos que se ponen a las caballerías para que tiren de los carruajes o para montarlas o cargarlas; en este caso, se destaca la riqueza del conjunto, ya que todos ellos están realizados en oro. <<

[333] *historiados*: en los arcos se habían dibujado o esculpido las historias de las hazañas y aventuras superadas por Agesilao. <<

[334] *entorchados*: ciertos tipos de cordoncillo con los que los bordadores van adornando el dibujo de un bordado. <<

[335] *rosicler*: color encendido y luciente, parecido al de la rosa encarnada. <<

[336] *flueco*: cierto género de pasamano tejido, con los hilos cortados por un lado, que se hace de hilo, lana, seda y otros ricos materiales; sirve de adorno a los vestidos. <<

[337] *jaqueles de oro de martillo y de rosicler*: la ropa no podía ser más suntuosa ni rica, ya que está realizada como un tablero de ajedrez, a cuadros dorados (oro de martillo) y encarnados (rosicler). <<

[338] *cinta de joyeles*: cinturón de joyas, en este caso de rubíes. <<

[339] *alcartaces*: el alcartaz es un cucurucho o capirote, normalmente de papel. En este caso, para seguir con la descripción hiperbólica de la riqueza de la dama, el alcartaz que sale de la especie de cofia que lleva sobre la cabeza está realizado con perlas. <<

[340] *zarcillos*: pendientes. <<

[341] *menestriles*: instrumentos músicos de boca, como las chirimías, que se suelen tocar en grandes celebraciones o en procesiones religiosas. <<

[342] *corredores*: especie de galerías cubiertas (aunque también pueden ser descubiertas), que se hacen alrededor de las casas o en los patios y jardines, y que sirven tanto para tomar el sol como para divertirse con las vistas o los espectáculos que se les ofrece. <<

[343] *cuartana*: especie de calentura que entra con frío de cuatro a cuatro días. <<

[344] *complido*: perfecto, acabado en todas las virtudes. <<

[345] *somo*: en lo más alto <<

[346] *laso*: débil. <<

[347] *hacerle-éis*: le haréis. La forma verbal de futuro mantiene todavía la posibilidad de separar sus dos componentes: infinitivo del verbo principal (*hacer*), y la forma del presente del verbo *haber*. <<

[348] *de bruzas*: de bruces, inclinado boca abajo. <<

[349] *fardido*: atrevido, osado. <<

[350] *guirlanda*: guirnalda. <<

[351] *hora de nona*: una de las horas canónicas, la novena después de la salida del sol, lo que se corresponde, más o menos, a las tres de la tarde. <<

[352] *cadahalso*: cadalso, una especie de entablado que se levanta en cualquier sitio para un acto solemne. <<

[353] *tela acuchillada*: tela en la que se hacían pequeñas aberturas, como cuchilladas, muy propia de la época, tanto para confeccionar trajes masculinos como femeninos.

<<

[354] *compuestos y entrezados*: es decir, en forma, adornados y con trenzas. <<

[355] *aljófar*: perla de forma irregular, y, normalmente, de pequeño tamaño. <<

Capítulo VII

[356] *acerado*: que tenía acero en la punta, para hacer más firme y penetrante el corte; se usaba, en especial, para las armas ofensivas, como espadas o lanzas. De ahí, que *acerado* haya pasado a utilizarse como *afilado*. <<

[357] *paso tirado*: al trote. <<

[358] *lexas*: lejanas. <<

[359] *cayas*: *caigas*. <<

[360] *ancila*: esclava, sirviente. <<

[361] *contumaces*: tenaces y porfiados en mantener un error. <<

Capítulo VIII

[362] *luego en la hora*: al instante, inmediatamente. <<

[363] *maravillados*: asombrados, suspensos y admirados, normalmente por ser testigo de algo sobrenatural o extraordinario. <<

[364] *ser*: sentar. <<

[365] *atraendo tan grandes tronidos*: atrayendo enormes y espantosos truenos. <<

[366] *arambre*: alambre, hilo tirado de cobre, de plata o de oro, con que se realizan rosarios y otros utensilios, como las tablas en que están las profecías de los sabios. <<

[367] *superbo*: soberbio. <<

Actividades

[1] Este trabajo también puede realizarse con medios informáticos, ya que en el portal de la Real Academia Española en internet (<http://www.rae.es>) puede encontrarse tanto la versión del 2001 del DRAE (Diccionario académico), como el facsímil de algunos de los diccionarios de los siglos XVIII y XIX, dentro del *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española* (también en venta en DVD). <<